BIBLIOTECA DE
ECONOMIA

# ENSAYOS DE PERSUASIÓN
# II

John Maynard Keynes

folio

BIBLIOTECA DE

# ECONOMIA

BIBLIOTECA DE

# ECONOMIA

## ENSAYOS DE PERSUASION

(Vol. II)

BIBLIOTECA DE

# ECONOMIA

# ENSAYOS DE PERSUASION
(Vol. II)

John Maynard Keynes

folio

Título original: *ESSAYS IN PERSUASION*
*The Macmillan Press*

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea éste electrónico, mecánico, óptico, de grabación magnética o xerografiado, sin la autorización por escrito del editor.

© 1972, The Royal Economic Society, Londres
© 1988 de la traducción castellana para España y América
Editorial Crítica, S.A.
© Para la presente edición, Ediciones Folio, S.A. (26-9-97)
Muntaner, 371-373, 08021 BARCELONA

ISBN: 84-413-0746-6 (vol. II)

Depósito Legal: B. 33351-1997

Impreso y encuadernado por:
Printer industria gráfica, s.a.
Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

*Printed in Spain*

# 6. MITIGACIÓN POR MEDIO DEL ARANCEL (1931) [1]

## I. Propuestas para un arancel fiscal (7 de marzo de 1931)

«Propuestas para un arancel fiscal» se publicó por primera vez como artículo en *New Statesman and Nation*, el 7 de marzo de 1931. Como retractación de un librecambista declarado, causó sensación.

¿No parece una paradoja que podamos continuar aumentando nuestra riqueza en capital, incrementando nuestras inversiones extranjeras y nuestro equipamiento interior, que podamos continuar viviendo (la mayoría de nosotros) como de costumbre o mejor, y mantener al mismo tiempo un amplio colectivo de personas ociosas con un subsidio mayor que la renta de un hombre en pleno empleo en la mayoría de partes del mundo —y, además, haciendo todo esto con una cuarta parte de nuestras plantas industriales cerradas y una cuarta parte de nuestros trabajadores industriales en paro? No sería meramente una paradoja, sino una imposibilidad, si nuestra capacidad potencial para la creación de riqueza no fuera mucho mayor de lo que era. Pero esta mayor capacidad es un hecho. Debe atribuirse principalmente a tres factores: la creciente eficiencia técnica de nuestra industria (creo que el producto per cápita es un 10 por 100

1. [Durante algunos meses antes del fracaso del patrón oro ya se veía que este hundimiento era cada vez más inevitable, a menos que se tomasen medidas especiales para aliviar la gravedad de nuestro problema. Un poco a la desesperada hice varias sugerencias y, entre ellas, una propuesta de un arancel combinado, si fuera posible, con una subvención a los exportadores. Snowden, dotado de una proporción superior a la normal de ceguera y obstinación, opuso su negativa a todas las alternativas posibles hasta que por fin las fuerzas naturales se encargaron de sacarnos de nuestra miseria.]

mayor de lo que era incluso en una fecha tan reciente como 1924), la mayor producción económica de las mujeres y la amplia proporción de la población que se encuentra en el período activo de la vida. El descenso del precio de nuestras importaciones comparado con el de nuestras exportaciones también ayuda. El resultado es que con tres cuartas partes de nuestra capacidad industrial podemos producir ahora tanta riqueza como podíamos producir con la totalidad de aquélla hace unos pocos años. Pero ¡cuán ricos podríamos ser si encontráramos alguna manera de emplear las *cuatro* cuartas partes de nuestra capacidad actual!

Nuestro problema es, pues, no que carezcamos de los medios físicos para mantener un alto nivel de vida, sino que estamos padeciendo un colapso del mecanismo del intercambio, a través del cual nos compramos y vendemos mutuamente.

Caben dos reacciones ante esta anomalía. Experimentamos una u otra de acuerdo con nuestro temperamento. Una está inspirada por una determinación para mantener nuestros niveles de vida, empleando nuestra capacidad ociosa; es decir, lleva a expansionar, abandonar el miedo y aun la prudencia. La otra, el instinto de contraer, se basa en la psicología del miedo. ¿Es razonable tener miedo?

Vivimos en una sociedad organizada de tal manera que la actividad productiva depende del hombre de negocios que espera obtener un beneficio razonable o, cuando menos, evitar una pérdida real. El margen que requiere como incentivo necesario para producir puede ser una proporción muy pequeña del valor total del producto. Pero que se le quite esto y todo el proceso se detiene. Precisamente es esto lo que, por desgracia, ha sucedido. La caída de los precios, en relación a los costes, junto con el efecto psicológico de los elevados impuestos, ha destruido el incentivo necesario para la producción. Esto está en la raíz de nuestra desorganización. Por tanto, puede ser insensato alarmar al hombre de negocios o atormentarle más. La responsabilidad de la tarea le corresponde a una política expansiva. Porque razonando mediante la falsa analogía de que es prudente que un individuo que se encuentra en una situación económica delicada no viva a un tren superior al que le permiten sus medios, el hombre de negocios tenderá a ser partidario de la contracción nacional, cuando se sienta agobiado por la situación, aunque esto redunde al fin en su propio perjuicio.

Y existe una razón adicional para el nerviosismo. Estamos pade-

ciendo a causa de la inestabilidad *internacional*. Es notorio que la competitividad de nuestros negocios de exportación se ve limitada por nuestro elevado nivel de vida. Al propio tiempo, la ausencia de beneficios en los negocios del país inclina al inversionista a colocar su dinero en el extranjero, mientras que la presión fiscal ejerce una siniestra influencia en el mismo sentido. Sobre todo, la resistencia de otros países acreedores para prestar (que es la causa fundamental de esta depresión) supone una carga financiera demasiado pesada para Londres. Estos son, nuevamente, argumentos que parecen ir contra una política de progreso; porque un aumento de la actividad interior, debido a un aumento del empleo, incrementará nuestro exceso de importaciones, y el endeudamiento gubernamental puede (en su forma actual) asustar a los inversionistas.

Así, el efecto *directo* de una política expansionista debe ser producir el endeudamiento gubernamental, suponer alguna carga para el presupuesto y aumentar nuestro exceso de importaciones. Por tanto, en todo caso —señalan los contrarios a una política semejante—, agravará la falta de confianza, la presión fiscal y la inestabilidad internacional que, según creen ellos, se encuentra en la raíz de nuestras dificultades actuales.

En este punto, los contrarios a la expansión se dividen en dos grupos: aquellos que piensan que no sólo debemos aplazar toda idea de expansión, sino que debemos ciertamente contraer, con lo que quieren decir reducir salarios y realizar grandes economías en el gasto presupuestario actual; y aquellos que adoptan una actitud enteramente negativa y a quienes, como Snowden, no les gusta la idea de contracción (interpretada en el sentido anterior) casi en la misma medida en la que no les gusta la idea de expansión.

Sin embargo, la política de negación es realmente la más peligrosa de todas. Porque, a medida que pasa el tiempo, es cada vez más dudoso que *podamos* mantener nuestro nivel de vida. Con un millón de parados ciertamente podemos; con 2 millones de parados probablemente podemos; con 3 millones de parados probablemente no podemos. Así, la política negativa, permitiendo que el desempleo aumente con regularidad, debe conducir finalmente a la exigencia ineludible de una reducción de nuestro nivel de vida. Si permanecemos demasiado tiempo sin hacer nada, al final no podremos hacer nada.

El paro, debo repetirlo, existe porque los empleadores han sido

privados del beneficio. La pérdida del beneficio puede ser debida a toda clase de causas. Pero, salvo que nos pasemos al comunismo, no hay otra posibilidad de remediar el paro que restituir a los empleadores un margen adecuado de beneficio. Hay dos maneras de hacer esto: aumentando la *demanda* del producto, que es el remedio expansionista, o disminuyendo el *coste* del producto, que es el remedio contraccionista. Ambos tratan de tocar el punto fundamental. ¿Cuál de ellos es preferible?

Disminuir el coste del producto mediante la reducción de salarios y recortando los servicios del presupuesto puede, en efecto, aumentar la demanda extranjera de nuestros bienes (a menos que, lo cual es del todo probable, estimule una política similar de contracción en el extranjero), pero probablemente disminuirá la demanda interior. Las ventajas para los patronos de una reducción *general* de salarios no son, por lo tanto, tan grandes como parecen. Cada patrón ve la ventaja que a él le supone una reducción de los salarios que paga y pasa por alto las consecuencias de la reducción de las rentas de sus clientes y de la reducción de salarios que también beneficiará a sus competidores. De cualquier modo, ello conduciría ciertamente a la injusticia social y provocaría una resistencia violenta, dado que beneficiaría en gran medida a algunas clases de rentas, a expensas de otras. Por estas razones, una política de contracción que sea suficientemente drástica para producir algún efecto real, puede resultar completamente impracticable.

Con todo, las objeciones al remedio expansionista —la inestabilidad de nuestra posición internacional, el estado del presupuesto y la falta de confianza— no pueden ignorarse. Hace dos años no había necesidad de preocuparse. Hoy es diferente. No sería sensato asustar a los pingüinos y ahuyentar a estas frígidas criaturas de nuestras costas, llevándose consigo sus huevos dorados. Una política de expansión suficientemente drástica como para ser útil podría apartarnos del patrón oro. Además, hace dos años, el problema era principalmente un problema británico; hoy es principalmente internacional. Ningún remedio interior puede hoy ser adecuado por sí mismo. Es esencial un remedio internacional; y creo que la mejor esperanza de remediar la depresión internacional reside en el liderazgo de Gran Bretaña. Pero si Gran Bretaña tiene que continuar ejerciendo su liderazgo, debe ser fuerte y convencerse de que lo es. Por tanto, reviste la mayor importancia que se restablezca toda la confianza en Londres. No creo

que esto sea difícil, porque la fuerza real de Londres está siendo hoy subestimada por la opinión extranjera, y la situación está madura para experimentar un cambio que se puede producir en cualquier momento. Por estas razones, yo, que me opuse a nuestra vuelta al patrón oro y puedo decir por desgracia que las palabras de mi Casandra se han cumplido en parte, creo que la posición de nuestros cambios debe defenderse hoy de modo implacable, a fin de que, ante todo, podamos reasumir el liderazgo financiero que está vacante en el mundo, porque nadie más posee la experiencia o el espíritu público para ocuparlo, hablando desde una posición de fuerza reconocida y no desde una posición de debilidad.

Por tanto, un defensor de la expansión en beneficio del empleo interior tiene motivos para pensarlo dos veces. Yo lo he hecho así y he aquí mis conclusiones.

Soy de la opinión de que una política de expansión, aunque deseable, no es sana o posible hoy, a menos que vaya acompañada de otras medidas que neutralicen sus peligros. Permítaseme recordar al lector cuáles son estos peligros. Tenemos la carga sobre la balanza comercial, la carga sobre el presupuesto y el efecto sobre la confianza. Si la política de expansión no estuviera eventualmente justificada por sí misma, mediante el incremento material del nivel de beneficios y del volumen de empleo, el efecto neto sobre el presupuesto y sobre la confianza sería finalmente favorable, y tal vez muy favorable. Pero este pudiera no ser el efecto inicial.

¿Qué medidas pueden adoptarse para neutralizar estos peligros? Son aconsejables y debieran tomarse decisiones para corregir los graves abusos en materia de subsidio y para aplazar, por el momento, cualquier nueva carga sobre el presupuesto de servicios sociales, a fin de conservar sus recursos para cumplir los planes para la expansión del empleo. Pero me parece que la principal decisión que hoy debe exigirse absolutamente a cualquier canciller del Exchequer que sea sensato, cualesquiera que sean sus opiniones sobre la protección, es la introducción de un arancel fiscal sustancioso. Es cierto que no hay otra medida cuyas consecuencias inmediatas sean favorables y apropiadas. El arancel en el que estoy pensando no incluiría impuestos protectores discriminatorios, sino que cubriría un campo tan amplio como fuera posible a un tipo uniforme, o quizá dos, aplicable cada uno de ellos a amplias categorías de bienes. Podrían permitirse rebajas respecto de material importado que entrase en las exportaciones, pero

las materias primas, que constituyen una proporción importante del valor de las exportaciones, tales como lana y algodón, estarían exentas. El total del ingreso que esto podría suponer tendría que ser sustancial, no menos de 50 millones de libras y, si fuera posible, 75 millones de libras. Así, por ejemplo, podrían existir derechos de importación del 15 por 100 sobre todos los bienes manufacturados y semimanufacturados sin excepción, y del 5 por 100 sobre todos los artículos alimentarios y determinadas materias primas, mientras que otras materias primas estarían exentas.[2] Estoy dispuesto a sostener que el efecto de tales derechos sobre el coste de la vida sería insignificante, no superior a la fluctuación existente entre dos meses consecutivos. Además, cualquier remedio concebible para el desempleo producirá su efecto y, desde luego, tenderá a elevar los precios. Del mismo modo, el efecto sobre el coste de nuestras exportaciones, después de permitir las rebajas que deberían calcularse en base a líneas generales y sencillas, sería muy pequeño. Los elementos librecambistas que se conformasen con esta decisión deberían declarar expresamente su intención de suprimir tales derechos en el caso de que los precios mundiales recuperasen el nivel de 1929.

Comparada con cualquier alternativa que esté a nuestro alcance, esta medida es la única que al mismo tiempo aliviaría los apremiantes problemas del presupuesto y restablecería la confianza en los negocios. No creo que hoy pueda estructurarse un presupuesto sensato y prudente sin recurrir a un arancel fiscal. Pero esta no es su única ventaja. En la medida en que lleva a la sustitución de bienes actualmente importados por bienes producidos en el interior, aumentará el empleo en este país. Al mismo tiempo, aliviando la presión sobre la balanza comercial, proporcionará un margen muy necesario para pagar las importaciones adicionales que requerirá una política de expansión y para financiar los préstamos de Londres a los países deudores que los necesiten. De esta manera, el poder de compra que tomamos del resto del mundo, mediante la restricción de ciertas importaciones, se lo restituiremos por otro lado. Algunos librecambistas fanáticos podrían pretender que el efecto adverso de los derechos de

2. [En un artículo posterior estoy de acuerdo en que, con esta exacta escala de derechos, no podríamos confiar en obtener un ingreso tan grande como el que se ha sugerido antes, y que 40 millones de libras sería una estimación más realista.]

importación sobre nuestras exportaciones neutralizaría todo esto; pero no sería cierto.

Los librecambistas pueden, en coherencia con su fe, considerar un arancel fiscal como nuestra ración de reserva, que sólo puede utilizarse en caso de emergencia. La emergencia ha llegado. Al abrigo del respiro y del margen de fortaleza financiera que de este modo nos estaría permitido, podríamos estructurar una política y un plan, tanto interior como internacional, para marchar al asalto contra el espíritu de contracción y miedo.

Si, en cambio, los librecambistas rechazan estas propuestas prácticas, el resultado cierto será la caída del actual gobierno y su sustitución, en la confusión de una crisis de confianza, por un gabinete comprometido con un programa de proteccionismo integral. § Estoy acostumbrado a estar en minoría. Pero en esta ocasión creo que el 90 por 100 de mis conciudadanos estará de acuerdo conmigo. §

## II. La víspera de la suspensión del patrón oro (10 de septiembre de 1931)

Escrito para el *Evening Standard*, el 10 de septiembre de 1931, este artículo apareció bajo el título «Debemos restringir nuestras importaciones».

Las energías morales de la nación están siendo encauzadas por canales equivocados y nos encontramos frente a serias dificultades, salvo que apliquemos nuestras mentes con más eficacia que hasta ahora al análisis del carácter real de nuestros problemas.

La concentración exclusiva en la idea de «economía», nacional, municipal e individual —significando con esto el acto negativo de contener el gasto anticipado que está ahora estimulando las fuerzas de la producción para que pasen a la acción—, puede, si bajo el aguijón de un supuesto sentido del deber se lleva demasiado lejos, producir efectos sociales tan espantosos como para sacudir todo el sistema de nuestra vida nacional.

Difícilmente hay una partida en el programa del informe económico de mayo —prescindiendo de si es o no aconsejable desde un punto de vista general— que no tenga como consecuencia inevitable el aumento del paro, la disminución de los beneficios de las empresas

y la disminución de los rendimientos fiscales; tanto es así que he calculado que unas economías de 100 millones de libras pueden probablemente reducir el déficit presupuestario neto en no más de 50 millones de libras, y nos estamos engañando a nosotros mismos (a menos que nuestro objetivo real sea *pretender* equilibrar el presupuesto en beneficio de los financieros extranjeros) si suponemos que podemos hacer las economías que se discuten sin que se produzcan algunas repercusiones en el número de los parados que hay que subsidiar o en el rendimiento de los impuestos existentes.

Con todo, si llevamos la «economía» en todas sus formas a su conclusión lógica, descubriremos que hemos equilibrado el presupuesto a cero en ambos lados, y que todos nosotros estamos tumbados en el suelo, hambrientos hasta la muerte, a causa de la negativa, por razones de economía, a comprarnos mutuamente los servicios.

El primer ministro ha dicho que es como si estuviéramos de nuevo en guerra y mucha gente lo cree. Pero esto es exactamente lo contrario de la verdad. Durante la guerra fue útil frenar cualquier gasto evitable, porque esto liberaría recursos para las insaciables exigencias de las operaciones militares. ¿Para qué estamos liberando recursos hoy? Para andar por las esquinas e ir tirando del subsidio.

Cuando ya hemos alcanzado un elevado volumen de paro y recursos ociosos de toda clase, la economía sólo es útil desde el punto de vista nacional *en la medida en que disminuye nuestro consumo de bienes importados*. Por lo demás, sus frutos se despilfarran enteramente en paro, pérdidas de las empresas y reducción de ahorros. Pero esto es una manera extraordinariamente indirecta y antieconómica de reducir importaciones.

Si despedimos hombres del trabajo y reducimos las rentas de los empleados del estado, de manera que los directa e indirectamente afectados no se puedan permitir la compra de tantos alimentos importados, en esta medida se facilita la posición financiera del país. Pero no es probable que esto represente más del 20 por 100 de las economías totales inevitables. El restante 80 por 100 se malgasta y representa una mera transferencia de pérdidas o paro, debido a la negativa de los ciudadanos británicos a comprarse servicios mutuamente.

Lo que estoy diciendo es absolutamente cierto, aunque dudo que uno entre un millón de los que están gritando a favor de la economía tenga la más ligera idea de las consecuencias reales de lo que pide.

Esto no es negar que existe un problema presupuestario. Todo lo contrario. El caso es que el estado del presupuesto es ante todo un síntoma y una consecuencia de otras causas, que la economía es en sí misma responsable más de agravar que de suprimir estas otras causas, y que, en consecuencia, el problema presupuestario, si se le ataca simplemente a lo largo de las líneas de la economía, es probablemente insoluble.

¿A qué se deben fundamentalmente nuestras dificultades? De modo muy general, a la depresión mundial, después a la increíble imprudencia de las altas finanzas de la City, y originalmente a la política de vuelta al patrón oro sin la más ligera apreciación de la naturaleza de las dificultades que esto implica. Decir que nuestro problema es un problema presupuestario es como decir que el problema alemán es un problema presupuestario, olvidando todo lo referente a las reparaciones.

Ahora bien, por lo que se refiere a la depresión mundial, por el momento no hay absolutamente nada que podamos hacer, porque ahora hemos perdido el poder de iniciativa internacional que parecía estábamos recuperando en mayo pasado. Los resultados de la equivocada política bancaria internacional desarrollada por la City son también, por el momento, irreparables. La elección que se nos deja es adherirnos o no a la actual paridad oro de los cambios.

Esto se decidió afirmativamente por razones que entiendo, pero con las que no estoy de acuerdo. La decisión se tomó en un espíritu de histeria y sin un examen detenido de las alternativas que se nos ofrecían. A los ministros se les han formulado pronósticos de lo que hubiera cabido esperar si el camino elegido hubiese sido diferente, pero ellos no podrían soportar una discusión racional de diez minutos.

Creo que vamos a lamentar esta decisión, como ya lamentamos la mayoría de las decisiones críticas tomadas durante los diez últimos años por las personas que componen el actual gabinete.

Pero este no es el caso en este momento. Se ha tomado la decisión de mantener el patrón oro a toda costa. El caso es que tanto el gabinete como el público parecen no tener ninguna idea clara sobre lo que tenga que hacerse para ejecutar su propia decisión, aparte de la necesidad obvia de realizar un préstamo exterior para las necesidades inmediatas; lo que simplemente produce el efecto de volver a colocar dinero donde previamente lo habíamos tomado en préstamo,

en términos de esterlinas, por medio de dinero tomado en préstamo en términos de francos y dólares. Pero los gobernantes no pueden suponer que nosotros podemos depender permanentemente de préstamos extranjeros. El resto del problema tiene que ver ante todo con la mejora de nuestra balanza comercial corriente por cuenta de renta. En esto es en lo que debiera estar pensando el gabinete.

Sólo existen dos líneas posibles de ataque. Una (que es la medida más suave que tenemos a nuestro alcance) consiste en medidas directas para restringir importaciones (y, si es posible, subvencionar exportaciones); la otra es una reducción de todos los salarios monetarios en el país. Al final podemos tener que intentarlas ambas, si rehusamos devaluar.

Pero la pregunta inmediata es qué probar primero. Ahora bien, la última vía, si ha de ser adecuada, implicaría una reducción de salarios tan drástica y problemas tan tremendamente difíciles, probablemente insolubles, de justicia social y de orden práctico, que sería una locura no experimentar primero los efectos de la medida alternativa, mucho más suave, de restringir importaciones.

Sucede que esta vía tiene también otras importantes ventajas. No sólo aliviaría la presión sobre los cambios extranjeros. También haría más que cualquier otra medida singular para equilibrar el presupuesto; y es la única forma de imposición a nuestro alcance que realmente aumentaría los beneficios, mejoraría el empleo y levantaría los espíritus y la confianza de la comunidad de negocios.

Finalmente, es la única medida que cuenta (de modo sensiblemente suficiente) con un abrumador apoyo de la opinión pública. Se dice, lo que parece plausible, que el último gabinete estaba a favor de un arancel en la proporción de tres a uno. Parece como si el gabinete actual pueda apoyarlo en la proporción de cuatro a uno. Sólo respecto a la tercera alternativa el gabinete se muestra unánimemente a favor. Pero siendo el sacrificio la orden del día, en el espíritu de autoinmolación hemos concebido el brillante invento de un gobierno «nacional», cuya base está en que cada uno de sus miembros presta su conformidad, en la medida en que dura, para sacrificar lo que cree es la única solución sólida para nuestras desventuras.

Porque si excluimos la devaluación, que personalmente creo que ahora es el remedio correcto, pero que no es todavía la política que defienda ningún partido organizado en el país, quedan tres líneas posibles de acción.

La primera consiste en asumir los riesgos de un rápido desarrollo interior, considerándolo preferible a la ociosidad forzosa.

La segunda es organizar una reducción general de salarios y, en interés de la justicia social, también de otras rentas monetarias, en la medida en que esto sea factible.

La tercera es una drástica reducción de importaciones.

Si entiendo bien la situación, el gobierno «nacional» tiene el compromiso de evitar las tres. Su política consiste en reducir el nivel de vida de tanta gente como esté a su alcance, con la esperanza de que alguna pequeña proporción de la reducción del nivel de vida sea a costa de las importaciones.

Preferir deliberadamente esto a una restricción directa de las importaciones es estar *non compos mentis*. § ¿O esperan reducir los salarios agravando la masa de los parados y asegurando al mismo tiempo que su número exceda de 3 millones?

Aquí, de nuevo, si se desea alcanzar el fin, cualquier persona sensata preferiría medidas más directas y menos despilfarradoras para alcanzarlo. Por el momento es seguro que incluso miembros del gabinete deben estar sintiéndose incómodos en relación con el curso de los acontecimientos que ellos mismos han contribuido a generar. §

## III. Después de la suspensión del patrón oro

Carta al editor de *The Times*, escrita desde Gordon Square, 46, el 28 de septiembre de 1931, una semana después de que fuera suspendido el patrón oro, y publicada el 29 de septiembre de 1931.

Hasta hace poco estuve ponderando a los liberales[3] y a otros la importancia de aceptar un arancel general como medio para mitigar los efectos del evidente desequilibrio entre los costes monetarios en el interior y en el extranjero. Pero los acontecimientos de la última semana han introducido una gran diferencia. Con el actual valor oro de la esterlina, los productores británicos se encuentran probablemente, en muchos aspectos, entre los más baratos del mundo. En estas

3. [No todos mis amigos librecambistas han demostrado ser tan inflexibles como yo había creído. Porque una vez ya no fue necesario un arancel, muchos de ellos votaron a su favor.]

circunstancias no podemos continuar como si nada hubiera pasado. Es imposible sostener una discusión racional sobre aranceles mientras la cuestión monetaria esté absolutamente sin resolver. Porque hasta que no sepamos más sobre el probable nivel futuro de la esterlina en relación con el oro y, sobre todo, hasta que sepamos de qué manera muchos otros países van a seguir nuestro ejemplo, es imposible decir cuál va a ser nuestra posición competitiva.

¿Puedo sugerir que la cuestión inmediata que debiera recabar nuestra atención no es un arancel, sino la cuestión monetaria? Es la última la urgente e importante. Actualmente es una cuestión al margen de las posiciones de partido, sobre la que ninguno de los partidos políticos ha tomado una actitud dogmática. Es adecuada, por tanto, para un tratamiento no partidista. No es, con toda certeza, un tema adecuado para discutirlo de cara a una elecciones generales. Ofrece oportunidades inmensas para el liderazgo de este país. Probablemente, estamos en situación de lograr la adhesión de todo el imperio y de más de la mitad del resto del mundo, reconstituyendo de este modo la supremacía financiera de Londres sobre una base firme. Mientras tanto, las propuestas para un nivel de protección elevado han dejado de ser urgentes. Sumir al país en la confusión a causa de éstas, descuidando este otro problema, más urgente e importante, sería equivocado y estúpido. Pongamos toda nuestra atención y nuestras energías unidas para idear una política monetaria internacional sólida, para nosotros mismos y para el resto del mundo. Porque es inútil suponer que podemos recuperar nuestra prosperidad anterior sin una política semejante, o que los aranceles pueden constituir algún sustitutivo de ella. Cuando se haya dilucidado la cuestión monetaria podremos volver a la protección y a nuestros otros temas interiores con una sólida base para continuar; y habrá llegado la época de elecciones generales.

## 7. EL FINAL DEL PATRÓN ORO (27 de septiembre de 1931)[1]

Escrito para el *Sunday Express* y publicado el 27 de septiembre de 1931, con el título de «El futuro del mundo».

Hay pocos ingleses que no se alegren de la ruptura de nuestras cadenas doradas. Sentimos que tenemos por fin las manos libres para hacer lo que es sensato. Ha pasado la fase romántica y podemos empezar a discutir con realismo cuál es la mejor política.

Puede parecer sorprendente que un movimiento que se había presentado como una catástrofe desastrosa haya sido recibido con tanto entusiasmo. Pero las grandes ventajas para el comercio y la industria británicos, derivadas de terminar con nuestros esfuerzos artificiales para mantener nuestra moneda por encima de su valor real, fueron captadas con rapidez.

La división de la opinión interior fue amplia en un punto diferente. La cuestión difícil de decidir era una cuestión de honor. La City de Londres consideraba que tenía un compromiso de *honor* para hacer todos los esfuerzos posibles por mantener el valor del dinero en los términos en que había aceptado grandes depósitos de extranjeros, aunque el resultado de esta conducta fuera colocar a la industria británica bajo una presión intolerable. ¿En qué momento —este era el problema difícil— estábamos justificados para conceder la prioridad a nuestros propios intereses?

Tal como han ido las cosas, tenemos el respiro que necesitábamos y, al mismo tiempo, a juicio del mundo entero, se han respetado al

1. [El 21 de septiembre de 1931 fue suspendido el patrón oro en Gran Bretaña.]

máximo los derechos del honor. Porque el paso no se dio hasta que fue inevitable. En el curso de unas pocas semanas, el Banco de Inglaterra pagó 200 millones de libras en oro o su equivalente, lo cual era aproximadamente la mitad de los derechos totales de los extranjeros sobre Londres, e hizo esto en un momento en el que las sumas que Londres había vuelto a prestar al extranjero estaban en gran medida congeladas. Ningún banquero podía hacer más. La City de Londres se levantaba desde sus propias cenizas con el honor intacto. Porque ha jugado el juego hasta los límites del quijotismo, aun con el riesgo de paralizar el comercio británico.

No maravilla, pues, que sintamos cierta euforia por el respiro, que las cotizaciones de la bolsa suban y que los huesos secos de la industria se remuevan. Porque si el cambio de la esterlina se deprecia, digamos, en un 25 por 100, esto hace tanto para restringir nuestras importaciones como un arancel de esa cuantía; pero mientras que un arancel no podría favorecer nuestras exportaciones, y podría perjudicarlas, la depreciación de la esterlina les supone una subvención del mismo 25 por 100, con lo que protege al productor nacional contra las importaciones.

En muchos sectores comerciales, el fabricante británico debe ser hoy el productor más barato del mundo, en términos de oro. Obtenemos estas ventajas sin una reducción de salarios y sin conflictos industriales. Las obtenemos de una manera estrictamente limpia para cada grupo de la comunidad, sin ningún efecto serio sobre el coste de la vida. Porque menos de una cuarta parte de nuestro consumo total está representado por importaciones; de manera que la esterlina tendría que depreciarse mucho más que el 25 por 100 para que yo esperase que el coste de la vida subiera un 10 por 100. Esto no causaría serios apuros a nadie, porque solamente pondría las cosas en el punto en que estaban hace dos años. Mientras tanto, se produciría un gran estímulo para el empleo.

No hago ninguna previsión sobre la cifra a la que podría descender la esterlina en los próximos días, excepto que tendrá que mantenerse, durante un tiempo, apreciablemente por debajo de la cifra que los observadores desapasionados creen que representa el equilibrio. Entonces habrá especulación y se realizarán plusvalías en favor de la esterlina, para equilibrar la especulación y la venta fruto del pánico en el otro lado. Nuestras autoridades cometieron un gran error al permitir que la esterlina empezara tan alta, porque la inevita-

ble y gradual caída hacia un nivel más real ha de socavar la confianza y producir en el ignorante la impresión de un resbalón que no puede detenerse. Los que eran culpables de optimismo indebido sucumbirán probablemente por completo a un pesimismo indebido. Pero el pesimismo será tan infundado como lo fue el optimismo. El nivel de equilibrio de la esterlina es el mismo que hace un mes. Hay fuerzas formidables para respaldar a la esterlina cuando empiece a caer demasiado. Según mi opinión, no existe el riesgo de una caída catastrófica.

Estas son, en resumen, las consecuencias en Gran Bretaña. ¿Cómo se verá influido el resto del mundo? No de una manera uniforme. Tomemos primero los países deudores a los que Gran Bretaña ha prestado, en el pasado, grandes sumas en esterlinas, y cuyos intereses se le deben en esterlinas, tales como Australia, Argentina y la India. Para estos países, la depreciación de la esterlina representa una gran concesión. Una cantidad más pequeña de sus bienes será suficiente para cumplir sus compromisos en esterlinas. Los intereses que el extranjero debe a Gran Bretaña, fijados en esterlinas, ascienden a unos 100 millones de libras al año. Respecto a esta suma, Gran Bretaña juega ahora el papel de un acreedor razonable que modera sus exigencias, a la vista de un cambio tan grande de la situación como el que representa la reciente y catastrófica caída de los precios de las mercancías.

Cuando intentamos calcular el efecto sobre otros países industriales, cuya competencia estamos ahora en mejor posición de afrontar, advertimos que dicho efecto es más complejo. Espero que una gran parte del mundo siga a Gran Bretaña en la reducción del anterior valor oro de su moneda. Ya hay signos en muchos países de que no se hará un gran esfuerzo para mantener la paridad oro. En los últimos días, Canadá, Italia y Escandinavia se han movido en nuestra dirección. La India y las colonias de la Corona, incluyendo los Establecimientos de los Estrechos, han seguido automáticamente a la esterlina. Australia y toda Sudamérica han abandonado ya el esfuerzo para mantener la paridad del cambio. Quedaré asombrado si Alemania tarda mucho antes de seguir nuestro ejemplo. ¿Hará frente Holanda a la ruina final de las industrias de caucho y azúcar de las Indias holandesas, manteniéndolas ligadas al oro? Habrá fuertes motivos que llevarán a una gran parte del mundo por nuestro camino. Después de todo, la situación de Gran Bretaña, como resultado de la

deflación de precios, es mucho menos seria que la de la mayoría de países.

Ahora bien, en la medida en que este sea el caso, nosotros y todos los países que sigan nuestro ejemplo obtendremos los beneficios de los precios más altos. Pero ninguno de nosotros se asegurará una ventaja competitiva a costa de los demás. Así, la desventaja competitiva se concentrará en aquellos pocos países que continúen con el patrón oro. A éstos les caerá la maldición de Midas. Como resultado de su desgana para cambiar sus exportaciones por otra cosa que no sea oro, su comercio de exportación se secará y desaparecerá, hasta que ya no tengan ni balanza comercial favorable ni depósitos en el extranjero que repatriar. Esto vale principalmente para Francia y los Estados Unidos. Su pérdida del comercio de exportación será un resultado, inevitable y predecible, de su propia actuación. A estos países, en gran medida por razones que derivan de la guerra y de los acuerdos bélicos, el resto del mundo les debe mucho dinero. Ellos levantan barreras arancelarias que impiden el pago de estas sumas con bienes. No quieren prestarlo. Han tomado ya casi todo el excedente de oro disponible en el mundo entero. Sólo queda, en buena lógica, un camino para que el resto del mundo pueda mantener su solvencia y dignidad; a saber, dejar de comprar las exportaciones de estos países. En la medida en que se conserva el patrón oro —lo que significa que los precios de las mercancías internacionales deben ser aproximadamente iguales en todas partes—, esto implica una campaña competitiva de deflación, en la que cada uno de nosotros intenta bajar los precios más deprisa que los demás, una campaña que ha intensificado el paro y las pérdidas económicas hasta un grado insufrible.

Pero tan pronto como el patrón oro experimenta una quiebra, el problema está resuelto. Porque la apreciación de las monedas francesa y norteamericana, en términos de las monedas de otros países, impide a los exportadores franceses y norteamericanos vender sus bienes. La reciente política de estos países no podía, si se seguía de modo persistente, acabar de otra manera. Ellos han querido la destrucción de sus propias industrias de exportación y sólo ellos pueden dar los pasos necesarios para su restablecimiento. La apreciación de sus monedas debe también crear graves dificultades a sus sistemas bancarios. Los Estados Unidos, en efecto, nos habían planteado al resto de nosotros el problema de encontrar algún modo de hacer las cosas

sin su trigo, su cobre, su algodón y sus automóviles. Ellos plantearon el problema y, como que tenía sólo una solución, nos hemos visto obligados a encontrarla.

Con todo, eso es completamente lo contrario de como quiero terminar. La solución a la que nos han conducido, aunque nos proporciona un respiro inmediato y transfiere la tensión a otros, es en verdad una solución insatisfactoria para todos. El mundo nunca será próspero sin una recuperación comercial en los Estados Unidos. Paz, confianza y un equilibrio económico armonioso para todos los países del globo más íntimamente interrelacionados, es el único objetivo que vale la pena proponerse.

Creo que los grandes acontecimientos de la semana pasada pueden inaugurar un nuevo capítulo en la historia monetaria del mundo. Tengo la esperanza de que puedan derribar barreras que han parecido infranqueables. Ahora necesitamos tener, juntos, una conferencia profunda y sincera para la mejor ordenación posible de nuestros asuntos en el futuro. El presidente de los Estados Unidos ha vuelto a su sueño en junio último. Graves problemas merecen su atención. Con todo, el conjuro de la inmovilidad que ha sido echado sobre la Casa Blanca parece todavía vigente. ¿Llegarán siempre tarde las soluciones que se nos presentan? ¿Invitaremos en Gran Bretaña a las tres cuartas partes del mundo, incluyendo el conjunto de nuestro imperio, a juntarse con nosotros para desarrollar un nuevo sistema monetario que sea estable en términos de mercancías? ¿O podrían los países del patrón oro estar interesados en conocer los términos, que necesariamente han de ser estrictos, en los que estaríamos dispuestos a volver a entrar en el sistema de un patrón oro drásticamente reformado?

# Cuarta parte

# POLÍTICA

# 1. BREVE PANORAMA DE RUSIA (1925)

Keynes escribió los tres artículos que fueron publicados más tarde como *Breve panorama de Rusia*, cuando él y Lidia Lopokova visitaron aquel país en 1925, poco después de su matrimonio. Los artículos aparecieron primero en *Nation and Athenaeum*, los días 10, 17 y 25 de octubre de 1925, y fueron reimpresos por Hogarth Press como una de las series de Hogarth Essays en diciembre del mismo año. En un principio, Keynes incluyó los capítulos I y III en *Ensayos de persuasión*.

## § Prólogo

Estos capítulos son fruto de una breve visita a Rusia en septiembre de 1925, hecha por alguien que ignoraba la lengua y el país, pero que no carecía de experiencia de la gente, y en compañía de un intérprete. La ocasión la proporcionaron las celebraciones del bicentenario de la Academia de Ciencias, antes Academia Imperial de Petersburgo, ahora de Leningrado, en las que representé a la Universidad de Cambridge.

No se basan en un conocimiento íntimo o una experiencia próxima, y no reclaman autoridad como tales. Son meramente las impresiones, por lo que valen, de un observador, cuyos prejuicios no estaban especialmente calculados para deformar su visión, esforzándose por transmitir, lo mejor que puede, cómo le ha impresionado Rusia.

En lo que sigue utilizo con frecuencia el epíteto *religioso* como aplicable a los discípulos de Lenin. Juzgando por las cartas que recibí cuando estos artículos fueron apareciendo en *Nation*, creo que los ingleses verán lo que quiero decir; pero me parece que en Rusia

habrá pocos que lo aprueben o que comprendan este uso del lenguaje. Para los propios bolcheviques la palabra sonará como estúpida y ofensiva, un mero abuso vulgar, como si llamara bolchevique al arzobispo de Canterbury (calificativo que, sin embargo, puede efectivamente merecer, si observa seriamente los preceptos del Evangelio); porque ellos pretenden ser justamente lo contrario. Religión, misticismo, idealismo: es parte del credo leninista que todas esas materias son inútiles y constituyen tonterías, mientras que ellos son materialistas, realistas, de la tierra. ¿No ordenaron el otro día que en las bibliotecas de los clubs proletarios «la sección de religión debe tener solamente literatura antirreligiosa»?

Puede haber buenas razones en el pasado por las que la religión tenga un gusto horrible en las bocas rusas. Puede ser un uso consistente e inteligible del lenguaje, por el que los místicos de la Alta Iglesia eran sólo religiosos y los que intentaban encontrar un mejor camino en la tierra eran irreligiosos, por el que los gritos de los derviches danzantes son religiosos y el Sermón de la Montaña irreligioso, por el que Rasputín era religioso y Tolstoi irreligioso. Permítaseme, por tanto, explicar por adelantado que cuando digo que el leninismo puede estar inspirado por un fervor religioso, no sugiero que los comisarios sean místicos de la Alta Iglesia, derviches danzantes o Rasputines de paisano.

Para los lectores ingleses, estas explicaciones probablemente no son necesarias. Porque aquí hemos reconocido largamente que hay dos ramas de la religión, alta y baja, sonámbulos místicos e idealistas prácticos. Hay dos sublimaciones distintas del egotismo materialista: una en la que el ego se funde en la unión mística sin nombre; otra en la que se funde en la prosecución de una vida ideal para toda la comunidad humana. Los que participan en la primera pueden pasar por alto o ignorar la segunda; muchos seguidores de la segunda condenan lo que les parece la tolerancia ociosa o los autoengaños de la primera. Ha sido característico de algunos grandes dirigentes religiosos pertenecer a ambas clases a la vez. De cualquier modo, cuando hablo de religión los incluyo a ambos y no sólo al primero.

Algunos ejemplos del último día de nuestras celebraciones pueden ilustrar mi explicación. Ciertos políticos de Francia, Poincaré por ejemplo, muy seguidos por algunos políticos de los Estados Unidos, me parecen estar entre los hombres más irreligiosos, actualmente, en

el mundo; Trotsky, Bernard Shaw y Baldwin, cada uno a su manera, entre los más religiosos. No olvido que Trotsky ha escrito:

> Aceptar la revolución de los trabajadores en nombre de un elevado ideal significa no sólo rechazarlo, sino difamarlo. Todas las ilusiones sociales por las que la humanidad se ha entusiasmado en religión, poesía, moral o filosofía, sirvieron sólo a la finalidad de engañar y cegar al oprimido. La revolución socialista arranca la cubierta de «ilusiones», de «sublimidad», así como de decepciones humillantes, lavando con sangre el maquillaje de la realidad. La revolución es fuerte en la medida en que es realista, racional, estratégica y matemática. ¿Puede ser que la revolución, la misma que ahora tenemos delante, la primera desde que comenzó la tierra, necesite el condimento de explosiones románticas, como un guisado de gato necesita una salsa de liebre?

Porque él también se había alegrado de antemano con «una sociedad que habrá arrojado fuera la mortificante e inútil preocupación por el pan de cada día ... en la que el egotismo liberado del hombre —¡una fuerza enorme!— se dirigirá por completo hacia la comprensión, la transformación y la mejora del universo». El mismo Trotsky no confunde los medios con el fin:

> La propia revolución en sí misma no es todavía el reino de la libertad. Por el contrario, es desarrollar las características de «necesidad» hasta el grado más alto ... la literatura revolucionaria no puede sino estar imbuida de un espíritu de odio social, que es un factor histórico creativo en la época de la dictadura del proletariado. Pero bajo el socialismo, la solidaridad será la base de la sociedad. La literatura y el arte sintonizarán con un tono diferente. Todas las emociones que nosotros, revolucionarios, en el momento actual, sentimos aprensión por nombrar —tanto han sido empleadas a la ligera por hipócritas y gente vulgar—, tales como amistad desinteresada, amor al prójimo, simpatía, serán los potentes acordes sonoros de la poesía socialista.

Uno tiene la impresión de que tales sentimientos no tendrían la misma sinceridad, seriedad o fuerza emocional en los labios, por ejemplo, de Mussolini o del presidente Calvin Coolidge. El *duce* puede ser un libertino susceptible de reformarse y el presidente una persona respetable, cuya salvación está fuera de duda. ¿Qué son

ellos realmente? No puedo decirlo con certeza; que son a menudo palpables de cerca, son difíciles de distinguir a distancia. Antes de ir a Rusia tuve dudas semejantes sobre los comunistas. Lo que creo que he aprendido *in situ*, y no podría haber aprendido en otra parte, es una respuesta parcial. §

## I. ¿Qué es la fe comunista?

Es extraordinariamente difícil ser imparcial sobre Rusia. E incluso con imparcialidad, ¿cómo transmitir una impresión veraz de algo tan desconocido, cambiante y contradictorio, de lo que nadie en Inglaterra posee unos conocimientos o experiencias previos? Ningún periódico inglés tiene un corresponsal regular residente en Rusia. Atribuimos correctamente poca credibilidad a lo que las autoridades soviéticas dicen de sí mismas. La mayoría de nuestras noticias procede de diputaciones laboristas con prejuicios o de *émigrés*, también con prejuicios. Así, un cinturón de niebla nos separa de lo que sigue su camino en el otro mundo, donde la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas gobierna, experimenta y desarrolla una clase de orden. Rusia está sufriendo la pena de años de «propaganda» que, arrebatando la credibilidad a las palabras, casi destruye, al final, los medios de comunicación a distancia.

El leninismo es una combinación de dos cosas que los europeos han guardado durante algunos siglos en diferentes compartimentos del espíritu: religión y negocio. Estamos sorprendidos porque la religión es nueva, y desdeñosos porque el negocio, estando subordinado a la religión en vez de subordinarla, es altamente ineficiente.

Como otras religiones nuevas, el leninismo deriva su fuerza no de la multitud, sino de una pequeña minoría de conversos entusiastas, cuyo celo e intolerancia les da a cada uno de ellos la fuerza de cien indiferentes. Como otras religiones nuevas, es dirigido por aquellos que son capaces de combinar el nuevo espíritu, tal vez sinceramente, con una visión más aguda que la de sus seguidores, políticos con al menos una dosis media de cinismo político, que pueden sonreír tan bien como fruncir el entrecejo, experimentadores hábiles, liberados por la religión de la verdad y de la misericordia, pero no ciegos a los hechos y a la conveniencia, y expuestos, por tanto, a la acusación (superficial e inútil, aunque es la que corresponde a políticos,

laicos o eclesiásticos) de hipocresía. Como otras nuevas religiones, parece quitar el color, la alegría y la libertad a la vida cotidiana y ofrecer un triste sustituto en los rostros inexpresivos de carca de sus devotos. Como otras religiones nuevas, persigue sin justicia ni piedad a quienes le resisten activamente. Como otras nuevas religiones, se llena por completo de ardor misionero y ambiciones ecuménicas. Pero decir que el leninismo es la fe de una minoría perseguidora y propagandista de fanáticos conducida por hipócritas es, después de todo, decir ni más ni menos que *es* una religión y no meramente un partido, y Lenin un Mahoma, no un Bismarck. Si queremos asustarnos a nosotros mismos en nuestras butacas capitalistas, podemos pintar a los comunistas de Rusia como los primeros cristianos conducidos por Atila, utilizando la estructura de la Santa Inquisición y las misiones jesuíticas para aplicar literalmente la economía del Nuevo Testamento; pero cuando queramos confortarnos a nosotros mismos en los mismos sillones, ¿podemos repetir con esperanza que estas economías son afortunadamente tan contrarias a la naturaleza humana que no pueden financiar ni misioneros ni ejércitos y que seguramente terminarán en un fracaso?

Hay que responder a tres preguntas. ¿Es la nueva religión parcialmente verdadera, o se compadece con el espíritu de los hombres modernos? ¿Es por el lado inmaterial tan ineficiente como para hacerla incapaz de sobrevivir? ¿Captará, en el curso del tiempo, cuando se vaya recubriendo de elementos adulterados e impuros, a las masas?

Por lo que se refiere a la primera pregunta, los que están completamente satisfechos con el capitalismo cristiano o con el capitalismo egoísta sin templar mediante subterfugios, no dudarán en la respuesta; porque o tienen una religión o no necesitan ninguna. Pero muchos, en esta época sin religión, están seguros de sentir una fuerte curiosidad emocional hacia cualquier religión que sea realmente nueva y no meramente una revivificación de otras viejas, y que haya demostrado su fuerza motivadora; y tanto más cuando la nueva cosa viene de Rusia, el benjamín hermoso y tonto de la familia europea, con su cabellera, más cerca de la tierra y del cielo que sus hermanos calvos de occidente; que, habiendo nacido dos siglos más tarde, ha sido capaz de hacer suya la desilusión de la edad madura del resto de la familia, antes de perder el genio de la juventud o convertirse en adicto a la comodidad y a sus costumbres. Simpatizo con aquellos que buscan algo bueno en la Rusia soviética.

Pero cuando venimos a lo concreto, ¿qué hemos de decir? Para mí, educado en un ambiente libre, no oscurecido por los horrores de la religión, sin nada que temer, la Rusia roja tiene demasiado de lo que es detestable. La comodidad y los hábitos nos permiten estar preparados para renunciar a ellos si es preciso, pero yo no estoy preparado para un credo que no repara en cuánto destruye la libertad y la seguridad de la vida cotidiana, que utiliza deliberadamente las armas de la persecución, la destrucción y la lucha internacional. ¿Cómo puedo admirar un sistema político que encuentra una expresión característica en gastar millones para sobornar espías en cada familia y grupo en el interior, y en fomentar dificultades en el extranjero? Tal vez esto no es peor y tiene más sentido que las propensiones codiciosas, belicosas e imperialistas de otros gobiernos; pero ha de ser mucho mejor que esto para sacarme de mi sendero. ¿Cómo puedo aceptar una doctrina que erige como su biblia, por encima y más allá de la crítica, un libro de texto económico obsoleto, que sé que es no sólo científicamente erróneo, sino sin interés o aplicación para el mundo moderno? ¿Cómo puedo adoptar un credo que, prefiriendo el tallo a la hoja, exalta al grosero proletariado por encima del burgués y de la intelectualidad que, con los defectos que sean, posee la calidad de vida y siembra con seguridad la semilla de todo el progreso humano? Incluso si necesitamos una religión, ¿cómo podemos encontrarla en la túrbida basura de las librerías rojas? Es difícil para un hijo educado, decente e inteligente de la Europa occidental, encontrar aquí sus ideales, a menos que haya sufrido antes algún extraño y horrible proceso de conversión que haya trastornado su escala de valores.

Con todo, perderemos la esencia de la nueva religión si nos detenemos en este punto. El comunista puede replicar justamente que todas estas cosas pertenecen, no a su fe esencial, sino a la táctica de la revolución. Porque él cree en dos cosas: la introducción de un orden nuevo sobre la tierra y el *método* revolucionario como *único* medio para lograrlo.[1] El nuevo orden no debe juzgarse ni por los horrores de la revolución ni por las privaciones del período de transición. La revolución tiene que ser un ejemplo supremo de los medios

1. En estos capítulos utilizo el término «comunismo» para significar el nuevo orden, y no, como es habitual en la política laborista británica, para significar la revolución como medio para llegar a aquél.

justificados por el fin. El soldado de la revolución debe crucificar su propia naturaleza humana, llegando a convertirse en un ser sin escrúpulos, despiadado, y soportando él mismo una vida sin seguridad ni alegría; pero considerando todo esto como medio para alcanzar su fin, no como su fin.

¿Cuál es, entonces, la esencia de la nueva religión como orden nuevo sobre la tierra? Contemplándolo desde fuera, no lo sé con claridad. A veces, sus portavoces hablan como si fuera algo puramente material y técnico, exactamente en el mismo sentido que el capitalismo moderno; es decir, como si el comunismo sólo pretendiera ser a largo plazo un instrumento técnico superior para obtener los mismos beneficios económicos materiales que ofrece el capitalismo, y que con el tiempo haría que los campos produjeran más y que las fuerzas de la naturaleza fueran más intensamente aprovechadas. En este caso, después de todo no hay religión, sino sólo un *bluff* para facilitar un cambio a lo que puede o no puede ser una mejor técnica económica. Pero sospecho que, en la práctica, semejante discurso es en gran medida una reacción contra las acusaciones de ineficiencia económica que lanzamos por nuestra parte, y que en el corazón del comunismo ruso hay algo más, de mayor interés para la humanidad.

Por un lado, el comunismo no hace más que seguir a otras religiones famosas. Exalta al hombre común y lo convierte en el todo. Aquí no hay nada nuevo. Pero existe otro factor en el que tampoco hay nada nuevo, aunque puede, sin embargo, en una forma diferente y con un nuevo planteamiento, contribuir un poco a la verdadera religión del futuro, si es que hay alguna religión verdadera. *El leninismo es absoluta y desafiadoramente no sobrenatural, y su esencia emocional y ética tiene su centro en la actitud del individuo y de la comunidad en relación con el amor al dinero.*

No quiero decir que el comunismo ruso modifique, o ni siquiera trate de modificar, la naturaleza humana, que haga a los judíos menos avariciosos o a los rusos menos pródigos de lo que fueron antes. No quiero decir simplemente que erija un nuevo ideal. Quiero decir que intenta construir un marco de sociedad en el que los motivos pecuniarios, en tanto que influyendo en la acción, tendrán una influencia relativa distinta, en el que la aprobación social se distribuirá de un modo diferente, y donde el comportamiento que previamente era normal y respetable deje de ser lo uno y lo otro.

En Inglaterra, hoy, un joven con talento y capacidad, a punto de entrar en la vida activa, sopesará las ventajas de ingresar en la Administración o de buscar fortuna en los negocios; y la opinión pública no le apreciará menos si prefiere la segunda opción. Hacer dinero, como tal, en una escala tan grande como sea posible, no es socialmente menos respetable, y tal vez lo es más, que una vida dedicada al servicio del estado o de la religión, la educación, el estudio o el arte. Pero en la Rusia del futuro se supone que la carrera de hacer dinero, como tal, sencillamente no se le presentará a un joven respetable como una salida posible, más que la carrera de un caballero ladrón o experto en falsificaciones y desfalcos. Aún los aspectos más admirables del amor al dinero en nuestra sociedad actual, tales como la frugalidad, el ahorro, la obtención de la seguridad financiera y la independencia propia y de la familia, aunque no se juzgaran moralmente condenables, se harían tan difíciles e impracticables que no valdrían la pena. Todos deben trabajar para la comunidad —manda el nuevo credo— y, si cumplen con su deber, la comunidad les mantendrá.

Este sistema no significa una nivelación completa de las rentas, al menos en la presente etapa. Una persona lista y que tenga éxito en la Rusia soviética percibe una renta mayor y lleva una vida mejor que otras gentes. El comisario con 5 libras por semana (*más* diversos servicios gratuitos, un automóvil, una vivienda, un palco en el teatro, etc.) vive bastante bien, pero *en absoluto* como un hombre rico en Londres. El profesor prestigioso o el funcionario con 6 o 7 libras por semana (*menos* algunos impuestos) tiene, quizás, una renta real triple que la de los trabajadores proletarios y seis veces la de los campesinos más pobres. Algunos campesinos son tres o cuatro veces más ricos que otros. Un hombre que esté parado recibe una parte de su paga, no toda. Pero con estas rentas nadie se puede permitir, con los elevados precios rusos y los duros impuestos progresivos, ahorrar algo que valga la pena ahorrar; es bastante duro vivir día a día. La imposición progresiva y la manera de calcular los alquileres y otras cargas son tales que de hecho es desventajoso tener una renta conocida de más de 8 a 10 libras por semana. Tampoco existe ninguna posibilidad de ganancias importantes, excepto si se corre la misma clase de riesgos que supone adherirse al soborno y a la malversación de fondos en otra parte. No es que el soborno y la malversación hayan desaparecido en Rusia o sean raros, pero cualquiera cuya pro-

digalidad o cuyos instintos le lleven por tales caminos, corre un serio riesgo de prisión y penas que incluyen la muerte.

Tampoco, en el presente estadio, implica el sistema la prohibición real de comprar y vender con un beneficio. La política no consiste en prohibir estas profesiones, sino en hacerlas precarias y deshonrosas. El comerciante privado es una especie de proscrito permitido, sin privilegios ni protección, como el judío en la Edad Media: una válvula de seguridad para aquellos que tienen instintos irresistibles en este sentido, pero no un trabajo natural o agradable para el hombre normal.

El efecto de estos cambios sociales ha sido, creo, un cambio real en la actitud predominante hacia el dinero, y probablemente producirá un cambio más grande cuando una nueva generación se haya educado sin haber conocido otra cosa. La gente, en Rusia, aunque sólo sea por su pobreza, codicia mucho el dinero: al menos, son tan codiciosos como en cualquier otra parte. Pero hacer dinero y acumularlo no puede entrar en los cálculos vitales de un hombre racional que acepta la norma soviética de la manera que entra en los nuestros. Una sociedad en la que esto es verdad, aunque sea parcialmente, constituye una tremenda innovación.

Ahora bien, todo esto puede parecer utópico, o destructivo del verdadero bienestar, aunque quizás no tan utópico, perseguido con un espíritu intensamente religioso, como si se persiguiera de un modo práctico. Pero, ¿es adecuado suponer, como la mayoría de nosotros hemos supuesto hasta ahora, que eso no es sincero o que es propio de una persona malvada?

## § II. La economía de la Rusia soviética

No entenderemos el leninismo a menos que lo consideremos como algo que es a un tiempo una religión perseguidora y misionera, y una técnica económica experimental. Por lo que se refiere al segundo aspecto, ¿es la técnica económica tan ineficiente que va hacia el fracaso?

El sistema económico de la Rusia soviética ha experimentado y está experimentando cambios tan rápidos que es imposible obtener una impresión precisa y exacta del mismo. El método de prueba y error se utiliza sin reservas. Nadie ha sido nunca más francamente

experimentalista de lo que lo era Lenin en todo lo que no afectara a las verdades centrales de su fe. En un primer momento había mucha confusión sobre lo que era esencial y lo que no lo era. Por ejemplo, la doctrina sostenida al principio de que el dinero debía ser abolido en relación con muchas finalidades, ahora se considera errónea, no habiendo nada inconsistente con la esencia del comunismo en el hecho de continuar utilizando el dinero como un instrumento de distribución y cálculo. El gobierno ha admitido también la opinión de que es más prudente combinar una política de tolerancia limitada con las burlas intermitentes y acosadoras hacia (por ejemplo) la vieja intelectualidad que ha seguido trabajando en su país, hacia los comerciantes privados e incluso hacia los capitalistas extranjeros, que intentar aniquilar todos estos elementos a la vez; confiando, por una parte, en el control completo de la máquina educativa y de la educación de la juventud, y por otra parte, en la mejora gradual de la técnica del comercio estatal y del crecimiento del capital estatal, para prescindir de estos auxiliares paganos con el paso del tiempo. Así, casi todos los miembros de la intelectualidad no comunista educados antes de la guerra están ahora al servicio del gobierno, a menudo en puestos de importancia y responsabilidad, con salarios relativamente altos; el comercio privado es de nuevo lícito, aunque precario y difícil; y los capitalistas extranjeros, que conceden créditos comerciales a corto plazo contra las importaciones comerciales en Rusia, pueden contar de momento con alguna certeza, en mi opinión, de que verán restituido su dinero en la debida forma. La persecución fluctuante de estas conveniencias hace difícil generalizar sobre cualquier cosa en la Rusia soviética. Casi todo lo que uno puede decir sobre el país es verdadero y falso al mismo tiempo, razón por la cual los críticos amistosos y hostiles pueden todos de buena fe producir descripciones totalmente diferentes de la misma cosa.

Una dificultad adicional en la estimación de la eficiencia del sistema económico la generan las duras condiciones materiales que acompañaron sus primeros años, que habrían sometido a una prueba severa a cualquier sistema económico. Las pérdidas materiales y la desorganización de la Gran Guerra fueron seguidas por las de una sucesión de guerras civiles, por el bandolerismo del resto del mundo y por varias malas cosechas. Éstas se debieron en parte a la mala dirección, tanto como a la mala suerte. Sin embargo, los experimentalistas soviéticos pueden pretender justamente, creo, que ha de trans-

currir un mínimo de cinco años de paz y buen tiempo, antes de que puedan ser juzgados meramente por los resultados.

Si uno va a hacer alguna generalización en las condiciones actuales, debe ser ésta: que con un nivel de eficiencia bajo, el sistema funciona y posee elementos de permanencia. Estimo que la verdad sobre las condiciones económicas de Rusia en su fase actual puede ser, a grandes rasgos, como sigue.

Rusia es ahora un país de unos 140 millones de habitantes, de los que las seis séptimas partes son rurales y agrícolas en su modo de vida, y una séptima parte es urbana e industrial. La población urbana e industrial, que es lo que ve el visitante ocasional, no es independiente: es decir, vive con un nivel de vida que es más alto de lo que justifica su producto. Este gasto en exceso por parte de la población urbana se cubre por la explotación del campesino, que sólo es practicable porque la población urbana es una proporción numéricamente pequeña del conjunto del país. Así, el gobierno comunista puede mimar (comparativamente hablando) al trabajador proletario, a quien por supuesto cuida de un modo especial, por medio de la explotación del campesino; mientras que el campesino, a pesar de su explotación, no desea cambio de gobierno, porque le han dado su tierra. Con ello, se ha establecido un cierto equilibrio, tanto en la esfera económica como en la política, que da al gobierno soviético un relativo respiro para ensayar una reorganización económica seria.

El método oficial para explotar a los campesinos no radica tanto en los impuestos —aunque el impuesto sobre la tierra es una partida muy importante del presupuesto— cuanto en la política de precios. El monopolio del comercio de importación y exportación y el control virtual del producto industrial permiten a las autoridades mantener los precios relativos a niveles muy desventajosos para el campesino. Compran su trigo muy por debajo del nivel mundial y le venden textiles y otros bienes manufacturados apreciablemente por encima del precio mundial,[2] proporcionando la diferencia un fondo con el

2. El Comisariado Nacional para el Comercio Interior de la Caucasia septentrional informó en septiembre que el campesinado estaba ofreciendo menos cereal del que podía a causa de la posición desfavorable en relación a los bienes manufacturados. Los campesinos declaraban que «los precios del grano eran buenos, pero los costes de la ropa increíbles». El Comisariado consideraba que los campesinos obtenían unas tres yardas de tela por cada 36 libras de grano, mientras que de hecho reciben menos de una yarda.

cual pueden financiarse sus altos costes generales y la ineficiencia general de la industria y de la distribución. El monopolio del comercio de importación y exportación, que permite un divorcio entre los niveles de precios interiores y exteriores, puede manejarse de tal manera que mantenga la paridad del intercambio exterior a pesar de la depreciación del poder adquisitivo del dinero. Se reconoce que el valor real del rublo dentro de Rusia está muy depreciado en comparación con su valor exterior, medido por el cambio actual.

Estos mecanismos, aunque efectivos para su finalidad en el momento actual, y tal vez inevitables durante un tiempo, implican dos desastrosos factores de ineficiencia. El bajo valor de los productos agrícolas, en términos de productos industriales, es un serio impedimento para la producción de los primeros, que constituyen la riqueza real del país. El problema fundamental del gobierno soviético es colocarse en una posición financiera suficientemente fuerte para poder pagar al campesino a un nivel más próximo al valor real de su producto, lo cual produciría seguramente el efecto de proporcionarle los medios y el incentivo para una producción mucho mayor. Mientras tanto, el mimo a los trabajadores proletarios de las ciudades, cuyas rentas reales son algo así como el doble de las de los campesinos —y se dice que han alcanzado, teniendo en cuenta todo lo demás, casi el 80 por 100 de su nivel de anteguerra—, hace la vida de ciudad mucho más atractiva en comparación con la vida de campo. El estímulo a la migración del campo a la ciudad es mucho mayor de lo que justifica la capacidad de la industria, con sus equipos deteriorados y su deficiencia de capital circulante, para absorber nuevos trabajadores. Nada detendría la migración si no fuera por las dificultades de la construcción de edificios y la falta de empleo, actualmente, en las ciudades; a un campesino que llega a Moscú se le notifica en la estación que no puede encontrar ni trabajo ni alojamiento. Pero estos impedimentos sólo son efectivos después de que las ciudades se han transformado en superpobladas y el paro ha alcanzado proporciones inauditas. Durante dos años, el paro ha sido severo y creciente, y creo que ya están parados de un 20 a un 25 por 100 de los trabajadores industriales de Rusia, es decir, 1.500.000 de hombres, de un total de 6.000.000. Algunos, pero no todos, de estos hombres reciben de su industria un subsidio que representa aproximadamente un tercio de su salario normal, que, aun así, no es muy inferior a la renta salarial de los campesinos más pobres, con el re-

sultado de que este vasto ejército de parados representa una pesada carga sobre los recursos financieros de los establecimientos estatales. Esta condición de los negocios no sirve sino para reforzar una lección de economía burguesa, que es igualmente aplicable en un estado comunista, es decir, que causa un daño a la riqueza el hecho de alterar los niveles normales de precios relativos o los niveles normales de salarios relativos, de modo que algunas ocupaciones se hacen excesivamente atractivas en comparación con otras. Pero también enseña que males semejantes pueden surgir en condiciones totalmente diferentes y por causas totalmente diferentes; porque el problema ruso de salarios y de precios relativos descoordinados es, en parte, el mismo que tenemos nosotros.

Así, la renta real del campesino ruso no es mucho más de la mitad de lo que acostumbraba ser, mientras que el trabajador industrial ruso padece superpoblación y paro como nunca antes de ahora. Sin embargo, hay, sin duda, una cierta medida de estabilidad política y económica. El estado soviético *no* es tan ineficiente como para no poder sobrevivir. Ha vivido tiempos mucho peores que los actuales. Ha establecido una organización, cubriendo todas las actividades de la vida económica, que es ineficiente si se la considera con patrones normales, pero que se ha desarrollado al margen del caos y del vacío y, con todo, existe y funciona. Ha instituido un patrón de vida, que es bajo si se le compara con el nuestro, pero que se ha desarrollado sin hambre ni muerte y, con todo, proporciona algunas comodidades. Todos están de acuerdo en que la mejora en el último año es enorme. La cosecha de este año es tolerablemente buena. Las condiciones están manifiestamente en el grado más alto. Algunos de los grandiosos planes del nuevo régimen están empezando a tomar forma real. Leningrado se surtirá pronto de energía y luz por medio de una de las centrales generadoras más grandes y modernas del mundo. Los establecimientos de nueva planta, que van a proporcionar al campesino mejores semillas, en la mejor línea mendeliana, son amplios y están bien equipados. §

Después de un largo debate con Zinovieff [Presidente de la Ejecutiva de la Internacional Comunista. (*N. del e.*)], dos comunistas uniformados que le acompañaban se adelantaron a decirme una última palabra con toda la fe del fanatismo en sus ojos. «Le hacemos una profecía —dijeron—: de aquí a diez años, el nivel de vida en Rusia será más alto que antes de la guerra, y en el resto de Europa

será más bajo que antes de la guerra.» Considerando la riqueza natural de Rusia y la ineficiencia del antiguo régimen, y considerando también los problemas de la Europa occidental y nuestra aparente incapacidad para afrontarlos, ¿podemos confiar en que los camaradas no lo demostrarán?

## III. La capacidad de supervivencia del comunismo

§ Todavía no se ha respondido a mi tercera pregunta. § ¿Puede el comunismo, a lo largo del tiempo, cuando se vaya recubriendo de adulteraciones e impurezas, atraer a las masas?

No puedo contestar lo que sólo el tiempo aclarará. Pero me siento confiado en una conclusión: que si el comunismo logra cierto éxito, lo logrará no como una técnica económica mejorada sino como una religión. Nuestra crítica convencional tiende a cometer dos errores opuestos. Detestamos tanto el comunismo, considerado como una religión, que exageramos su ineficiencia económica; y estamos tan impresionados por su ineficiencia económica que lo subestimamos como religión.

Por el lado económico no puedo percibir que el comunismo ruso haya hecho ninguna contribución a nuestra problemática económica, que sea de interés intelectual o tenga valor científico. No pienso que contenga, o pueda contener, ningún elemento de técnica económica útil que no pudiéramos aplicar, si lo eligiéramos, con igual o mayor éxito en una sociedad que conservase todos los signos, no diré del capitalismo individualista del siglo XIX pero sí de los ideales burgueses británicos. Al menos teóricamente, no creo que haya ninguna mejora económica para la que la revolución sea un instrumento necesario. Por otra parte, lo tenemos todo que perder por los métodos de cambio violento. En las condiciones industriales occidentales, las tácticas de la revolución roja precipitarían a toda la población en un foso de pobreza y muerte.

Pero como religión, ¿cuáles son sus fuerzas? Tal vez sean considerables. La exaltación del hombre común es un dogma que ha conquistado las multitudes antes de ahora. *Cualquier* religión y el vínculo que une a los correligionarios tienen fuerza frente al atomismo egotista del irreligioso.

Porque el capitalismo moderno es absolutamente irreligioso, sin

unidad interna, sin mucho espíritu público, a menudo —aunque no siempre— un puro montón de propietarios y arribistas. Para sobrevivir, semejante sistema tiene que tener un éxito no sólo moderado sino inmenso. En el siglo XIX fue, en cierto sentido, idealista; de cualquier modo, fue un sistema cohesionado y seguro de sí mismo. No solamente tuvo un éxito inmenso, sino que mantuvo nuestras esperanzas de un continuo aumento de éxitos en perspectiva. Hoy tiene sólo un éxito moderado. Si el capitalismo irreligioso, en último término, ha de derrotar al comunismo religioso, no basta que sea económicamente más eficiente: tiene que ser mucho más eficiente.

Solemos creer que el capitalismo moderno no sólo ha sido capaz de mantener los patrones de vida actuales, sino que puede conducirnos gradualmente a un paraíso económico donde estaríamos relativamente libres de los cuidados económicos. Ahora dudamos si el hombre de negocios nos está llevando a un destino mucho mejor que nuestra situación actual. Considerado como medio es tolerable; considerado como fin no es tan satisfactorio. Uno empieza a preguntarse si las ventajas materiales de mantener el negocio y la religión en diferentes compartimentos son suficientes para compensar las desventajas morales. Los protestantes y los puritanos pudieron separarlos cómodamente, porque la primera actividad pertenece a la tierra y la segunda al cielo, que estaba en otra parte. El creyente en el progreso podía separarlas cómodamente porque consideraba el primero como medio para establecer el cielo en la tierra, en el futuro. Pero existe un tercer estado del espíritu, en el que no creemos plenamente ni en un cielo que está en otra parte ni en un progreso como medio seguro hacia un cielo en la tierra, en el futuro; y si el cielo no está ni en otra parte ni en el futuro, tiene que estar aquí y ahora o no estar en absoluto. Si el progreso económico no tiene un objetivo moral, entonces se deduce que no debemos sacrificar, ni siquiera por un momento, las ventajas morales a las materiales; en otras palabras, que no podemos mantener por más tiempo el negocio y la religión en compartimentos separados del alma. En la medida en que los pensamientos de un hombre son capaces de perderse por estos senderos, estará preparado para buscar con curiosidad algo en la esencia del comunismo, completamente diferente de la descripción de su aspecto exterior que pinta nuestra prensa.

De cualquier modo, a mí me parece mucho más claro cada día que el problema moral de nuestra época tiene que ver con el amor al

dinero, con la apelación habitual al motivo monetario en el 90 por 100 de las actividades de la vida, con el afán universal por conseguir la seguridad económica individual como principal objetivo del esfuerzo, con la aprobación social del dinero como medida de éxito constructivo y con la apelación social al instinto de acumulación como fundamento de la necesaria provisión para la familia y para el futuro. Las religiones decadentes a nuestro alrededor, que cada vez suscitan menos el interés de la gente, salvo que sean como una forma agradable de ceremonia mágica o de observancia social, han perdido su significación moral precisamente porque —a diferencia de algunas de sus primeras versiones— no tocan en lo más mínimo los problemas fundamentales de hoy. Una revolución en nuestros modos de pensar y sentir sobre el dinero puede convertirse en el objetivo creciente de las personificaciones contemporáneas del ideal. Por tanto, tal vez el comunismo ruso representa los primeros balbuceos de una gran religión.

Quien visita Rusia como extranjero que intenta captar la atmósfera sin prejuicios, debe sentir alternativamente, creo, dos estados de ánimo: el de opresión y el de exaltación. Sir Martin Conway, en su fiel y sincero volumen sobre *Art Treasures in Soviet Russia,* describe así su salida del país:

> Después de una parada muy larga, el tren circuló cerca de media milla hasta la frontera finlandesa, donde pasaportes, visados y equipajes fueron de nuevo examinados con meticulosidad mucho menor. La estación era de nueva construcción, un lugar agradable, sencillo, limpio y cómodo, atendido con mucha cortesía. Había una cantina encantadora, donde servían una comida sencilla, pero bien cocinada, en una atmósfera de hospitalidad.
>
> Me parece grosero decirlo, después de todas las atenciones que me han demostrado en Rusia, pero si he de decir toda la verdad debo dejar constancia aquí de que en esta estación fronteriza de Finlandia experimenté la sensación de que me quitaban un gran peso que me había estado oprimiendo. No puedo explicar exactamente cómo había sentido este peso. No experimenté la imposición del mismo al entrar en Rusia, pero a medida que pasaban los días parecía acumularse lentamente. La sensación de libertad desapareció gradualmente. Aunque todo era amable, uno sentía la presencia de una opresión, no en uno mismo, sino impregnándolo todo. Yo nunca me había sentido de un modo tan completo como un extraño en

> una tierra extranjera; en los días sucesivos, lo que al principio era un sentimiento débil tomó una forma más definida y se concretó en una opresión cada vez más consciente. Imagino que uno pudiera haber pasado por la misma experiencia en la Rusia de los zares. Los norteamericanos a menudo elogian lo que ellos llaman el «aire de libertad» que reclaman como característico de su país. Lo tienen en común con todos los dominios anglófonos. La atmósfera moral de Rusia es un compuesto muy diferente de química emocional.
>
> La parte de Finlandia a través de la que nuestro tren se abría camino ahora no era diferente en sus características físicas de las tierras al otro lado de la frontera, pero nos encontramos pasando junto a «agradables pequeñas propiedades», con signos de comodidad e incluso prosperidad ...

No podría transmitirse mejor esa clase de opresión. En parte, sin duda, es el fruto de la Revolución Roja; hay muchas cosas en Rusia que le impulsan a uno a rezar para que su país pueda alcanzar sus objetivos de otra manera. En parte, quizás, es el fruto de alguna bestialidad en la naturaleza rusa; o en las naturalezas rusa y judía cuando, como ahora, se han aliado. Pero en parte es un aspecto del soberbio celo de la Rusia roja, de su extrema seriedad, que en sus otros aspectos aparece como el espíritu de la exaltación. Nunca hubo nada tan *serio* como el ruso de la revolución, serio aun en su regocijo y abandono de espíritu; tan serio que a veces puede olvidarse del mañana y a veces puede olvidarse del hoy. A menudo, esta seriedad es ruda, estúpida y aburrida en extremo. El comunista medio es *incoloro,* exactamente como lo han sido los metodistas de todos los tiempos. La tensión de esa atmósfera es mayor que la que uno está acostumbrado a soportar y le viene la nostalgia de la agradable frivolidad de Londres.

Con todo, la exaltación, cuando se siente, es muy grande. Aquí —uno lo siente en algunos momentos—, a pesar de la pobreza, la estupidez y la opresión, está el laboratorio de la vida. Aquí los productos químicos se están mezclando en nuevas combinaciones, huelen mal y explotan. Existe la posibilidad de que pueda salir algo de todo esto. Y esta posibilidad hace que lo que está sucediendo en Rusia pueda tener más importancia que lo que está sucediendo, digamos, en los Estados Unidos de América.

Creo que en parte es razonable tener miedo de Rusia, como los caballeros que escriben en *The Times.* Pero si Rusia tiene que ser

una potencia en el mundo exterior, no será como consecuencia del dinero de Zinovieff. Rusia nunca nos importará seriamente a todos nosotros, a menos que sea como una fuerza moral. Así, como que ahora los hechos ya no admiten vuelta atrás, me gustaría darle a Rusia su oportunidad, ayudarla y no ponerle dificultades. Porque, después de considerarlo todo, si yo fuera ruso, ¡cuánto más contribuiría con una parte de mi actividad a la Rusia soviética que a la Rusia zarista! No podría comulgar con la nueva fe oficial más que con la vieja. Detestaría las acciones de los nuevos tiranos no menos que las de los viejos. Pero sentiría que mi mirada se dirigía hacia la posibilidad de hacer cosas, en lugar de apartarse de ella; que de la crueldad y estupidez de la vieja Rusia no podía surgir nada, pero que bajo la cueldad y estupidez de la nueva Rusia puede estar oculta alguna porción del ideal.

## 2. EL FIN DEL «LAISSEZ-FAIRE» (1926)

Este ensayo, que fue publicado como opúsculo por Hogarth Press en julio de 1926, se basó en la conferencia Sidney Ball, pronunciada por Keynes en Oxford, en noviembre de 1924, y en una conferencia dictada por él en la Universidad de Berlín en junio de 1926. Los capítulos IV y V se utilizaron en *Ensayos de Persuasión.*

### § I

La actitud hacia los asuntos públicos, que de modo adecuado resumimos en las expresiones individualismo y *laissez-faire,* se alimentó de muchas y diversas corrientes de pensamiento e impulsos sentimentales. Durante más de cien años nuestros filósofos nos gobernaron porque, por un milagro, casi todos ellos estuvieron de acuerdo o parecieron estarlo en esta única cosa. Todavía ahora no bailamos con otro ritmo. Pero se percibe un cambio en el ambiente. Sin embargo, oímos confusamente las que antaño fueron las más claras y distintivas voces que siempre han inspirado al hombre político. La orquesta de diversos instrumentos, el coro de sonido armonioso, se alejan finalmente en la distancia.

Al final del siglo XVIII, el derecho divino de los reyes cedió su lugar a la libertad natural y al contrato, y el derecho divino de la iglesia al principio de tolerancia y a la opinión de que una iglesia es «una sociedad voluntaria de hombres», que caminan juntos, de una manera que es «absolutamente libre y espontánea».[1] Cincuenta años más tarde, el origen divino y el imperativo categórico del deber ce-

1. Locke, *A Letter Concerning Toleration.*

dieron su lugar al cálculo utilitario. En manos de Locke y Hume estas doctrinas fundamentaron el individualismo. El contrato supone derechos en el individuo; la nueva ética, no siendo más que un estudio científico de las consecuencias del egoísmo racional, colocó al individuo en el centro. «El único esfuerzo que pide la virtud —dice Hume— es el del cálculo justo y una constante preferencia por la mayor felicidad.» [2] Estas ideas estaban de acuerdo con las nociones prácticas de conservadores y letrados. Ellas proporcionaron un fundamento intelectual satisfactorio para los derechos de propiedad y la libertad del individuo para hacer lo que le plazca consigo mismo y con lo que le pertenece. Esta fue una de las contribuciones del siglo XVIII al ambiente que todavía respiramos.

La finalidad de ensalzar al individuo fue deponer al monarca y a la iglesia; el efecto —a través de la nueva significación ética atribuida al contrato— fue afianzar la propiedad y la norma. Pero no tardaron en levantarse nuevamente las protestas de la sociedad contra el individuo. Paley y Bentham aceptaron el hedonismo [3] utilitarista de manos de Hume y sus predecesores, pero ampliándolo a la utilidad social. Rousseau tomó el contrato social de Locke y dedujo de él la voluntad general. En todos los casos la transición se realizó en virtud del nuevo énfasis puesto sobre la igualdad. «Locke aplica su contrato social a modificar la igualdad natural de la humanidad, en tanto esta expresión implica igualdad de propiedad o incluso de privilegio, atendiendo a la seguridad general. En la versión de Rousseau, la igualdad no es sólo el punto de partida sino la finalidad.»[4]

Paley y Bentham llegaron al mismo destino, pero por caminos diferentes. Paley evitó una conclusión egoísta a su hedonismo por medio del *Deus ex machina*. «La virtud —dijo— es hacer el bien a la humanidad, por obediencia a la voluntad de Dios, y por amor de la felicidad eterna»; volviendo de esta manera a la paridad entre *yo*

2. *An Inquiry Concerning the Principles of Morals*, sección LX.

3. «Omito —dice el arcediano Paley— mucha perorata corriente sobre la dignidad y capacidad de nuestra naturaleza, la superioridad del alma sobre el cuerpo, de la parte racional sobre la parte animal de nuestra constitución; sobre la excelencia, el refinamiento y la delicadeza de algunas satisfacciones, y la indignidad, grosería y sensualidad de otras; porque sostengo que los placeres no se diferencian en nada más que en la continuidad y la intensidad.» (*Principles of Moral and Political Philosophy*, libro I, cap. 6.)

4. Leslie Stephen, *English Thought in the Eighteenth Century*, II, p. 192.

y *los otros*. Bentham llegó al mismo resultado por la pura razón. No existe fundamento racional, argumentó, para preferir la felicidad de un individuo, aunque sea uno mismo, a la de cualquier otro. Por tanto, la mayor felicidad del mayor número es el único objeto racional de la conducta, tomando la utilidad de Hume, pero olvidando este corolario cínico del hombre sagaz: «No es contrario a la razón preferir la destrucción del mundo entero a un arañazo en mi dedo. No es contrario a la razón escoger para mí la ruina total para evitar la más pequeña incomodidad de un indio o de una persona totalmente desconocida para mí ... La razón es y sólo debe ser la esclava de las pasiones y no puede pretender nunca otra tarea que servirlas y obedecerlas».

Rousseau dedujo la igualdad del estado de la naturaleza, Paley de la voluntad de Dios, Bentham de una ley matemática de indiferencia. Así entraron la igualdad y el altruismo en la filosofía política y, a través de Rousseau y Bentham conjuntamente, pasaron a la democracia y al socialismo utilitarista.

Esta es la segunda corriente —surgida de controversias muertas desde hace tiempo y arrastradas en su camino por falacias largamente explotadas— que todavía impregna nuestra atmósfera de pensamiento. Pero no ha eliminado la corriente anterior. Se ha mezclado con ella. Los primeros años del siglo XIX realizaron la milagrosa unión. Ella armonizó el individualismo conservador de Locke, Hume, Johnson y Burke con el socialismo y el igualitarismo democrático de Rousseau, Paley, Bentham y Godwin.[5]

Sin embargo, hubiera sido difícil que esa época alcanzara esta armonía de cosas opuestas si no hubiera sido por los *economistas*, que surgieron precisamente en el momento oportuno. La idea de una armonía divina entre las ventajas privadas y el bien público es ya evidente en Paley. Pero fueron los economistas quienes dieron a la noción una buena base científica. ¡Supone que por la acción de las leyes naturales los individuos que persiguen sus propios intereses con

5. Godwin llevó tan lejos el *laissez-faire* que pensó que *todo* gobierno era un mal, en lo que Bentham estuvo casi de acuerdo. La doctrina de la igualdad se convierte con él en una doctrina de individualismo extremo, rayano en la anarquía. «El ejercicio universal de la opinión privada —dice— es una doctrina tan inefablemente maravillosa que el verdadero político sentirá ciertamente una infinita repugnancia en admitir la idea de interferir en él.» (Véase Leslie Stephen, *op. cit.*, II, p. 277.)

conocimiento de causa, en condiciones de libertad, tienden siempre a promover al propio tiempo el interés general! Nuestras dificultades filosóficas están resueltas, al menos para el hombre práctico, que puede concentrar entonces sus esfuerzos en asegurar las condiciones necesarias de libertad. A la doctrina filosófica según la cual el gobierno no tiene derecho a interferir, y a la doctrina divina según la cual no tiene necesidad de interferir, se añade una prueba científica de que su interferencia es inconveniente. Esta es la tercera corriente de pensamiento, que se puede descubrir precisamente en Adam Smith, lista en lo principal para permitir al bien público descansar en «el esfuerzo natural de cada individuo para mejorar su propia condición», pero no desarrollada completa y conscientemente hasta principios del siglo XIX. El principio del *laissez-faire* había llegado a armonizar individualismo y socialismo, y a conciliar el egoísmo de Hume con el mayor bien para el mayor número. El filósofo político podía retirarse en favor del hombre de negocios, porque el último podía alcanzar el *summum bonum* sólo con perseguir su propio beneficio privado.

Sin embargo, se necesitaban algunos otros ingredientes para completar el pastel. En primer lugar, la corrupción e incompetencia del gobierno del siglo XVIII, una gran parte de cuya herencia sobrevivió en el XIX. El individualismo de los filósofos políticos apunta al *laissez-faire*. La armonía divina o científica (según el caso) entre el interés privado y el interés público apunta al *laissez-faire*. Pero, por encima de todo, la ineptitud de los administradores públicos inclina decididamente al hombre práctico a favor del *laissez-faire*, sentimiento que de ningún modo ha desaparecido. Casi todo lo que hizo el estado en el siglo XVIII, por encima de sus funciones mínimas fue, o pareció, perjudicial o desafortunado.

Por otra parte, el progreso material entre 1750 y 1850 vino de la mano de la iniciativa individual y no debió casi nada a la influencia directiva de la sociedad organizada como un todo. Así, la experiencia práctica reforzó los razonamientos *a priori*. Los filósofos y economistas nos dijeron que por diversas y profundas razones la empresa privada sin trabas había promovido el mayor bien para todos. ¿Qué otra cosa hubiera podido agradar más al hombre de negocios? ¿Podía un observador práctico, mirándole, negar que los beneficios del progreso que distinguían la edad en la que él vivía se debían a las actividades de los individuos «en ascenso»? De esta

manera, el terreno era fértil para una doctrina según la cual, sobre bases divinas, naturales o científicas, la acción del estado debe limitarse estrechamente y la vida económica debe dejarse, sin regular hasta donde pueda ser, a la habilidad y buen sentido de los ciudadanos individuales, movidos por el motivo admirable de intentar su progreso en el mundo.

En la época en que estaba desvaneciéndose la influencia de Paley y sus semejantes, las innovaciones de Darwin conmovían los fundamentos de la fe. Nada podía parecer más opuesto que la vieja y la nueva doctrinas, la doctrina que vería el mundo como la obra del relojero divino y la doctrina que parecía sacar todas las cosas de la casualidad, del caos y de los viejos tiempos. Pero en aquel momento las nuevas ideas apuntalaron las viejas. Los economistas estaban enseñando que la riqueza, el comercio y la maquinaria eran las criaturas de la libre competencia y que la libre competencia hizo a Londres. Pero los darwinianos pudieron ir más lejos que eso: la libre competencia había hecho al hombre. El ojo humano ya no era la demostración del proyecto, discurriendo milagrosamente todas las cosas con la mejor intención; era el logro máximo de la casualidad, actuando en condiciones de libre competencia y *laissez-faire*. El principio de supervivencia del más apto podía considerarse como una amplia generalización de la economía ricardiana. Las interferencias socialistas venían a ser, a la luz de esta síntesis más completa, no sólo inconvenientes, sino sacrílegas, como calculadas para retrasar el movimiento progresivo del vigoroso proceso por medio del cual nosotros mismos habríamos salido como Afrodita del limo primitivo del océano.

Por tanto, atribuyo la unidad peculiar de la filosofía política diaria del siglo XIX al éxito que tuvo al armonizar escuelas diversas y opuestas y al unificar todas las cosas buenas para un único fin. Se ha visto que Hume y Paley, Burke y Rousseau, Godwin y Malthus, Cobbett y Huskisson, Bentham y Coleridge, Darwin y el obispo de Oxford, todos, estuvieron predicando prácticamente lo mismo: individualismo y *laissez-faire*. Ésta era la Iglesia de Inglaterra y aquéllos sus apóstoles, mientras que el gremio de los economistas estaba allí para probar que la menor desviación hacia la impiedad provocaba la ruina financiera.

Estas razones y esta atmósfera constituyen las explicaciones, tanto si lo sabemos como si no —y la mayoría de nosotros, en estos

degenerados días, somos ampliamente ignorantes en la materia—, de por qué sentimos una preferencia tan fuerte a favor del *laissez-faire*, y por qué la acción del estado para regular el valor del dinero, o el curso de la inversión, o la población, provoca suspicacias tan apasionadas en muchos corazones íntegros. No hemos leído a estos autores; consideraríamos absurdos sus argumentos si fueran a caer en nuestras manos. Sin embargo, me parece que no pensaríamos como lo hacemos si Hobbes, Locke, Hume, Rousseau, Paley, Adam Smith, Bentham y la señorita Martineau no hubieran pensado y escrito como lo hicieron. Un estudio de la historia de la opinión es un preámbulo necesario para la emancipación de la mente. No sé lo que hace más conservador a un hombre, si conocer sólo el presente o sólo el pasado.

## II

He dicho que fueron los economistas quienes proporcionaron el pretexto científico por medio del cual el hombre práctico pudo resolver la contradicción entre egoísmo y socialismo, que surgía del filosofar del siglo XVIII y de la decadencia de la religión revelada. Pero habiendo dicho esto en aras de la brevedad, me apresuro a matizarlo. Esto es lo que *se supone* que han dicho los economistas. Ninguna doctrina semejante se encuentra en los escritos de las principales autoridades. Es lo que dijeron los popularizadores y divulgadores. Es lo que fueron *llevados* a creer los utilitaristas, que admitían al mismo tiempo el egoísmo de Hume y el igualitarismo de Bentham, si querían hacer una síntesis.[6] El lenguaje de los economistas se prestaba a la interpretación del *laissez-faire*. Pero la popularidad de la doctrina debe dejarse a la puerta de los filósofos políticos de la época, a quienes resultó corresponder, más que a los economistas políticos.

La máxima *laissez-nous faire* se atribuye tradicionalmente al comerciante Legendre, dirigiéndose a Colbert poco antes de finalizar el siglo XVII.[7] Pero no hay duda de que el primer escritor que usó la

6. Se puede considerar con simpatía la opinión de Coleridge, tal como la resumió Leslie Stephen, según la cual «los utilitaristas destruyeron todo elemento de cohesión, hicieron de la sociedad una lucha de intereses egoístas y atentaron contra las mismas raíces de todo orden, patriotismo, poesía y religión».

7. «¿Que faut-il faire pour vous aider?», preguntó Colbert. «Nous laisser faire», respondió Legendre.

frase, y lo hizo en clara asociación con la doctrina, fue el marqués de Argenson, hacia 1751.[8] El marqués fue el primer hombre que se apasionó por las ventajas económicas de los gobiernos que dejan en libertad al comercio. Para gobernar mejor, dijo, se debe gobernar menos.[9] La verdadera causa de la decadencia de nuestras manufacturas, declaró, es la protección que les hemos dado.[10] «Laissez faire, telle devrait être la devise de toute puissance publique, depuis que le monde est civilisé ... Detestable principe que celui de ne vouloir grandeur que par l'abaissement de nos voisins! Il n'y a que la méchanceté et la malignité du coeur de satisfaites dans ce principe, et l'intérêt y est opposé. Laissez faire, morbleu! Laissez faire! ! » [11]

Aquí tenemos completamente arropada la doctrina económica del *laissez-faire*, con su más ferviente expresión en el libre comercio. Las frases y la idea deben haber sido corrientes en París desde entonces. Pero tardaron en consagrarse en la literatura; y la tradición que las asocia con los fisiócratas, y particularmente con Gournay y Quesnay, encuentra poco apoyo en los escritos de esta escuela, aunque ellos propusieron, por supuesto, la armonía esencial de los intereses sociales e individuales. La frase *laissez-faire* no se encuentra en las obras de Adam Smith, Ricardo o Malthus. Ni siquiera la idea está presente en forma dogmática en algunos de estos autores. Adam Smith, por supuesto, fue un librecambista y se opuso a muchas restricciones del comercio del siglo XVIII. Pero su actitud hacia las leyes de navegación y las de usura demuestra que no era dogmático. Incluso su famoso pasaje sobre «la mano invisible» refleja la filosofía que asociamos con

8. Para la historia de la frase, véase Oncken, «Die Maxime Laissez faire et laissez passer», de donde están tomadas muchas de las citas que siguen. Las quejas del marqués de Argenson pasaron inadvertidas hasta que Oncken las puso de manifiesto, en parte porque los pasajes relevantes publicados durante su vida eran anónimos (*Journal Œconomique*, 1751), y en parte porque sus obras no fueron publicadas de forma completa (aunque es probable que pasaran privadamente de mano en mano durante su vida) hasta 1858 (*Mémoires et Journal inédit du Marquis d'Argenson*).

9. «Pour gouverner mieux, il foudrait gouverner moins.»

10. «On ne peut dire autant de nos fabriques: la vraie cause de leur declin, c'est la protection outrée qu'on leur accorde.»

11. «Dejad hacer, tal debiera ser la divisa de todo poder público, desde que el mundo es civilizado ... ¡Detestable principio el de no querer grandeza más que por la decadencia de nuestros vecinos! No hay más que ruindad y malicia de corazón en los que se satisfacen con este principio, y el interés se opone a ello. ¡Dejad hacer, voto a bríos! ¡¡Dejad hacer!!» (*N. del t.*)

Paley, más que el dogma económico del *laissez-faire*. Como han señalado Sidgwick y Cliff Leslie, la defensa que hizo Adam Smith del «sistema obvio y sencillo de libertad natural» se deduce de su punto de vista teísta y optimista sobre el orden del mundo, tal como lo expuso claramente en su *Teoría de los sentimientos morales*, más que de cualquier otra proposición de la propia economía política.[12] La frase *laissez-faire*, según creo, se hizo por primera vez popular en Inglaterra a través de un pasaje bien conocido de Franklin.[13] En efecto, sólo en las últimas obras de Bentham —que no fue un economista en absoluto— descubrimos la regla del *laissez-faire*, en la forma en que la conocieron nuestros abuelos, adoptada al servicio de la filosofía utilitarista. Por ejemplo, en *Manual de Economía Política*,[14] escribe: «La regla general es que el gobierno no debe hacer ni intentar nada; la divisa o el lema del gobierno, en estas ocasiones, debe ser: ¡*Quieto*! ... La petición que la agricultura, las manufacturas y el comercio presentan a los gobiernos es tan modesta y razonable como la que hizo Diógenes a Alejandro: No me tapes el sol».

Desde entonces, la campaña política a favor del librecambio, la influencia de la denominada Escuela de Manchester y de los utilitaristas benthamitas, las declaraciones de autoridades económicas secundarias y las historias educativas de la señorita Martineau y de la señora Marcet, fijaron el *laissez-faire* en la mente popular, como conclusión práctica de la economía política ortodoxa. Con esta gran diferencia: que habiendo sido aceptada entretanto la visión malthusiana de la población por esta misma escuela de pensamiento, el optimista *laissez-faire* de la segunda mitad del siglo XVIII cedió su puesto al pesimista *laissez-faire* de la primera mitad del siglo XIX.[15]

12. Sidgwick, *Principles of Political Economy*, p. 20.

13. Bentham utiliza la expresión «*laissez-nous faire*». (*Works*, p. 440.)

14. Escrito en 1793, se publicó un capítulo en la *Bibliothèque Britannique* en 1798; se imprimió por primera vez en la edición de Bowring de sus *Works* (1843).

15. Cf. Sidgwick, *op. cit.*, p. 22: «Incluso aquellos economistas que se adhirieron en lo principal a las limitaciones de la esfera del gobierno según Adam Smith, exigieron estas limitaciones de un modo más bien poco entusiasta y nada triunfal; no como admiradores del orden social hoy por hoy resultante de la "libertad natural", sino como convencidos de que por lo menos es preferible a cualquier orden artificial por el que el gobierno pudiera sustituirlo».

En las *Conversations on Political Economy* de la señora Marcet (1817), Caroline se mantiene tanto como puede en favor del control del gasto del rico. Pero en la página 418 tiene que admitir la derrota:

> CAROLINE. Cuanto más aprendo sobre este tema, más me siento convencida de que los intereses de las naciones, como los de los individuos, lejos de oponerse entre sí, están en el más perfecto acuerdo.
>
> SRA. B. Las opiniones liberales y amplias llevarán siempre a conclusiones similares, y nos enseñan a abrigar sentimientos de benevolencia universal hacia los demás; de aquí la superioridad de la ciencia sobre el simple conocimiento práctico.

En 1850, las *Easy Lessons for the Use of Young People*, del arzobispo Whately, que la Sociedad para la promoción del credo cristiano distribuía al por mayor, no admite ni siquiera aquellas dudas que la Sra. B. permitió ocasionalmente tener a Caroline. «Probablemente causa más daño que bien —concluye el pequeño libro— cualquier interferencia del gobierno en las transacciones monetarias de los hombres, tanto si se arrienda como si se toma en arriendo, o en las compraventas de cualquier clase.» La *verdadera* libertad es «que a cada hombre debe dejársele en libertad de disponer de su propiedad, de su tiempo, fuerza y habilidad, en cualquier modo que él pueda pensar que le conviene, supuesto que no perjudique a sus vecinos».

En pocas palabras, el dogma se había apropiado de la máquina educativa; había llegado a ser una máxima para copiar. La filosofía política, que los siglos XVII y XVIII habían forjado para derribar a reyes y prelados, se había convertido en leche para bebés y había entrado literalmente en el cuarto de los niños.

Finalmente, en las obras de Bastiat llegamos a la expresión más extravagante y poética de la religión del economista político. En sus *Armonías Económicas*, dice:

> Intento demostrar la armonía de aquellas leyes de la Providencia que gobiernan la sociedad humana. Lo que hace que estas leyes sean armoniosas y no discordantes es que todos los principios, todos los motivos, todos los impulsos para la acción, todos los intereses, cooperan hacia un gran resultado final ... Y ese resultado es la aproximación indefinida de todas las clases hacia un nivel que

siempre es creciente; en otras palabras, la *igualación* de los individuos en la *mejora* general.

Y cuando, como otros sacerdotes, traza su *Credo*, lo hace como sigue:

> Creo que Él, que ha dispuesto el universo material, no ha apartado Su mirada del orden del mundo social. Creo que Él ha combinado y hecho que actúen en armonía tanto los agentes libres como las moléculas inertes ... Creo que la invencible tendencia social es una aproximación constante de los hombres hacia un nivel moral, intelectual y físico común, con, al mismo tiempo, una elevación progresiva e indefinida de ese nivel. Creo que todo lo que se necesita para un desarrollo gradual y pacífico de la humanidad es que sus tendencias no sean obstaculizadas y que la libertad de sus movimientos no sea destruida.

Desde la época de John Stuart Mill, economistas con autoridad han reaccionado fuertemente contra todas las ideas semejantes. «Apenas un solo economista inglés de reputación —como ha expresado el profesor Cannan— se adherirá a un ataque frontal contra el socialismo en general», aunque, como también añade, «casi todos los economistas, con reputación o sin ella, están siempre a punto de polemizar en la mayoría de propuestas socialistas».[16] Los economistas ya no tienen ningún vínculo con las filosofías teológicas o políticas que dieron nacimiento al dogma de la armonía social y su análisis científico les lleva a conclusiones diferentes.

Cairnes, en la conferencia introductoria sobre «Economía Política y *Laissez-faire*», que pronunció en el University College de Londres, en 1870, fue tal vez el primer economista ortodoxo que dirigió un ataque frontal contra el *laissez-faire* en general. «La máxima del *laissez-faire* —declaró— no tiene base científica alguna y a lo sumo es una simple y hábil regla práctica».[17] Esta ha sido, en los cincuenta

16. *Theories of Production and Distribution*, p. 494.

17. Cairnes describió bien la «noción predominante» en el siguiente pasaje de la misma conferencia: «La noción predominante es que la economía política intenta demostrar que la riqueza puede acumularse más deprisa y distribuirse de manera más conveniente; es decir, que el bienestar humano puede promoverse de un modo más efectivo por el simple procedimiento de permitir que la gente actúe por sí misma; es decir, dejando que los individuos sigan

años últimos, la opinión de todos los economistas importantes. Una parte del trabajo más notable de Alfred Marshall —por poner un ejemplo— se dedicó a la explicación de los principales casos en los que el interés privado y el interés social *no* estaban en armonía. Sin embargo, la actitud cauta y nada dogmática de los mejores economistas no ha prevalecido contra la opinión general de que un *laissez-faire* individualista es lo que ellos debieron enseñar y lo que de hecho enseñaron.

## III

Los economistas, como otros científicos, han escogido las hipótesis de las que parten, que ofrecen a los principiantes, porque es lo más simple y no porque sea lo más próximo a los hechos. En parte por esta razón, pero en parte —lo admito— porque se han visto sesgados por las tradiciones sobre la materia, han empezado suponiendo un estado de cosas en el que la distribución ideal de los recursos productivos puede producirse a través de la actuación independiente de los individuos, mediante el método de prueba y error, de tal modo que aquellos individuos que actúan en la dirección correcta eliminarán por la competencia a aquellos que lo hacen en la dirección equivocada. Esto implica que no debe haber piedad ni protección para aquellos que invierten su capital o su trabajo en la dirección errónea. Es un método que permite el ascenso de los que tienen más éxito en la persecución del beneficio, a través de una lucha despiadada por la supervivencia, que selecciona al más eficiente mediante la bancarrota del menos eficiente. No cuenta el coste de la lucha, sino sólo los beneficios del resultado final, que se supone son permanentes. Siendo el objeto de la vida cortar las hojas de las ramas hasta la mayor altura posible, la manera más plausible de alcanzar este fin es per-

---

los dictados del interés propio, sin limitarlos ni por el estado ni por la opinión pública, mientras no incurran en violencia o fraude. Ésta es la doctrina conocida comúnmente como *laissez-faire*; y de acuerdo con ella, me parece que a la economía política se la considera generalmente como una especie de traducción científica de esta máxima, una justificación de la libertad de la empresa individual y del contrato como la solución única e idónea de todos los problemas industriales».

mitir que las jirafas con el cuello más largo dejen morir de hambre a las que lo tienen más corto.

Concordando con este método de alcanzar la distribución ideal de los instrumentos de producción entre los diferentes fines, hay un supuesto similar sobre el modo de alcanzar la distribución ideal de lo que está disponible para el consumo. En primer lugar, cada individuo descubrirá cuál, entre los objetos posibles de consumo, *él* desea más, por el método de prueba y error «en el margen», y de esta manera no sólo cada consumidor distribuirá su consumo más ventajosamente, sino que cada objeto de consumo encontrará su camino hacia la boca del consumidor cuya satisfacción es la mayor cuando se la compara con la de los demás, porque ese consumidor ofrecerá más que los otros. Así, si dejamos que las jirafas se comporten libremente: 1. se cortará la máxima cantidad de hojas, porque las jirafas con el cuello más largo, a fuerza de matar de hambre a las otras, se colocarán más cerca de los árboles; 2. cada jirafa tratará de tomar las hojas que le parezcan más suculentas entre las que están a su alcance; y 3. las jirafas a las que apetezca una determinada hoja más que cualquier otra, se estirarán al máximo para alcanzarla. De esta manera, más y más jugosas hojas serán engullidas, y cada hoja alcanzará la garganta que ella crea que ha acreditado un mayor esfuerzo.

Sin embargo, este supuesto de condiciones en las que la selección natural sin limitaciones lleva al progreso, sólo es uno de los dos supuestos provisionales que, tomados como verdad literal, se han convertido en los contrafuertes gemelos del *laissez-faire*. El otro es la eficacia, y ciertamente la necesidad, de la oportunidad para hacer dinero privado ilimitadamente, como un *incentivo* al máximo esfuerzo. En condiciones de *laissez-faire* aumenta el beneficio del individuo que, por habilidad o por buena fortuna, se halla con sus recursos productivos en el lugar correcto y en el tiempo apropiado. Un sistema que permite al individuo industrioso o afortunado cosechar la totalidad de los frutos de esta coyuntura, ofrece evidentemente un inmenso incentivo para la práctica del arte de estar en el sitio adecuado y en el tiempo oportuno. De esta manera, uno de los motivos humanos más poderosos, es decir, el amor al dinero, se empareja con la tarea de distribuir los recursos económicos del modo mejor calculado para aumentar la riqueza.

El paralelismo entre el *laissez-faire* económico y el darwinismo, que ya se ha advertido brevemente, se ve ahora, como Herbert

Spencer fue el primero en reconocer, que es muy estrecho. Al igual que Darwin invocó el amor sexual, que actúa a través de la selección sexual, como ayuda de la selección natural mediante la competencia, para dirigir la evolución a lo largo de las líneas que serían tan deseables como efectivas, así el individualista invoca el amor al dinero, actuando a través de la persecución del beneficio, como ayuda de la selección natural, para obtener la producción en la escala más grande posible de lo que se desea con más fuerza, medido por el valor de cambio.

La belleza y la simplicidad de una teoría semejante son tan grandes que es fácil olvidar que no se deduce de los hechos, sino de una hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad. Aparte de otras objeciones que se mencionarán más adelante, la conclusión de que los individuos que actúan independientemente para su propio provecho producirán el mayor agregado de riqueza depende de una variedad de supuestos irreales, en el sentido de que los procesos de producción y consumo no son de ninguna manera orgánicos, que existe un conocimiento previo suficiente de las condiciones y requisitos y que existen oportunidades adecuadas de obtener este conocimiento. Porque los economistas, generalmente, dejan para una etapa posterior de su argumentación las complicaciones que aparecen —1. cuando las unidades eficientes de producción son grandes en relación con las unidades de consumo; 2. cuando los gastos generales o costes comunes están presentes; 3. cuando las economías internas tienden a la agregación de la producción; 4. cuando el tiempo necesario para el ajuste es largo; 5. cuando la ignorancia prevalece sobre el conocimiento; 6. cuando los monopolios y las concentraciones interfieren en la igualdad en la negociación—; dejan para un estadio posterior su análisis de los hechos reales. Además, muchos de aquellos que reconocen que la hipótesis simplificada no corresponde con precisión al hecho concluyen, sin embargo, que representa lo que es «natural» y por tanto ideal. Consideran la hipótesis simplificada como salud y las complicaciones adicionales como enfermedad.

Sin embargo, además de esta cuestión de hecho hay otras consideraciones, bastante familiares, que nos llevan directamente al cálculo del coste y al carácter de la propia lucha competitiva y a la tendencia a que la riqueza se distribuya donde no es muy apreciada. Si nos preocupa el bienestar de las jirafas, no debemos pasar por alto los sufrimientos de los cuellos más cortos que están muertos de hambre

o las dulces hojas que caen al suelo y son pisoteadas en la lucha, o el hartazgo de las que tienen el cuello largo, o el mal aspecto de ansiedad o voracidad agresiva que nubla los pacíficos rostros del rebaño.

Pero los principios del *laissez-faire* han tenido otros aliados, además de los manuales de economía. Debe admitirse que han sido confirmados en las mentes de pensadores profundos y del público razonable por la escasa calidad de las propuestas alternativas: el proteccionismo por un lado y el socialismo marxista por el otro. Sin embargo, estas doctrinas se caracterizan no sólo, o principalmente, por infringir la presunción general en favor del *laissez-faire*, sino por la simple falacia lógica. Ambos son ejemplos de pobreza de pensamiento, de incapacidad para analizar un proceso y seguirlo hasta su conclusión. Los argumentos contra ellos, aunque reforzados por el principio del *laissez-faire*, en rigor no lo necesitan. De los dos, el proteccionismo es por lo menos plausible, y las fuerzas que trabajan por su popularidad no son de extrañar. Pero el socialismo marxista ha de permanecer siempre como un portento para los historiadores de la opinión: cómo una doctrina tan ilógica y tan torpe puede haber ejercido, de modo tan poderoso y duradero, una influencia sobre las mentes de los hombres y, a través de ellas, sobre los acontecimientos de la historia. De alguna manera, las evidentes deficiencias científicas de estas dos escuelas contribuyeron grandemente al prestigio y autoridad del *laissez-faire* decimonónico.

Tampoco ha animado la más notable divergencia en la acción social centralizada a gran escala —el régimen de la última guerra— a los reformadores ni ha disipado los antiguos prejuicios. Hay mucho que decir, ciertamente, sobre ambos extremos. La experiencia de la guerra en la organización de la producción socializada ha dejado a algunos observadores próximos optimistamente ansiosos de repetirla en condiciones de paz. El socialismo de guerra alcanzó incuestionablemente una producción de riqueza en una escala mucho mayor que la que nosotros hayamos conocido nunca en la paz, pues aunque los bienes y servicios producidos eran destinados a la extinción inmediata e inútil, no obstante eran riqueza. Sin embargo, la disipación del esfuerzo fue también prodigiosa y la atmósfera de despilfarro y de no tener en cuenta el coste molestó a cualquier espíritu ahorrativo o providente.

Finalmente, el individualismo y el *laissez-faire*, a pesar de sus profundas raíces en las filosofías políticas y morales de finales del

siglo XVIII y principios del XIX, no podían haber asegurado su dominio perpetuo sobre la dirección de los asuntos públicos, si no hubiera sido por su conformidad con las necesidades y los deseos del mundo de los negocios de la época. Ellos llenaron de objeto a nuestros héroes de antaño, los grandes hombres de negocios. «Por lo menos la mitad del mejor talento en el mundo occidental —acostumbraba decir Marshall— se dedica a los negocios.» Una gran parte de «la imaginación más eminente» de la época estuvo empleada de este modo. Fue en las actividades de estos hombres donde estuvieron centradas nuestras esperanzas de progreso.

> Los hombres de este tipo —escribió Marshall—[18] viven experimentando constantemente visiones cambiantes, modeladas en su propio cerebro, de los diferentes medios que pueden conducirles al fin deseado; de las dificultades que la naturaleza pone en cada camino y de las estratagemas con que piensan que podrán vencerlas. Este esfuerzo imaginativo no es apreciado por el público, ya que no puede mostrarse exteriormente; su potencialidad está disciplinada por una fuerte voluntad; y su mayor gloria consiste en haber logrado grandes fines por medios tan sencillos que nadie llegue a saber, y sólo los expertos puedan adivinar, cuántos otros procedimientos, todos ellos más atractivos y brillantes para un observador precipitado, ha sido necesario descartar a favor del elegido. La imaginación de un hombre de este tipo se emplea, igual que la de un ajedrecista, en adivinar los obstáculos que pueden oponerse al desarrollo normal de sus ambiciosos planes y en desechar constantemente las jugadas brillantes al imaginar las reacciones del adversario contra las mismas. La gran resistencia de su sistema nervioso figura al extremo opuesto, en la escala de la naturaleza humana, de la nerviosa irresponsabilidad de quienes conciben precipitadamente proyectos utópicos. Éstos pueden ser comparados con los malos ajedrecistas, quienes con fácil osadía resuelven rápidamente los problemas más difíciles moviendo ellos mismos todas las piezas, tanto las blancas como las negras.

Esta es una excelente pintura del gran capitán de industria, del maestro del individualismo, que nos sirve al propio tiempo que se sirve a sí mismo, justo como lo hace cualquier otro artista. Sin em-

18. «Posibilidades sociales de la caballerosidad económica», *Economic Journal*, XVII (1907), p. 9.

bargo, a su vez, se está convirtiendo en un ídolo deslucido. Cada vez dudamos más de que sea él quien nos conduzca de la mano al paraíso.

Todos estos elementos han contribuido a la tendencia intelectual corriente, al maquillaje mental, a la ortodoxia de la época. La fuerza de muchas de las razones originales ha desaparecido, pero, como de costumbre, la vitalidad de las conclusiones la sobrevive. Sugerir una acción social en favor del bien público de la ciudad de Londres es como discutir el *Origen de las Especies* con un obispo de hace sesenta años. La primera reacción no es intelectual, sino moral. Lo que se discute es una ortodoxia, y cuanto más persuasivos sean los argumentos, tanto más grave será la ofensa. Sin embargo, aventurándome en la cueva del monstruo aletargado, por lo menos he rastreado sus quejas y su genealogía, de manera que demuestre que nos ha gobernado más por derecho hereditario que por mérito personal.

## IV §

Eliminemos los principios metafísicos o generales sobre los que, de cuando en cuando, se ha fundamentado el *laissez-faire*. *No* es verdad que los individuos tengan una «libertad natural» sancionada por la costumbre en sus actividades económicas. *No* existe un «convenio» que confiera derechos perpetuos sobre lo que Tienen o sobre lo que Adquieren. El mundo *no* se gobierna desde arriba, de manera que no siempre coinciden el interés privado y el social. *No* es dirigido aquí abajo de manera que coincidan en la práctica. *No* es una deducción correcta de los principios de la economía que el interés propio ilustrado produzca siempre el interés público. Ni es verdad que el interés propio *sea* generalmente ilustrado; más a menudo, los individuos que actúan por separado persiguiendo sus propios fines son demasiado ignorantes o demasiado débiles incluso para alcanzar éstos. La experiencia *no* demuestra que los individuos, cuando forman una unidad social, son siempre menos clarividentes que cuando actúan por separado.

Por lo tanto, no podemos establecer sobre fundamentos abstractos, sino que debemos tratar en detalle, los méritos de lo que Burke denominaba «uno de los problemas más delicados en legislación, es decir, determinar lo que el estado debe asumir para dirigir por la

sabiduría pública, y lo que debe dejar, con tan poca interferencia como sea posible, al esfuerzo individual».[19] Hemos de distinguir entre lo que Bentham, en su olvidada pero útil nomenclatura, acostumbraba a denominar *agenda* y *no-agenda*, y hacer esto sin la presunción previa de Bentham de que la interferencia es, al mismo tiempo, «generalmente inútil» y «generalmente perniciosa».[20] Tal vez la principal tarea de los economistas en esta hora sea distinguir de nuevo la *agenda* del gobierno de la *no-agenda*; y la tarea pareja de los políticos sea ingeniar formas de gobierno dentro de una democracia que sean capaces de cumplir la *agenda.* Ilustraré lo que pienso mediante dos ejemplos.

1. Creo que en muchos casos la medida ideal para la unidad de control y organización está situada en algún punto entre el individuo y el estado moderno. Sugiero, por tanto, que el progreso radica en el aumento del reconocimiento de los cuerpos semiautónomos dentro del estado —cuerpos cuyo criterio de acción dentro de su propio campo es únicamente el bien público tal como ellos lo entienden, y de los cuales están excluidos los motivos de reflexión de interés privado; aunque todavía pueda ser necesario dejarles algún lugar, hasta que el ámbito del altruismo de los hombres se amplíe al interés de grupos particulares, clases o facultades—, cuerpos que en el curso ordinario de los negocios son principalmente autónomos dentro de sus limitaciones prescritas, pero que están sujetos en último término a la soberanía de la democracia expresada a través del Parlamento.

Propongo una vuelta, si puede decirse así, hacia las concepciones medievales de autonomías separadas. Pero, al menos en Inglaterra, las corporaciones son un modo de gobierno que jamás ha dejado de ser importante y es consustancial a nuestras instituciones. Es fácil dar ejemplos de lo que ya existe, de autonomías separadas que han tomado la modalidad que he dicho o se están acercando a ella: las universidades, el Banco de Inglaterra, el Puerto de Londres, incluso tal vez las compañías de ferrocarril. En Alemania hay, sin duda, instancias análogas.

Pero más interesante que éstas es la tendencia de las instituciones

19. § Citado por McCulloch en sus *Principios de Economía Política.* §
20. *Manual de Economía Política* de Bentham, publicado póstumamente en la edición de Bowring (1843).

capitalistas, cuando han alcanzado una cierta edad y tamaño, a aproximarse al *status* de las corporaciones públicas más que al de la empresa privada individualista. Uno de los desarrollos más interesantes e inadvertidos de las recientes décadas ha sido la tendencia de la gran empresa a socializarse. En el crecimiento de una gran institución —particularmente un gran ferrocarril o una gran empresa de utilidad pública, pero también un gran banco o una gran compañía de seguros— se llega a un punto en el que los propietarios del capital, es decir, los accionistas, están casi enteramente disociados de la dirección, con el resultado de que el interés personal directo de la última en la persecución del mayor beneficio viene a ser completamente secundario. Cuando se alcanza este estadio, la estabilidad general y el prestigio de la institución son más tenidos en cuenta por la dirección que el beneficio máximo por los accionistas. A éstos debe bastarles con percibir dividendos convencionalmente adecuados; pero una vez que esto queda asegurado, el interés directo de la dirección consiste a menudo en evitar las críticas del público y de los clientes de la empresa. Este es particularmente el caso si su gran tamaño o su posición semimonopolista atraen la atención del público y la hacen vulnerable a los ataques de éste. Tal vez el ejemplo extremo de esta tendencia en el caso de una institución, teóricamente la propiedad sin limitaciones de personas privadas, sea el Banco de Inglaterra. Es casi cierto decir que no hay ninguna clase de personas en el reino en quienes menos piense el gobernador del Banco de Inglaterra, cuando decide sobre su política, que en sus accionistas. Sus derechos, más allá de su dividendo convencional, se han hundido en las proximidades del cero. Pero lo propio es parcialmente cierto en muchas otras grandes instituciones. A medida que pasa el tiempo, están socializándose por sí mismas.

No se trata de una ganancia pura. Las mismas causas promueven el conservadurismo y la decadencia de la empresa. De hecho, ya tenemos en estos casos muchos de los defectos, así como de las ventajas, del socialismo de estado. Sin embargo, aquí vemos, creo, una línea natural de evolución. La batalla del socialismo contra el beneficio privado ilimitado está siendo ganada en detalle, hora por hora. En estos campos particulares —continúa siendo agudo en otras partes— este no es ya el problema apremiante. No hay, por ejemplo, ninguna cuestión política de las que se consideran importantes que sea tan realmente intrascendente, tan irrelevante para la reorganización de la

vida económica de Gran Bretaña, como la nacionalización de los ferrocarriles.

Es verdad que muchas grandes empresas, particularmente empresas de servicios públicos y otras, requieren un gran capital fijo, incluso necesitan estar semisocializadas. Pero debemos ser flexibles al contemplar las formas de este semisocialismo. Debemos aprovechar por completo las tendencias naturales de la época y probablemente debemos preferir corporaciones semiautónomas a órganos del gobierno central de los que son directamente responsables los ministros del estado.

Critico el socialismo de estado doctrinario, no porque aspire a poner los impulsos altruistas de los hombres al servicio de la sociedad, o porque parta del *laissez-faire*, o porque reduzca la libertad natural del hombre para conquistar el mundo, o porque tenga valor para realizar experimentos audaces. Aplaudo todas estas cosas. Lo critico porque pierde la significación de lo que está ocurriendo realmente; porque, de hecho, es poco más que una reliquia cubierta de polvo de un plan para afrontar los problemas de hace cincuenta años, basado en una comprensión equivocada de lo que alguien dijo hace cien años. El socialismo de estado del siglo XIX procede de Bentham, la libre competencia, etc., y es una versión, en algunos aspectos más clara y en otros más confusa, de la misma filosofía en la que se basa el individualismo decimonónico. Ambos ponen igualmente todo su énfasis en la libertad, el uno negativamente para evitar las limitaciones de la libertad existente, el otro positivamente para destruir los monopolios naturales o adquiridos. Son reacciones diferentes a la misma atmósfera intelectual.

2. A continuación llegamos a un criterio de la *agenda* que es particularmente relevante en relación con lo que es urgente y deseable hacer en el próximo futuro. Debemos tender a separar aquellos servicios que son *técnicamente sociales* de aquellos que son *técnicamente individuales*. La *agenda* del estado más importante no se refiere a aquellas actividades que los individuos privados ya están desarrollando, sino a aquellas funciones que caen fuera de la esfera del individuo, aquellas decisiones que *nadie* toma si el estado no lo hace. Lo importante para el gobierno no es hacer cosas que ya están haciendo los individuos, y hacerlas un poco mejor o un poco peor, sino hacer aquellas cosas que en la actualidad no se hacen en absoluto.

No es mi propósito en esta ocasión desarrollar políticas prácticas.

Por tanto, me limito a enumerar algunos ejemplos de lo que quiero decir, entre aquellos problemas sobre los que he reflexionado más.

Muchos de los mayores males económicos de nuestro tiempo son la consecuencia del riesgo, la incertidumbre y la ignorancia. Ello es así porque los individuos particulares, afortunados en situación o capacidad, pueden aprovecharse de la incertidumbre y de la ignorancia, y también porque por la misma razón los grandes negocios son a menudo una lotería y existen grandes desigualdades de riqueza; y estos mismos factores son también la causa del desempleo del trabajo, o de la frustración de expectativas razonables de negocio, y del deterioro de la eficiencia y de la producción. Sin embargo, el remedio no está al alcance de la acción de los individuos; incluso puede que convenga a sus intereses agravar la enfermedad. Creo que el remedio para estas cosas ha de buscarse en parte en el control deliberado del dinero y del crédito por medio de una institución central, y en parte en la recogida y publicación en gran escala de datos relativos a la situación económica, incluyendo la publicidad completa, si es necesario por ley, de todos los hechos económicos que sea útil conocer. Estas medidas involucrarían a la sociedad en el ejercicio de la inteligencia directiva a través de algún órgano de acción apropiado sobre muchos de los enredos internos de los negocios privados, aunque dejarían en libertad la iniciativa y la empresa privadas. Aun suponiendo que estas medidas se mostraran insuficientes, nos proporcionarían un mejor conocimiento que el que tenemos ahora para dar el siguiente paso.

Mi segundo ejemplo se refiere a los ahorros y a la inversión. Creo que hace falta alguna acción coordinada de juicio inteligente en la medida en que es deseable que la comunidad como un todo ahorre, en la medida en que estos ahorros vayan al exterior en forma de inversiones extranjeras, y si la organización actual del mercado de inversión distribuye los ahorros por los canales más productivos para el país. No creo que estos asuntos tengan que dejarse enteramente al arbitrio de la opinión y de los beneficios privados, como ahora.

Mi tercer ejemplo se refiere a la población. Ya ha llegado el momento en que cada país necesita una política nacional meditada sobre qué tamaño de la población, mayor, igual o menor que el actual, es más conveniente. Y habiendo establecido esta política, debemos tomar las providencias para desarrollarla. Puede llegar el tiempo, un poco más adelante, en que la comunidad como un todo deba prestar aten-

ción tanto a la cualidad innata como a las simples cifras de sus futuros miembros.

## V [21]

Estas reflexiones se han dirigido hacia las mejoras posibles en la técnica del capitalismo moderno por medio de la agencia de la acción colectiva. No hay nada en ellas seriamente incompatible con lo que me parece es la característica esencial del capitalismo, es decir, la dependencia de un intenso atractivo por hacer dinero y por los instintos de amor al dinero de los individuos como principal estímulo de la máquina económica. Ni debo desviarme, tan cerca del final, hacia otros campos. Sin embargo, hago bien en recordarles, en conclusión, que las discusiones más vehementes y las divisiones de opinión más profundamente sentidas se producirán probablemente en los próximos años, no en torno a cuestiones técnicas, en las que los argumentos por ambas partes son principalmente económicos, sino en torno a aquellas que, a falta de mejores palabras, pueden denominarse psicológicas o, tal vez, morales.

En Europa, o al menos en algunas parte de Europa —pero no, pienso, en los Estados Unidos de América—, existe una reacción latente, algo difusa, en contra de fundamentar la sociedad, en la medida en que lo hacemos, en alimentar, animar y proteger los motivos monetarios de los individuos. Una preferencia por organizar nuestros asuntos de tal manera que el motivo monetario fuera lo más pequeño posible, en lugar de ser lo mayor posible, no necesita ser enteramente *a priori*, sino que puede basarse en la comparación de experiencias. Diferentes personas, de acuerdo con su elección de profesión, ven que el motivo monetario desempeña un papel mayor o menor en su vida diaria, y los historiadores pueden hablarnos sobre otras fases de la organización social en las que este motivo ha desempeñado un papel mucho menor que en la actualidad. La mayoría de religiones y la mayoría de filosofías critican, por decirlo de un modo discreto, un modo de vida que esté influido principalmente por consideraciones de beneficio monetario personal. Por otra parte, la mayoría de los

21. El número del capítulo no aparece, por supuesto, en la edición original de *Ensayos de persuasión*. (*N. del e.*)

hombres de hoy rechaza las nociones ascéticas y no duda de las ventajas reales de la riqueza. Además, les parece obvio que uno no pueda prescindir del motivo monetario y que, aparte ciertos abusos admitidos, éste desempeña bien su papel. En resumen, el hombre medio desvía su atención del problema y no tiene una idea clara de lo que realmente piensa y siente respecto a toda esta confusa cuestión.

La confusión del pensamiento y del sentimiento lleva a la confusión del lenguaje. Mucha gente, que está realmente criticando al capitalismo como modo de vida, argumenta como si lo estuviera haciendo sobre la base de su ineficiencia para alcanzar sus propios objetivos. Por el contrario, los devotos del capitalismo son a menudo indebidamente conservadores, y rechazan las reformas de su técnica, que podrían realmente reforzarlo y conservarlo, por miedo a que el resultado pueda constituir un primer paso hacia lo que ya no será el propio capitalismo. Sin embargo, puede llegar un día en el que veamos más claro que ahora cuándo estamos hablando del capitalismo como una técnica eficiente o ineficiente, y cuándo estamos hablando de él como algo deseable o cuestionable en sí mismo. Por mi parte, pienso que el capitalismo, dirigido con sensatez, puede probablemente hacerse más eficiente, para alcanzar fines económicos, que cualquier sistema alternativo a la vista, pero que en sí mismo es en muchos sentidos extremadamente cuestionable. Nuestro problema es construir una organización social que sea lo más eficiente posible sin contrariar nuestra idea de un modo de vida satisfactorio.

El siguiente paso adelante debe venir, no de la agitación política o de los experimentos prematuros, sino del pensamiento. Necesitamos aclarar nuestros propios sentimientos mediante un esfuerzo de la mente. En la actualidad, nuestra simpatía y nuestra opinión propenden a estar en lados diferentes, lo que constituye un estado mental angustioso y paralizante. En el campo de la acción, los reformadores no tendrán éxito hasta que puedan perseguir firmemente un objetivo claro y definido, con su inteligencia y sus sentimientos en sintonía. No hay ningún partido en el mundo, en el momento actual, que me parezca estar persiguiendo objetivos correctos por medio de métodos correctos. La pobreza material proporciona el incentivo para cambiar precisamente en situaciones en las que hay muy poco margen para la experimentación. La prosperidad material suprime el incentivo precisamente cuando no sería arriesgado probar suerte. Europa carece de

medios, y Norteamérica de voluntad, para dar algún paso. Necesitamos una nueva serie de convicciones que broten naturalmente de un sincero examen de nuestros propios sentimientos íntimos en relación con los hechos exteriores.

## 3. ¿SOY UN LIBERAL? (1925)

«¿Soy un liberal?» se pronunció en forma de conferencia en la Escuela de Verano del Partido Liberal, desarrollada en Cambridge en agosto de 1925. Se publicó en forma de dos artículos en *Nation and Athenaeum*, los días 8 y 15 de agosto de 1925.

El texto mecanografiado de versiones publicadas varía sólo ligeramente de las palabras originales, con la excepción de una omisión interesante, en la que Keynes amplía el tema de su verdadero reparo al Partido Laborista. Los párrafos en cuestión vienen después de la frase que termina así: « ... la guerra de *clases* me encontrará del lado de la *bourgeoisie* educada». En su conferencia de la Escuela de Verano del Partido Liberal, Keynes continuó:

> Pero esta no es la dificultad fundamental. Estoy dispuesto a sacrificar mis patriotismos locales a una finalidad general importante. ¿Cuál es el verdadero rechazo que me mantiene fuera del Partido Laborista?
>
> No puedo explicarlo sin comenzar por aproximarme a mi posición fundamental. Creo que en el futuro, más que nunca, las cuestiones sobre el marco económico de la sociedad serán, con mucho, lo más importante de los temas políticos. Creo que la solución correcta implicará elementos intelectuales y científicos que no estarán al alcance de la ingente masa de votantes más o menos analfabetos. Ahora bien, en una democracia, cada partido semejante tiene que depender de esta masa de votantes poco ilustrados, y ningún partido conseguirá el poder a menos que pueda ganar la confianza de estos votantes, persuadiéndoles, de un modo general, de que tiene la intención de promover sus intereses o de que se propone satisfacer sus pasiones. Sin embargo, hay diferencias entre los distintos partidos en la medida en que la máquina de cada uno de ellos se democratiza hasta los tuétanos y la preparación del progra-

ma del partido se democratiza en sus detalles. A este respecto, el Partido Conservador se encuentra, con mucho, en la mejor posición. El círculo interno del partido puede casi dictar los detalles y la técnica de la política. Tradicionalmente, la dirección del Partido Liberal era también bastante autocrática. Recientemente ha habido movimientos nada recomendables [las dos últimas palabras estaban intercaladas en lápiz. (*N. del e.*)] en la dirección de democratizar los detalles del programa del partido. Ha sido una reacción contra un liderazgo débil y dividido, para lo que, de hecho, no hay otro remedio más que un liderazgo fuerte y unido. Con un liderazgo fuerte, la técnica de la política, como algo distinto de los principios fundamentales, podría dictarse todavía desde arriba. El Partido Laborista, por otra parte, está en una posición mucho más débil. No creo que los elementos intelectuales del partido ejerciten nunca un control adecuado ...

## I

Si uno ha nacido animal político, es de lo más incómodo no pertenecer a ningún partido; uno se siente abandonado, solitario e inútil. Si el partido de uno es fuerte y su programa y su filosofía son atractivos, y si satisface los instintos gregarios, prácticos e intelectuales, todos al mismo tiempo, ¡qué agradable debe ser! —vale la pena destinarle una suscripción generosa y todo el tiempo disponible—, si se es animal político.

Así, el animal político que no puede resignarse a pronunciar las palabras de desprecio: «No soy hombre de partido», preferirá pertenecer a cualquier partido antes que no pertenecer a ninguno. Si no puede encontrar un hogar en virtud del principio de atracción, tiene que encontrarlo en virtud del principio de repulsión y va a los que le desagradan menos, antes que permanecer aislado.

Consideremos ahora mi propio caso: ¿A dónde he ido a parar en virtud de esta prueba negativa? ¿Cómo podría resignarme a ser un conservador? No me ofrecen ni comida ni bebida, ni consuelo intelectual o espiritual. No me sentiría divertido, ni estimulado, ni edificado. Lo que es común en la atmósfera, la mentalidad, la visión de la vida de —bien, no mencionaré nombres— no promueve ni mi interés propio ni el bien público. No lleva a ninguna parte; no satisface ningún ideal; no conforma ningún patrón intelectual; ni siquie-

ra es sano o está calculado para defender, frente a los que lo arruinan, el grado de civilización que ya hemos alcanzado.

Entonces, ¿debo adherirme al Partido Laborista? Superficialmente esto es más atractivo. Pero si bien se mira hay grandes dificultades. Para empezar, es un partido de clase, y la clase no es la mía. Si he de perseguir intereses sectoriales, perseguiré el mío propio. Cuando se llega a la lucha de clases como tal, mi patriotismo local y personal, como los de cualquier otro, excepto algunos entusiastas desagradables, está vinculado a mi propio ambiente. Puedo estar influido por lo que me parece ser justicia y buen sentido, pero la guerra de *clases* me encontrará del lado de la *bourgeoisie* educada.

Pero, por encima de todo, no creo que los elementos intelectuales del Partido Laborista ejerzan nunca un control adecuado: siempre será demasiado lo que deciden aquellos que no saben *en absoluto* de qué están hablando; y si —lo que no es improbable— el control del partido lo detenta un círculo interno autocrático, este control será ejercido en interés del ala extrema izquierda, la sección del Partido Laborista que definiría como partido de la catástrofe.

Según la prueba negativa, me inclino a creer que el Partido Liberal es todavía el mejor instrumento de programa futuro, pero sólo si tuviera un liderazgo fuerte y el programa adecuado.

Pero cuando pasamos a considerar el problema del partido desde un punto de vista positivo —en relación a lo que atrae, más que a lo que repele— el aspecto es lúgubre en todos los partidos semejantes, tanto si ponemos nuestras esperanzas en la línea política como si las depositamos en los hombres. Y la razón es la misma en cada caso. Las cuestiones de partido históricas del siglo XIX están tan muertas como la carne de cordero de la semana pasada, y mientras van surgiendo las cuestiones del futuro, éstas todavía no se han convertido en cuestiones de partido y se encuentran más allá de las fronteras tradicionales entre los partidos.

La libertad civil y religiosa, el sufragio, la cuestión irlandesa, el autogobierno de los Dominios, el poder de la Cámara de los Lores, la imposición progresiva de rentas y patrimonios, la utilización generosa de los ingresos públicos para la «reforma social», es decir, seguridad social frente a la enfermedad, el paro y la vejez, educación, construcción de casas y salud pública: todas estas causas por las que el Partido Liberal luchó se han conseguido con éxito o son obsoletas o constituyen la base común de todos los partidos semejantes. ¿Qué queda?

Alguno dirá: la cuestión de la tierra. Yo no, porque creo que esta cuestión, en su forma tradicional, ha pasado ahora a tener una importancia política escasa, a causa de un cambio silencioso de los hechos. Yo veo sólo dos artículos de la plataforma del Partido Liberal histórico que estén todavía en condiciones de navegar: la cuestión de las bebidas alcohólicas y el comercio libre. Y de estos dos, el libre comercio sobrevive como un gran tema político vivo, por accidente. Siempre hubo dos argumentos para el libre comercio: el del *laissez-faire*, que atrajo y todavía atrae a los individualistas liberales, y el argumento económico basado en los beneficios que fluyen cuando cada país emplea sus recursos donde disfruta de una ventaja comparativa. No creo en la filosofía política que acompañó a la doctrina del libre comercio. Creo en el libre comercio porque, a largo plazo y en general, es la única política técnicamente sana e intelectualmente coherente.

Pero, en el mejor de los casos, ¿puede el Partido Liberal mantenerse sólo en la cuestión de la tierra, la de las bebidas alcohólicas y el comercio libre, siempre que alcance a formular un programa unitario y bien definido en cuanto a los dos primeros puntos? El argumento *positivo* para ser un liberal es, en el momento presente, muy débil. ¿Cómo superan los demás partidos la prueba positiva?

El Partido Conservador tendrá siempre su sitio como un hogar para intransigentes de la derecha. Pero en sentido constructivo se encuentra en tan mala situación como el Partido Liberal. A menudo no es más que un accidente del temperamento o de las asociaciones del pasado, y no una diferencia real de política o de ideales, lo que ahora separa la juventud progresista conservadora del liberal medio. Los viejos gritos de batalla se han apagado o no se les oye. La iglesia, la aristocracia, los intereses de los terratenientes, los derechos de la propiedad, las glorias del imperio, el orgullo de casta, ni siquiera la cerveza y el whisky, nunca serán de nuevo las fuerzas que guíen la política británica.

El Partido Conservador debería ocuparse de desarrollar una versión del capitalismo individualista adaptada al progresivo cambio de circunstancia. La dificultad estriba en que los líderes capitalistas de la City y el Parlamento son incapaces de distinguir las nuevas medidas para salvaguardar el capitalismo de lo que ellos llaman bolchevismo. Si el capitalismo pasado de moda fuese intelectualmente capaz de defenderse a sí mismo, no sería desalojado en muchas gene-

raciones. Pero, afortunadamente para los socialistas, esto es poco probable.

Creo que las semillas del declive intelectual del capitalismo individualista deben encontrarse en una institución que no es en absoluto característica del mismo, pero que tomó del sistema social del feudalismo que le precedió; es decir, el principio hereditario. El principio hereditario en la transmisión de la riqueza y el control de los negocios es la razón por la que el liderazgo de la causa capitalista es débil y estúpido. Está demasiado dominado por los hombres de la tercera generación. Nada producirá la decadencia de una institución social con más certeza que su adhesión al principio hereditario. Una ilustración de esto puede verse en que la, con mucho, más vieja de nuestras instituciones, la iglesia, es la que siempre se ha mantenido libre del vicio hereditario.

De la misma manera que el Partido Conservador tendrá siempre su círculo intransigente, el Partido Laborista estará siempre flanqueado por el partido de la catástrofe: jacobinos, comunistas, bolcheviques, como se quiera llamarles. Este es el partido que odia o desprecia las instituciones existentes y cree que se derivará un gran bien del mero hecho de derrocarlas, o por lo menos que derrocarlas es el paso previo necesario para poder acceder a cualquier gran bien. Este partido sólo puede florecer en una atmósfera de opresión social o como reacción contra un gobierno de extrema derecha. En Gran Bretaña es, en su forma radical, numéricamente muy débil. Sin embargo, su filosofía impregna, en forma diluida, en mi opinión, todo el Partido Laborista. Por muy moderados que puedan ser sus líderes en su corazón, el Partido Laborista dependerá siempre, para su éxito electoral, de hacer alguna ligera apelación a las pasiones y envidias ampliamente difundidas, que encuentran su pleno desarrollo en el partido de la catástrofe. Creo que esta simpatía secreta hacia el partido de la catástrofe es el gusano que roe las condiciones de navegabilidad de cualquier buque constructivo que pueda botar el Partido Laborista. Las pasiones de malignidad, envidia y odio respecto de aquellos que tienen riqueza y poder (incluso en su propio cuerpo), difícilmente se asocian con los ideales para edificar una verdadera república social. Con todo, es necesario que un líder laborista que tenga éxito sea, o al menos lo aparente, un poco salvaje. No basta que ame a sus semejantes; debe odiarlos también.

¿Qué debe ser, entonces, el liberalismo para mí? Por una parte,

el conservadurismo es una entidad bien definida, con una derecha de intransigentes, para darle fuerza y pasión, y una izquierda de lo que suele llamarse «el mejor tipo» de librecambistas conservadores, educados, humanos, para prestarle respetabilidad moral e intelectual. Por el otro lado, el Partido Laborista está también bien definido, con una izquierda de catastrofistas, para darle fuerza y pasión, y una derecha de lo que podría llamarse «el mejor tipo» de reformadores socialistas, educados, humanos, para prestarle respetabilidad moral e intelectual. ¿Hay sitio para alguna cosa entre ellos? ¿No deberíamos decidir, en este punto, cada uno de nosotros si nos consideramos «el mejor tipo» de librecambistas conservadores o «el mejor tipo» de reformadores socialistas y acabar de una vez?

Tal vez acabaremos así. Pero creo que todavía hay sitio para un partido al margen de la división en clases, que se sentiría libre para construir el futuro, alejado de las influencias de la intransigencia y del catastrofismo, que despojarían las construcciones de cada uno de los otros. Permítaseme bosquejar en los términos más breves lo que concibo como la filosofía y la práctica de semejante partido.

Para empezar, debe desprenderse de las ramas muertas del pasado. En mi opinión, no hay sitio, excepto en el ala izquierda del Partido Conservador, para aquellos cuyos corazones están en el individualismo pasado de moda y el *laissez-faire* integral; aunque éstos contribuyeron en gran medida al éxito del siglo XIX. Digo esto, no porque crea que estas doctrinas fueran erróneas en las condiciones en las que nacieron (supongo que habría pertenecido a este partido si hubiese nacido cien años antes), sino porque han dejado de ser aplicables en las condiciones modernas. Nuestro programa no debe tratar los temas históricos del liberalismo, sino aquellas materias —tanto si ya se han convertido en cuestiones de partido como si no lo han hecho— que tienen un interés vivo y una importancia y urgencia hoy. Debemos correr el riesgo de la impopularidad y la irrisión. *Entonces* nuestros mítines atraerán a la multitudes y nuestro cuerpo recibirá una infusión de fuerza.

## II

Divido las cuestiones de hoy en cinco apartados: 1. cuestiones de la paz; 2. cuestiones de gobierno; 3. cuestiones sexuales; 4. cuestiones de droga; 5. cuestiones económicas.

En las cuestiones de la paz seamos pacifistas al máximo. Por lo que hace referencia al imperio no creo que haya ningún problema importante, excepto en la India. En lo demás, en la medida que afecta a los problemas de gobierno, el proceso de desintegración amistosa es ahora casi completo, para el mejor beneficio de todos. Pero por lo que se refiere al pacifismo y los armamentos sólo estamos al principio. Me gustaría asumir responsabilidades en interés de la paz, como en el pasado hemos asumido las responsabilidades de la guerra. Pero no quiero que estos riesgos revistan la forma de un compromiso para hacer la guerra en diferentes circunstancias hipotéticas. Estoy contra los pactos. Comprometer al conjunto de nuestras fuerzas armadas en la defensa de la Alemania desarmada contra un ataque de Francia en la plenitud de su fuerza militar es una necedad; y suponer que tomaremos parte en todas las guerras futuras que se produzcan en la Europa occidental es inecesario. Pero estoy en favor de dar un excelente ejemplo, aun con el riesgo de parecer débiles, en la dirección del arbitraje y del desarme.

A continuación paso a las cuestiones de gobierno, una materia pesada, pero importante. Creo que en el futuro el gobierno tendrá que ocuparse de muchas obligaciones que ha evitado en el pasado. Para estos propósitos, los ministerios y el Parlamento serán inútiles. Nuestra tarea debe ser descentralizar y traspasar todo lo que podamos, y en particular establecer corporaciones semiindependientes y órganos de administración a los que se les deberán confiar tareas de gobierno, nuevas y viejas; sin perjuicio, no obstante, del principio democrático de la soberanía, en último término, del Parlamento. Estas cuestiones serán tan importantes y difíciles en el futuro como el sufragio universal y las relaciones de las dos cámaras lo fueron en el pasado.

Las cuestiones que agrupo como cuestiones sexuales no han sido temas de partido en el pasado. Pero eso fue porque nunca, o casi nunca, fueron objeto de discusión pública. Todo esto ha cambiado ahora. No existen temas sobre los que el gran público esté más interesado; pocos que sean objeto de discusión más amplia. Son de la mayor importancia social; no pueden dejar de suscitar divergencias reales y sinceras de opinión. Algunos de estos temas están profundamente implicados en la solución de ciertas cuestiones económicas. No me cabe la menor duda de que las cuestiones sexuales van a entrar en la arena política. Los comienzos muy duros que representó el

movimiento sufragista fueron sólo síntomas de cuestiones más profundas e importantes que yacían bajo la superficie.

El control de nacimientos y el uso de anticonceptivos, la legislación matrimonial, el tratamiento de los delitos y anormalidades sexuales, la situación económica de las mujeres, la organización económica de la familia —en todas estas materias, el estado actual del derecho y de la ortodoxia es todavía medieval—, no están en contacto con la opinión y la práctica civilizadas y con lo que los individuos, educados o no educados, se dicen entre sí privadamente. Que nadie se engañe con la idea de que el cambio de opinión en estas materias sólo afecta a una reducida clase educada, en la corteza del magma humano. Que nadie suponga que es la mujer que trabaja la que va a sobresaltarse por las ideas del control de nacimientos o de la reforma del divorcio. Para ella estas cosas sugieren nueva libertad, emancipación de la más intolerable de las tiranías. Un partido que discutiera estas cosas abierta y sensatamente en sus mítines descubriría un interés nuevo y vivo en el electorado, porque la política estaría tratando una vez más las materias sobre las que todos quieren saber y que afectan profundamente a la propia vida.

Estas cuestiones también se entrelazan con los temas económicos, que no pueden eludirse. El control de nacimientos tiene que ver, por una parte, con las libertades de la mujer y, por otra parte, con el deber del estado de desempeñar algún papel relacionado con el tamaño de la población, de la misma manera que tiene que ver con el tamaño del ejército o con el volumen del presupuesto. La situación de las mujeres asalariadas y el proyecto de un salario familiar afectan no sólo a la condición de la mujer, la primera en la ejecución del trabajo pagado y el segundo en la ejecución del trabajo no pagado, sino que también suscitan la cuestión general de si los salarios debieran fijarse por las fuerzas de la oferta y la demanda, de acuerdo con las teorías ortodoxas del *laissez-faire*, o si debiéramos empezar a limitar la libertad de aquellas fuerzas, por referencia a lo que es «justo» y «razonable», teniendo en cuenta todas las circunstancias.

Las cuestiones de las drogas en este país están prácticamente limitadas a la cuestión de la bebida; aunque me gustaría incluir el juego en este apartado. Supongo que la prohibición de licores y de apuestas haría bien. Pero esto no resolvería el problema. ¿Cuán lejos está la aburrida y sufriente humanidad de que se le permita, de vez en cuando, una evasión, una emoción, un estímulo, una posibilidad de

cambio? Este es el problema importante. ¿Es posible permitir una licencia razonable, unas saturnales autorizadas, un carnaval santificado, en condiciones que no tengan que arruinar ni la salud ni el bolsillo de los jaraneros, y que protejan de la tentación irresistible a la pobre clase de los que en Norteamérica se llaman adictos?

No puedo detenerme a responder, porque me espera la más amplia de todas las cuestiones políticas, que es también aquella en la que estoy más cualificado para hablar: la cuestión económica.

Un eminente economista norteamericano, el profesor Commons, que ha sido uno de los primeros en reconocer la naturaleza de la transición económica cuyas primeras fases estamos viviendo ahora, distingue tres épocas, tres órdenes económicos, en el tercero de los cuales estamos entrando.

El primero es la era de la escasez, «sea debida a ineficiencia o violencia, guerra, costumbre o superstición». En dicho período «se da el mínimo de libertad individual y el máximo de control gubernamental, comunista o feudal, a través de la coerción física». Este fue, con breves intervalos en casos excepcionales, el estado económico normal del mundo hasta, digamos, el siglo XV o XVI.

Después viene la era de la abundancia. «En un período de extrema abundancia se da el máximo de libertad individual y el mínimo de control coercitivo a través del gobierno, y las relaciones de intercambio entre los individuos sustituyen al razonamiento.» Durante los siglos XVII y XVIII hicimos nuestro camino libres de la esclavitud de la escasez, al aire libre de la abundancia, y en el siglo XIX esta época culminó gloriosamente con las victorias del *laissez-faire* y del liberalismo histórico. No es sorprendente ni deshonroso que los veteranos del partido miren hacia atrás, a esa época más desahogada.

Pero ahora estamos entrando en una tercera era, que el profesor Commons llama período de estabilización y caracteriza justamente como «la alternativa real al comunismo de Marx». En este período, dice, «se da una disminución de la libertad individual, impuesta en parte por sanciones gubernativas, pero principalmente por sanciones económicas a través de la acción concertada de asociaciones, corporaciones, sindicatos y otros movimientos colectivos de fabricantes, comerciantes, obreros, agricultores y banqueros, sean estos entes de carácter secreto, semiabierto, abierto o de arbitraje».

Los abusos de esta época en las esferas del gobierno son el fascismo por una parte y el bolchevismo por la otra. El socialismo no

ofrece ninguna vía intermedia, porque también procede de los presupuestos de la era de la abundancia, tanto como el liberalismo del *laissez-faire* y el libre juego de las fuerzas económicas, ante los cuales los editores de la City, truculentos y ciegos, todavía se inclinan religiosamente, tal vez los únicos que lo hacen.

La transición de la anarquía económica a un régimen que deliberadamente apunta a controlar y dirigir las fuerzas económicas en interés de la justicia social y de la estabilidad social, presentará enormes dificultades tanto técnicas como políticas. No obstante, sugiero que el verdadero destino del nuevo liberalismo es buscar su solución.

Sucede que hoy tenemos ante nosotros, en la situación de la industria del carbón, una lección práctica de los resultados de la confusión de ideas que ahora prevalece. Por un lado, el Tesoro y el Banco de Inglaterra están siguiendo una política decimonónica ortodoxa, basada en el supuesto de que los ajustes económicos pueden y deben efectuarse por medio del libre juego de las fuerzas de la oferta y la demanda. El Tesoro y el Banco de Inglaterra creen todavía —o por lo menos creían hace una o dos semanas— que las cosas que se seguirían en el supuesto de libre competencia y movilidad del capital y del trabajo ocurren de nuevo en la vida económica de hoy.

En cambio, no sólo los hechos, sino también la opinión pública, han recorrido una gran distancia en la dirección de la época de estabilización del profesor Commons. Los sindicatos son suficientemente fuertes para interferir en el libre juego de las fuerzas de la oferta y la demanda, y la opinión pública, aunque a regañadientes y con algo más que la sospecha de que los sindicatos se están volviendo peligrosos, les apoya en su principal contienda, a saber, que los mineros del carbón no deben ser las víctimas de unas fuerzas económicas crueles que *ellos* nunca pusieron en movimiento.

La idea de un partido del viejo mundo según la cual, por ejemplo, puede alterarse el valor del dinero y dejar los ajustes subsiguientes a la acción de las fuerzas de la oferta y la demanda, pertenece a los días de cincuenta o cien años atrás, cuando los sindicatos no tenían fuerza y cuando la máquina económica podía proceder como una apisonadora en la ruta del progreso, sin encontrar obstáculos e incluso suscitando el aplauso.

La mitad de la sabiduría de cuaderno de caligrafía de nuestros estadistas se basa en supuestos que fueron ciertos, o parcialmente ciertos, en su momento, pero que ahora son cada vez menos ciertos a

medida que pasan los días. Tenemos que descubrir una nueva sabiduría para una nueva época. Y entretanto debemos, si hemos de hacer algo bueno, parecer heterodoxos, molestos, peligrosos y desobedientes para con los que nos han engendrado.

En el campo económico esto significa, ante todo, que debemos encontrar nuevas políticas y nuevos instrumentos para adaptar y controlar el funcionamiento de las fuerzas económicas, de modo que no interfieran de un modo intolerable en las ideas contemporáneas sobre lo que es conveniente y adecuado para los intereses de la estabilidad social y de la justicia social.

No es un accidente que la fase inaugural de esta lucha política, que durará mucho y tomará muchas y diferentes formas, se centre en la política monetaria. Porque las interferencias más violentas en la estabilidad y en la justicia, a las que el siglo XIX se sometió por la satisfacción debida a la filosofía de la abundancia, fueron precisamente las producidas por variaciones del nivel de precios. Pero las consecuencias de estos cambios, particularmente cuando las autoridades se esforzaron por imponerlos en una dosis más fuerte incluso que la soportada en el siglo XIX, son intolerables para las ideas e instituciones modernas.

Hemos cambiado, por grados insensibles, nuestra filosofía de la vida económica, nuestras nociones de lo que es razonable y de lo que es tolerable; y hemos hecho esto sin cambiar nuestra técnica o nuestras máximas de cuaderno de caligrafía. De ahí nuestros lamentos y dificultades.

Un programa de partido debe desarrollarse en sus detalles, día a día, bajo la presión y el estímulo de los acontecimientos presentes; es inútil definirlo de antemano, excepto en sus términos más generales. Pero si el Partido Liberal tiene que recuperar sus fuerzas, debe tener una actitud, una filosofía, una dirección. Me he esforzado en indicar mi propia actitud hacia la política, y dejo a los otros la respuesta, a la luz de lo que he dicho, a la pregunta con la que empecé: ¿soy un liberal?

# 4. LIBERALISMO Y LABORISMO (1926)

Este ensayo tuvo su origen en una conferencia pronunciada en el Manchester Reform Club, el 9 de febrero de 1926, en un momento en que los miembros de los tres partidos en la Cámara de los Comunes provocaron especulaciones en relación con una posible coalición de liberales y laboristas contra los conservadores. La conferencia se publicó como artículo, con el título de «Liberalismo y laborismo», en *Nation and Athenaeum*, el 20 de febrero de 1926.

§ Una serie de artículos del editor de *Nation* ha llevado a la primera línea de la política, durante las últimas semanas, las futuras relaciones entre el Partido Liberal y el Partido Laborista. No estamos todavía muy informados de la medida en que puedan estar implicados los líderes de cada parte. Sin embargo, Lloyd George ha producido la impresión de que, si se llegase a un acuerdo, no declinaría un pacto operativo entre los dos partidos. Y Snowden, también si se llegase a un acuerdo, lo recibiría bien. Lord Oxford —tal vez con sabiduría— ha soslayado el tema por el momento, ocupando su discurso con declaraciones en el sentido de que todavía no se han iniciado conversaciones.

Lord Oxford puede tener razón al suponer que no hay prisa. Es decir, que no hay prisa en decidir. Pero nada es más necesario que aquellos de nosotros que no tenemos responsabilidad hablemos con franqueza. Es un tema urgente de discusión dondequiera que los liberales se reúnen. §

No deseo vivir bajo un gobierno conservador durante los veinte próximos años. Creo que las fuerzas progresivas del país están divididas sin esperanza entre el Partido Liberal y el Partido Laborista. No creo que el Partido Liberal consiga *un tercio* de los escaños en la

Cámara de los Comunes, en circunstancias probables o previsibles. A menos que en el curso del tiempo los errores del gobierno conservador produzcan una catástrofe económica —lo cual no es imposible—, no creo que el Partido Laborista consiga la *mitad* de los escaños de la Cámara de los Comunes. Con todo, no es deseable que el Partido Laborista tenga que depender, para sus posibilidades de ministerio, de que se produzca una desgracia nacional; porque esto sólo reforzaría la influencia del partido de la catástrofe, que es ya un elemento importante en sus filas. Como están ahora las cosas, no tenemos nada que considerar acerca del futuro, excepto la continuación de gobiernos conservadores, no sólo hasta que hayan cometido errores en el grado tolerable que habría producido una oscilación del péndulo en los primeros días, sino hasta que por sus errores hubieran alcanzado las dimensiones de un desastre. No me gusta la idea de tener que elegir entre estas alternativas.

Este es el problema político práctico al que se enfrentan todos los que, sea cual sea el partido en que militen, quieren ver puestos en acción los principios progresivos y creen que un retraso excesivo en hacerlo así puede llevar al país a la necesidad de enfrentarse con alternativas extremas.

La réplica convencional de los oradores laboristas consiste en invitar a los liberales a cerrar definitivamente su propio partido y pasarse al laborista. Ahora bien, es evidente que la extinción virtual del Partido Liberal es una posibilidad real con la que hay que contar. Puede llegar un momento en el que cualquiera que esté en la política activa tenga sólo dos elecciones ante sí y no tres. Pero creo que sería una mala política y una mala conducta promover este fin; y que es una buena política y una buena conducta resistirse a él.

Es buena política resistirse porque la causa progresista en la temporada electoral se vería debilitada, y no reforzada, por la desaparición del Partido Liberal. Hay muchos sectores del país, y muchas clases de votantes, que durante muchos años en el futuro no votarán nunca a los laboristas en cantidad, o con entusiasmo, suficientes para la victoria; pero que votarán de buena gana a los liberales tan pronto como cambie el viento. Los líderes laboristas que niegan esto no están considerando los hechos de la política de un modo objetivo.

Es buena conducta resistirse, porque la mayoría de los liberales que en la actualidad están en activo, aunque dispuestos en ocasiones a votar a los laboristas y actuar con los laboristas, no se sentirían

cómodos o sinceros o en su sitio como miembros plenos del Partido Laborista. Consideremos mi propio caso. Estoy seguro de que soy menos conservador en mis inclinaciones que el votante laborista medio; supongo que he jugado en mi mente con las posibilidades de mayores cambios sociales de los que se encuentran en las actuales filosofías de, digamos, Sidney Webb, Thomas o Wheatley. La república de mi imaginación se encuentra en la extrema izquierda del espacio celestial. De todas formas, creo que mi verdadero hogar, en la medida en que ofrecen un techo y un suelo, está todavía entre los liberales.

¿Por qué, aunque se echen encima días tan malos, conserva tanto atractivo la tradición del liberalismo? El Partido Laborista se compone de tres elementos. Están los *sindicalistas,* antes oprimidos y ahora tiranos, a cuyas pretensiones egoístas y sectoriales hay que oponerse con energía. Están los defensores de los métodos violentos y del cambio repentino, llamados *comunistas* por un abuso del lenguaje, que están obligados por su credo a producir el mal para que pueda venir el bien, y como no se atreven a tramar el desastre abiertamente, se ven forzados a jugar con la conspiración y el subterfugio. Están los *socialistas*, que creen que los fundamentos económicos de la sociedad moderna son malos, y podrían ser buenos.

Muchos liberales, hoy, no encontrarían desagradable la compañía y conversación de los componentes de este tercer elemento, a los que he llamado socialistas. Pero no podemos marchar con ellos hasta que sepamos por qué camino, y hacia qué objetivo, quieren llevarnos. No creo que su credo histórico del socialismo de estado y su más reciente glosa del socialismo gremial les interese ahora mucho más de lo que nos interesa a nosotros. Estas doctrinas ya no inspiran a nadie. Los pensadores constructivos del Partido Laborista y los pensadores constructivos del Partido Liberal están intentando sustituirlos con algo mejor y más útil. Las nociones en ambas partes son un poco borrosas todavía, pero existe mucha simpatía entre ellos y una tendencia semejante de las ideas. Creo que los dos sectores afianzarán su amistad y serán cada vez en mayor medida colegas en el trabajo, a medida que pase el tiempo. Pero el liberal progresista tiene esta gran ventaja: puede desarrollar sus políticas sin tener que dar coba a las tiranías sindicalistas, a las maravillas de la guerra de clases o al doctrinario socialismo de estado, en ninguno de los cuales cree.

En el reino de la política práctica pueden suceder dos cosas, y las

dos son probables. Puede haber una elección general más para desilusionar a los optimistas laboristas y hacerles ver la medida real de su fuerza política cuando van solos. Pero, igualmente, por nuestra parte debe haber un cierto cambio. El Partido Liberal se divide entre aquellos que, si la elección fuese obligada, votarían a los conservadores, y aquellos que, en las mismas circunstancias, votarían a los laboristas. Históricamente, y debido al servicio pasado, cada sector tiene igual derecho a llamarse liberal. Sin embargo, creo que sería saludable para el partido que todos aquellos que creen —con Churchill y sir Alfred Mond— que la lucha política que se avecina está mejor descrita como capitalismo *versus* socialismo y, pensando en estos términos, significa luchar hasta quemar el último cartucho por el capitalismo, nos dejaran. La inteligencia y el carácter del Partido Conservador han sido reclutados siempre entre los liberales y no debemos escatimarles el excelente material con el que, de acuerdo con nuestra misión histórica, les estamos ahora defendiendo de la inanición intelectual. Es mucho mejor que el Partido Conservador esté dirigido por honestos e inteligentes ex-liberales, que se han hecho demasiado viejos y duros para nosotros, que por intransigentes. Posiblemente, el Partido Liberal no puede servir al estado de mejor forma que proporcionando ministros a los gobiernos conservadores e ideas a los gobiernos laboristas.

De cualquier modo, coincido con el laborismo en rechazar la idea de cooperación con un partido que cuenta entre sus miembros, hasta el otro día, con Churchill y sir Alfred Mond, amén de otros varios de la misma especie. Pero esta dificultad se resuelve rápidamente por sí misma. Una vez resuelta, las relaciones entre liberalismo y laborismo, en el Parlamento y en las circunscripciones electorales, serán, sin pactos, negociaciones ni formalidades, mucho más estrechas que lo que a algunos de nosotros nos gustaría.

Es justo y lógico que el Partido Conservador se reclutara entre los liberales de la generación anterior. Pero no hay sitio en el mundo para un Partido Liberal que sea sencillamente el hogar de los hombres de un laborismo pasado de moda o débil. El Partido Liberal no debe ser menos progresista que el laborista, ni menos abierto a las nuevas ideas, ni atrasado en la construcción del nuevo mundo. No creo que el liberalismo sea nunca una gran máquina de partido en la forma en que el conservadurismo y el laborismo son grandes máquinas de partido. Pero puede desempeñar, sin embargo, el papel predominante

en la conformación del futuro. No se producirán grandes cambios, salvo con la ayuda activa del laborismo. Pero no serán sólidos o duraderos a menos que hayan satisfecho primero a la crítica y al consejo de los liberales. Una cierta lucidez de temperamento, como la tiene lord Oxford, me parece al mismo tiempo peculiarmente *liberal* en el sabor y también muy enérgica, y constituye un patrimonio político más deseable y valioso que los ardores sentimentales.

El problema político de la humanidad consiste en combinar tres cosas: eficiencia económica, justicia social y libertad individual. La primera necesita sentido, prudencia y conocimiento técnico; la segunda, un espíritu desinteresado y entusiasta, que ame al hombre corriente; la tercera, tolerancia, amplitud de miras, apreciación de las excelencias de la variedad y de la independencia, que prefiere, ante todo, dar oportunidades libres a lo excepcional y a lo ambicioso. El segundo ingrediente es el mejor patrimonio del gran partido del proletariado. Pero la primera y la tercera requieren las cualidades del partido que, por sus tradiciones y sus antiguas simpatías, ha sido el hogar del individualismo económico y de la libertad social.

# Quinta parte

# EL FUTURO

# 1. CLISSOLD (1927)

Reseña de *The World of William Clissold*, de H. G. Wells, que apareció en *Nation and Athenaeum*, el 22 de enero de 1927. Este ensayo fue publicado de nuevo en Francia, formando parte de una serie titulada *Réflexions sur le franc et sur quelques autres sujets* (1928).

Wells y su editor han adoptado una estratagema ingeniosa mediante la cual su libro más reciente [1] ha sido reseñado más de tres veces, por lo que tal vez sea excesivo escribir de nuevo sobre él después de tanto tiempo. Pero habiendo leído primero las reseñas y después el libro, he quedado seriamente descontento con lo que los críticos profesionales han tenido que decir. Es una debilidad de la crítica moderna no saber distinguir las cosas. Incluso la forma elegida por Wells ha confundido a sus críticos. No logran ver lo que hay detrás. Rechazan la buena carne de ternera que ha ofrecido al público británico porque la carne de cordero nunca debería quedar poco hecha. O sus sensibilidades se han encrespado contra su exuberancia y su omnívora vitalidad, contra la amplitud y fuerza del cepillo con el que barre el gran lienzo puesto para atraer la atención de cientos y miles de lectores, y para estimular su imaginación.

Wells no presenta aquí su propio pensamiento, según se ha desarrollado sobre la base de su experiencia personal y de su modo de vivir, sino —modificando su ángulo— un punto de vista basado en una experiencia fundamentalmente diferente de la suya propia, la de un hombre de negocios inglés, de éxito, emancipado, medio científico, no particularmente culto. El resultado no es primariamente una obra de arte. Las ideas, no la forma, son su sustancia. Es una obra de lite-

1. *The World of William Clissold* (3 vols.).

ratura educativa —propaganda si se prefiere—, un intento de llevar al gran público actitudes mentales en parte ya familiares a las minorías.

El libro es un *omnium galtherum*. Seleccionaré dos temas sobresalientes de carácter cuasieconómico. Aparte de ellos, el tema principal son las mujeres y algunas de sus posibles relaciones, en el mundo moderno, entre ellas y con los hombres del tipo de Clissold, tema que se trata con gran ingenuidad, simpatía y agudeza. Deja un sabor amargo y está pensado para ello.

El primero de estos temas es una protesta violenta contra el conservadurismo, un énfasis insistente en la necesidad y rapidez del cambio, la necedad de mirar hacia atrás, el peligro de la inadaptación. Wells produce una sensación curiosa, muy similar a la de algunas de sus primeras novelas, por medio de la contemplación de amplios espacios de tiempo hacia atrás y hacia adelante, que transmite una impresión de lentitud (no hay necesidad de apresurarse en la eternidad), acelerando la máquina del tiempo a medida que llega a la época actual, de manera que *ahora* viajamos a un ritmo enorme y ya no tenemos por más tiempo millones de años para entretenernos. Las influencias conservadoras en nuestra vida son consideradas como dinosaurios cuya extinción literal se espera que sobrevenga. El contraste brota del fracaso de nuestras ideas, nuestras convenciones y nuestros prejuicios, para llevar el mismo paso que nuestro cambio material. Nuestro entorno se mueve mucho más deprisa que nosotros. Nuestras cabezas están chocando contra las paredes de nuestro compartimento de viaje. A menos que nos demos prisa, el tráfico nos arrollará. El conservadurismo no es mejor que el suicidio. ¡Ay de nuestros dinosaurios!

Este es un aspecto. Todavía corremos peligro. El tiempo vuela. Pero hay otro aspecto de la misma cosa y aquí es donde vuelve Clissold. ¡Qué aburrimiento para el hombre moderno, cuya mente en su activa carrera se mueve con los tiempos, permanecer todavía en sus observancias y modo de vivir! ¡Qué aburridas son las fiestas y celebraciones con las que Londres corona los éxitos! ¡Qué aburrido es pasar por las contorsiones sociales que han perdido significación y los placeres convencionales que ya no dan gusto! El contraste entre la actividad exuberante y constructiva de un príncipe del comercio moderno y la falta de un entorno adecuado para él, fuera de las horas de trabajo, es agudo. Además, en la carrera de hacer dinero,

hay grandes espacios vacíos y estériles. En el primer volumen hay un pasaje sutil sobre el aburrimiento profundo y definitivo de los hombres de la City. El padre de Clissold, promotor de la compañía y especulador, cae primero en la megalomanía y después en el fraude, porque está aburrido. Moldeemos, pues, con nuestras manos el material plástico de la vida social según nuestra propia imagen contemporánea.

No pertenecemos meramente a una época moderna: somos, en el sentido literal, más viejos que nuestros antepasados en los años de nuestra madurez y de nuestra fuerza. Wells hace aparecer, con vigor, una característica demasiado olvidada de la vida moderna: que vivimos mucho más que antes y, lo que es más importante, prolongamos nuestra salud y vigor durante un período de la vida que antes era de declive, de manera que el hombre medio puede ahora mirar hacia adelante contemplando una duración de la actividad que hasta ahora sólo era privilegio del individuo excepcional. Puedo añadir, en efecto, un hecho adicional que Wells olvida (creo) y que probablemente se destacará todavía más en los próximos cincuenta años, en comparación con los cincuenta años últimos; es decir, que el promedio de edad de una población rápidamente creciente es mucho menor que el de una población estacionaria. Por ejemplo, en las condiciones de estabilidad demográfica que cabe esperar en el curso de las dos generaciones próximas, nos aproximaremos con cierta rapidez a una situación en la que, en proporción a la población, la gente de edad (digamos, sesenta y cinco años y más) representará casi el doble, y la gente de mediana edad (digamos, cuarenta y cinco años y más), casi un 50 por 100 más que en el pasado reciente. En el siglo XIX, el poder efectivo estaba en manos de los hombres, probablemente, no menos de quince años más viejos, en promedio, que los del siglo XVI; y antes de que termine el siglo XX, el promedio puede haberse elevado en otros quince años, a menos que se descubran medios efectivos, aparte del evidente decaimiento físico o mental, para jubilarse. Clissold (a sus sesenta años, nótese) ve más ventajas y menos inconvenientes que yo en este estado de cosas. La mayoría de hombres ama el dinero y la seguridad más de lo que lo harán cuando sean mayores, al contrario de lo que sucede con la creatividad; y este proceso comienza mucho antes de que sea manifiesto el deterioro de su inteligencia práctica. La preferencia de Wells por un mundo adulto, frente a un mundo juvenil, dominado por el sexo, puede ser justa. Pero el

margen entre éste y un mundo de mediana edad dominado por el dinero es estrecho. En el mejor de los casos, estamos amenazados por el pavoroso problema del «jubilado» sano, del que el propio Wells da un ejemplo suficiente en su desesperanzada descripción de los habituales de la Riviera.

Estamos viviendo, pues, en una época insatisfactoria de transición inmensamente rápida, en la que muchos, pero particularmente los que se encuentran en vanguardia, se sienten inadaptados con respecto a su entorno, y por esta razón son mucho menos felices que sus menos sofisticados antepasados o incluso que lo que necesitan ser sus descendientes más sofisticados. Este diagnóstico, aplicado por Wells al caso de aquellos que están comprometidos en la vida activa, coincide esencialmente con el de Edwin Muir, en su profundamente interesante volumen de crítica, *Transition,* relativo al caso de los que se dedican al arte o a la contemplación. Nuestros principales escritores, según Muir, se sienten *incómodos* en el mundo —no pueden apoyar ni combatir nada con plena confianza, con el resultado de que su trabajo se queda en un nivel inferior al de su talento si se le compara con el trabajo de épocas más felices— insípido, incompleto, hambriento y anémico, como sus propios sentimientos hacia el universo.

En resumen, no podemos permanecer donde estamos; estamos en movimiento; no necesariamente hacia lo mejor o hacia lo peor, sino hacia un equilibrio. Pero, ¿por qué no hacia lo mejor? ¿Por qué no habríamos de empezar a cosechar los frutos espirituales de nuestras conquistas materiales? Si es así, ¿de dónde ha de venir la fuerza motivadora del cambio deseable? Esto nos lleva al segundo tema de Wells.

En el primer volumen de *Clissold,* Wells describe la desilusión de su héroe con el socialismo. En el tercer volumen se pregunta si existe una alternativa. ¿De dónde tenemos que sacar las fuerzas para «cambiar las leyes, costumbres, normas e instituciones del mundo»? «¿De qué clases y tipos humanos han de salir los revolucionarios? ¿Cómo llevarlos a la cooperación? ¿Cuáles deben ser sus métodos?» El movimiento laborista se presenta como un inmenso y peligroso poder de destrucción, guiado por sentimentales y seudointelectuales, que tienen «sentimientos en lugar de ideas». Es muy posible que esta gente no pueda idear una revolución constructiva. El intelecto creativo de la humanidad no debe encontrarse en estos ambientes, sino entre los científicos y los grandes hombres de negocios modernos.

A menos que podamos utilizar esta clase de inteligencia, carácter y temperamento, no podremos concluir la tarea pendiente, porque presenta inmensa complejidad práctica y dificultad intelectual. Por tanto, debemos reclutar nuestros revolucionarios en la derecha y no en la izquierda. Debemos persuadir al tipo de hombre al que ahora divierte crear un gran negocio, que le están esperando cosas todavía más grandes, que le divertirán más. Esta es la «conspiración pública» de Clissold. La dirección de Clissold es a la izquierda, muy a la izquierda; pero trata de sacar de la derecha la fuerza creativa y la voluntad constructiva que han de llevarle allí. Se describe a sí mismo como temperamental y fundamentalmente un liberal. Pero el liberalismo político debe morir «para nacer de nuevo con rasgos más firmes y una voluntad más clara».

Clissold está expresando una reacción contra el partido socialista que muchos comparten, incluyendo a los propios socialistas. La remodelación del mundo necesita el toque del creativo Brahma. Pero en el momento actual Brahma está sirviendo a la ciencia y a los negocios, no a la política o al gobierno. El extremo peligro del mundo radica, en palabras de Clissold, en que «antes de que el creativo Brahma pueda ponerse a trabajar, Siva, en otras palabras, el espíritu apasionado de destrucción del trabajo, tomando conciencia de las limitaciones y privaciones ahora innecesarias que le son impuestas, pueda hacer imposible la tarea de Brahma». Creo que todos sentimos esto. Sabemos que necesitamos urgentemente crear un *milieu* en el que Brahma pueda ponerse a trabajar antes de que sea demasiado tarde. Por tanto, hasta cierto punto, muchos temperamentos activos y constructivos en cada campo político están dispuestos a adherirse a la conspiración pública.

Entonces, ¿qué es lo que los frena? Es aquí, creo, donde *Clissold* es de algún modo incompleto y aparentemente falto de penetración. ¿Por qué los hombres prácticos encuentran más divertido ganar dinero que adherirse a la conspiración pública? Sugiero que esta es, con mucho, la misma razón que les hace considerar más divertido jugar al bridge los domingos que ir a la iglesia. Carecen de la clase de motivo cuya posesión, si fuera el caso, podría expresarse diciendo que tenían un credo. Estos conspiradores potenciales no tienen ningún credo. Esto es así porque, a menos que tengan la suerte de ser científicos o artistas, recurren al gran motivo sustitutivo, el *ersatz* perfecto, el anodino para los que, de hecho, no quieren nada en absoluto:

dinero. Clissold acusa a los entusiastas del laborismo de tener «sentimientos en lugar de ideas». Pero no niega que tengan sentimientos. ¿Acaso no tiene el pobre Cook algo que le falta a Clissold? Clissold y su hermano Dickon, el experto en publicidad, revolotean por el mundo buscando algo a lo que puedan vincular su exceso de *libido*. Pero no lo han encontrado. Les gustaría ser apóstoles. Pero no pueden. Siguen siendo hombres de negocios.

He tomado dos temas de un libro que contiene docenas. No todos están tratados con igual profundidad. Conociendo las universidades mucho mejor que Wells, declaro que su descripción no contiene más elemento de verdad que el adecuado a una caricatura. En conjunto, subestima sus posibilidades: cómo pueden todavía convertirse en templos de Brahma que hasta Siva respetaría. Pero *Clissold,* tomado en conjunto, es un gran logro, un inmenso y jugoso huevo de una fecunda gallina, una efusión abundante de un espíritu ingenioso, auténtico y generoso.

Aunque hablamos de arte puro más que nunca hasta hoy, esta no es una buena época para los artistas puros; ni es buena para las perfecciones clásicas. Nuestros escritores actualmente más comprometidos están llenos de imperfecciones; se exponen a la crítica; no aspiran a ser inmortales. Quizás por estas razones nosotros, sus contemporáneos, no les hacemos ni a ellos ni a la deuda que tenemos con ellos la debida justicia. ¡Qué deuda tiene todo ser inteligente con Bernard Shaw! Qué deuda también con H. G. Wells, cuyo pensamiento parece haberse desarrollado al mismo tiempo que el de sus lectores, de modo que, con frases sucesivas, nos ha deleitado y ha guiado nuestra imaginación desde la juventud hasta la madurez.

# 2. LAS POSIBILIDADES ECONÓMICAS DE NUESTROS NIETOS (1930)

Este ensayo se presentó por primera vez en 1928, como una charla ante varias pequeñas sociedades, incluyendo la Essay Society del Winchester College y el Club de Economía Política de Cambridge. En junio de 1930 Keynes amplió sus notas, transformándolas en una conferencia sobre «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», que pronunció en Madrid. Apareció en forma literaria en dos partes, en *Nation and Athenaeum*, 11 y 18 de octubre de 1930, en plena depresión.

## I

Estamos sufriendo precisamente ahora un fuerte ataque de pesimismo económico. Es muy corriente escuchar a muchas personas la afirmación de que la época de enorme progreso económico que caracterizó al siglo XIX ha pasado para siempre; que la rápida mejora del nivel de vida está ahora haciéndose más lenta, por lo menos en Gran Bretaña; que una caída de la prosperidad es más verosímil que una mejora en la década que tenemos ante nosotros.

Creo que esta es una interpretación extraordinariamente equivocada de lo que nos está sucediendo. Estamos sufriendo no el reumatismo de la vejez, sino los dolores crecientes que acompañan a los cambios excesivamente rápidos, el dolor del reajuste de un período económico a otro. El incremento de la eficiencia técnica ha tenido lugar con mayor velocidad que la que desarrollamos para tratar nuestros problemas de absorción de trabajo; la mejora del nivel de vida ha sido un poco demasiado rápida; los sistemas monetario y bancario del mundo han estado impidiendo que el tipo de interés disminuya con la rapidez necesaria para alcanzar el equilibrio. E incluso así, el

despilfarro y la confusión subsiguientes no afectan más que al 7,5 por 100 de la renta nacional; nos estamos armando un lío con 1 chelín y 6 peniques de cada libra y nos quedan sólo 18 chelines y 6 peniques; cuando, si fuéramos más sensatos, podríamos tener una libra; no obstante, los 18 chelines y 6 peniques equivalen a la libra de hace cinco o seis años. Olvidamos que en 1929 la producción física de la industria de Gran Bretaña fue mayor que nunca hasta entonces y que el superávit neto de nuestra balanza exterior disponible para nuevas inversiones exteriores, después de pagar la totalidad de nuestras importaciones, fue mayor el año pasado que el superávit correspondiente de cualquier otro país: en efecto, fue un 50 por 100 mayor que el de los Estados Unidos. O supongamos —si esto pudiera ser una cuestión de comparaciones— que tuviéramos que reducir nuestros salarios a la mitad, repudiar las cuatro quintas partes de la deuda nacional y atesorar nuestro superávit en lingotes de oro en lugar de prestarlo al 6 por 100 o más, con lo que nos pareceríamos a la ahora muy envidiada Francia. Pero, ¿sería esto una mejora?

La depresión mundial reinante, la enorme anomalía del desempleo en un mundo lleno de necesidades, los desastrosos errores que hemos cometido nos ciegan para ver lo que está sucediendo bajo la superficie y nos impiden alcanzar la verdadera interpretación de las tendencias de los hechos. Basándome en ellos me atrevo a predecir que los dos errores opuestos del pesimismo, que ahora hacen tanto ruido en el mundo, se demostrarán equivocados en nuestro propio tiempo: el pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que no nos puede salvar más que un cambio violento, y el pesimismo de los reaccionarios, que consideran tan precario el equilibrio de nuestra vida económica y social que piensan que no debemos correr el riesgo de hacer experimentos.

Sin embargo, mi intención en este ensayo no es examinar el presente o el futuro próximo, sino desembarazarme de los criterios miopes y volar hacia el futuro. ¿Qué nivel de nuestra vida económica podemos esperar razonablemente para dentro de cien años? ¿Cuáles son las posibilidades económicas de nuestros nietos?

Desde los más remotos tiempos de los que tenemos datos —digamos dos mil años antes de Cristo— hasta principios del siglo XVIII, no se produjo realmente ningún gran cambio del nivel de vida del hombre corriente que habitaba en los centros civilizados de la tierra. Ciertamente se produjeron alzas y bajas. Visitas de pestes, hambres y

guerras. Intervalos dorados. Pero no cambios progresivos ni violentos. Unos períodos son quizás un 50 por 100 mejores que otros —a lo sumo un 100 por 100 mejores— en los cuatro mil años que terminaron el año del Señor de 1700.

Esta tasa de progreso lenta, o esta falta de progreso, se debía a dos razones: la notable ausencia de mejoras técnicas importantes y la imposibilidad de la acumulación de capital.

La ausencia de inventos técnicos importantes entre la era prehistórica y los tiempos relativamente modernos es ciertamente notable. Casi todo lo que verdaderamente importa y que el mundo poseía al comienzo de la era moderna ya era conocido por el hombre en el amanecer de la historia. El lenguaje, el fuego, los mismos animales domésticos que tenemos hoy día, el trigo, la cebada, el vino y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, la piel, el lino y los paños, ladrillos y ollas, oro y plata, cobre, estaño y plomo —y el hierro se añadió a la lista antes del año 1000 antes de Cristo—, la banca, el estado, las matemáticas, la astronomía y la religión. No tenemos datos sobre cuándo poseímos estas cosas por primera vez.

En algún momento antes del amanecer de la historia —tal vez incluso en uno de esos cómodos intervalos antes de la última era glacial— tiene que haber existido una era de progreso e inventos comparable a aquella en la que vivimos hoy. Pero durante la mayor parte de la historia escrita no hubo nada de eso.

Creo que la era moderna se inició con la acumulación de capital que comenzó en el siglo XVI. Pienso —por razones con las que no debo recargar este trabajo— que esto se debió al aumento de los precios, y a los beneficios que se derivaron, a causa de las remesas de oro y plata que España trajo desde el nuevo al viejo mundo. Desde aquellos tiempos hasta hoy, el poder de la acumulación por el interés compuesto, que parece haber estado durmiendo durante muchas generaciones, renació con fuerza renovada. Y el poder del interés compuesto durante doscientos años es tan enorme que supera todo lo imaginable.

Permítaseme ilustrar este poder mediante un ejemplo que he preparado. El valor de las inversiones extranjeras de Gran Bretaña, hoy, se estima en unos 4.000 millones de libras. Esto nos da una renta a la tasa del 6,5 por 100 aproximadamente. La mitad de esta renta nos la llevamos a casa y la disfrutamos; la otra mitad, es decir, el 3,25 por 100, dejamos que se acumule en el extranjero a interés com-

puesto. Una conducta de este tipo ha venido observándose durante unos 250 años.

Creo, en efecto, que los comienzos de la inversión británica en el extranjero se hallan en el tesoro que Drake robó a España en 1560. Aquel año regresó a Inglaterra trayéndose con él el prodigioso botín del *Golden Hind*. La reina Isabel era una accionista importante de la empresa que había financiado la expedición. Con su parte, la reina Isabel pagó la totalidad de la deuda exterior de Inglaterra, equilibró su presupuesto y se encontró con unas 40.000 libras en la mano. Invirtió esa cantidad en la *Levant Company,* que prosperó. Con los beneficios de la citada compañía se fundó la *East India Company*; y los beneficios de esta gran empresa fueron los cimientos de la subsiguiente inversión exterior de Inglaterra. Así resulta que las 40.000 libras inicialmente acumuladas al 3,25 por 100 de interés compuesto corresponden, aproximadamente, al volumen actual de las inversiones extranjeras de Inglaterra en varias fechas y equivaldrían realmente a la cifra total de 4.000 millones, que ya he citado como montante actual de nuestras inversiones extranjeras. Así, cada libra esterlina que trajo Drake al país en 1580 se ha convertido en 100.000 libras. ¡Tal es el poder del interés compuesto!

Desde el siglo XVI, con un *crescendo* acumulativo después del XVIII, empezó la gran era de la ciencia y de los descubrimientos técnicos, que desde principios del siglo XIX ha estado en pleno florecimiento: carbón, vapor, electricidad, petróleo, acero, caucho, algodón, las industrias químicas, la maquinaria automática y los métodos de producción en masa, radiotelegrafía, impresión, Newton, Darwin, Einstein y miles de otras cosas y de hombres demasiado famosos y conocidos para catalogarlos.

¿Cuál es el resultado? A pesar de un enorme crecimiento de la población mundial, a la que ha sido necesario dotar de viviendas y máquinas, el nivel medio de vida en Europa y Estados Unidos ha aumentado, creo, en casi cuatro veces. El crecimiento del capital ha tenido lugar en una escala que está mucho más allá de cien veces lo que se había conocido en cualquier época anterior. Y de ahora en adelante no tenemos que esperar un incremento tan grande de la población.

Si el capital aumentara, por ejemplo, un 2 por 100 anual, el equipo capital del mundo aumentaría en una mitad en veinte años y siete veces y media en cien años. Pensemos lo que eso significa en

términos de bienes materiales: viviendas, transportes y cosas por el estilo.

Al mismo tiempo, las mejores técnicas en la industria y en los transportes se han producido a una tasa mayor en los últimos diez años que en cualquier época anterior. En los Estados Unidos, la producción industrial per cápita fue un 40 por 100 mayor en 1925 que en 1919. En Europa vamos por detrás, a causa de obstáculos coyunturales, pero incluso así puede afirmarse que la eficiencia técnica está aumentando a más del 1 por 100 anual acumulativo. Existen pruebas de que los cambios técnicos revolucionarios, que hasta ahora han afectado principalmente a la industria, pueden producirse pronto en la agricultura. Puede que estemos en vísperas de mejoras en la eficacia de la producción de alimentos, tan grandes como aquellas que ya han tenido lugar en la minería, industria y transportes. En unos pocos años —quiero decir en el curso de nuestra vida— podemos ser capaces de realizar todas las operaciones de la agricultura, minería e industria con la cuarta parte del esfuerzo humano al que estamos acostumbrados.

De momento, la misma rapidez de estos cambios nos está perjudicando y está planteando problemas difíciles de resolver. Los países que están sufriendo relativamente más son los que no se encuentran en la vanguardia del progreso. Estamos siendo castigados con una nueva enfermedad, cuyo nombre quizás aún no han oído algunos de los que me lean, pero de la que oirán mucho en los años venideros, es decir, *paro tecnológico*. Esto significa desempleo debido a nuestro descubrimiento de los medios para economizar el uso del factor trabajo sobrepasando el ritmo con el que podemos encontrar nuevos empleos para el trabajo disponible.

Pero esta es solamente una fase temporal del desajuste. Todo esto significa, a largo plazo, *que la humanidad está resolviendo su problema económico*. Predeciría que el nivel de vida en las naciones progresivas, dentro de un siglo, será entre cuatro y ocho veces más alto que el de hoy. Esto no sería sorprendente incluso a la luz de nuestros conocimientos actuales. Y en cualquier caso no sería disparatado contemplar la posibilidad de un progreso todavía mayor.

## II

Supongamos, en aras del razonamiento, que dentro de cien años estuviéramos, en promedio, ocho veces mejor, en sentido económico, que hoy. Es indudable que este supuesto no debe considerarse sorprendente.

Ahora bien, es verdad que las necesidades de los seres humanos parecen insaciables. Pero se dividen en dos clases: las necesidades que son absolutas, en el sentido de que las experimentamos cualquiera que sea la situación de nuestros semejantes, y las que son relativas, cuando las sentimos solamente si su satisfacción nos eleva y nos hace sentirnos superiores a ellos. Las necesidades de la segunda clase, aquellas que satisfacen el deseo de superioridad, pueden ser verdaderamente insaciables; pues cuanto más alto es el nivel general, más altas son aquéllas todavía. Pero esto no es tan cierto respecto a las necesidades absolutas: punto que se puede alcanzar pronto, quizás antes de que nos demos cuenta todos nosotros, cuando estas necesidades son satisfechas en el sentido de que preferimos dedicar nuestras energías adicionales a fines no económicos.

He aquí mi conclusión, que, como creo se verá, más sorprende la imaginación cuanto más se piensa en ella.

Llego a la conclusión de que, suponiendo que no se produzcan guerras importantes ni grandes incrementos de la población, el *problema económico* puede resolverse o por lo menos tener perspectivas de solución dentro de cien años. Esto significa que el problema económico no es —si miramos hacia el futuro— *el problema permanente del género humano.*

¿Por qué, pueden preguntar ustedes, es tan sorprendente? Es sorprendente porque —si en lugar de mirar hacia el futuro miramos hacia el pasado— vemos que el problema económico, la lucha por la subsistencia, ha sido siempre hasta hoy el problema más acuciante del género humano; y no sólo del género humano, sino de todo el reino biológico desde los comienzos de la vida en sus formas más primitivas.

Hemos sido expresamente desarrollados por la naturaleza —con todos nuestros impulsos y nuestros instintos más profundos— con el fin de resolver el problema económico. Si este problema se resolviera de pronto, la humanidad se vería privada de su finalidad tradicional.

¿Será esto un beneficio? Si se creyera en los valores reales de la vida, la perspectiva, por lo menos, nos abre la posibilidad de un beneficio. Sin embargo, pienso con temor en el reajuste de los hábitos e instintos del hombre corriente, alimentados por incontables generaciones, pidiéndosele que los abandone en unas pocas décadas.

Utilizando el lenguaje de hoy, ¿no hemos de esperar una «crisis nerviosa»? Ya tenemos un poco de experiencia sobre lo que quiero decir con ello: una crisis nerviosa del tipo que ya es bastante corriente en Inglaterra y Estados Unidos entre las esposas de las clases adineradas, mujeres desafortunadas, muchas de las cuales, que se han visto privadas, a causa de su riqueza, de sus tareas y ocupaciones tradicionales, y que no pueden encontrar suficiente diversión, cuando se ven privadas del estímulo de la necesidad económica, de cocinar, lavar y zurcir, mientras son totalmente incapaces de encontrar algo más divertido.

Para aquellos que sudan su pan de cada día el ocio es una golosina apetecida, hasta que lo consiguen.

Hay un epitafio tradicional, escrito para ella misma, por una mujer de la limpieza:

> No lloréis por mí, amigos, no os aflijáis nunca por mí,
> porque no voy a hacer nada nunca jamás.

Este era su cielo. Como otros que piensan con ilusión en el ocio, esa mujer se imaginaba lo estupendo que sería pasar su tiempo escuchando, pues hay otro pareado en su poema:

> Con salmos y dulce música los cielos estarán sonando,
> pero yo no tendré nada que hacer con el canto.

Sin embargo, sólo para aquellos que tengan algo que hacer con el canto la vida será tolerable, ¡y qué pocos de nosotros pueden cantar!

Así, por primera vez desde su creación, el hombre se enfrentará con su problema real y permanente: cómo usar su libertad respecto de los afanes económicos acuciantes, cómo ocupar el ocio que la ciencia y el interés compuesto le habrán ganado, para vivir sabia y agradablemente bien.

Los incansables y decididos fabricantes de dinero pueden llevar-

nos con ellos hasta el regazo de la abundancia económica. Pero serán las personas que puedan mantenerse vivas y cultivarse hacia un mayor perfeccionamiento del propio arte de la vida y no venderse por los medios de vida, las que serán capaces de disfrutar de la abundancia cuando llegue.

Sin embargo, no hay país ni persona, creo, que pueda considerar la era del ocio y de la abundancia sin temor. Porque hemos sido preparados demasiado tiempo para luchar y no para disfrutar. Es un problema terrible para la persona corriente, sin dotes especiales, ocuparse, especialmente si ya no tiene raíces echadas en el suelo o en la costumbre o en las amadas convenciones de una sociedad tradicional. A juzgar por la conducta y los logros de las clases ricas en cualquier lugar del mundo, la imagen es muy deprimente. Pues éstas son, por así decirlo, nuestras avanzadillas —aquellos que están espiando la tierra prometida para el resto de nosotros y plantando su campamento allí—. Porque, en mi opinión, la mayoría de ellos han fracasado desastrosamente (es decir, quienes tienen una renta independiente, pero no las relaciones ni vínculos para disfrutarla) en sus intentos de resolver el problema que se les ha planteado.

Estoy seguro de que, con un poco más de experiencia, utilizaremos el botín recién adquirido de la naturaleza de manera muy distinta de la forma en que el rico lo usa hoy y organizaremos un plan de vida totalmente distinto del suyo.

En el futuro, durante muchos años, el viejo Adán será tan fuerte dentro de nosotros que todo el mundo necesitará hacer *algún* trabajo, si quiere sentirse satisfecho. Haremos más cosas para nosotros mismos que lo que es corriente en el rico de hoy, quien solamente se alegra cuando tiene pequeños deberes, tareas y rutinas. Pero además de esto, procuraremos untar la mantequilla sobre la rebanada de pan, hacer cualquier trabajo que todavía se tenga que efectuar tan ampliamente compartido como sea posible. Turnos de tres horas o semanas de quince horas pueden eliminar el problema durante mucho tiempo. Porque tres horas al día es suficiente para satisfacer al viejo Adán que hay dentro de nosotros.

También debemos esperar que se produzcan cambios en otras esferas. Cuando la acumulación de riqueza ya no sea de gran importancia social, habrá grandes cambios en los códigos morales. Podremos librarnos de muchos de los principios seudomorales que han pesado durante doscientos años sobre nosotros, siguiendo los cuales hemos

exaltado algunas de las cualidades humanas más desagradables, colocándolas en la posición de las virtudes más altas. Podremos permitirnos el atrevimiento de dar al motivo monetario su verdadero valor. El amor al dinero como posesión —a diferencia del amor al dinero como un medio para gozar de los placeres y realidades de la vida— será reconocido por lo que es, una morbosidad algo repugnante, una de esas propensiones semidelictivas, semipatológicas, que se ponen, encogiendo los hombros, en manos de los especialistas en enfermedades mentales. Todas las clases de costumbres sociales y prácticas económicas, que afectan a la distribución de la riqueza y de las recompensas y sanciones económicas, que ahora mantenemos a toda costa por muy desagradables e injustas que puedan ser en sí mismas, porque son terriblemente útiles para promover la acumulación de capital, serán desechadas por fin porque entonces seremos libres de hacerlo.

Por supuesto que todavía habrá muchas personas con pretensiones intensas e insatisfechas que perseguirán ciegamente la riqueza, a menos que puedan encontrar algún sustitutivo plausible. Pero el resto de nosotros ya no tendrá ninguna obligación de aplaudirles y animarles. Porque investigaremos, con mayor curiosidad que la que hoy es sensato, el verdadero carácter de estas «pretensiones» con las que en grados distintos la naturaleza nos ha dotado a la mayoría de nosotros. Porque pretensión significa que estamos más preocupados por los resultados futuros y lejanos de nuestras acciones que por su propia calidad o sus efectos inmediatos sobre nuestro propio entorno. El hombre «con pretensiones» siempre está tratando de alcanzar una inmortalidad ilegítima y engañosa para sus actos, empujando su interés por ellos hacia el futuro. No ama a su gato, sino a las crías de su gata; ni, verdaderamente, a las crías, sino a los gatitos de los gatitos y así sucesivamente hasta el fin en el reino de los gatos. Para él, el jamón no es jamón, a menos que sea jamón mañana y nunca jamón hoy. De esta manera, empujando su jamón siempre hacia el futuro, lucha para asegurar una inmortalidad en el hecho de cocerlo.

Déjenme recordarles al profesor de *Sylvie and Bruno*:

> «Sólo es el sastre, señor, con una cuentecita», dijo una voz suave fuera de la puerta.
> «Ah, bueno, pronto podré resolver *su* negocio —dijo el profesor a los niños— si espera un momento. ¿Cuánto es, este año, amigo?» Mientras hablaba el sastre había entrado.

«Bien, se ha estado duplicando durante tantos años, como usted sabe —contestó el sastre un poco bruscamente— que me gustaría tener el dinero ahora. Son dos mil libras.»

«Oh, eso no es nada —observó descuidadamente el profesor, tocándose el bolsillo, como si siempre llevara por lo menos *esa* cantidad encima—. Pero, ¿no le gustaría esperar otro año y convertirla en *cuatro* mil? ¡Piense lo rico que se haría! ¡Toma, podría ser un *rey*, si quisiera!»

«No sé si me importaría ser un rey —dijo el hombre pensativamente—. Pero me *refrescaría* una visión del dinero. Bien, creo que esperaré.»

«Naturalmente que lo hará —dijo el profesor—. Tiene buen sentido. Ya lo veo. ¡Buenos días, amigo!»

«¿Tendrá que pagarle alguna vez esas cuatro mil libras?», preguntó Sylvie, mientras se cerraba la puerta tras el acreedor.

«*Nunca*, amiguita —replicó con énfasis el profesor—. Continuará doblando la cantidad hasta que muera. Ya ves, *siempre* vale la pena esperar otro año para tener el doble de dinero.»

Quizá no sea un accidente que la gente que más hizo por llevar la promesa de la inmortalidad al corazón y a la esencia de nuestras religiones haya hecha más todavía por el principio del interés compuesto y se interese por la más provechosa de las instituciones humanas.

Nos vemos libres, por lo tanto, para volver a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y virtud tradicionales: que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es un delito y el amor al dinero es detestable, que aquellos que siguen verdaderamente los caminos de la virtud y la sana sabiduría son los que menos piensan en el mañana. Una vez más debemos valorar los fines por encima de los medios y preferir lo que es bueno a lo que es útil. Honraremo a todos cuantos puedan enseñarnos cómo podemos aprovechar bien y virtuosamente la hora y el día, la gente deliciosa que es capaz de disfrutar directamente de las cosas, las lilas del campo que no trabajan ni hilan.

Pero, ¡cuidado!, todavía no ha llegado el tiempo de todo esto. Por lo menos durante otros cien años debemos fingir nosotros y todos los demás que lo justo es malo y lo malo es justo; porque lo malo es útil y lo justo no lo es. La avaricia, la usura y la cautela deben ser nuestros dioses todavía durante un poco más de tiempo, pues sólo

ellos pueden sacarnos del túnel de la necesidad económica y llevarnos a la luz del día.

Por tanto, pienso con ilusión en los días no muy lejanos del mayor cambio que nunca se haya producido en el entorno material de la vida de los seres humanos en su conjunto. Pero, por supuesto, se producirá gradualmente, no como una catástrofe. Verdaderamente ya ha empezado. Los acontecimientos se desarrollarán sencillamente en el sentido de que habrá clases y grupos mayores de personas en los que los problemas de la necesidad económica prácticamente habrán sido eliminados. La diferencia crítica se comprenderá cuando esa condición se haya generalizado tanto que la naturaleza del deber de uno hacia su vecino haya cambiado. Porque seguirá siendo razonable tener objetivos económicos en relación con los demás, cuando haya dejado de serlo en relación con uno mismo.

El *ritmo* con que podemos alcanzar nuestro destino de bienaventuranza económica está gobernado por cuatro cosas: nuestro poder para controlar la población, nuestra decisión para evitar las guerras y las desavenencias civiles, nuestro deseo de confiar a la ciencia la dirección de aquellas materias que son propias de la misma y la tasa de acumulación fijada por la diferencia entre nuestra producción y nuestro consumo; de las cuales, la última fácilmente se resolverá por sí misma, dadas las tres primeras.

Mientras tanto, no causará daño alguno hacer ligeros preparativos para nuestro destino, animando y experimentando las artes de la vida, así como las actividades con un objetivo.

Pero, sobre todo, no sobreestimemos la importancia del problema económico ni sacrifiquemos a sus supuestas necesidades otras cuestiones de mayor significado y permanencia. La economía debe ser una cuestión reservada a los especialistas, como la odontología. ¡Sería estupendo que los economistas lograran que se les considerara como personas modestas y competentes como los odontólogos!

# Sexta parte

# ÚLTIMOS ENSAYOS

# 1. LOS MEDIOS PARA LA PROSPERIDAD (1933)

En marzo de 1933 *The Times* publicó una serie de cuatro artículos de Keynes, titulada «Los medios para la prosperidad». Estos artículos provocaron una amplia discusión y se reeditaron rápidamente, aquel mismo mes, en forma de opúsculo. En la edición inglesa se añadieron dos nuevos capítulos de introducción y conclusión; los capítulos II, III, IV y V permanecieron sustancialmente iguales respecto del texto publicado en *The Times* del 13, 14, 15 y 16 de marzo de 1933. En la edición estadounidense que se reproduce aquí, Keynes añadió material de su artículo «The Multiplier», que apareció en *New Statesman and Nation*, el 1 de abril de 1933, e hizo algunos otros cambios. A causa de esta discusión más extensa del multiplicador, hemos escogido la edición norteamericana. Las variaciones entre las ediciones norteamericana y británica, excepto en los casos de palabras aisladas como «británico» después de «gobierno» en la primera, se indican en el texto. Las notas a pie de página originales de Keynes en estas secciones aparecen entre corchetes.

## I. Naturaleza del problema

Si nuestra pobreza fuera debida al hambre, a un terremoto o a la guerra, si nos faltasen las cosas materiales y los recursos para producirlas, no podríamos encontrar los medios para la prosperidad más que en el trabajo duro, la abstinencia y la inventiva. De hecho, nuestro apuro es notoriamente de otra clase. Procede de algún fallo en los mecanismos inmateriales de la mente, en la operación de los motivos que debieran llevarnos a las decisiones y actos de voluntad necesarios para poner en movimiento los recursos y medios técnicos que ya tenemos. Es como si dos automovilistas, encontrándose en medio de una carretera, fueran incapaces de pasar uno u otro porque

ninguno conociera las normas de circulación. Sus propios músculos no son de utilidad; un ingeniero del automóvil no puede ayudarles; una carretera mejor no les serviría. No hace falta nada y nada servirá, excepto tener las ideas un poco [1] claras.

Así, también, nuestro problema no es un problema humano de músculos y resistencia. No es un problema de ingenieros o un problema agrícola. Ni siquiera es un problema económico si por tal entendemos aquellos cálculos, disposiciones y acciones organizativas por medio de los cuales los empresarios individuales pueden progresar. Ni es un problema bancario, si entendemos por banca los principios y métodos de una mente perspicaz, por medio de los cuales se estimulan conexiones perdurables y se evitan compromisos desafortunados. Por el contrario, es un problema económico en sentido estricto o, para expresarlo mejor, como sugiriendo una combinación de la teoría económica con el arte de gobernar, es un problema de economía política.

Llamo la atención sobre la naturaleza del problema, porque apunta a la naturaleza del remedio. Conviene al caso que el remedio se fundamente en algo que pueda con justicia considerarse una *estratagema.* Con todo, hay muchos que desconfían de las estratagemas e instintivamente dudan de su eficacia. Todavía hay gente que cree que la vía para salir adelante sólo puede fundarse en el trabajo duro, la resistencia, la frugalidad, la mejora de los métodos económicos, más cautelas bancarias y, sobre todo, en evitar las estratagemas. Pero temo que los camiones de esta gente no lograrán pasar nunca. Pueden velar toda la noche, contratar conductores más sobrios, instalar motores nuevos y ensanchar la carretera; con todo esto nunca podrán pasar, a menos que se paren a pensar y convengan con el conductor que tienen enfrente una pequeña estratagema por medio de la cual cada uno de ellos se mueva simultáneamente un poco a su izquierda.

Es la situación actual la que podríamos considerar paradójica. No hay nada paradójico en la sugerencia de que algún ajuste inmaterial —algún cambio, por así decirlo, «sobre el papel»— sería capaz de obrar maravillas. La paradoja debe hallarse en los 250.000 obreros de la construcción parados en Gran Bretaña, cuando nuestra mayor necesidad material es disponer de más casas. Dudaríamos instintivamente del juicio del hombre que, coherente con las finanzas sólidas y

1. Las palabras «muy poco» aparecen en este punto en la edición inglesa.

con la sabiduría política, nos dice que no hay medios para poner a trabajar a los parados. Tenemos que desconfiar de los cálculos de los estadistas que, cargados ya con el subsidio de paro, nos dicen que el hecho de emplear hombres en la construcción de casas implicaría pesadas obligaciones, presentes y futuras, que el país no se puede permitir; y es cosa de cuestionar la sensatez de esta opinión, que considera más económico y mejor calculado, para aumentar la riqueza nacional, mantener parados a los constructores de buques que gastar una fracción de lo que les está costando su mantenimiento para ponerles a construir uno de los trabajos más grandes del hombre.

Por el contrario, cuando demuestro con cierto detalle, como en el capítulo siguiente, que crear riqueza aumentará la renta nacional y que una gran proporción de cualquier aumento de la renta nacional corresponderá al Exchequer, entre cuyos mayores gastos está el pago de rentas a los que están parados, y cuyos ingresos están en proporción de las rentas de los que están ocupados, espero que el lector sentirá, tanto si se considera competente como si no para criticar el argumento en detalle, que la respuesta es justamente la que él esperaría, que concuerda con el dictado instintivo de su sentido común.

El argumento no debiera tampoco parecer extraño, en el sentido de que la presión fiscal pueda ser tan alta como para frustrar su objeto, y que, dándole el tiempo suficiente para recoger los frutos, una reducción de los impuestos tendrá mejores posibilidades de equilibrar el presupuesto que un aumento de los mismos. Porque, en la actualidad, adoptar el punto de vista opuesto es parecerse a un fabricante que, enfrentado a una pérdida, decide elevar el precio de su producto, y cuando la disminución de sus ventas aumenta la pérdida, cubriéndose con razones de aritmética simple, decide que la prudencia le exige aumentar todavía más el precio; y que cuando, por último, su contabilidad se equilibra a cero en ambos lados, todavía está declarando ingenuamente que habría sido propio de un jugador reducir el precio cuando ya se estaba produciendo una pérdida.

De cualquier modo, parece que ya es tiempo de reconsiderar las posibilidades de acción. En esta creencia reexamino aquí las ventajas de una política activa, comenzando por los asuntos internos de Gran Bretaña y siguiendo con las oportunidades de la conferencia mundial. Esta conferencia puede producirse en el momento oportuno a pesar de su retraso. Porque llegará en una época en que la experiencia amarga dispone mejor, a las naciones participantes, a considerar un

plan. El mundo está cada vez menos dispuesto a «esperar el Milagro»: creer que las cosas se enderezarán por sí solas, sin acción de nuestra parte.

## II. Expansión interna

La repugnancia a apoyar planes de desarrollo de capital en el interior como medio para restablecer la prosperidad se basa generalmente en dos fundamentos: la escasez del empleo creado por el gasto de una suma dada y la presión de los subsidios que tales planes suelen requerir sobre los presupuestos nacionales y locales. Estas son cuestiones cuantitativas que no es fácil contestar con precisión. Pero intentaré, en las líneas que siguen, dar razones para apoyar la creencia de que los respuestas son mucho más favorables que lo que comúnmente se supone.

Se dice a menudo que, en Gran Bretaña, dar empleo a un hombre durante un año representa una inversión de 500 libras en obras públicas. Esto se basa en la cantidad de trabajo directamente empleado en la obra concreta de que se trate. Pero es fácil advertir que los materiales utilizados y el transporte necesario también suponen una creación de empleo. Si, como debemos, tenemos en cuenta esto, la inversión por hombre y año del empleo adicional suele estimarse, en el caso de la construcción por ejemplo, en 200 libras.

Pero si el nuevo gasto es adicional y no simplemente sustitutivo de otro gasto, el aumento del empleo no se detiene ahí. Los salarios adicionales y las demás rentas pagadas se gastan en compras adicionales, que a su vez llevan a un empleo adicional. Si los recursos del país estuvieran ya plenamente ocupados, estas compras adicionales se reflejarían principalmente en precios más altos y en un aumento de las importaciones. Pero en las actuales circunstancias esto sería cierto sólo para una pequeña proporción del consumo adicional, dado que la mayor parte del mismo sería provisto sin demasiados cambios en los precios por los recursos interiores que se encuentran desocupados en el momento actual. Además, en la medida en que la mayor demanda de alimentos, resultante del mayor poder adquisitivo de las clases trabajadoras, sirviera para elevar los precios o aumentar las ventas de los productores de artículos primarios en el interior y en el extranjero, actualmente podríamos asumirla positivamente. Sería

mucho mejor subir el precio de los productos agrícolas aumentando su demanda que restringiendo artificialmente su oferta.

No hemos llegado todavía al final. Los que de nuevo han encontrado ocupación y proporcionan el producto necesario para satisfacer el incremento de demanda de los ocupados con el nuevo capital circulante, a su vez gastarán más, aumentando de esta manera el volumen de empleo; y así sucesivamente. Algunos entusiastas, percatándose de la realidad de estas repercusiones, han exagerado en gran medida el resultado final e incluso han supuesto que la magnitud del nuevo empleo creado de este modo está limitada solamente por los intervalos necesarios entre el ingreso del gasto de la renta; en otras palabras, por la velocidad de circulación del dinero. Desgraciadamente, no es completamente así, porque en cada fase se produce, por así decirlo, una cierta proporción de filtraciones. En cada fase, una cierta proporción del aumento de renta no se traduce en un aumento del empleo. Una parte la ahorrará el perceptor; otra parte elevará los precios y de este modo disminuirá el consumo en alguna otra parte, excepto en la medida en que los productores gasten su incremento de beneficios; otra parte se gastará en importaciones; otra parte es meramente una sustitución del gasto que previamente tomaba la forma de subsidio, caridad privada o ahorros personales; y una última parte puede ir a parar al Exchequer sin aliviar al contribuyente en la misma medida. Así, para sumar el efecto neto de la serie de repercusiones sobre el empleo, es necesario formular supuestos razonables sobre la proporción que se ha perdido por cada una de estas vías. A aquellos que estén interesados en la técnica de estas sumas les remitiría a un artículo de R. F. Kahn, publicado en *The Economic Journal* en junio de 1931.

Es obvio que los supuestos adecuados varían en gran manera según las circunstancias. Si el margen de recursos desempleados fuera escaso o nulo, entonces, como he dicho antes, el incremento de gasto se despilfarraría en gran medida en precios más altos e incremento de importaciones (lo que, efectivamente, es una característica ordinaria de las últimas fases de prosperidad en la nueva construcción). Si el subsidio de paro fuera tan grande como los ingresos de un hombre cuando trabaja y se financiase mediante préstamos, difícilmente se produciría ninguna repercusión en absoluto. En cambio, ahora que el subsidio se financia mediante impuestos y no mediante préstamos (de manera que puede esperarse que una reducción en el subsidio aumente la capacidad de gasto del contribuyente), ya no

tenemos que hacer una deducción tan grande por este concepto.[2] Permítaseme considerar con algún detalle lo que tiene que ser probablemente el resultado neto en las condiciones actuales.

A la magnitud bruta del gasto, supuesto que no hay préstamo adicional, la llamaremos *gasto primario*; y *empleo primario* al empleo directamente creado por este gasto. Basándome en la autoridad de otros, he estimado —y no hay fundamento para cuestionar la razonable exactitud de la estimación como guía aproximada de las magnitudes implicadas— que un gasto primario de 200 libras proporcionará empleo primario a un hombre durante un año. No afectará al argumento que sigue el hecho de que el objeto del préstamo sea financiar obras públicas o empresas privadas o aliviar al contribuyente. En cualquiera de estos casos, este gasto primario producirá una serie de repercusiones conducentes a lo que conviene llamar *empleo secundario*. Nuestro problema consiste en determinar el empleo total, primario y secundario en su conjunto, creado por un volumen dado de gasto adicional, financiado con préstamos; es decir, hallar el multiplicador que relaciona el empleo total con el empleo primario.

El gasto primario de 100 libras adicionales, suponiendo que se obtienen mediante un préstamo, puede dividirse en dos partes. La

2. En este punto divergen las dos ediciones. La edición inglesa continúa: «Mi propia estimación, tomando cifras muy conservadoras, a la luz de las actuales circunstancias, es que el multiplicador es, por lo menos, 2. De lo que se deduce que el gasto financiado vía préstamos, por hombre y año, no es la cifra de 500 libras con la que empezamos, sino la de 100 libras. Sin embargo, dado que no me preocupa exagerar la que de todas formas será una conclusión suficientemente sorprendente, tomémoslo al 1,5, es decir, que dos hombres empleados mediante el gasto de aquel tipo llevan indirectamente al empleo, no de dos hombres más, lo cual coincide con mi propia opinión, sino de un hombre más. No creo que nadie que siga el cálculo detallado pueda obtener menos que esto; lo que significa que un gasto (financiado vía préstamos) adicional de 200 libras en materiales, transporte y empleo directo coloca, no un hombre a trabajar durante un año, sino —teniendo en cuenta la serie completa de repercusiones— un hombre y medio. Esto nos da una cifra de 133 libras como volumen de gasto (financiado vía préstamos) adicional requerido hoy para estimular un empleo de un hombre durante un año. Pero basemos, para darnos un margen adicional de seguridad, nuestro argumento en la cifra de 150 libras. Esto responde, de manera más conservadora, a la primera de nuestras dos preguntas.

»A continuación consideramos la magnitud de la reducción del presupuesto.» La edición inglesa sigue entonces el argumento de la p. 346, línea 5 [p. 346, línea 32, de esta edición castellana].

primera parte es el dinero que, por una u otra razón, no se ha convertido en renta adicional en manos de un inglés (o, si aplicamos el argumento a los Estados Unidos, de un norteamericano). Ésta se compone principalmente de *a*) el coste de las materias importadas; *b*) el coste de los bienes que no se han producido de nuevo, sino que meramente se han transferido, tales como tierras o bienes tomados de las existencias que no se reponen; *c*) el coste de los recursos productivos de hombres y plantas industriales que no se emplean adicionalmente, sino que simplemente se transfieren desde otras ocupaciones; *d*) el coste de los salarios que ocupan el lugar de la renta, con tal que salgan de los fondos tomados en préstamo para financiar el subsidio de paro. La segunda parte, que es el dinero que se convierte en renta adicional en manos de un inglés, tiene que dividirse de nuevo en dos partes, según si se ahorra o se gasta (en este contexto, gasto incluye todos los gastos adicionales directos del receptor, incluyendo el gasto en la producción de bienes duraderos).

Para obtener el multiplicador, simplemente tenemos que estimar estas dos proporciones, es decir, la proporción del gasto típico que se convierte en renta de alguien y la proporción de esta renta que se gasta. Porque estas dos proporciones, multiplicadas entre sí, nos dan la relación entre la primera repercusión y el efecto primario, dado que nos dan la relación entre el segundo flujo de gasto y el flujo inicial de gasto. Entonces podemos sumar toda la serie de repercusiones, dado que cabe esperar que la segunda repercusión tenga la misma relación con la primera repercusión; y la primera, con el efecto primario; y así sucesivamente.

El argumento abstracto puede ilustrarse como sigue. Hace dos años, cuando el subsidio se estaba financiando en Gran Bretaña mediante dinero tomado en préstamo, este hecho requería una deducción sustancial, que ya no es necesaria, al calcular la proporción del gasto que se convierte en renta adicional. De aquí a dos años, si el empleo ha mejorado en relación con su nivel actual, puede ser necesario hacer una deducción sustancial respecto a los recursos que simplemente se sacan de otras ocupaciones; porque cuanto menor es la reserva de recursos ociosos, más probable es que esto resulte de un aumento del gasto. No estoy dispuesto a efectuar mucha deducción en cualquier momento por los bienes tomados de las existencias, dado que éstas rara vez son realmente grandes y que la verificación de su descenso estimula pronto su reposición. Por tanto, *en las condiciones*

*actuales*, yo diría que sería un supuesto razonable optar por una deducción del 30 por 100 para el gasto que por una u otra razón no aumenta las rentas, dejando el 70 por 100 restante para el aumento de la renta corriente de alguna persona.

¿Qué proporción de esta renta adicional se desembolsará como gasto adicional? En la medida en que corresponda a las clases asalariadas se puede suponer correctamente que se gastará la mayor proporción de la misma; en la medida en que aumente los beneficios y los sueldos e ingresos profesionales, la proporción ahorrada será mayor. Tenemos que encontrar un promedio aproximado. En las circunstancias actuales, por ejemplo, podríamos suponer que se gastará al menos un 70 por 100 del aumento de renta y que la parte ahorrada no será superior a un 30 por 100.

Bajo estos supuestos, la primera repercusión será del 49 por 100 (dado que $7 \times 7 = 49$) del efecto primario, o (digamos) de la mitad; la segunda repercusión será la mitad de la primera, es decir, un cuarto del efecto primario, y así sucesivamente. Por tanto, el multiplicador es 2, porque si el lector nos permite que le llevemos a su época escolar recordará que $1 + 1/2 + 1/4 + \text{etc.} = 2$. El lapso de tiempo que necesita la renta corriente para ser gastada separará cada repercusión de la siguiente. Pero se verá que las siete octavas partes del efecto total proceden del gasto primario y de las dos primeras repercusiones, de manera que los desfases temporales implicados no son excesivamente importantes.

Nótese que no debe tenerse en cuenta ningún aumento de precios que pudiera venir ocasionado por el aumento de la demanda. El efecto de los precios más altos disminuirá gradualmente la proporción que se convierte en nueva renta, dado que probablemente será un síntoma de que los recursos excedentes ya no son tan adecuados en determinadas direcciones, con el resultado de que una mayor proporción del nuevo gasto simplemente se desvía de otras ocupaciones. También es probable que los precios más altos signifiquen beneficios más altos, con el resultado de que, cuanto mayor sea la proporción de renta correspondiente a beneficios y menor sea la que corresponde a salarios, se ahorrará una mayor proporción de la renta. Así, a medida que los hombres vuelvan gradualmente a estar ocupados y los precios aumenten gradualmente, el multiplicador disminuirá gradualmente. Además, en la medida en que los salarios suban es obvio que la magnitud del empleo correspondiente a un gasto dado en salarios

también disminuirá gradualmente. Sin embargo, estas modificaciones sólo serían relevantes si y cuando nuestro remedio estuviese teniendo mucho éxito. Una determinada dosis de gasto, en la etapa actual y por varias razones, producirá sobre el empleo un efecto mucho mayor que lo que sería prudente esperar más tarde, cuando el margen de recursos ociosos se redujera.

Para ilustrar la cadena de estimaciones razonables del multiplicador, consideremos el efecto que tendrían sobre el mismo otros supuestos determinados. Si supusiéramos que cada una de las proporciones es del 60 por 100, el multiplicador resulta ser, aproximadamente, 1,5, que pudiera considerarse como un límite mínimo de su valor, dado que parecería muy improbable que cualquier proporción pudiera ser tan baja como ésta en la actualidad. Si, por el contrario, tuviéramos que esperar que la proporción del gasto primario que se convierte en renta y la proporción de la renta que se gasta fueran ambas del 80 por 100, el multiplicador sería de casi 3 (como comprobarán fácilmente los lectores que todavía puedan efectuar cálculos aritméticos). Creo que sobre todo hemos de ser prudentes al estimar la proporción de gasto que se convierte en renta adicional; y las estimaciones que preferiría serían las basadas en algún supuesto tal como el de que no menos del 66 por 100 del gasto adicional (en nuevo capital circulante o en consumo adicional) se convertiría en renta adicional en manos de un inglés, y que no menos del 75 por 100 de esta renta adicional se gastaría; aunque yo fácilmente aumentaría la última proporción al 80 por 100, más que la anterior al 70 por 100. En lo que sigue basaré mis estimaciones en estas cifras, que también llevan a un multiplicador de 2. A los lectores norteamericanos les puede interesar la consideración de qué supuestos serían más apropiados a las condiciones actuales de los Estados Unidos. Personalmente, esperaría que el multiplicador norteamericano fuera mayor que 2 y no al contrario.

## III. La reducción del presupuesto

Bajo los supuestos que he intentado justificar en el capítulo anterior, un gasto primario de 100 libras incrementará directamente las rentas británicas en dos tercios de esta cantidad, es decir, en 66 libras. Pero el aumento total de las rentas, incluyendo los efectos secunda-

rios, será de 66 libras × (1 + 2/3 + 4/9 + ... ), es decir, 200 libras. Para determinar la reducción total del presupuesto que se deriva de los efectos así establecidos, tenemos que estimar, primero, el ahorro respecto al coste del subsidio de paro, y segundo, el mayor rendimiento del ingreso por los impuestos recaudados sobre el aumento de renta.

No toda la renta adicional corresponde a los hombres que previamente estaban percibiendo el subsidio. Una parte va a los beneficios, otra parte a los que perciben sueldos y a las clases profesionales, y otra parte a los salarios correspondientes al aumento del volumen de empleo de los trabajadores que no estaban percibiendo subsidio, porque ya estaban empleados a tiempo parcial o por alguna otra razón.

Sin embargo, considero que sería correcto suponer que los dos tercios del aumento de renta, es decir, 44 libras, corresponderán a los hombres que previamente percibían el subsidio, lo que significa aproximadamente un tercio del aumento del empleo de un hombre durante un año, tomando el salario medio de 50 chelines por semana.

Dado que, bajo los supuestos que hemos adoptado, el 75 por 100 del aumento de la renta de 66 libras, ocasionado por el gasto primario de 100 libras, se gastará, y el 66 por 100 de este gasto secundario servirá de nuevo para aumentar las rentas, y así sucesivamente, se sigue que nuestro gasto primario de 100 libras tarde o temprano producirá dos tercios del empleo de un hombre durante un año para trabajadores que previamente percibían el subsidio. Al mismo tiempo, como hemos visto, el aumento total de rentas que se producirá será de 200 libras. Con todo, si el lector considera más probable algún otro conjunto de cifras, le he proporcionado aquí un mecanismo que le permitirá hallar la respuesta correspondiente a sus propios supuestos.

Ahora estamos preparados para estimar la reducción total del presupuesto. A efectos de cálculo aproximado, el coste medio de un hombre que cobre el subsidio se suele cifrar en 50 libras por año.[3]

3. [Esta es una cifra conservadora para trabajadores varones adultos. En 1932, el promedio completo, incluyendo menores y mujeres, fue de 48,3 libras (es decir, 44,2 libras como coste medio anual de una persona parada, *más* 4,1 libras de las cuotas medias de la seguridad social de patrones y empleados por persona empleada).] [Esta nota a pie de página no figura en la edición inglesa. (*N. del e.*).]

De aquí que un gasto (financiado vía préstamos) de 100 libras que proporcione dos tercios del empleo de un hombre durante un año para trabajadores que previamente percibían el subsidio de paro, reduce el coste del mismo en 33 libras.[4]

Pero hay un beneficio adicional para el presupuesto,[5] debido al hecho de que nuestro gasto (financiado vía préstamos) de 100 libras aumentará la renta nacional en 200 libras. Porque el rendimiento de los impuestos aumenta y disminuye más o menos en proporción a la renta nacional. Nuestras dificultades presupuestarias actuales se deben principalmente al declive de la renta nacional. Ahora bien, para la nación como un todo, dejando a un lado las transacciones con los extranjeros, su renta es exactamente igual a su gasto (incluyendo en el gasto tanto el que se destina al consumo como el que se dedica a nuevo capital, pero excluyendo los intercambios intermedios); siendo ambas magnitudes simplemente dos nombres diferentes para la misma cosa, porque el gasto de uno es la renta de otro.[6]

Ahora bien, un promedio de aproximadamente un 20 por 100 de la renta nacional se paga al Exchequer en impuestos. La proporción exacta depende de cómo se distribuye la nueva renta entre los estratos más altos de renta sujetos a imposición directa y los estratos más bajos sometidos a impuestos indirectos; asimismo, el rendimiento de algunos impuestos no está estrechamente correlacionado con los cambios en la renta nacional. Teniendo en cuenta estas dudas, tomemos la proporción de la nueva renta correspondiente al Exchequer a un 10 por 100, es decir, 20 libras de nuevo ingreso, de un aumento de renta de 200 libras. Es cierto que habrá algún desfase temporal en su recaudación, pero no debemos preocuparnos por eso; aunque es

4. Este ejemplo sigue a la edición inglesa en el contenido, pero no en la expresión.

5. En la edición inglesa, las palabras «debido ... Porque» no aparecen.

6. En la edición inglesa sigue este párrafo: «Así, la nueva inversión de 3 millones de libras, financiada por medio de un préstamo adicional y nó reduciendo el gasto en consumo o la inversión ya existente, aumenta la renta nacional en más de 3 millones de libras, si tenemos en cuenta las repercusiones. El cálculo para obtener el multiplicador adecuado es el mismo que en el caso del empleo; aunque un poco mayor, dado que para obtener la renta monetaria nacional no tenemos que efectuar la misma deducción de un aumento de precios. Sin embargo, para mayor seguridad, tomemos, como antes, el multiplicador como si fuera 1,5. Se sigue que nuestra inversión de 3 millones de libras aumentará la renta nacional, sujeta a imposición, en 4.500.000 libras».

un argumento poderoso en favor de propuestas para modificar la rigidez de nuestro presupuesto anual y para hacer que nuestras estimaciones, en esta ocasión, cubran un período mayor que un año. Debido al desfase temporal en el efecto del aumento de impuestos sobre la reducción de la renta nacional, nuestro procedimiento presupuestario actual está expuesto a la seria objeción de que las medidas que equilibrarían este presupuesto están calculadas para desequilibrar el siguiente; y viceversa.

Así, el beneficio total para el Exchequer, de un gasto (financiado vía préstamos) adicional de 100 libras es, por lo menos, de 33 *más* 20, en total 53 libras, es decir, un poco más de la mitad del gasto financiado vía préstamos.[7] No hemos de ver ninguna paradoja en esto. Hemos alcanzado un punto en que una considerable proporción de cada disminución adicional de la renta nacional se detecta en el Exchequer a través de la agencia del subsidio y de la disminución del rendimiento de los impuestos. Es natural, por tanto, que el beneficio de las medidas para aumentar la renta nacional tenga que corresponder en grado notable al Exchequer.

Si aplicamos este razonamiento a los proyectos de gasto (financiado vía préstamos) que hoy están siendo apoyados en círculos responsables, vemos que es una completa equivocación creer que existe un dilema entre los planes para incrementar el empleo y los planes para equilibrar el presupuesto: que debemos proceder despacio y con prudencia en el primero, por temor a perjudicar al segundo. Todo lo contrario. No existe otra posibilidad de equilibrar el presupuesto que aumentando la renta nacional, que es con mucho la misma cosa que incrementar el empleo.

Tomemos, por ejemplo, la propuesta de gastar 7 millones de libras en el nuevo Cunarder. Yo digo que esto beneficiará al Exchequer, al menos, en la mitad de esta suma, es decir, en 3,5 millones de libras, lo cual supera ampliamente a la máxima ayuda que se pide al Exchequer.

O tomemos el gasto de 100 millones de libras para construcción de casas, para reconstruir los barrios viejos o bajo los auspicios del Comité de Construcción Nacional, que beneficiaría al presupuesto en

7. La edición inglesa utiliza una serie de números diferentes, pero opera con base en el mismo principio y entonces sigue la frase «o dos tercios del mismo, si tuviéramos que tomar el multiplicador como 2».

un total de unos 50 millones de libras, una cantidad que supera ampliamente cualquier subsidio que se pueda necesitar. Si la mente del lector se sobresalta con esto y cree que es demasiado bueno como para ser cierto, vuelva cuidadosamente al argumento que nos ha llevado hasta aquí. Y si desconfía de su propio juicio, permítame señalar que todavía no se ha realizado ningún intento serio para rebatir las bases del argumento [8] donde lo presenté en primer lugar, *coram publico*, en el foro de *The Times*.

Sustancialmente, el mismo argumento se aplica también a un alivio de la imposición, suspendiendo el Fondo de Amortización y volviendo a la práctica de financiar mediante préstamos aquellos servicios que pueden financiarse adecuadamente de esta manera, tales como el coste de nuevas carreteras cargado en el Fondo de Carreteras y esa parte del coste del subsidio de paro que puede promediarse con los días mejores que hemos de esperar. Porque el aumento de la capacidad de gasto del contribuyente tendrá precisamente las mismas repercusiones favorables que el aumento de la capacidad de gasto debida a un préstamo para financiar el gasto; y de algún modo, este método de aumentar el gasto es más sano y se difunde mejor a través de la comunidad. Si el canciller del Exchequer redujera los impuestos en 50 millones de libras mediante la suspensión del Fondo de Amortización y tomando prestado en aquellos casos en que antes considerábamos razonable tomar en préstamo, la mitad de lo que eximiría volvería de nuevo a él, por el ahorro del subsidio y el rendimiento más alto de un nivel dado de imposición; aunque, como he señalado antes, no le volvería necesariamente en el mismo presupuesto.[9]

Yo añadiría que este argumento particular no se aplica a un alivio de la imposición equilibrado por una reducción igual del gasto gubernamental (reduciendo los sueldos de los maestros, por ejemplo); porque esto representa una redistribución, no un aumento neto, de la capacidad de gasto nacional. Es aplicable a todo gasto *adicional* hecho, no en lugar de otro gasto, sino con los ahorros o el dinero tomado en préstamo, por personas privadas o por autoridades públi-

8. En la edición inglesa esta frase se refiere a posibles intentos futuros.

9. La edición inglesa continúa: «Apoyo con fuerza, por tanto, la sugerencia que se ha hecho de que el próximo presupuesto estuviera dividido en dos partes, una de las cuales incluiría aquellos apartados de gasto que serían adecuados para tratarse como gasto financiado vía préstamos en las circunstancias actuales».

cas, para finalidades de capital o para un consumo hecho posible por una disminución de la presión fiscal o de cualquier otra manera.[10]

Si estas conclusiones no pueden refutarse, ¿no es aconsejable actuar de acuerdo con ellas? La política contraria de intentar equilibrar el presupuesto mediante imposiciones, restricciones y precauciones seguramente fracasará, porque ha de producir el efecto de disminuir la capacidad de gasto nacional y, por tanto, la renta nacional.[11]

El argumento se aplica, por supuesto, a ambas vías por igual. Del mismo modo que el efecto del aumento de un gasto primario en el empleo, sobre la renta nacional y sobre el presupuesto, se multiplica de la manera descrita, así también sucede con el efecto de la disminución del gasto primario. Efectivamente, si no fuera así sería difícil explicar la violencia de la recesión aquí y, aún más, en los Estados Unidos. Del mismo modo que un impulso inicial de dimensiones modestas ha sido capaz de producir tales repercusiones devastadoras, así también un impulso moderado en la dirección opuesta producirá una recuperación sorprendente. Aquí no hay nada mágico, ningún misterio, sino una predicción científica digna de crédito.

¿Por qué tiene que parecer este método de aproximación, a tanta gente, insólito, extraño y paradójico? Sólo puedo encontrar la respuesta en el hecho de que nuestras ideas sobre la economía, inculcadas en nosotros por la educación, el ambiente y la tradición, están empapadas, tanto si somos conscientes de ello como si no, de presupuestos teóricos que sólo son adecuadamente aplicables a una sociedad que esté en equilibrio, con todos sus recursos productivos em-

10. La edición inglesa continúa: «A menudo se señala que, cuando el gasto financiado vía préstamos tenía un volumen mayor, a causa del estímulo oficial, esto no evitó un aumento del paro. Pero en aquel momento estaba compensando en parte un empeoramiento todavía más rápido de nuestra balanza exterior. Los efectos de un aumento o disminución de 100 millones de libras en nuestro gasto financiero vía préstamos son, hablando en sentido amplio, iguales a los efectos de un aumento o disminución de 100 millones de libras en nuestra balanza exterior. Antes no teníamos ningún beneficio visible de nuestro gasto (financiado vía préstamo), porque se compensaba con un empeoramiento de nuestra balanza exterior. Últimamente no hemos tenido ningún beneficio visible de la mejora de nuestra balanza exterior, porque ha sido compensada por la reducción de nuestro gasto de aquel tipo. Hoy, por primera vez, tenemos la posibilidad, si queremos, de que ambos factores nos sean favorables».

11. Los restantes párrafos de este capítulo no aparecen en la edición inglesa.

pleados. Mucha gente está intentando solucionar el problema del paro con una teoría que se basa en el supuesto de que no hay paro. Obviamente, si los recursos productivos de la nación estuvieran plenamente ocupados no podría esperarse ninguna de las ventajas que, en las circunstancias actuales, predigo a partir de un aumento del gasto (financiado vía préstamos). Porque en ese caso, el aumento de dicho gasto se agotaría meramente en la elevación de precios y salarios, y desviando recursos de unas ocupaciones a otras. En otras palabras, sería puramente inflacionario. Pero estas ideas, perfectamente válidas en su marco adecuado, son inaplicables a las actuales circunstancias, que sólo pueden ser tratadas por el método menos familiar que he intentado explicar.

## IV. El alza de precios

Elevar los precios es política declarada del gobierno británico y también de los representantes del imperio reunidos en Ottawa. ¿Cómo vamos a hacerlo?

A juzgar por algunas declaraciones del canciller del Exchequer, se ha sentido atraído por la idea de elevar los precios de las mercancías mediante la restricción de su oferta. Ahora bien, esto puede ser aprovechado por los productores de un determinado artículo para ponerse de acuerdo a fin de restringir su producción. Igualmente puede aprovecharse por un país determinado, aunque sea a costa del resto del mundo, para restringir la oferta de una mercancía que está en situación de controlar. Incluso puede ser aprovechado, de modo muy ocasional, por el mundo en su conjunto para organizar la restricción de la producción de una determinada mercancía cuya oferta esté seriamente desequilibrada con la oferta de otras cosas. Pero como remedio completo, la restricción es peor que inútil. Para la comunidad en su conjunto, reduce la demanda, destruyendo la renta de los productores afectados, en la misma medida en que ellos reducen la oferta. Lejos de ser un medio para disminuir el paro es, más bien, un método para distribuir de un modo más uniforme el empleo existente, a costa de aumentar algo aquél.

Entonces, ¿cómo vamos a subir los precios? Podemos verlo más claramente si procedemos por medio de una serie de proposiciones fundamentales muy simples.

1. Para las mercancías en su conjunto no puede haber otra manera de subir sus precios más que aumentando el gasto en ellas antes que su oferta llegue al mercado.

2. El gasto sólo puede aumentarse si el público gasta una mayor proporción de las rentas que ya tiene, o si su capacidad de gasto agregado aumenta de alguna otra manera.

3. Hay estrechos límites para aumentar el gasto a partir de las rentas actuales, ahorrando menos o aumentando el gasto personal en capital. Las rentas sufren tantas deducciones en la actualidad y la presión fiscal ha aumentado tanto que mucha gente, en el esfuerzo por mantener su nivel de vida, está ahorrando menos de lo que la sana costumbre individual exigiría. Cualquiera que pueda permitirse gastar más debe ser animado a hacerlo, particularmente si tiene oportunidades de gastar en nuevo capital o en elementos de semicapital. Pero es evadirse de la magnitud del problema creer que podemos solucionarlo de esta manera. Por tanto, se sigue que debemos apuntar al aumento de la capacidad de gasto agregado. Si podemos conseguir esto, en parte servirá para subir los precios y en parte para aumentar el empleo.

4. Dejando a un lado el caso especial de la gente que puede ingresar sus rentas mediante la producción de oro, es en gran medida cierto afirmar que la capacidad de gasto agregado en un país sólo puede elevarse: *a*) aumentando el gasto (financiado vía préstamos) de la comunidad; o *b*) mejorando la balanza exterior de modo que una mayor proporción del gasto corriente se convierta de nuevo en renta en las manos de los productores nacionales. Por medio de las obras públicas, el gobierno laborista en Gran Bretaña —aunque más bien con poco entusiasmo y con el acompañamiento de circunstancias adversas— intentó lo primero. El gobierno nacional ha intentado con éxito lo segundo. Todavía no los hemos intentado ambos a la vez.

5. Pero hay una gran diferencia entre los dos métodos, puesto que sólo el primero es válido para el mundo considerado como un todo. El segundo método significa simplemente que un país está quitando empleo y capacidad de gasto al resto del mundo. Porque cuando un país mejora su balanza exterior, se deduce de esto que empeora la balanza exterior de algún otro país. Así que no podemos aumentar la producción total de esta manera o elevar los precios mundiales, a menos que, como subproducto, sirva para aumentar el gasto (financiado vía préstamos), reforzando la confianza en un centro

financiero como Gran Bretaña y convirtiéndolo así en un prestamista más preparado en el interior y en el extranjero.

La depreciación monetaria y los aranceles fueron armas que Gran Bretaña tuvo en su mano hasta hace poco como medio de protección propia. Llegó un momento en que nos vimos obligados a utilizarlas y nos han servido bien. Pero las depreciaciones monetarias competitivas, los aranceles competitivos y medios más artificiales para mejorar la balanza exterior de un país, tales como restricciones en los cambios, prohibición de importaciones y cuotas, no benefician a nadie y perjudican a todos, si se aplican en todas partes.

Nos quedamos, por tanto, con la conclusión general de que no existen medios efectivos para elevar los precios mundiales, excepto el aumento del gasto (financiado vía préstamos) en todo el mundo. En efecto, fue a través del colapso del gasto financiado con préstamos efectuados por los Estados Unidos, para utilizarlos en el interior y en el extranjero, como principalmente comenzó la depresión.

Un número de remedios populares lo son con motivo, porque tienden a facilitar el gasto financiado vía préstamos. Pero hay varias etapas en el proceso de aumentar dicho gasto; y si se produce un fallo en alguna de ellas no podremos alcanzar nuestro objetivo. Debo pedir al lector, por tanto, que tenga paciencia con un intento adicional de realizar un análisis ordenado.

1. Lo primero que se necesita es que el crédito bancario sea barato y abundante. Esto sólo es posible si cada banco central se libera de la preocupación de sentirse poseedor de las reservas adecuadas de dinero internacional. La pérdida de confianza en la banca tuvo una influencia decisiva en los principales centros financieros, en tanto que elementos esenciales del dinero internacional para aquella finalidad, y ha agravado en gran medida la escasez de reservas. Así se produce la acumulación de una gran proporción del oro mundial en unos pocos bancos centrales. Por otra parte, todos recibimos bien un aumento de la producción de las minas de oro o una reducción de la acumulación estéril de la India, porque la cantidad de dinero en reserva se incrementa de esta manera. La devaluación de las monedas nacionales en términos de oro es otro remedio que pertenece a esta categoría. O, de nuevo, el abandono de las rígidas paridades oro puede ayudar al caso, dado que un banco central que pueda, si es necesario, aliviar una presión permitiendo que los cambios extranjeros se muevan en su contra, estará satisfecho con una reserva más

pequeña de dinero internacional. La disminución de la proporción legal del dinero internacional, que un banco debe mantener en relación con su emisión de billetes, pudiera también ayudar en una menor escala.

Pero esto es sólo la primera etapa. En la primera fase de recuperación no hay mucho gasto (financiado vía préstamos) que pueda financiarse correctamente por medio de crédito bancario a corto plazo. El papel del crédito bancario es financiar el restablecimiento del capital circulante una vez se haya producido definitivamente la recuperación de los negocios. En tiempos ordinarios podíamos confiar en que la primera etapa llevaría automáticamente a las siguientes. Pero no en las condiciones actuales.

2. Debe alcanzarse, por tanto, la segunda etapa, en la que el tipo de interés a largo plazo es bajo para todos los prestatarios en situación razonablemente sólida. Esto requiere una combinación de maniobras del gobierno y del banco central en forma de operaciones de mercado abierto por medio de la banca, de planes de conversión bien calculados por medio del Tesoro y de un restablecimiento de la confianza financiera por medio de una política presupuestaria aceptada por la opinión pública y de otros modos. Es en esta etapa donde existe un cierto dilema; dado que puede ser cierto, por razones psicológicas, que una reducción temporal del gasto (financiado vía préstamos) desempeñe un papel necesario para efectuar la transición a un tipo de interés a largo plazo más bajo. Sin embargo, dado que el objetivo total de la política es promover el gasto (financiado vía préstamos), debemos obviamente ser cuidadosos para no continuar reduciéndolo ni durante un día más de lo que sea preciso.

Unos pocos países han alcanzado la primera etapa. Pero sólo Gran Bretaña ha alcanzado la segunda. Es un gran logro del Tesoro y del Banco de Inglaterra haber llevado a cabo con tanto éxito una transición que Francia y los Estados Unidos, para los que la tarea fue hasta hace poco mucho más fácil, han llevado tan mal.

3. Pero queda una tercera etapa. Porque incluso cuando hemos alcanzado la segunda es improbable que la empresa privada, por su propia iniciativa, acometa nuevos gastos (financiados vía préstamos) en una escala suficiente. La empresa de negocios no se planteará su expansión hasta *después* de que los beneficios hayan empezado a recuperarse. No se requerirá un aumento de capital circulante hasta *después* de que el producto esté aumentando. Además, en las comuni-

dades modernas, una proporción muy amplia de nuestros programas *normales* de gasto (financiado vía préstamos) es acometida por organismos públicos y semipúblicos. El nuevo gasto de este tipo que requieren el comercio y la industria en un año es comparativamente pequeño, aun en los buenos tiempos. La construcción, el transporte y las empresas de servicios públicos son responsables, en todas las épocas, de una proporción muy grande del gasto (financiado vía préstamos) corriente.

Así que el primer paso debe darse por iniciativa de la autoridad pública; y probablemente debe darse en una gran escala y organizarse con determinación, si ha de ser suficiente para romper el círculo vicioso y detener el deterioro progresivo, en el que una empresa tras otra arrojan la esponja y dejan de producir con pérdidas, con la aparentemente vana esperanza de que la perseverancia se verá recompensada.

Algunos cínicos que hayan seguido el argumento hasta aquí pueden llegar a la conclusión de que sólo una guerra puede traer el fin de una depresión importante. Porque hasta ahora la guerra había sido el único objeto del gasto gubernamental en gran escala, financiado con préstamos, que los gobiernos habían considerado respetable. En todos los temas de las épocas de paz son tímidos, hiperprudentes, indiferentes, sin perseverancia ni determinación, pensando en un préstamo como en una responsabilidad y no como en un eslabón en la transformación de los recursos excedentes de la comunidad, que de otra manera se despilfarrarían, en activos de capital útiles.

Espero que su gobierno demostrará que Gran Bretaña puede ser enérgica aun en las tareas de la paz. No sería difícil percatarse de que 100.000 casas son un activo nacional y un millón de parados, un lastre nacional.

4. Con todo, si vamos a subir los precios nacionales, que es nuestro tema, queda todavía una cuarta etapa. El gasto financiado vía préstamos debe difundir su benéfica influencia por todo el mundo. Cómo conseguir esto será el objeto del siguiente capítulo.

## V. Una propuesta para la Conferencia Económica Mundial

Hemos llegado a la conclusión de que no hay medios para elevar los precios mundiales, excepto a través de un aumento del gasto (financiado vía préstamos) en todo el mundo. Sugiero que el modo

de conseguir esto debiera constituir el tema central de la Conferencia Económica Mundial. Creo que sólo hay tres líneas posibles con base en las cuales podemos prestar asistencia.

1. El primer medio, y tal vez el más evidente, es el de los préstamos exteriores directos, del estilo al que hemos estado acostumbrados en el pasado, de los países financieramente fuertes, que tienen una balanza exterior favorable o reservas abundantes de oro, a los países deudores más débiles.

Puede estar llegando el tiempo de una vuelta a esta política tradicional, así que se presente la oportunidad. Pero sería quimérico suponer que tales préstamos exteriores pueden tener un papel importante, hoy, para producir la recuperación. Los países que están mejor preparados para hacerlo son probablemente los que menos lo harán. Tampoco es razonable esperar que los inversionistas privados asuman nuevos riesgos de esta clase, cuando han ido tan mal los que ya han asumido con anterioridad.

2. El segundo medio, más prometedor, es para los países financieramente más fuertes aumentar el gasto (financiado vía préstamos) *en el interior*, sobre las líneas recomendadas en el capítulo II. Porque tal gasto será dos veces bendito. En la medida en que determina una corriente de gasto en bienes producidos en el interior, las repercusiones favorables del gasto inicial de este tipo sobre el empleo se multiplicarán. En la medida en que esto conduce al gasto en bienes importados, producirá repercusiones favorables semejantes en el extranjero y reforzará la posición de los países a los que podemos comprar, para efectuar compras recíprocas y también para aumentar su propio gasto (financiado vía préstamos). La cosa habrá empezado.

Sin embargo, puede ser mejor utilizar nuestros recursos disponibles para financiar las importaciones adicionales que es probable que estimule una política valiente de gasto en el interior, más que para hacer préstamos al extranjero. Esto beneficiará igualmente al mundo exterior y será mucho más saludable que aumentar el endeudamiento internacional.

3. Con todo, una vez más parece obvio que hasta aquí estamos discutiendo remedios cuyo efecto cuantitativo sobre el problema de elevar los precios mundiales es irremisiblemente desproporcionado. No veo ninguna perspectiva plausible de un aumento suficiente de los precios mundiales dentro de un tiempo razonable, excepto como resultado de un sustancial, y más o menos simultáneo, alivio de la

presión fiscal y de un aumento del gasto (financiado vía préstamos) en muchos países. Debemos conceder gran importancia a la *simultaneidad* del movimiento hacia el aumento del gasto. Porque la presión sobre su balanza exterior, que cada país teme como resultado de aumentar su propio gasto, desaparecerá si otros países están persiguiendo la misma política al mismo tiempo. La acción aislada puede ser imprudente. La acción general no ofrece ningún tipo de peligros.

Ahora hemos adelantado una etapa adicional en nuestro argumento. Hemos llegado al punto en que la acción internacional combinada pertenece a la esencia de la política. Es decir, hemos alcanzado el campo y la finalidad de la Conferencia Económica Mundial. La tarea de esta Conferencia, tal como la veo, consiste en idear alguna clase de acción conjunta para aliviar las preocupaciones de los bancos centrales y reducir la presión sobre sus reservas, o el temor y la expectativa de presión. Esto capacitaría a muchos más países para alcanzar la primera de las etapas que he distinguido en el capítulo IV, la etapa en la que el crédito bancario es barato y abundante. Por medio de la acción internacional no podemos hacer beber a los caballos. Ese es su problema. Pero podemos proporcionarles agua. Reanimar el mundo seco a través de la liberación de un millón de arroyuelos de capacidad de gasto es la tarea primaria de la Conferencia Mundial.

Porque si la Conferencia se ocupara de piadosas resoluciones relativas a la reducción de aranceles, cuotas y restricciones del cambio, sería una pérdida de tiempo. En la medida en que estas cosas no son la expresión de políticas deliberadas, nacionales o imperiales, se han adoptado con repugnancia, como un medio de autoprotección, y son síntomas, no causas, de la presión sobre los cambios exteriores. El corazón de las conferencias ama aprobar piadosas resoluciones deplorando síntomas, mientras dejan la enfermedad sin tocar. El gobierno británico debe asumir el papel de convertir esta próxima Conferencia en una realidad, mediante propuestas concretas que vayan a la raíz de la enfermedad.

Deben cumplirse ciertos preliminares antes de que los remedios positivos tengan oportunidad de actuar. Todos coincidimos en que el acuerdo sobre deudas de guerra y reparaciones es, antes que nada, indispensable. Porque esto es de primera importancia en la creación de un clima de temor o de una presión aguda sobre los cambios extranjeros. Pero, ¿tenemos un plan de acción positivo con el que

aprovechar sin vacilaciones la oportunidad que representaría la solución de estos temas?

Ningún remedio puede ser más eficaz que el que alivie las preocupaciones de las tesorerías y de los bancos centrales en todo el mundo, proporcionándoles unas reservas de dinero internacional más adecuadas. Hay una variedad considerable de planes que pueden idearse con este fin a la vista, entre los cuales existe una semejanza íntima y familiar. Después de mucha discusión en privado y tomando prestadas ideas de otros, estoy convencido de que el plan que sigue es el mejor. Si otras variantes recibieran un mayor apoyo sería una razón para preferirlas.

Hay ciertas condiciones que cualquier plan para aumentar las reservas de dinero internacional debiera satisfacer. En primer lugar, las reservas adicionales debieran basarse en el oro. Porque mientras el oro está dejando de ser rápidamente moneda nacional, se está convirtiendo, aún más exclusivamente que antes, en la moneda internacional más comúnmente mantenida en reserva y utilizada para hacer frente a un drenaje exterior. En segundo lugar, no debiera tener un carácter de limosna, sino que debiera estar disponible, no sólo para los excepcionalmente necesitados, sino para todos los países participantes, de acuerdo con una fórmula general. En efecto, hoy quedan pocos países, si es que queda alguno, que estén tan libres por completo de preocupaciones que no hayan de recibir con agrado algún refuerzo de su posición. En tercer lugar, debiera haber una elasticidad en la cantidad de reservas excepcionales adicionales, de manera que pudieran operar, no como una adición permanente neta a la oferta monetaria mundial, sino como un factor equilibrador para ser liberado cuando los precios fueran anormalmente bajos como en la actualidad, y retirado de nuevo cuando los precios estuvieran subiendo demasiado. Estas condiciones pueden satisfacerse como sigue:

*a*) Debiera instituirse una autoridad internacional para la emisión de billetes con cobertura oro, cuyo valor facial se expresaría en términos del contenido de oro del dólar norteamericano.

*b*) Estos billetes podrían emitirse hasta un máximo de 5.000 millones de dólares y obtenerse por los países participantes contra un valor facial igual de los bonos-oro de sus gobiernos, hasta una cuota máxima para cada país.

*c*) La cuota proporcional de cada país debiera basarse en alguna fórmula tal como la cantidad de oro que mantuviera en reserva en

alguna determinada fecha reciente, por ejemplo, al final de 1928; suponiendo que ninguna cuota individual debería exceder de 450 millones de dólares y que el comité de gobierno habría de tener poder para modificar la rigidez de esta fórmula cuando pudieran existir razones especiales para no sujetarse estrictamente a la misma. (Podría ser necesaria alguna provisión, por ejemplo para los países que utilizan la plata.) El efecto de esta fórmula sería que la cuota de cada país añadiría a sus reservas una cantidad aproximadamente igual al oro que mantuviera en 1928, sujeta al máximo antes estipulado. La asignación detallada para cada país se da en un apéndice a este capítulo.

*d*) Cada gobierno participante debería encargarse de aprobar la legislación que estableciese que estos billetes-oro se aceptarían como equivalente del oro, con la salvedad de que no entrarían en la circulación activa, sino que serían conservados por las tesorerías, los bancos centrales o en las reservas correspondientes a las emisiones de billetes nacionales.

*e*) El comité de gobierno de la institución sería elegido por los gobiernos participantes, que serían libres de delegar sus poderes a sus bancos centrales, cada uno de ellos con un peso, en las votaciones, proporcionado a su cuota.

*f*) Lo bonos-oro rendirían un tipo de interés, nominal o muy bajo en un primer momento, que podría ser modificado de vez en cuando por el comité de gobierno, sujeto al punto *h*) siguiente. Serían reembolsables en cualquier momento por el gobierno responsable de los mismos, o por notificación efectuada por el comité de gobierno, sujeto al punto *h*) siguiente.

*g*) El interés, después de atender los gastos, sería retenido en oro como un fondo de garantía. Además, cada gobierno participante garantizaría cualquier pérdida definitiva, a causa de impago, en proporción al importe de su cuota máxima.

*h*) El comité de gobierno procuraría utilizar sus poderes discrecionales para modificar el volumen de la emisión de billetes o el tipo de interés de los bonos, sólo con vistas a evitar, en la medida posible, un aumento del nivel de precios oro de los principales productos que entran en el comercio internacional, por encima de alguna norma que se acordase entre el nivel actual y el de 1928; podría ser, por ejemplo, el nivel de 1930.

## Apéndice

De acuerdo con la fórmula de la página 358, para distribuir los 5.000 millones de dólares de billetes-oro, en proporción al oro mantenido en reserva por cada país al final de 1928, con sujeción a un máximo de 450 millones de dólares para cualquier país, la asignación sería como sigue:

*Siete países (Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Alemania, España, Argentina y Japón) podrían calificarse para el máximo de 450 millones de dólares cada uno*

| | (Millones de dólares) | | (Millones de dólares) |
|---|---|---|---|
| Italia | 266 | Hungría | 35 |
| Holanda | 175 | Checoslovaquia | 34 |
| Brasil | 149 | Rumania | 30 |
| Bélgica | 126 | Austria | 24 |
| India | 124 | Colombia | 24 |
| Canadá | 114 | Perú | 20 |
| Australia | 108 | Yugoslavia | 18 |
| Suiza | 103 | Egipto | 18 |
| Polonia | 70 | Bulgaria | 10 |
| Uruguay | 68 | Portugal | 9 |
| Java | 68 | Finlandia | 8 |
| Suecia | 63 | Grecia | 7 |
| Dinamarca | 46 | Chile | 7 |
| Noruega | 39 | Letonia | 5 |
| Sudáfrica | 39 | Lituania | 3 |
| Nueva Zelanda | 35 | Estonia | 2 |

Ningún país se vería perjudicado por la elección de esta fecha en particular, excepto Chile, cuyo caso podría merecer una consideración especial y, en menor medida, Grecia y Canadá. Si tuviéramos que tomar la cifra *más alta* mantenida al final de cualquier año, de 1925 a 1928, los únicos cambios respecto del total anterior serían los siguientes:

| | 1928 | Más alto de 1925 a 1928 |
|---|---|---|
| | (Millones de dólares) | |
| Dinamarca | 46 | 56 |
| Grecia | 7 | 10 |
| Holanda | 175 | 178 |
| Canadá | 114 | 158 |
| Chile | 7 | 34 |
| Nueva Zelanda | 35 | 38 |
| Java | 68 | 79 |
| Sudáfrica | 39 | 44 |

## VI. La emisión internacional de billetes y el patrón oro

En el último capítulo he propuesto la creación de una emisión internacional de billetes, diseñada para aliviar las preocupaciones de los bancos centrales del mundo, a fin de que tengan sus manos libres para financiar el gasto y de esta manera elevar los precios y restablecer el empleo. La necesidad de esta política es una consecuencia de la conclusión, que he reiterado con énfasis, de que no existe otro modo de elevar los precios mundiales más que mediante el aumento del gasto financiado vía préstamos. Pero vale la pena que intente completar con algunos detalles adicionales esta propuesta que está lejos de ser efectiva.

Si se adoptase, representaría una buena oportunidad, en caso de que se lograra el acuerdo suficiente, para asegurar las promesas de que la asistencia proporcionada de este modo se emplearía, en primer lugar, para suprimir ciertas prácticas internacionales incorrectas, que han venido a ser comunes bajo la presión de circunstancias difíciles. Deberían abolirse las restricciones al intercambio. El bloqueo de acuerdos y la inmovilización de balanzas exteriores deberían ser sustituidos por planes definitivos para una liquidación gradual. Deberían eliminarse los aranceles y las cuotas impuestas para proteger la balanza exterior, y no para perseguir políticas nacionales permanentes. Los centros financieros más fuertes deberían volver a abrir sus mercados monetarios a los préstamos extranjeros. Debería terminarse con la morosidad de las deudas públicas mantenidas en el extranjero, con la ayuda del aplazamiento de los fondos de amortiza-

ción y alguna anotación de interés o principal, basada tal vez en un número índice de precios, donde la incapacidad, aun en las nuevas circunstancias, quede demostrada a satisfacción de un cuerpo independiente de expertos. Según mi criterio, debería negarse la participación en el plan a cualquier país que estuviera actuando en contra de los acuerdos y obligaciones internacionales.

Con sujeción a estas condiciones externas, sería aconsejable dejar a cada participante un margen discrecional sin trabas para que decidiese la mejor manera de utilizar su cuota. Porque existe una gran variedad de necesidades entre los diferentes países. Algunos tendrían que descargarse de la presión de obligaciones exteriores; otros tendrían que restablecer su equilibrio presupuestario; otros tendrían que restablecer el crédito comercial; algunos tendrían que elaborar planes de conversión; otros tendrían que organizar planes de desarrollo nacional; y así sucesivamente. Pero todos los usos semejantes operarían en la dirección deseada.

Queda, sin embargo, una condición esencial, que todavía no he tocado. Los billetes tendrían que ser billetes-oro y los participantes tendrían que ponerse de acuerdo para aceptarlos como equivalente del oro. Esto implica que las monedas nacionales de los participantes deberían estar en alguna relación definida con el oro. Es decir, esto supone una vuelta cualificada al patrón oro.

Puede parecer raro que yo, que últimamente he descrito al oro como «una reliquia bárbara», tenga que ser descubierto como un defensor de semejante política, en un momento en el que las autoridades ortodoxas de este país están poniendo las condiciones para nuestra vuelta al oro, condiciones que ellos deben saber que es imposible cumplir. Puede ser que, no habiendo amado nunca el oro, no esté tan expuesto a la desilusión. Pero, principalmente, es porque creo que el oro ha recibido tanto que ahora podrían establecerse las condiciones para su gestión futura, que de otra manera no se habrían aceptado. De cualquier modo, mi defensa está sujeta a las cualificaciones que siguen.

Sería condición necesaria para la adopción de la propuesta emisión internacional de billetes que cada país participante adoptase *de facto* una paridad entre el oro y su moneda nacional, con los puntos de compra y venta para el oro separados no más de un 5 por 100. Con el incremento de la oferta de oro y su equivalente llevado a la existencia por la nueva emisión de billetes, un tal compromiso

por parte de cada país sería, a mi juicio, sano y aconsejable. La paridad *de facto* podría alterarse, si fuera necesario, de vez en cuando, si las circunstancias lo requiriesen, como el tipo de interés bancario, aunque cabría esperar que ello se realizase en pequeños grados. Una paridad invariable sería insensata, hasta que conociéramos mucho mejor el curso futuro de los precios internacionales y el éxito del comité de la nueva autoridad internacional en influir sobre dicho curso; además, sería deseable mantener permanentemente algún poder de ajuste gradual entre las condiciones nacionales e internacionales. Además el comité de gobierno debería tener algún poder discrecional para hacer frente a emergencias y casos excepcionales. El margen del 5 por 100 entre los puntos del oro sería esencial, a la luz de la reciente experiencia, como un freno y una protección contra los movimientos salvajes de los fondos líquidos de un centro internacional a otro, y para permitir una independencia razonable del tipo de interés bancario y de la política crediticia, de acuerdo con las diferentes circunstancias nacionales; aunque nada impediría que un banco central mantuviera el oro equivalente a su moneda nacional dentro de límites más estrechos que en la práctica normal.

Con estas garantías preventivas habría mucho que ganar y poco que perder de la mayor estabilidad de los intercambios exteriores que se conseguiría. Las fluctuaciones del cambio no pueden tener otro objeto que compensar cambios no deseados en el nivel internacional de precios u, ocasionalmente, realizar un ajuste, con el mínimo de fricción, a las especiales condiciones nacionales, temporales o permanentes; y no debería permitirse que se produjesen por cualquier otra razón.

Creo que puede considerarse como una ventaja incidental considerable del plan que aquí se establece el hecho de que cumpliría la condición impuesta por nuestras autoridades incluso para una vuelta cualificada al oro por parte de este país, es decir, que debe existir una distribución más equitativa de las reservas mundiales de oro. En efecto, no puedo imaginar otra vía por la que pueda satisfacerse esta condición dentro de un tiempo razonable. Porque si esto quiere decir que el Banco de Francia y el Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos tienen que compartir sus reservas de oro con los países indigentes del mundo, esto se encuentra muy lejos —hoy más que nunca— de cualquier cosa que pueda suceder. Igualmente, si quiere decir que estos países han de prestar al extranjero sumas tan

grandes para su balanza exterior como para llevarles a un pesado drenaje de oro, esto es lo que tampoco ninguna persona razonable esperaría. Además, en las condiciones actuales, con el empleo de los saldos exteriores como moneda de reserva hasta su completo agotamiento, y después de las experiencias de los centros financieros más fuertes del mundo de la escala en que los saldos pueden tender a moverse, no es simplemente una cuestión de mala distribución del oro. Necesitamos una cantidad absoluta mucho mayor de moneda de reserva para respaldar un nivel dado de precios mundiales que la que se necesitaba antes de las recientes conmociones en el crédito internacional. Puede que esto no sea una exigencia permanente. Pero hoy existe y debe ser satisfecha antes de que podamos esperar esa tranquilidad mental y la ausencia de preocupación por parte de los bancos centrales que es una condición para que libremente promuevan el aumento del gasto financiado con préstamos, sin el cual no pueden subir los precios mundiales. Por tanto, algún plan semejante al que he propuesto se ha convertido en una condición indispensable de la recuperación mundial. Es inútil el jarabe de pico ante la necesidad de elevar los precios mundiales, si descuidamos las únicas medidas que pueden producir ese resultado.

La alternativa, a veces sugerida, de una devaluación simultánea de todas las monedas nacionales en términos de oro, aunque ofrece algunas ventajas, tiene el gran defecto de que sólo reforzaría la posición de los países que ya mantienen grandes reservas de oro y son, por tanto, relativamente fuertes.

## VII. Conclusión

He intentado cubrir un amplio campo en pocas palabras. Pero mi tema ha sido esencialmente simple y espero, por tanto, haber sido capaz de hacerlo llegar al lector.

Muchas propuestas ahora corrientes son sustancialmente similares en la intención a las propuestas de este opúsculo. Algunas tratan una parte del campo; otras tratan otra. Necesitaremos más de una, si nuestra acción tiene que ser adecuada al problema. Después de hacer todas las concesiones debidas para que los factores que llevaron al paro a un gran número de hombres conozcan tiempos mejores, Gran Bretaña tiene la tarea de poner al menos un millón de hombres

de nuevo a trabajar. Sobre la cifra de 150 libras de gasto primario para dar empleo a un hombre durante un año, que he adoptado antes como hipótesis de trabajo, necesitaríamos un aumento del gasto (financiado vía préstamos) *más* un aumento de la balanza exterior, que sumaran en conjunto 150 millones de libras.[12] No podemos confiar en mucha ayuda adicional de la balanza exterior para alcanzar este total, hasta después de que se haya producido la recuperación mundial. Así que sería prudente suponer que tenemos una necesidad urgente de añadir al menos 100 millones de libras a nuestro gasto primario anual del aumento del gasto (financiado vía préstamos) en el interior.

Esta es una cifra formidable, pero no imposible de alcanzar. Al menos 50 millones de libras podrían razonablemente proceder de un alivio de la presión fiscal, como resultado de suspender el Fondo de Amortización y tomar en préstamo para atender finalidades adecuadas; aunque esto no llevaría a un aumento del gasto primario del orden de 50 millones de libras. Sobre esta base, un gasto (financiado vía préstamos) adicional de, digamos, 60 millones de libras a través de la empresa privada, subvencionada y no subvencionada, autoridades locales, consejos públicos y gobierno central, sería un paso sustancial hacia el restablecimiento del empleo.

Creo que estamos excesivamente desanimados para desarrollar el potencial de acción fructífera que se encierra a lo largo de estas líneas, porque el efecto de los esfuerzos previos ha sido enmascarado por influencias compensadoras. Es muy importante comprender que los efectos del gasto financiado vía préstamos y del equilibrio exterior están *in pari materia.* Así, fue el rápido declive del saldo exterior, de 75 millones de libras en 1930 y de 207 millones de libras en 1931, comparados con 1929,[13] lo que hizo fracasar el intento del gobierno laborista por aumentar el empleo por medio del gasto financiado vía préstamos; siendo mucho menor el gasto adicional de aquel tipo

12. En la edición inglesa figura aquí una frase adicional: «Si tomamos la cifra más optimista de 100 libras por hombre, que yo mismo estoy dispuesto a aceptar, el gasto primario requerido será de 100 millones de libras por año».

13. [Estas cifras son las estimaciones del Ministerio de Comercio, con la excepción de la que corresponde al pago de la deuda norteamericana en 1932, que se efectuó en oro. Por mi parte, creo que en todos estos años las cifras absolutas pueden haber sido unos 25 millones de libras, más bien que las que admite el ministerio. Pero esto no afectaría a las cifras comparativas que se han dado antes.]

del que fueron responsables. Pero nuevamente la mejora del saldo exterior en 1932, de 74 millones de libras comparado con 1931, no ha producido aumento del empleo, porque se ha visto compensada por las drásticas medidas del gobierno nacional para reducir el gasto financiado vía préstamos. ¡El cielo sabe a qué situación podría habernos llevado una combinación de la política del gobierno laborista de no hacer nada para proteger la balanza exterior con la política del gobierno nacional de recortar el gasto financiado vía préstamos! Las pérdidas de los negocios habrían ascendido a una cifra comparable a la de los Estados Unidos,[14] arruinando nuestros ferrocarriles y llevando la industria del país virtualmente a un colapso. Por otra parte, Gran Bretaña no ha ensayado todavía la otra combinación, la política de proteger la balanza exterior y al mismo tiempo hacer todo cuanto pueda para estimular el gasto financiado vía préstamos.

Pido, por tanto, que se pruebe esta combinación no ensayada todavía en nuestra política interior; y que en la Conferencia Económica Mundial nuestros representantes defiendan una expansión del dinero de reserva internacional sobre las líneas generales propuestas más arriba.

Porque hemos llegado a un punto crítico. En cierto sentido es verdad que se está levantando la niebla. Podemos, al menos, ver claramente el abismo al que nos lleva la senda actual. Pocos de nosotros dudan que sin tardar mucho más debemos encontrar un medio efectivo para aumentar los precios mundiales; o hemos de esperar la ruina progresiva de la estructura existente de contratos e instrumentos de endeudamiento, acompañada del más completo descrédito del liderazgo ortodoxo en las finanzas y en el gobierno, con lo que no podemos predecir el resultado final.

Las autoridades en el poder se han pronunciado en favor de la elevación de los precios mundiales. Por tanto, les incumbe a ellas tener alguna política positiva dirigida a este fin. Si tienen una, no sabemos cuál es. He indicado algunas de las condiciones fundamentales que su política debe satisfacer si ha de tener éxito y he sugerido un plan que podría ser capaz de satisfacer estas condiciones.

14. [Yo atribuiría la apurada situación de los Estados Unidos, en gran medida, al efecto combinado del hecho de que en su caso el subsidio de paro no se financia por medio de préstamos, como sucedía en este país antes de 1932, y no se utilizan los medios para mejorar la balanza exterior que nosotros empleamos después de septiembre de 1931.]

## 2. CÓMO PAGAR LA GUERRA (1940)

*Cómo pagar la guerra* se desarrolló a partir de dos largos artículos que Keynes escribió para *The Times*, y que aparecieron los días 14 y 15 de noviembre de 1939. Provocaron una voluminosa correspondencia y Keynes amplió sus ideas en un pequeño libro publicado en febrero de 1940. Los artículos originales se encuentran en el volumen XXII de *The Collected Writings* de Keynes.

*Cómo pagar la guerra* se escribió tan deprisa y en las confusas condiciones de la época, que se deslizaron en el texto muchos pequeños errores. En la medida en que ha sido posible se han corregido, en primer lugar a partir de listas de errores halladas en los papeles de Keynes.

*Hermanos, amigos, conciudadanos y compañeros:*

Lo que ahora voy a deciros es, después de vuestras obligaciones para con Dios y del cuidado de vuestra salvación, de la mayor importancia para vosotros y para vuestros hijos; vuestro *pan* y *vestido*, y todas las cosas necesarias para la vida dependen enteramente de ello. Por lo tanto, os exhorto encarecidamente como *hombres*, como *cristianos*, como *padres* y como *amantes de vuestro país*, a leer este documento con la mayor atención, o a que hagáis que otros os lo lean; y para que podáis hacerlo con el menor gasto, he ordenado al impresor que lo venda al precio más bajo.

Es un gran defecto entre vosotros, que cuando una persona escribe sin ninguna otra intención que *haceros el bien, no os tomáis la molestia de leer sus consejos*: una copia de este documento puede servir para una docena de vosotros, con lo que resultará a menos de un cuarto de penique cada uno. Es una locura por vuestra parte que no tengáis un interés común o general en vuestra opinión, ni siquiera los más sabios de entre vosotros, ni sepáis ni tratéis de averiguar quiénes son vuestros amigos o quiénes son vuestros enemigos.

(De *The Drapier's First Letter*, 1724)

## Prefacio

Esta es una discusión sobre la mejor manera de reconciliar las demandas de la guerra y las exigencias del consumo privado.

En tres artículos publicados en *The Times* el pasado 1 de noviembre, presenté un primer borrador de propuestas bajo la descripción de «ahorro forzoso». No era de esperar que un nuevo plan de esta naturaleza fuese recibido con entusiasmo. Pero no fue rechazado ni por los expertos ni por el público. Nadie ha sugerido algo mejor. Con todo, se produjo la crítica acostumbrada, según la cual la opinión pública no estaba preparada para semejantes ideas. Y esto es evidentemente cierto. Sin embargo, llegará el tiempo en que las necesidades de una economía de guerra se harán presentes; y hay mucha evidencia para creer que el público no está tan atrasado.

Entre los múltiples comentarios provocados hubo algunas valiosas sugerencias. En el borrador revisado que publico ahora con mayor detalle, me he beneficiado de ellas. En la primera versión me ocupé principalmente de cuestiones de técnica financiera y no aseguré el pleno progreso en relación con la justicia social al que esta técnica abría el camino. En esta revisión, por tanto, he tratado de sustraer a las exigencias de la guerra mejoras sociales positivas. El esquema completo que ahora se propone, incluyendo asignaciones familiares en efectivo para todos, la acumulación de la riqueza de la clase trabajadora bajo su propio control, una ración barata de las cosas más necesarias y una leva (o impuesto) de capital después de la guerra, constituyen un avance hacia la igualdad económica mayor que cualquier otro que hayamos realizado en tiempos recientes. No debiera haber paradoja en esto. Los sacrificios requeridos por la guerra obligan a una atención más urgente que antes para ahorrárselos a quienes menos pueden soportarlos.

Un plan como éste no puede juzgarse correctamente si no se tiene una alternativa. Pero hasta ahora no tenemos ni el menor signo de una alternativa a la vista. El canciller del Exchequer ha expuesto recientemente en la Cámara de los Comunes que está intentando evitar un aumento de salarios mediante subsidios al coste de la vida. Como ingrediente de un plan amplio, es una medida atinada; algo parecido se recomienda en lo que sigue. Como medida de emergencia para ganar tiempo es prudente. Pero considerada en sí misma es lo contrario de una solución. Al hacer que el dinero cunda

más, agrava el problema de alcanzar el equilibrio entre la capacidad de gasto en los bolsillos de la gente y lo que puede liberarse para su consumo.

El canciller se ha mostrado de acuerdo con esta conclusión. Por lo tanto espero que verá con simpatía un intento de integrar su política en un todo consistente. He sometido estas propuestas a consideración en muchas partes y me han llegado comentarios de todos los matices de opinión. Creo, en confianza, que si se aplicaran con autoridad no serían impopulares. Nadie espera escaparse sin pagar el gasto. El defecto de mi plan es que pide, no demasiado, sino demasiado poco; y puede parecer dentro de un año un principio demasiado débil para una tarea tan pesada.

Dado que no podemos eliminar la posibilidad de que nos dejemos arrastrar por la corriente o de que adoptemos medidas a medias, me atreveré a predecir el resultado de esto. Más adelante discuto el mecanismo de la inflación; y creo que eso es lo que mucha gente está esperando si nos desentendemos de ello. Pero esto no es lo que espero que ocurra inmediatamente, salvo que se produzca a un ritmo lento y como segunda fase del deterioro económico. Hay un fragmento en el *Golden Bough* que ilustra de modo divertido la tendencia del hombre primitivo a generalizar sobre la base de un pequeño número de experiencias. Los hombres, como los perros, son «condicionados» con demasiada facilidad y siempre esperan que, cuando suene la campana, tendrán la misma experiencia que la última vez. Pero la psicología que provocó las inflaciones de precios anteriores no está presente hoy. Lejos de existir una tendencia natural a elevar los precios en respuesta a una demanda insatisfecha, los fabricantes y detallistas son tan reacios a cargar precios más altos, salvo en respuesta a un aumento real del coste, como lo es el público a pagarlos. No tienen ningún deseo de menospreciar la opinión pública y lo que parece ser la intención de las autoridades. Dudan acerca de su posición frente a la Ley contra la Especulación. Con el Impuesto sobre los Beneficios Extraordinarios se sienten menos inclinados que de costumbre a maximizar beneficios. En pocas palabras, tranquiliza su conciencia, les ahorra preocupaciones y ni siquiera les cuesta mucho limpiar sus estanterías y dejar insatisfecho al próximo cliente, antes que aumentar sus precios hasta el nivel que igualaría oferta y demanda.

Sugiero, pues, que en una primera etapa se producirá una escasez de oferta más que un descontrol del nivel de precios. Este será un

método particularmente incorrecto, ineficiente e irritante de restricción del consumo. Y si provoca, como probablemente lo hará, un racionamiento más generalizado, el despilfarro y la ineficiencia se agravarán por razones, expuestas más adelante, debidas a la diversidad de las necesidades y de los gustos humanos. El plan conveniente consiste en restringir la capacidad de gasto a su magnitud adecuada y entonces dejar en la mayor libertad posible al consumidor, para que decida en qué efectuará su gasto. Además, la presión de la capacidad de gasto provocará la marea de la inflación, que es el remedio natural y la única alternativa auténtica.

Pero también es probable, e incluso menos satisfactoria, una consecuencia adicional. Una escasez de la oferta con relación a la capacidad de gasto de los consumidores ejercerá una presión desfavorable sobre nuestra balanza comercial, porque producirá una desviación de bienes de la exportación y estimulará el consumo corriente de importaciones y también de la producción nacional que de otra manera podrían haberse empleado para fines bélicos. De esta manera, no podremos desarrollar al máximo nuestro esfuerzo de guerra y nuestras reservas internacionales disminuirán más deprisa de lo que es prudente.

Resistirse a afrontar toda la magnitud de nuestra tarea y superarla, sería de cobardes. Pero el país no se halla en esta situación y sólo quiere que se le diga lo que hace falta. También sería una tontería. Porque la victoria puede depender de que demostremos que somos capaces de organizar nuestra fuerza económica de tal manera que mantengamos al enemigo impenitente apartado por tiempo indefinido del comercio y de la sociedad mundiales.

J. M. KEYNES
*King's College, Cambridge*
*Febrero de 1940*

## I. NATURALEZA DEL PROBLEMA

No le es fácil a una comunidad libre organizarse para la guerra. No estamos acostumbrados a escuchar a expertos ni a profetas. Nuestra fuerza radica en una capacidad de improvisación. Pero también es necesario tener la mente abierta a ideas todavía no ensayadas. Nadie puede decir cuándo llegará el fin. En los servicios de guerra

se reconoce que la mejor seguridad para una conclusión próxima es un plan de larga resistencia. Sería ridículo trabajar sobre una hipótesis diferente en los aspectos económicos, que es lo que estamos haciendo en la actualidad. En el frente económico estamos necesitados —por tomar prestada una frase de Reynaud—, no de recursos materiales, sino de lucidez y valor.

El valor estará cerca si los dirigentes de opinión de todos los partidos logran extraer de la fatiga y confusión de la guerra la suficiente lucidez mental para comprender y explicar al público lo que hace falta; y entonces proponer un plan concebido con un espíritu de justicia social, un plan que plantee una época de sacrificio general, no como una excusa para aplazar reformas deseables, sino como una oportunidad para avanzar más de lo que hemos avanzado hasta aquí hacia la reducción de las desigualdades.

Por tanto, lo primero que necesitamos es más lucidez. Esto no es fácil, porque todos los aspectos del problema económico están interrelacionados. No puede hacerse nada de modo aislado. Cada uso de nuestros recursos se hace a costa de un uso alternativo. Y cuando hemos decidido cuánto puede destinarse al consumo civil, tenemos que decidir todavía la cuestión más espinosa, cómo distribuirlo de la manera más razonable.

Supongo que elevaremos nuestra producción a la cifra más alta que permitan nuestros recursos y nuestra organización. Exportaremos cuanto podamos dejar de consumir. Importaremos todo lo que podamos, habida cuenta del tonelaje de buques disponible y del ritmo máximo al que es prudente emplear nuestras reservas de activos exteriores. De la suma de nuestra producción y de nuestras importaciones hemos de sacar nuestras exportaciones y las necesidades de la guerra. El consumo civil interior será igual a lo que quede. Está claro que su magnitud dependerá de nuestra política en los demás aspectos. Sólo puede aumentar si disminuimos nuestro esfuerzo bélico, o si gastamos todas nuestras reservas exteriores.

Es extraordinariamente difícil asegurar un resultado correcto, porque esto depende de muchas políticas separadas. Depende de lo que signifique una ventaja respecto de otra. Es difícil imaginar una decisión, dentro del campo de los servicios de aprovisionamiento, que no afecte a aquel resultado. ¿Es mejor que el Ministerio de la Guerra tenga una gran reserva de uniformes o que la tela se exporte para aumentar las reservas de divisas en manos del Tesoro? ¿Es mejor

emplear nuestros astilleros para construir buques de guerra o buques mercantes? ¿Es mejor dejar a un trabajador agrícola de veinte años en la granja o enrolarlo en el ejército? ¿Qué aumento del ejército debemos considerar? ¿Qué reducción de las horas de trabajo y de la eficiencia se justifica por los intereses del Cuerpo de Precaución contra Ataques Aéreos? Podrían hacerse cien mil preguntas semejantes y cada una de las respuestas tendría un efecto significativo sobre la cantidad destinada al consumo civil.

Podemos empezar por fijar el nivel de vida de los civiles y ver cuánto queda para los departamentos militares y para la exportación; o por sumar las demandas de los últimos y ver cuánto queda para los civiles. El resultado que se obtenga será un compromiso entre los dos métodos. Actualmente es difícil decir quién, si es que hay alguien, decide estas cosas. En el resultado final parece haber una mayor proporción de casualidad que de plan. Es un caso de ahora tira el diablo, ahora tira el panadero, en el que por ahora gana el diablo.

Pero no supone una gran diferencia, en cuanto al problema que estamos discutiendo, que se llegue al resultado final de un modo razonable o desatinado, por suerte o conscientemente. Bajo el supuesto de que nuestra producción total será tan grande como seamos capaces de organizarla, quedará un residuo definido disponible para el consumo civil. La magnitud de este residuo se verá influida, ciertamente, por las exigencias razonables de la población civil. Si se produce una escasez aguda en determinada dirección, el tirón del panadero será más fuerte y el del diablo más débil; y tendrá que hacerse algo para permitir un mayor alivio. Pero a menos que consintamos en no alcanzar el máximo de nuestro esfuerzo bélico, no podemos permitir que la cantidad de dinero en manos del público tenga una influencia significativa, injustificada por otras consideraciones, por encima de la cantidad asignada para los civiles.

Esto nos lleva a nuestra proposición fundamental. Habrá una cantidad definida que queda para el consumo civil. Esta cantidad puede ser mayor o menor que la que se establecería si el criterio y la previsión fuesen perfectos. La cuestión es que esa cantidad depende sólo en una pequeña medida de la cantidad de dinero en manos del público y de su disposición para gastarlo.

Este es un gran cambio respecto de la experiencia del tiempo de paz. Por eso nos es tan difícil afrontar las consecuencias económicas de la guerra. Nos hemos acostumbrado a un nivel de producción que

estaba por debajo de su capacidad. En semejantes circunstancias, si tenemos más para gastar, habrá que producir más y habrá que comprar más. No necesariamente en la misma proporción. La oferta para el consumo inmediato puede no aumentar tanto como la demanda, de manera que los precios subirán un poco. Sin embargo, cuando la gente ha estado trabajando más duramente y ha estado ganando más, ha podido aumentar su consumo en casi la misma proporción.

Es decir, en tiempo de paz el tamaño del pastel depende de la cantidad de trabajo empleado. Pero en tiempo de guerra el tamaño del pastel es fijo. Si trabajamos más duro podemos luchar mejor. Pero no podemos consumir más.

Este es el hecho elemental que en una democracia el hombre de la calle debe comprender si la nación tiene que actuar con inteligencia: que está fijado el tamaño del pastel para los civiles.

¿Qué se deduce de esto?

Quiere decir, hablando en general, que el público en su conjunto no puede aumentar su consumo aumentando sus ingresos monetarios. Sin embargo, la mayoría de nosotros intentamos aumentar nuestros ingresos en la creencia de que así podemos aumentar nuestro consumo, lo que generalmente es verdad. Claro que, en cierto sentido, todavía es verdad. Porque todo individuo puede aumentar su cuota de consumo si tiene más dinero para gastar. Pero, dado que el tamaño del pastel ahora está fijado y no se puede aumentar, sólo puede hacerlo a costa de otras personas.

Así, lo que es ventajoso para cada uno de nosotros considerado como un individuo aislado, es desventajoso para cada uno de nosotros considerado como miembro de una comunidad. Si todos a la vez gastan más, nadie se beneficia. Aquí está la oportunidad ideal para un plan común y para imponer una norma que todos deban observar. Espero demostrar que, mediante un plan semejante, los trabajadores y empleados pueden consumir tanto como antes y además tener un dinero en el banco, para su disfrute y seguridad futuros, que de otra manera pertenecería a la clase capitalista.

Sin un plan semejante no consumiremos más que de otra manera, pero habremos gastado todo nuestro dinero y no nos quedará nada, porque los precios subirán justo lo suficiente para que el dinero que gastamos sea absorbido por el mayor coste de lo que está disponible para comprar. Si todos los ingresos aumentan dos chelines por libra y se gastan en comprar la misma cantidad de bienes que antes,

esto quiere decir que los precios también aumentarán dos chelines por libra; y nadie tendrá un panecillo o una pinta de cerveza más que antes.

A menos que el coste total de la guerra se cubriese por medio de impuestos, lo que es prácticamente imposible, parte del mismo se cubrirá mediante préstamos, que es otra manera de decir que alguien debe aplazar sus gastos monetarios. Esto no se evitará permitiendo que los precios suban, lo cual simplemente significa que las rentas de los consumidores pasan a manos de la clase capitalista. Una gran parte de esta ganancia tendría que pagarla esta última clase en forma de impuestos más altos; otra parte podría consumirla, aumentando así todavía más los precios en perjuicio de otros consumidores; y el resto se les pediría en préstamo, de manera que sólo ellos, en lugar de toda la población, serían los principales poseedores del incremento de la deuda pública: es decir, del derecho de gastar dinero después de la guerra.

Por esta razón es frívola una petición por parte de los sindicatos de un aumento en los salarios monetarios para compensar todo aumento en el coste de la vida, y constituye un gran perjuicio para la clase trabajadora. Como el perro de la fábula, pierden el hueso por entretenerse con su sombra. Es verdad que los sectores mejor organizados podrían beneficiarse a costa de otros consumidores. Pero este es un juego tonto, salvo que se le considere como un intento a favor de unos intereses de grupo, como un medio de sacar a alguien de la cola. En sus mentes y corazones, los dirigentes sindicales saben esto tanto como cualquier otro. No desean lo que piden. Pero no se atreven a reducir sus demandas hasta saber qué política alternativa se les ofrece. Esto es legítimo. Todavía no se les ha propuesto ningún plan coherente.

Se me ha acusado de intentar aplicar métodos totalitarios a una comunidad libre. Ninguna crítica podría estar peor dirigida. En un estado totalitario no existe el problema de la distribución del sacrificio. Esta es una de sus ventajas iniciales en una guerra. Sólo en una comunidad libre la tarea del gobierno se complica por las reivindicaciones de la justicia social. En un estado de esclavos, la producción es el único problema. Los pobres, los viejos y los niños deben asumir su suerte; y ningún sistema se presta mejor a la concesión de privilegios especiales para la clase gobernante.

La finalidad de estas páginas es, por lo tanto, concebir un medio

de adaptar el sistema distributivo de una comunidad libre a las limitaciones de la guerra. Hay tres objetivos principales que deben tenerse a la vista: la provisión de una mayor recompensa como incentivo y reconocimiento de un esfuerzo y riesgo mayores, a la que tienen derecho los hombres libres, de modo diferente a los esclavos; la máxima libertad de elección, para que cada individuo emplee esa parte de su renta que puede gastar libremente, libertad que propiamente pertenece a personalidades independientes y no a las unidades de un hormiguero totalitario; y la mitigación del sacrificio necesario para los menos capaces de soportarlo, un empleo de recursos valiosos que evita un poder tiránico.

## II. Naturaleza de la solución

Aun en el caso de que no hubiera aumentos en los salarios monetarios, el total de ingresos monetarios aumentará considerablemente por el mayor número de hombres asegurados en los empleos militares y civiles, por el pago de tiempo extra y por la tendencia al empleo pagado de mujeres, muchachos, retirados y otros que no estaban previamente ocupados.

En el próximo capítulo se demostrará, lo que es bastante obvio para el sentido común, que en una guerra como esta tendrá que disminuirse la cantidad de bienes disponibles para el consumo, y ciertamente no puede ser mayor que en tiempo de paz.

Se sigue que la mayor cantidad de dinero disponible en manos de los consumidores se encontrará con una cantidad de bienes que no ha aumentado. Salvo que establezcamos regulaciones rígidas, limitando lo que se puede vender y estableciendo precios máximos para todo artículo de consumo, con el resultado de que no quede nada para comprar y el consumidor vuelva a su casa con el dinero quemándole en el bolsillo, sólo hay dos alternativas. Debe encontrarse alguna manera de sustraer poder adquisitivo del mercado; o tienen que subir los precios hasta que los bienes disponibles se vendan a unas cifras que absorban la mayor cantidad de gasto; en otras palabras, el método de la inflación.

El carácter general de nuestra solución debe ser, por tanto, que sustraiga del gasto una proporción de los mayores ingresos. Esta es la única forma, aparte de la escasez de bienes o de los precios más

altos, para que podamos asegurar un equilibrio entre el dinero que debe gastarse y los bienes que deben comprarse.

El ahorro voluntario cumpliría esta finalidad si fuera suficiente. En cualquier caso, el ahorro voluntario es del todo bueno y limita, en la medida en que se produzca, las dimensiones de nuestro problema. No debe decirse ni una palabra que desanime el celo misionero de aquellos que hacen campaña para aumentarlo, ni el sacrificio y el espíritu público de quienes ahorran. Tampoco hay nada en el plan que sigue para hacer inútil o innecesaria la economía personal voluntaria. Propongo un esquema para alcanzar el mínimo; y cuando haya sido modificado por concesiones prácticas, lo más probable es que se quedará por debajo de aquel mínimo y que no será suficiente por sí solo. Cualquier economía adicional en el consumo personal, más allá de lo que está prescrito, facilitará la posición de algún otro consumidor o permitirá una intensificación de nuestro esfuerzo de guerra.

Pero el análisis del potencial nacional y de la distribución de la renta nacional, que se hará en los dos capítulos siguientes, demuestra con suficiente claridad cuán improbable es que el ahorro voluntario pueda bastar. Los que argumentan de otra manera se están engañando a sí mismos o son víctimas de su propia propaganda. Además, creo que mucha gente daría la bienvenida a un plan concreto que les indicara su deber mínimo; y los que se sienten movidos a hacer más que los demás estarían seguros de que su esfuerzo no es inútil. Un plan mínimo no cerrará el camino al sacrificio voluntario de los individuos por el bien público y los objetivos nacionales, como tampoco lo hace nuestro sistema tributario. El país necesitará todavía con urgencia los frutos de una mayor abstención personal, teniendo siempre en cuenta que algunas formas de economía son mucho menos valiosas que otras. Pero también considero mérito de un plan concreto que reduzca para el hombre medio la necesidad de estar constantemente perplejo sobre cuánto debe economizar y pensando sobre estas cosas más de lo conveniente. Una obsesión excesiva por el ahorro puede ser más útil que agradable; no es siempre el que decide ahorrar quien hace el sacrificio real; y la necesidad pública puede a veces convertirse en una excusa para darle rienda suelta, con la propia aprobación, a un instinto que es también un vicio.

La primera providencia de nuestro plan radical (capítulos V y VI) es, por tanto, determinar la proporción de los ingresos de cada per-

sona que debe aplazarse; es decir, sustraerse del consumo inmediato y dejarse disponible sólo como un derecho a consumir cuando haya terminado la guerra. Si la proporción puede fijarse convenientemente para cada grupo de renta, esta medida tendrá una doble ventaja. Ello quiere decir que los derechos al consumo inmediato durante la guerra pueden asignarse teniendo más en cuenta el sacrificio relativo que bajo cualquier otro plan. También quiere decir que los derechos al consumo aplazado hasta después de la guerra, que es otra manera de referirse a la deuda pública, estarán ampliamente distribuidos entre todos aquellos que están renunciando al consumo inmediato, en vez de estar concentrados principalmente, como sucedió la última vez, en manos de la clase capitalista.

La segunda providencia es hacer posible este consumo aplazado sin aumentar la deuda pública, por medio de una leva general de capital después de la guerra.

La tercera providencia es proteger de cualquier reducción en el consumo corriente a aquellos cuyo nivel de vida no ofrezca suficiente margen. Esto se lleva a cabo por medio de un mínimo exento, una escala muy progresiva y un sistema de asignaciones familiares. El resultado neto de estas propuestas es aumentar el consumo de las familias jóvenes que perciben menos de 75 chelines por semana, dejar el consumo *agregado* del grupo de ingresos menores, que tienen 5 libras o menos por semana, casi tan alto como antes de la guerra (al mismo tiempo que se les da derecho, a cambio de su trabajo extraordinario, a aplazar consumo hasta después de la guerra) y reducir el consumo agregado del grupo de renta más alta, con más de 5 libras por semana, aproximadamente en un tercio, en promedio.

La cuarta providencia (capítulo VIII), que es posible por las medidas anteriores, pero que no es esencial en sí para ellas, es ligar los cambios adicionales en los salarios monetarios, pensiones y otras asignaciones, a cambios en el coste de un número limitado de artículos de consumo racionados, una ración de hierro, como se la ha llamado, cuyo precio las autoridades tratarán de evitar, de un modo u otro, que suba.

Este esquema, que se desarrolla a la luz de la crítica y después de nueva reflexión, es más amplio que el plan para aplazar los ingresos que propuse en las columnas de *The Times* en noviembre último. Sin embargo, esta propuesta original es la piedra angular de toda la construcción sin la cual el resto sería impracticable. Sin esta propues-

ta, el coste de las asignaciones familiares agravaría el problema del consumo, aumentándolo en una dirección sin disminuirlo en la otra; y simplemente haría más inevitable el progreso de la inflación. Lo mismo sucede con una ración de hierro a bajo precio. A menos que previamente hayamos sustraído el exceso de poder adquisitivo del mercado, el coste de subsidiar el consumo llevará al Tesoro a hundirse más en el lodazal financiero. Pero si se acuerda aplazar los ingresos, toda la construcción se mantiene sólida.

Un plan general como éste, al que todos deben conformarse, es como un código de circulación: todos ganan y nadie puede perder. Considerar una norma semejante como una infracción de la libertad es algo tonto. Si se impone el código de circulación, la gente viajará tanto como antes. Bajo este plan la gente consumirá tanto como antes. El código de circulación permite a la gente elegir, como lo haría sin él, las carreteras para viajar. Este plan permitiría a la gente elegir como antes los bienes que quiere consumir.

Una comparación con el código de circulación es una comparación muy adecuada, porque el plan pretende evitar que la gente se cruce en el camino de otro al gastar su dinero.

## III. Nuestra capacidad productiva y la renta nacional

Para calcular el tamaño del pastel que quedará para el consumo civil, tenemos que estimar:

1. la producción corriente máxima que somos capaces de organizar a partir de nuestros recursos humanos, de plantas y materiales;
2. con qué rapidez podemos prudentemente disminuir nuestras reservas exteriores, importando más de lo que exportamos;
3. qué parte de todo esto se empleará en nuestro esfuerzo bélico.

Las estadísticas a partir de las cuales se efectúan estas estimaciones son muy inadecuadas. Todos los gobiernos, desde la última guerra, han sido acientíficos y oscurantistas, y han considerado la recogida de datos esenciales como un despilfarro de dinero. Hoy no hay nadie, dentro o fuera de las oficinas gubernamentales, que no tenga que depender principalmente de los brillantes esfuerzos privados de Colin Clark (en su *National Income and Outlay,* completado por artículos posteriores); pero, en ausencia de estadísticas que sólo un gobierno

puede recoger, a menudo no pudo obtener más que una atrevida estimación. Las bases de lo que sigue se dan con más detalle en el Apéndice I (p. 424) preparado con la ayuda de E. Rothbarth.

La medida monetaria de nuestra capacidad de producción variará, por supuesto, de acuerdo con los niveles que alcancen, de tiempo en tiempo, los salarios y los precios. Para evitar esta complicación, las cifras que siguen se dan todas en términos de precios de anteguerra.

En el año que terminó el 31 de marzo de 1939, el valor de nuestra producción, medida por el coste e incluyendo exportaciones invisibles, fue aproximadamente de 4.800 millones de libras. De esta cantidad,

> 3.710 millones de libras fue el coste corriente (incluido el coste de mantenimiento de las plantas) del consumo del público;
>
> 850 millones de libras fue el coste corriente (incluido el coste de mantenimiento) de los servicios proporcionados por el gobierno, excluidos los pagos «de transferencia» a los pensionistas y tenedores de deuda pública, etc., dado que estos pagos simplemente salen de un bolsillo para entrar en otro, pero incluido el gasto de capital;
>
> 290 millones de libras se dedicaron a aumentar nuestro equipo de capital de propiedad privada, en forma de edificios, plantas y transportes.
>
> Total: 4.850 millones de libras.

Esta producción puede aumentarse: 1) Absorbiendo una proporción considerable del 12,75 por 100 de los trabajadores asegurados que estaban desocupados en ese año; 2) proporcionando ocupación a trabajadores no incluidos en la población asegurada, incluyendo muchachos, mujeres y personas retiradas o desocupadas; y 3) por medio de un trabajo más intensivo y prolongado (un alargamiento de las horas de trabajo de media hora al día, por ejemplo, produciría un aumento de aproximadamente un 7,5 por 100). Por otra parte, habrá una pérdida de eficiencia a causa de los trabajadores absorbidos por las fuerzas armadas (cuya producción debería medirse, para equilibrarla con el otro lado del balance, por el coste de sus sueldos, asignaciones y manutención), de la escasez de materias primas y de buques, y del A.R.P. Como resultado neto, debería ser posible en la práctica un aumento de producción del 15 al 20 por 100, cuando nuestra organización esté trabajando convenientemente. Tomando una

cifra intermedia de poco menos del 17,5 por 100, supongamos un aumento de 825 millones de libras en el valor de la producción, medida a los precios de anteguerra. Es importante añadir que todavía no se ha producido un aumento semejante en la producción.

Hay otras dos fuentes que pueden satisfacer los requerimientos del gobierno. Incluida en el coste del consumo público y privado, hay una cifra de 420 millones de libras por el coste de la depreciación corriente, además de unos 300 millones de libras gastados en aumentos de capital. Parte de esta producción, con un coste de 710 (420 + 290) millones de libras en conjunto, podría canalizarse para los fines del gobierno. Supongamos que la contribución de esta fuente sea de 150 millones de libras de los fondos de depreciación y 300 millones de libras de nuevas inversiones normales, totalizando en conjunto 450 millones de libras.

La segunda y última fuente disponible consiste en vender nuestro oro e inversiones extranjeras y obtener préstamos en el exterior. Si hemos de prepararnos para una guerra larga, debemos ser estrictos con nosotros mismos al limitar el ritmo al que gastaremos estos recursos. Estimo la contribución máxima que podemos prudentemente tomar de esta fuente en 350 millones de libras al año.[1]

En conjunto, esto nos proporciona unos recursos para las necesidades adicionales del gobierno y del consumo privado corriente de 1.625 (825 + 450 + 350) millones de libras al año.

¿Qué relación tiene esto con los hechos actuales? El canciller del Exchequer anunció el pasado otoño de 1939 que el ritmo del gasto gubernamental ya alcanzado representaba un aumento de alrededor de 1.500 millones de libras por año. Así, *si* hubiéramos alcanzado el mayor ritmo de producción supuesto antes, habríamos tenido en esa época un pequeño margen (de 125 millones de libras) con el cual podría aumentar el consumo privado. Pero todo el mundo sabe que estábamos y estamos todavía muy lejos de haber organizado la producción en esta escala. Podemos tener la certeza, en mi opinión, de que el ritmo actual del gasto del gobierno no deja ningún margen para el aumento del consumo privado; y que el mantenimiento del consumo ya está llevando a una reducción de las existencias de mercaderías y de reservas exteriores, a un ritmo de disminución más alto

1. En el Apéndice II (p. 429) se dan algunos detalles para justificar esta cifra.

que el antes supuesto; es decir, a un ritmo más alto que lo que es prudente.

Además, es seguro que nuestro gasto bélico no ha alcanzado todavía su máximo. Supongamos que durante el próximo año el gasto gubernamental no aumente más de otros 350 millones de libras por encima del nivel estimado el pasado otoño, y que tengamos éxito al aumentar nuestra producción hasta el máximo sugerido más arriba, lo que representa una visión optimista de las perspectivas. Esto implicará una reducción de 225 millones de libras por debajo del ritmo de consumo prebélico, de la comunidad en conjunto. Por lo tanto, tenemos que sustraer del consumo 825 millones de libras de las rentas aumentadas, *más* 225 millones de libras de las rentas previamente gastadas.

Este es un planteamiento modesto del problema. Algunos dirán que representa una grave subestimación, por no reflejar adecuadamente la magnitud del esfuerzo bélico que será necesario. Esto puede ser verdad. Además, a menos que enmendemos nuestros pasos rápidamente, sobreestima en gran medida nuestro ritmo de producción. Sin embargo, para establecer mi presente argumento no es necesario ir más allá de lo que ya es evidente. Si se muestra necesario un mayor decrecimiento del consumo, ello reforzará todo lo que voy a decir.

Ahora podemos ver cuál es el problema y cómo se plantea. Incluso en el caso de que no haya aumentos de salarios ni de precios, las rentas subirán en una cantidad igual a lo ganado en la mayor producción, es decir, 825 millones de libras al año, con base en los supuestos anteriores. Sin embargo, a pesar de estas mayores rentas, aquellos que las reciban deben consumir menos que antes. Mientras que los ingresos aumentan, el consumo debe disminuir. Esta es la conclusión que debemos asumir. No admite discusión. Y está penetrando gradualmente en la conciencia general. Pero nos hemos acostumbrado de tal manera al problema de la desocupación y del exceso de recursos, que se requiere cierta flexibilidad mental para adaptar nuestra conducta al problema del pleno empleo y de los recursos que ya no son adecuados para satisfacer nuestras necesidades. En la guerra retrocedemos de la edad de la abundancia a la edad de la escasez.

Además, la inminencia del nuevo problema se ha ocultado a nuestra vista por el hecho de que, después de casi seis meses de guerra,

persiste todavía un volumen sustancial de desempleo estadístico. Esto se debe a un fallo de organización, en parte inevitable en un lapso tan corto de tiempo, en parte evitable si hubiera más energía e inteligencia en el gobierno. Pero cualquiera que a partir de esto argumentase que todavía estamos en la edad de la abundancia, se equivocaría. La naturaleza del desempleo de hoy es totalmente diferente de la de hace un año. Ya no proviene de una deficiencia de la demanda. Ya no existe un excedente de oferta potencial de las cosas que deseamos. La transición al pleno empleo se ve dificultada por dos obstáculos. El primero se debe a la dificultad de trasvasar el trabajo a los puntos donde es necesario. El segundo —y, de momento, el principal— obstáculo lo ocasionan las dificultades, aparte de la escasez de trabajo, que impiden que la demanda existente se convierta en efectiva. Por ejemplo, puede haber una demanda de tela por parte de los exportadores y de los consumidores nacionales y puede haber menos que pleno empleo en la industria lanera; y, sin embargo, esta demanda permanecerá inefectiva si los fabricantes no pueden —por una u otra razón, bueno o mala— obtener lana en bruto con el propósito de satisfacer estas demandas. La escasez de materias primas esenciales debida a los retrasos en los transportes marítimos u otras causas, y la escasez artificial debida al funcionamiento ineficiente de nuestros recién nacidos controles, que no pueden aprender inmediatamente sus desacostumbradas tareas, son, en muchos casos, un factor más limitativo que la escasez de trabajo. Y en otros casos hay escasez de plantas industriales.

Pero repito que esto no significa que estemos todavía en la edad de la abundancia. Significa que la edad de la escasez ha llegado *antes* de que el conjunto del trabajo disponible haya sido absorbido. No estoy diciendo que nuestra producción no pueda aumentarse más allá de su nivel actual. Seguramente que puede y debe aumentarse tanto como mejore nuestra organización. Pero ya estamos haciendo todo lo que sabemos. Tenemos que aprender *cómo* hacer más; y eso lleva tiempo.

Por el momento, nuestra capacidad de recurrir a nuestras existencias es otro factor que está ocultando a nuestra vista la transición a la edad de la escasez. No hay duda de que, durante los primeros meses de guerra, nuestro ritmo de consumo privado ha excedido nuestro superávit de producción en una escala que no puede continuar indefinidamente. La demanda del gobierno ha aumentado enor-

memente. No hay ninguna razón para suponer que el consumo privado haya disminuido lo suficiente. La deficiencia se ha subsanado recurriendo a nuestras existencias de mercaderías y recursos exteriores y a nuestro capital circulante. La tarea de adecuar el gasto privado a la oferta disponible es, por lo tanto, más urgente de lo que parece a simple vista. No es cierto que podamos aplazar la acción hasta que se haya alcanzado el pleno empleo.

Ya se ha expuesto la magnitud del problema. El lector apreciará una inevitable y burda aproximación en las cifras que he dado. Si alguno las tiene mejores, su crítica será bien recibida. Pero creo que el *tamaño* del resultado es bastante correcto y que los detalles más precisos no cambiarían el perfil general del cuadro.

## IV. ¿Pueden los ricos pagar la guerra?

Hemos demostrado que aparte de los aumentos en las tasas de salarios a causa de la guerra, los ingresos del país en conjunto aumentarían en unos 825 millones de libras, simplemente como resultado del aumento de la producción y el empleo. Al mismo tiempo, el consumo privado tendrá que disminuir por lo menos 225 millones de libras, efectuando una estimación moderada. De este modo, debe sustraerse del consumo un total de 1.000 millones de libras de rentas privadas. Se ha llegado a esta cifra sobre la base de salarios y precios de anteguerra. Dado que ya se han producido aumentos significativos, todas nuestras cifras deben incrementarse un poco, en términos de los precios y salarios actuales. A fines de enero de 1940, los precios al por mayor habían subido un 27 por 100, el coste de la vida (corregido estacionalmente) un 10 por 100, y los salarios, quizás, un 5 por 100; esto significa que los agregados que estoy utilizando deberían incrementarse en casi un 10 por 100 para que concordasen con los niveles de salarios y precios vigentes en esa fecha.

He oído el argumento de que, aunque estas cifras pueden ser correctas, no demuestran que sea necesario pedir cualquier sacrificio a la clase trabajadora. Se admite que ésta habrá de trabajar más. Pero si es así, su consumo debe aumentarse proporcionalmente. Si el coste de la vida sube, las tasas de salario, y no meramente los ingresos totales, deben aumentarse en la misma medida. El coste real de la guerra, en su conjunto, se dice, deben soportarlo las clases más ricas.

Pero es que hay más todavía. La demanda incrementada de los servicios de trabajo, debida a la guerra, ofrece una oportunidad, largamente sentida, de aumentar el consumo de la clase trabajadora por encima de lo que era anteriormente.

¿Reclaman realmente los trabajadores ser ellos los únicos beneficiarios de la guerra, aprovechándose de ella para aumentar su consumo, y que algo más de la carga que supone sea soportada por otros? ¿O es sólo alguno de sus dirigentes el que está reclamando esto en su nombre? Esta es una pregunta política que no puedo responder porque no soy competente. Ni es necesario que lo haga.

Porque, desde el punto de vista práctico, dudo que sea una de las alternativas que se nos ofrecen. En todo caso, no es algo que se producirá automáticamente como consecuencia de no tener ninguna política y no hacer nada. Si nos dejamos arrastrar por la corriente sin tener un plan general, el resultado no será el supuesto, sino la inflación o la escasez en las tiendas. Y la inflación, como veremos, será una ventaja clara para la clase más rica y hará que esta clase soporte no más sino menos de lo que le corresponde en justicia. Tendré que insistir más de una vez, antes de terminar, en que mis propuestas deben compararse, no con alguna alternativa imaginaria, sino con alternativas reales que se están presentando o van a presentarse delante de nuestros ojos.

No obstante, examinemos los hechos. Recordemos, de nuevo, que las cifras que utilizo no son más que aproximaciones de la realidad. No sabemos con precisión cómo se distribuye la renta nacional entre los diferentes grupos de renta, aunque esto es claramente un asunto de la mayor importancia. Hay evidencias bastante buenas de las proporciones que corresponden a los de menos de 250 libras por año y a los de más de 2.000 libras por año; pero la información es defectuosa para los importantes grupos intermedios. Aunque muchos detalles de lo que sigue son probablemente inexactos, no creo que el panorama en conjunto sea erróneo. Como antes, utilizaremos precios y salarios de anteguerra como nuestro patrón de medida; porque si nos alejamos de éstos, estaremos en un terreno inseguro.

Empezaremos con la suma total de las rentas personales de antes de la guerra,[2] añadiendo a ésta el incremento probable a causa de la

2. Véase el Apéndice I (p. 424) para la base de esta cifra.

guerra y deduciendo las tasas e impuestos que ya se estaban pagando en los años de anteguerra.

La última fila de cifras nos proporciona las rentas con las cuales debe cubrirse el mayor gasto bélico, mediante empréstitos adicionales, después de tener en cuenta lo que puede obtenerse del capital existente. (Destaca grandemente el modo en que el grupo de renta entre 250 y 500 libras está actualmente evadiéndose de la proporción adecuada de impuestos que le corresponde. Dicho grupo pagó una parte mucho menor de sus rentas de anteguerra que el grupo de renta por debajo de 250 libras, es decir el 7,8 por 100 comparado con el 13,4 por 100.)

| Grupo de renta[3] | Menos de 250 libras | De 250 a 500 libras | Más de 500 libras | Total |
|---|---|---|---|---|
| | | (En millones de libras) | | |
| Anteguerra | 2.910 | 640 | 1.700 | 5.250 |
| Aumento de guerra | 425 | 100 | 300 | 825 |
| Total rentas de guerra | 3.335 | 740 | 2.000 | 6.075 |
| Tasas e impuestos de anteguerra | 390 | 50 | 780 | 1.220 |
| | 2.945 | 690 | 1.220 | 4.855 |

La cifra que hemos tomado en el capítulo III para el mayor gasto del gobierno es de 1.850 millones de libras, de los que 150 millones podrían sacarse de la depreciación acumulada y no utilizada en el país, y 350 millones de activos y préstamos del exterior, antes de tener en cuenta nada en concepto de ahorro normal. Ello deja 1.350 millones de libras que deben obtenerse mediante impuestos adicionales y de nuevos ahorros (incluyendo ahorros normales), voluntarios o involuntarios.

Podemos contar en las circunstancias actuales por lo menos con 400 millones de libras de ahorros voluntarios, incluso si la imposición se eleva a un nivel alto y si se adopta también la propuesta de rentas diferidas que se hace más adelante. En realidad, creo que esta cifra está considerablemente por debajo de la que puede esperarse con

3. Debe interpretarse que los grupos incluyen a los que estaban en ellos antes de la guerra, aunque los incrementos de la misma puedan haberlos pasado a grupos de renta más alta.

mayor probabilidad y que podría ser 150 millones de libras más alta; estoy reservando este margen para errores de signo contrario en otras partes del cálculo. Incluyo en esto, por lo menos, 100 millones de libras acumuladas en las manos del gobierno a través del Fondo de Desempleo, el Seguro de Salud y los Fondos de Pensiones, los Fondos para el Riesgo de Guerra y otros parecidos; cifra que será mejor considerar en el sentido de que disminuye las demandas netas del gobierno al público por esta cantidad, ya que no puede ser fácilmente asignada a los ahorros personales de ningún grupo. Además, es probable que 300 millones de libras se acumulen a través de las sociedades de la construcción, compañías de seguros de vida y fondos de pensiones, los beneficios no distribuidos de compañías (que se estimaron en 300 millones de libras de anteguerra) y otros canales institucionales, aun en el caso de que los individuos no realicen ningún ahorro voluntario además de las otras demandas a las que deben hacer frente. Si esta suma se distribuye un poco arbitrariamente (porque no se tiene una información exacta) entre los diferentes grupos de renta, tenemos lo siguiente:

| Grupo de renta | Menos de 250 libras | De 250 a 500 libras | Más de 500 libras | Total |
|---|---|---|---|---|
| | | (En millones de libras) | | |
| Rentas de guerra menos impuestos de anteguerra | 2.945 | 690 | 1.220 | 4.855 |
| Ahorros voluntarios mínimos | 50 | 75 | 175 | 300 |
| | 2.895 | 615 | 1.045 | 4.555 |

De este total todavía hay que deducir 950 millones de libras para el gobierno. Aun tomando un amplio margen de error en este cálculo, se demuestra que si todos los que perciben más de 500 libras al año tuvieran que pagar la totalidad del exceso de su renta sobre esa suma, en concepto de impuestos, el producto no sería suficiente: [4]

4. Hay alrededor de 840.000 cabezas de familia con más de 500 libras al año y sus rentas agregadas en época de guerra, después de deducir los impuestos de anteguerra y el ahorro mínimo, ascienden a 1.045 millones de libras; nos quedan 625 millones después de deducir 500 libras por cabeza.

625 millones de libras, o sea solamente las dos terceras partes de las necesidades del gobierno.

Sin embargo, esta sugerencia es una gran exageración sobre lo que podría esperarse de nuestro sistema fiscal. En efecto, una imposición en esta escala implicaría una tan general rescisión de los contratos y compromisos existentes que las propias rentas imponibles se reducirían en gran medida. Una parte importante de estas rentas se gasta en tasas y otros conceptos que no aumentan el consumo personal, en recursos corrientes cuyos usos alternativos son mucho menos valiosos, y en pagos a las personas que dependen de otras. Se sigue que puede obtenerse una contribución importante, de una manera u otra, del grupo de renta por debajo de las 500 libras al año.

Tampoco es posible, en la práctica, poner el límite de exención en 250 libras al año. Hay aproximadamente 2.430.000 personas con rentas por encima de este nivel. Si todo el exceso de estas rentas por encima de 250 libras se les quitara, es decir, 1.050 millones de libras,[5] y si ello no disminuyera las rentas por repercusión (lo que está muy lejos de la verdad), apenas excedería las necesidades del gobierno. Si el coste de la guerra debe ser soportado por el grupo de renta superior a 250 libras al año, ello significaría tomar de ellos, en ahorros e impuestos (nuevos y viejos), alrededor de las tres cuartas partes de sus rentas totales del tiempo de guerra, dejándoles, por consiguiente, justamente una cuarta parte de sus rentas para su propio consumo.

A la luz de estas cifras no es razonable suponer que la guerra puede financiarse sin acumular alguna carga sobre las rentas, incrementadas por la guerra, de la clase con 5 libras por semana o menos. Porque este grupo de renta representa aproximadamente el 88 por 100 de la población, más del 60 por 100 de las rentas personales totales del país, después de tener en cuenta los aumentos de la guerra (debidos a la mayor producción y sin tener en cuenta las tasas de salarios más altas) y deduciendo las tasas e impuestos de antes de la guerra, y alrededor de las dos terceras partes del consumo corriente. Además, las rentas de este grupo se habrán incrementado, en promedio, en algo así como un 15 por 100, como consecuencia de la

5. Las rentas disponibles totales de este grupo son de 1.660 millones de libras, menos unos 610 millones (con relación a 2.430.000, a 250 libras cada uno).

guerra. ¿Se espera seriamente que los que ganan menos de 5 libras por semana puedan aumentar su consumo medio en un 15 por 100, mientras que todos los que ganan más de 5 libras por semana queden, por término medio, con sólo una cuarta parte de sus rentas para consumir? Por tanto, la única pregunta plausible es cuál debe ser la contribución de esta clase, y cómo puede obtenerse con el mínimo sacrificio y la máxima justicia.

Si tenemos un plan deliberado, las consideraciones de justicia social pueden sopesarse y considerarse. Sin un plan semejante (como ahora), son ociosas.

Como base de discusión, presento en los dos capítulos siguientes una propuesta susceptible, espero, de enmiendas y mejoras en cien detalles, pero que encarna un principio que logrará mayor justicia social que cualquier otro plan. Debe juzgársela por comparación, no con alguna alternativa imaginaria o con irrealizables consejos de perfección, sino con lo que de hecho está sucediendo ante nuestros ojos.

## V. Plan de pagos diferidos, asignaciones familiares y una ración barata

He llegado ahora a una etapa de mi argumento en que debo elegir entre ser demasiado definido o demasiado vago. Si presento una propuesta concreta en todos sus particulares, me expongo a toda clase de críticas en puntos no esenciales para el principio del plan. Si voy más allá en el uso de las cifras con fines ilustrativos, me veo implicado cada vez más en suposiciones y corro el riesgo de desorientar al lector con detalles que pueden ser imprecisos y que podrían ciertamente corregirse sin perjuicio de la estructura principal. Sin embargo, si me limito a generalidades, no le doy al lector lo suficiente para juzgar; de hecho estaría evadiendo el problema, ya que el tamaño, el orden de magnitud, de los factores implicados no es un detalle irrelevante.

Me propongo correr el riesgo de dar demasiados detalles y estimaciones, antes que dar demasiado pocos, confiando en la benevolente comprensión del lector acerca de mi método. Pero puedo ayudarlo a distinguir entre los principios que son esenciales y los detalles que son ilustrativos, si comienzo, en este capítulo, con algunas

generalidades (aunque no enteramente divorciadas de las cifras), dejando los detalles para el siguiente.

Hemos llegado a la conclusión general de que teniendo en cuenta el aumento de la producción de guerra y el producto de los impuestos de anteguerra, así como los ahorros con los que podemos contar en cualquier caso, quedan unos 950 millones de libras de rentas en manos privadas que no deben gastarse, sino que deben canalizarse a la financiación de la guerra.

Sugiero que tal vez tanto como la mitad de esto, es decir, 500 millones de libras, pueden obtenerse por tributación. En realidad, en un año completo y sin tener en cuenta los desfases temporales en la recaudación de los impuestos de guerra ya establecidos en el presupuesto de emergencia de sir John Simon, pueden obtenerse 400 millones de libras. Incluyo en esto por lo menos 100 millones de libras del Impuesto sobre Beneficios Extraordinarios, incluso si evitamos cualquier grado significativo de inflación. La inflación, por supuesto, aumentaría en gran manera el producto de este impuesto; pero éste debería ser sustancial aun sin esta eventual ayuda, en parte como reflejo del mayor nivel de producción y en parte a causa de que la distribución entre las empresas será materialmente diferente de lo que fue en el año base. Otros arbitrios fiscales, incluyendo un impuesto sobre las ventas de ciertas clases de artículos no necesarios, deberían ser suficientes para obtener otros 100 millones de libras. Pero no sería fácil para nuestra máquina fiscal obtener mucho más de esto con el debido respeto a la justicia y a la eficiencia, excepto mediante un impuesto general de ventas, un impuesto sobre salarios o el empleo de la inflación como recaudadora de impuestos.

La idea de salvar la restante brecha de 450 millones de libras, además de los 400 millones que ya hemos tenido en cuenta, mediante ahorros voluntarios sin ninguna ayuda de la inflación, es quimérica. Debe recordarse que ya hemos supuesto una suscripción anual, por parte del público, de los préstamos gubernamentales, por importe de 900 millones de libras (350 millones a cambio de activos extranjeros, 150 millones de fondos de depreciación y 400 millones de nuevos ahorros), menos la suma acumulada de inversiones en fondos gubernamentales, etc., de préstamos en el exterior y del producto de las ventas de oro; pues el gasto incrementado total del gobierno no es de 950 millones de libras al año, sino (bajo nuestros supuestos) de 1.850 millones de libras. Por las razones que ya hemos dado,

los ahorros adicionales tendrían que proceder en gran proporción del grupo de renta con 5 libras por semana o menos y sería necesario un cambio en sus hábitos de gasto del que no existe evidencia.

Por estas mismas razones, el total en que debe disminuirse el gasto potencial de los grupos de rentas más bajas será más o menos el mismo, cualquiera que sea el método adoptado. La inflación será la alternativa más onerosa, dado que inevitablemente proporcionará algunas ventajas a la clase empresarial, y podría costar al trabajador un 20 por 100 en términos del valor real de sus ingresos. La inflación será más onerosa sobre las rentas más pequeñas, defecto que comparte con un impuesto general sobre las ventas. Los nuevos impuestos, tales como impuestos sobre las ventas o sobre los salarios, o los viejos impuestos apoyados por la inflación, se parecen en que al final privan a los trabajadores del beneficio de sus ingresos, de su mayor esfuerzo laboral. Trabajarán con más intensidad, pero, como grupo, *nunca* obtendrán ningún beneficio personal por ello. Esto es lo que sucederá, inevitablemente, si el Tesoro y los dirigentes sindicales se ponen de acuerdo en la única cosa en que les será más fácil, es decir, continuar a la deriva sin una política definida siguiendo los métodos acostumbrados y rechazando las nuevas ideas.

¿No hay un camino mejor? Hemos visto que es físicamente imposible que la comunidad en conjunto consuma *ahora* el equivalente de su mayor esfuerzo de guerra. Esto es obvio. El esfuerzo bélico es para pagar la guerra; no puede proporcionar a la vez un incremento del consumo. Los que realizan el esfuerzo tienen, por tanto, sólo dos alternativas entre las que escoger. Pueden renunciar absolutamente al consumo equivalente, o pueden *aplazarlo*.

Para cada individuo es una gran ventaja mantener sus derechos sobre los frutos de su trabajo, aunque tenga que aplazar su disfrute. Su riqueza personal se incrementa de este modo: porque la riqueza es eso, dominio sobre el derecho de aplazar el consumo.

Esto nos sugiere la vía de salida. Una proporción adecuada de los ingresos de cada persona debe tomar la forma de *pago diferido*.

Establecido este principio general, comienzan las dificultades prácticas de nuestra tarea. Si tuviésemos que aplicar el principio del modo más crudo posible, aplazando, digamos, un nivel del 20 por 100 de todas las rentas restantes después del pago de los impuestos de anteguerra, el resultado sería mucho mejor que la alternativa de la inflación. Pero la opinión pública exige, acaso con justicia, que un

plan meditado, y particularmente que un *nuevo* plan, sea no simplemente mejor que no hacer nada, sino *mucho* mejor. Se requiere un nuevo plan para eliminar objeciones que, aunque igualmente aplicables al viejo plan, la costumbre ha hecho que las olvidemos en su caso. Al nuevo plan se le pide que satisfaga ideales de justicia social mucho más altos que los que hemos estado alcanzando sin él.

Bienvenida sea esta demanda. Si podemos hacer del desmantelamiento de situaciones establecidas, requerido por las exigencias de las finanzas bélicas, la oportunidad para mejorar la distribución social de las rentas, mejor que mejor.

Con este objetivo a la vista podemos añadir un segundo y un tercer principio al primer principio de aplazar una proporción de los ingresos corrientes. Hemos sugerido que alrededor de la mitad de lo que se necesita puede obtenerse mediante impuestos, dejando la otra mitad para ser obtenida por medio del aplazamiento de ingresos. Nuestro segundo principio debe ser que la parte sustancial de los nuevos impuestos grave a los grupos de renta de 250 libras o más, y que la mayor parte de la contribución de los grupos de renta más baja tome la forma no de renuncia a las rentas, sino de simple aplazamiento.

El tercer principio debe dirigirse al mantenimiento de niveles mínimos adecuados, que sean mejores y no peores que los que han existido hasta ahora. Así, mientras que el segundo principio impone cargas mayores a las clases más ricas, el tercer principio concede alivios especiales a las más pobres.

Poner en práctica el tercer principio requiere dos propuestas explícitas. En el esquema que inicialmente expuse en *The Times,* intenté tratar el problema proponiendo una renta mínima exenta, mínimo que aumentaría para los hombres casados, de acuerdo con el tamaño de su familia. Esta propuesta fue correctamente criticada, sobre la base de que la asignación resultante era inadecuada. El esquema que sigue va mucho más allá y constituye, me atrevo a pensarlo, una gran mejora.

Desde hace varios años el peso de la opinión ha estado aumentando a favor de las asignaciones familiares. En tiempo de guerra es natural que nos ocupemos más de lo acostumbrado en el coste de la vida; y tan pronto como se produce una amenaza de aumento de éste y una demanda de salarios más altos para hacerle frente, la cuestión de las asignaciones familiares debe ocupar el primer plano,

Ello es así porque la carga del creciente coste de la vida depende en gran parte del tamaño de cada familia. A primera vista es paradójico proponer en tiempo de guerra una reforma social cara que no nos hemos visto capaces de soportar en tiempo de paz. Pero, en verdad, la necesidad de esta reforma es tanto mayor en tales tiempos que ello puede proporcionar la ocasión más propicia para realizarla.

Comparto la opinión sostenida por muchos otros de que esto es así. Recomiendo, por lo tanto, que se pague en efectivo una asignación familiar de 5 chelines por semana, por cada hijo hasta la edad de quince años. Estimo el coste neto de esto en 100 millones de libras, cuyas bases se exponen en el Apéndice III (véase p. 433).

¿Es suficiente esta provisión? Tenemos que considerar la clase obviamente grande con rentas pequeñas que no aumentarán por la guerra, o que en todo caso no lo harán en la medida suficiente para equilibrarse con el aumento del coste de la vida. Y existe la demanda de los sindicatos, pidiendo alguna seguridad contra el riesgo de que el aumento de precios sobrepase el nivel de salarios, aun en el caso de que se acuerde un plan de pago diferido o algo semejante.

Para hacer frente a esto, un importante sector de opinión, que ha recibido el fuerte apoyo de sir Arthur Salter, R. H. Brand y el profesor Hicks y señora, recomienda que se ponga a disposición del público una ración mínima de bienes de consumo a un precio fijo que sea bajo, aun en el caso de que esto pudiera implicar subsidios. Si yo estuviera asesorando al Tesoro, contemplaría con circunspección una propuesta semejante considerada en sí misma, pues en determinadas circunstancias podría imponer una carga casi insoportable al Exchequer. Pero si formara parte de un esquema general, incluyendo el aplazamiento de una proporción de los ingresos, de acuerdo con los sindicatos, yo le daría la bienvenida.

La ración mínima no debería incluir todos los artículos considerados en el índice del coste de la vida, sino que debería limitarse a una lista de artículos de primera necesidad disponibles en tiempo de guerra. Tampoco debería asumirse en absoluto ningún compromiso en relación a los precios futuros. Debería convenirse, sin embargo, que en caso de cualquier aumento en el coste de la ración mínima, los sindicatos serían libres de presionar a favor de un incremento correspondiente en los salarios.

Pero debería ser una condición absoluta de semejante plan que se aceptara, al mismo tiempo, un esquema de pagos diferidos, y que

los sindicatos aceptasen, con sujeción a la salvaguarda anterior, no presionar a favor de incrementos adicionales en los salarios monetarios sobre la base del coste de la vida.

Sin estas condiciones, el peso del poder adquisitivo disponible en manos de los consumidores haría excesivamente peligroso cualquier intento de fijación de los precios. Los bajos precios de la ración mínima liberarían simplemente más poder adquisitivo para utilizarlo en otras direcciones, lo que impulsaría al aumento de otros precios y daría lugar a una excesiva disparidad con los de la ración fija. Sería un error evidente intentar fijar los precios de consumo al mismo tiempo que se permitía un aumento indefinido del poder adquisitivo en manos de los consumidores.

Un plan como éste ofrece a los sindicatos ventajas grandes y evidentes, comparado con la inflación progresiva o con un impuesto sobre los salarios. A pesar de las demandas de la guerra, los trabajadores se habrían asegurado el disfrute, tarde o temprano, de un consumo completamente proporcional a sus mayores esfuerzos, mientras que las asignaciones familiares y la ración barata mejorarían de hecho, incluso durante la guerra, la posición económica de las familias más pobres. Habríamos logrado hacer de la guerra una oportunidad para una mejora social positiva. ¡Qué gran beneficio en comparación con un vano intento de evadir una parte razonable de la carga de una guerra justa, que terminaría en una inflación progresiva!

## VI. Detalles

En el capítulo anterior me he abstenido de utilizar cifras exactas sobre la proporción de ingresos que debería aplazarse y sobre el nivel mínimo que debería estar libre de aplazamiento. Los que estén de acuerdo con el principio pueden discrepar en los detalles. Es mejor, por tanto, separarlos tanto como sea posible. Propongo lo que sigue como base de discusión. Los detalles son cuestión de grado y de opinión. Si estas propuestas están equivocadas, puede ser en el sentido de hacer, al grupo de renta por debajo de 5 libras a la semana, concesiones mayores que lo que será fácil mantener. Concesiones que son, creo, todavía posibles en el supuesto de que la producción aumente de forma adecuada y que el gasto del gobierno no exceda de la estimación hecha más arriba, pero que ya no serían posibles si cualquiera de estos supuestos fallara.

La base sobre la cual se ha llegado a los detalles es la siguiente:

1. El consumo real agregado del grupo con 5 libras o menos por semana debe mantenerse tanto tiempo como sea posible al mismo, o casi al mismo, nivel de anteguerra.

2. Los que permanecen en la mitad más baja de este grupo son probablemente los que se han beneficiado menos, o nada en absoluto, del incremento agregado de las rentas de guerra, y no pueden, por lo tanto, permitirse que una parte importante de sus ingresos corrientes sea aplazada, si es que han de mantener su nivel de vida.

3. Como que es inevitable algún aumento del coste de la vida en relación a las tasas de salarios (aunque no a los ingresos totales), y dado que es imposible, con cualquier plan, evitar las desigualdades individuales de tratamiento, deberíamos asegurar, mediante asignaciones familiares, que la desigualdad irá a favor de los hogares con hijos, de manera que éstos estén en cierto sentido mejor.

4. Como que las rentas, aumentadas por la guerra, de los grupos de rentas más bajas probablemente representan un mayor trabajo en mayor medida que en el caso de los grupos de rentas más altas, la contribución de los primeros debería ser principalmente en forma de aplazamiento de ingresos y la contribución de los últimos principalmente en forma de mayores impuestos.

5. El aumento en el coste de las importaciones implicará probablemente un aumento del coste de la vida, con relación a los salarios, de no menos del 5 por 100, aun con la existencia de subsidios.

Queda todavía la cuestión de si podemos obtener el total de los 950 millones de libras requeridos, o más bien 1.050 millones de libras, incluyendo el coste de las asignaciones familiares, mediante imposición y aplazamiento de pagos. Las propuestas que hice en *The Times* y el *Economic Journal* eran un poco tímidas en este aspecto y confieso que quedaban cortas en relación con las necesidades. Ahora me parece que es mejor comenzar con un esquema que se proponga ser adecuado, aunque esto constituya un consejo de perfección. Porque las concesiones subsiguientes, con seguridad, actuarán en detrimento de su resultado; de tal modo que un esquema que sea moderadamente inadecuado al principio será seriamente inadecuado al final. Dado que varias concesiones recomendadas en el capítulo siguiente probablemente costarán por lo menos 50 millones de libras, estableceré como objetivo una escala de aplazamiento que debería producir un importe bruto de 600 millones de libras.

Es imposible predecir con exactitud si las escalas reales propuestas más abajo alcanzarán de hecho estos objetivos. *Apuntan* a desarrollar los anteriores principios. Si se demuestra que no logran hacerlo, pueden corregirse convenientemente. Expresada en cifras, la distribución de la carga *que se toma como objetivo* es la siguiente:

| Grupo de renta | Menos de 250 libras | Más de 250 libras | Total |
|---|---|---|---|
| | (En millones de libras) | | |
| Aumento de impuestos [6] | 150 | 350 | 500 |
| Aplazamiento de ingresos | 250 | 350 | 600 |
| Pérdida por el aumento relativo del coste de la vida | 125 | 50 | 175 |
| | 525 | 750 | 1.275 |
| Menos aumento en ingresos de guerra | 425 | 400 | 825 |
| | 100 | 350 | 450 |
| Menos asignaciones familiares [7] | 100 | — | 100 |
| Disminución del consumo real | 0 | 350 | 350 |

La pérdida estimada más arriba, debida a un aumento del coste de la vida en relación a los salarios, considera un coste de la vida un 10 por 100 más alto que el de anteguerra, compensado sólo en parte por un aumento del 5 por 100 en los salarios. Esta es, más o menos, la situación actual. La estimación supone que el grupo de renta más alta se verá algo menos afectado por este factor que los de rentas más bajas.

En términos de consumo real de anteguerra, el resultado final significa, en general, que el consumo agregado del grupo de renta más alta se reducirá en un tercio y el consumo agregado del grupo de renta más baja no variará en absoluto. Pero el lector comprenderá que en estos momentos estoy en aguas estadísticas profundas y que

6. Incluyendo el mayor rendimiento de los impuestos de anteguerra.

7. En aras de la sencillez, estoy suponiendo que las asignaciones para hijos existentes en el impuesto de la renta ya cuestan en promedio 5 chelines por hijo, para el grupo de renta superior a 250 libras, lo que puede ser correcto o no. Probablemente sea una exageración, dado que la asignación resulta ser de 3 chelines y 9 peniques por hijo hasta una renta de unas 400 libras, y aumenta gradualmente hasta 7 chelines y 6 peniques.

existen motivos para serios errores de detalle en las cifras que he tenido la osadía, acaso excesiva, de dar.

Esta distribución de la carga puede estar expuesta a la crítica de que pide un sacrificio relativo demasiado pesado al grupo de renta más alta. Es verdad que aprovecha la oportunidad de la financiación de la guerra para efectuar una considerable redistribución de rentas en el sentido de una mayor igualdad. ¿Cree algún dirigente responsable de la clase trabajadora que el aumento de las tasas de salario para perseguir en vano un aumento del coste de la vida, o cualquier otra alternativa, será más justo que ésta o más ventajoso para el grupo de renta más baja?

Debería ser una buena recomendación de lo que aquí se propone el hecho de que ofrece una protección especial al grupo de renta más baja, de 3 libras por semana o menos, que no se está beneficiando del aumento de los ingresos a causa de la guerra, y a los cabezas de familia que son quienes menos pueden renunciar a cualquier mejora que puedan encontrar.

¿Cuál es la mejor fórmula para alcanzar este resultado? En mis artículos del *Times* propuse una fórmula que tenía la ventaja de mostrar al contribuyente el resultado combinado de los impuestos directos y del aplazamiento de pagos. Esta fórmula estaba expuesta a varias críticas menores de detalle, que el departamento del Impuesto sobre la Renta tendría que afrontar llegado el caso. Pero después de mucha reflexión no he sido capaz de encontrar algo mejor para expresar la finalidad general y el resultado del plan. Por lo tanto, la mantengo, sujeta a ciertos cambios que se hacen necesarios por la redistribución, dentro del grupo de renta más baja, que ahora se propone realizar por medio de asignaciones familiares, o mediante una consideración más cuidadosa de la forma en que se relaciona con la carga de los impuestos directos. La fórmula revisada se da en el Apéndice IV (p. 434) y sus efectos en detalle se muestran seguidamente.

1. *Asignaciones para los hijos.* El sistema de asignaciones para los hijos, vigente en el actual impuesto sobre la renta, parece extraordinariamente anómalo cuando se examina en detalle. Para un hombre con unos ingresos de 250 libras, resulta ser de 7 libras por año para el primer hijo y de nada para los siguientes; aumentando gradualmente con la renta hasta un máximo de 18 libras y 15 chelines por cada hijo. Para los no contribuyentes por el impuesto de la renta no existe una asignación general por hijos, aunque se pagan asigna-

ciones en cierto número de casos especiales. En lugar de la totalidad del sistema actual de asignaciones por los hijos, propongo un pago lineal de 5 chelines por semana e hijo, o 13 libras al año, para los contribuyentes por el impuesto sobre la renta y para la población asegurada.

2. *Renta mínima básica.* Como renta mínima básica que debería quedar exenta de aplazamiento, propongo 35 chelines por semana para los solteros y 45 chelines por semana para los casados. Si se prefieren cifras diferentes, éstas pueden ajustarse variando el porcentaje que debe tomarse por encima del mínimo básico.

3. *Rentas por encima de la renta básica.* Un porcentaje de todas las rentas por encima de la mínima básica debe abonarse al gobierno, en parte como impuestos directos y en parte como pago aplazado; el porcentaje combinado que ha de tomarse aumenta progresivamente a medida que lo hace el nivel de renta. La fórmula para realizar el cálculo se da en el Apéndice IV, pero su efecto para varios niveles de renta se muestra con más claridad en el cuadro siguiente. Tomando como referencia el caso del hombre casado sin hijos pequeños, el porcentaje de su renta que debe retenerse para cubrir su pago diferido (y también su impuesto y sobreimpuesto de la renta) resulta ser:

| | | Porcentaje |
|---|---|---|
| Hasta | 45 chelines semanales | 0 |
| | 50 » » | 3,5 |
| | 55 » » | 6 |
| | 60 » » | 8,75 |
| | 80 » » | 15,33 |
| | 100 » » | 19,25 |
| | 300 libras anuales | 21 |
| | 400 » » | 25 |
| | 500 » » | 27 |
| | 700 » » | 29 |
| | 1.000 » » | 35 |
| | 2.000 » » | 37,5 |
| | 5.000 » » | 53,5 |
| | 10.000 » » | 64 |
| | 20.000 » » | 75 |
| | 50.000 » » | 80 |
| Más de | 50.000 » » | 85 |

Como se mostrará en el cuadro siguiente, las asignaciones familiares propuestas proporcionan un resultado mucho más favorable que el anterior para el hombre con niños pequeños en los grupos de renta más baja. Con dos hijos sale ganando sustancialmente a todos los niveles hasta el de 75 chelines por semana.

| | Ingresos semanales | Aplazamiento de pago | Impuesto sobre la renta existente |
|---|---|---|---|
| Soltero | 35 chelines | 0 | 0 |
| | 45 » | 3 chelines y 6 peniques | 0 |
| | 55 » | 5 » » 9 » | 1 chelín y 3 peniques |
| | 75 » | 9 » » 9 » | 4 chelines » 3 » |
| | 80 » | 10 » » 9 » | 5 » |
| | 100 » | 14 » » 3 » | 8 » » 6 » |
| Casado | 35 » | 0 | 0 |
| | 45 » | 0 | 0 |
| | 55 » | 3 chelines y 6 peniques | 0 |
| | 75 » | 10 » » 6 » | 0 |
| | 80 » | 12 » » 3 » | 0 |
| | 100 » | 15 » y 10,5 » | 3 chelines y 4,5 peniques |

| | Ingresos semanales | Aplazamiento de pago e impuesto renta | Asignación familiar | Efectivo disponible para consumo |
|---|---|---|---|---|
| Casado con dos | 35 chelines | 0 | 10 chelines | 45 chelines |
| hijos pequeños | 45 » | 0 | 10 » | 55 » |
| | 55 » | 3 ch., 6 p. | 10 » | 61 ch., 6 p. |
| | 75 » | 10 » 6 » | 10 » | 74 » 6 » |
| | 80 » | 12 » 3 » | 10 » | 77 » 9 » |
| | 100 » | 19 » 3 » | 10 » | 90 » 9 » |
| Casado con tres | 35 » | 0 | 15 » | 50 » |
| hijos pequeños | 45 » | 0 | 15 » | 60 » |
| | 55 » | 3 ch., 6 p. | 15 » | 66 » 6 p. |
| | 75 » | 10 » 6 » | 15 » | 79 » 6 » |
| | 80 » | 12 » 3 » | 15 » | 82 » 9 » |
| | 100 » | 19 » 3 » | 15 » | 95 » 9 » |

4. *La división entre imposición y aplazamiento.* La parte conveniente de la renta de un hombre, retenida de acuerdo con la fórmula anterior, se utilizará para pagar su impuesto y sobreimpuesto de la renta, si es el caso. El saldo le será acreditado como depósito en la forma que se expondrá en el capítulo siguiente. El resultado final de todo esto en diferentes casos individuales se muestra en los cuadros de la página anterior.

Así, a un hombre casado con dos niños pequeños, le queda de hecho más efectivo en todos los niveles de ingreso hasta cerca de 75 chelines, y con tres hijos en todos los niveles hasta cerca de 95 chelines. Además, los hombres con familia tendrán acreditado un pago diferido sustancial, y habrá aumentado el efectivo disponible para el consumo inmediato.

Para un hombre casado [8] con un ingreso superior a 5 libras por semana, el resultado es como sigue:

| Renta total | Impuesto y sobreimpuesto pagaderos (En libras) | Renta aplazada | Renta restante |
|---|---|---|---|
| 300 | 15 | 49 | 236 |
| 400 | 31 | 68 | 301 |
| 600 | 93 | 76 | 431 |
| 1.000 | 218 | 135 | 647 |
| 2.000 | 562 | 285 | 1.153 |
| 5.000 | 2.055 | 630 | 2.315 |
| 10.000 | 5.268 | 1.156 | 3.576 |
| 20.000 | 13.018 | 1.896 | 5.088 |
| 100.000 | 80.768 | 4.133 | 15.099 |

En los niveles más altos de renta se reduce considerablemente el porcentaje de la renta aplazada sobre la renta total. Pero no puede considerarse demasiado bajo si se tienen en cuenta las enormes cantidades obtenidas por el impuesto y sobreimpuesto de la renta a estos niveles. Por ejemplo, para 100.000 libras, la renta aplazada es

8. También recibe 13 libras por año por cada hijo pequeño. Un soltero paga de 13 a 16 libras más en impuesto sobre la renta y se le aplaza un poco menos. Quizá debería existir una asignación adicional para los casados, en estos niveles de renta.

sólo el 4 por 100 de la renta total, pero es el 21,5 por 100 de la renta que queda después de pagar estos impuestos.

5. *Método de recaudación.* Para la población asegurada, el método de recaudación sería el mismo que para la seguridad social. Cada trabajador asegurado tendría una tarjeta de pago aplazado que sería sellada por su patrono. Para los contribuyentes por el impuesto sobre la renta el método sería el mismo de este impuesto. Para las rentas hasta 750 libras al año, la entera cuestión del pago aplazado puede tratarse cuando se consideren las asignaciones del impuesto de la renta. Para los contribuyentes por el sobreimpuesto, el método sería el mismo que para éste. De esta manera, no se requeriría ningún nuevo mecanismo ni para valoraciones ni para recaudaciones, una gran ventaja tratándose de una medida en tiempo de guerra.

En el caso de los ingresos variables, la proporción de pago aplazado adecuada en cada período de pago sería retenida en primer lugar. Pero ésta podría ajustarse a la proporción adecuada a los ingresos medios cada trimestre u otro intervalo conveniente, ya que la tarjeta contendría toda la información requerida para este objeto.

6. *El depositario del pago aplazado.* Podría permitirse una considerable libertad al individuo para elegir la institución en la que habría de depositarse su pago aplazado. Podría escoger su cooperativa, su sindicato o cualquier otro organismo aprobado para los fines del Seguro de Salud; o a falta de tal preferencia, la Caja Postal de Ahorros. De esta manera existiría un estímulo para que las propias instituciones de los trabajadores se hicieran cargo de los recursos que les pertenecen y, si se deseara, podría permitirse un considerable grado de discreción a tales entidades, para fijar las condiciones en las que estos recursos podrían entregarse a cada individuo para hacer frente a sus necesidades personales, como se propone en el próximo capítulo.

El lector percibirá fácilmente que podrían obtenerse los mismos resultados reduciendo los límites de exención del impuesto sobre la renta y elevando los tipos de éste y del sobreimpuesto para los diferentes niveles de renta, a los porcentajes de renta establecidos en el Apéndice IV. Para los que no gustan de esquemas novedosos y prefieren conservar los métodos ya conocidos, esta es la mejor alternativa. Si va acompañada por asignaciones familiares no veo ninguna objeción social a esta solución. Socialmente, prefiero la propuesta más nueva, que mantiene un incentivo mayor para el esfuerzo, da

menos sensación de sacrificio y efectivamente exige menos, y difunde por toda la comunidad las ventajas de la seguridad, que los recursos ahorrados permiten mucho más ampliamente que antes.

## VII. La entrega del pago aplazado y un impuesto sobre el capital

Aquella parte de los ingresos y otras rentas del público que debe aplazarse según este plan se acreditaría a su poseedor por medio de un depósito bloqueado en la cooperativa o institución aprobada que escogiera, como se propuso más arriba, o, en defecto de esta elección, en la Caja Postal de Ahorros, con un interés compuesto del 2,5 por 100. Si se alcanzara el rendimiento propuesto como objetivo en el plan anterior, la cantidad bruta acumulada de esta forma ascendería a unos 600 millones de libras al año. De hecho, la acumulación podría ser inferior, porque hay varias concesiones que sería justo hacer.

En primer lugar, existen ciertos compromisos definidos de ahorro adquiridos antes de la guerra, en relación con los cuales podría razonablemente permitirse a una persona que los atendiera con su depósito bloqueado, tales como abonos debidos a una constructora, primas de vida debidas a una aseguradora, compromisos de compra a plazos y, tal vez, préstamos bancarios. (Ya he concedido un margen de 50 millones de libras, y si es insuficiente, hay también, creo, una reserva sustancial oculta en mi estimación de los ahorros voluntarios que pueden esperarse fuera del plan de aplazamiento.) También sería razonable entregarlos para el pago de derechos de sucesión.

En segundo lugar, puede permitirse a una persona que aplique su pago aplazado a la formalización de un nuevo seguro de vida o una póliza dotal. Los esquemas para estimular esto podrían ser preparados por las compañías de seguros de vida sobre bases adaptadas a las circunstancias especiales.

En tercer lugar, dado que estos depósitos son propiedad de cada uno y están pensados para aumentar su sensación de seguridad y como una reserva frente a sus emergencias familiares y personales, deberían poderse utilizar en cualquier caso aprobado por la cooperativa o, si se trata de la Caja Postal de Ahorros, por un comité local, como por ejemplo para hacer frente a enfermedad, desempleo o gastos familiares especiales.

En general, sin embargo, los depósitos no están pensados para utilizarse hasta después de la guerra, cuando serían entregados mediante una serie de abonos en fechas no muy distantes, que fijaría el gobierno. Mientras tanto, no deberían considerarse en los cálculos relacionados con la prueba de pobreza ni con la eligibilidad para las pensiones de vejez o el impuesto sobre el capital que va a proponerse más adelante, ni con nada semejante.

El tiempo adecuado para la última entrega de los depósitos llegará al comenzar la primera depresión de posguerra. Entonces la situación actual se presentará exactamente a la inversa. En vez de que la demanda exceda a la oferta, tendremos una capacidad de producción superior a la demanda corriente. De esta manera, el sistema de aplazamiento será doblemente bendito; y será casi tan bueno en lo sucesivo para evitar la inflación y el desempleo como lo es ahora para evitar la inflación y el agotamiento de recursos escasos. Porque es muy probable que llegue un tiempo, después de la guerra, en que estemos tan ansiosos por aumentar la demanda de los consumidores como lo estamos ahora por disminuirla. Es muy razonable aplazar el gasto privado, desde una fecha en la que no pueda utilizarse para aumentar el consumo, hasta la fecha en que esto empleará recursos que de otro modo se despilfarrarían.

Si los depósitos se entregan en estas circunstancias, el sistema se autoliquidará tanto en términos de recursos reales como financieros. En términos de recursos reales se autoliquidará porque se hará frente al consumo con trabajo y capacidad productiva que de otro modo se desperdiciarían. En términos financieros se autoliquidará porque evitará la necesidad de recurrir a otros préstamos para pagar el desempleo o las obras públicas y cosas parecidas, como medio de impedir el desempleo.

Sin embargo, mi experiencia ha sido que ninguna parte del esquema ha suscitado más dudas que esta supuesta dificultad del pago final de los depósitos bloqueados. Me sorprende esta crítica, que me parece irracional. Porque la deuda pública no será mayor que si los mismos resultados se obtuvieran por medio de ahorros voluntarios. Además, la discreción que se reserva al Tesoro para fijar la fecha de entrega hace más fácil el manejo de esta parte de la deuda pública que el del resto del gran volumen de deuda a corto plazo que la guerra probablemente dejará tras de sí. Supongo que el argumento es que los ahorros aplazados de esta manera tienen mayor probabili-

dad de gastarse por sus poseedores, tan pronto como sean libres de hacerlo, que los ahorros normales. No estoy seguro de hasta qué punto resultará esto cierto en la práctica. Puede ser que los depósitos bloqueados sean un medio para difundir más ampliamente el hábito del pequeño ahorro, y que una gran proporción se mantenga sin ser retirada, tan conservadoramente como los actuales depósitos de las cajas de ahorros. Pero no estoy contando con esto. Realmente, en la medida en que los depósitos no se gasten, cuando llegue el momento de su entrega, no madurarán las ventajas que en relación al empleo acabo de predecir. No estoy haciendo más que suponer que pueden tomarse medidas para evitar que los depósitos se gasten antes de ser reemplazados por los nuevos préstamos, que, en cualquier caso, se habrían necesitado para aliviar o impedir el desempleo.

Sin embargo, si la opinión pública todavía encuentra una dificultad en este punto, es una dificultad que puede resolverse de una manera que posee ventajas intrínsecas. Si la guerra continúa durante dos años o más, la deuda pública alcanzará una cifra inmanejable, que creará problemas a la hacienda nacional durante los próximos años. En tales circunstancias, será aconsejable un impuesto sobre el capital, como lo fue (en mi opinión) al final de la última guerra, si hubiera podido arbitrarse antes de la depresión de posguerra. Por lo tanto, pueden existir buenas razones para ligar una leva (o impuesto) de capital al pago aplazado.

Sugiero, por lo tanto, que se ofrezcan garantías de que se establecerá un impuesto sobre el capital después de la guerra, para obtener una cantidad suficiente para descargar las obligaciones relacionadas con el pago aplazado. Con todo, argumentaría que es mejor no sincronizar las dos cosas. No renunciaría de buen grado a las grandes ventajas de retener el pago diferido hasta el momento de un serio desempleo, en vista de que este sería el peor tiempo posible para una leva de capital. Si el impuesto ha de pagarse de una vez, debería serlo en la fecha más próxima posible al fin de la guerra, especialmente si parecen inminentes las condiciones de auge temporal. Pero podría ser preferible, para facilitar la recaudación y disminuir en gran manera las molestias, recaudarlo en una serie de plazos a lo largo del período. Este procedimiento tendría el mérito especial de que podría facilitar la vía administrativa para un impuesto permanente sobre el capital, que constituiría un añadido valioso a nuestra maquinaria fiscal y que tiene ciertas ventajas importantes

sobre el impuesto de la renta. En cualquier caso, habrá abundancia de letras del Tesoro después de la guerra en espera de ser redimidas, de tal manera que no existe ninguna razón técnica por la que el impuesto de capital y la entrega de los depósitos bloqueados tengan que ser simultáneos.

Se arguye con frecuencia en los círculos laborales que un impuesto sobre el capital debería formar parte del programa inmediato para financiar la guerra. Las sólidas razones que respaldan esta afirmación —es decir, que la guerra debe ser una ocasión para disminuir y no para aumentar las desigualdades de riqueza existentes— se contemplan satisfactoriamente en la propuesta anterior. Al mismo tiempo, se evitan las grandes y realmente abrumadoras objeciones a un impuesto de guerra inmediato. No estoy pensando principalmente en las dificultades administrativas, aunque éstas podrían ser insuperables. El punto principal es que una leva de capital ahora haría poco o nada para resolver el problema inmediato. Una leva de capital en una escala significativa no podría obtenerse del consumo corriente de los ricos. Ellos sólo podrían pagarla entregando activos al gobierno, cuyo valor capital no sería de ninguna ayuda para la tarea financiera inmediata. Nada es ahora de menos utilidad que disminuir el consumo mediante la reducción de la renta corriente; y por las razones que he dado en el capítulo IV, no puede ser adecuado ningún expediente que permita que el mayor poder adquisitivo de los grupos de renta más baja se materialice en un aumento correspondiente de su consumo. No se puede evitar un aplazamiento del gasto por parte de este grupo, excepto mediante la inflación que les permite gastar y les priva del fruto de su gasto. Pero la propuesta que aquí se hace les asegura el disfrute *final* de sus ingresos completos.

Cuando se hayan establecido principios generales para la administración de los depósitos bloqueados puede haber otras buenas oportunidades para el uso de este expediente. En particular, los hombres en servicio militar activo lograrían que su situación económica se acercara un poco más a la de aquellos que permanecen en empleos civiles, si se les acreditara un depósito bloqueado proporcional a la duración de su servicio. Un «bono de veterano» es una obligación especialmente adecuada para ser afrontada por medio de una leva de capital sobre la riqueza.

El arbitrio podría también ser útil para tratar los beneficios extraordinarios. El ideal requeriría que no se permitiera ningún bene-

ficio extraordinario durante la guerra. Pero esto no es aconsejable en la práctica, porque privaría de cualquier incentivo económico a aquellos que sin embargo conservarían el control de sus empresas; y la experiencia de la última guerra demostró que esto puede llevar a extremos de prodigalidad y despilfarro. En interés del Tesoro, la cantidad bruta de beneficios extraordinarios antes de la deducción del impuesto ha de ser lo más grande posible; y esto no se logrará si los que están al frente de las empresas se ven desposeídos de todo incentivo. El actual impuesto sobre beneficios extraordinarios es del orden del 60 por 100, lo que quiere decir que, incluyendo el impuesto sobre la renta, el Tesoro percibe un 75 por 100, e incluso un porcentaje aún mayor en el caso de contribuyentes por el sobreimpuesto. Si la base del cálculo se hiciese más equitativa, de manera que lo que legalmente se considera como beneficios extraordinarios lo fueran también realmente, habría lugar para un aumento moderado. Pero podría constituir un plan mejor exigir que el saldo de los beneficios extraordinarios, después de deducir el impuesto sobre ellos y el de la renta, fuera retenido en un depósito bloqueado.

## VIII. Racionamiento, control de precios y control de salarios

El mecanismo para alcanzar el equilibrio por medio de un coste de la vida creciente, perseguido en vano por un creciente nivel de salarios, será descrito en el capítulo siguiente. Pero todos admiten que esta es la peor solución posible.

Se ha argumentado aquí que la única manera de escapar a esto es sustraer del mercado, mediante impuestos o por aplazamiento, una proporción adecuada del poder adquisitivo de los consumidores, de modo que una fuerza irresistible deje de impulsar los precios hacia arriba. Pero hay muchos que creen que hay otra alternativa posible, es decir, controlar el coste de la vida por medio de una combinación de racionamiento y fijación de precios y que, si se hiciera esto, el control de salarios llegaría a ser manejable.

Creo que es un error peligroso suponer que pueda alcanzarse el equilibrio sólo con estas medidas. Sin embargo, alguna medida de racionamiento y control de precios debería formar parte de nuestro esquema general y podría ser una valiosa ayuda para nuestra pro-

puesta principal. Es relevante, por tanto, debatir el tema en este lugar.

Hay dos objeciones centrales al racionamiento y al control de precios no acompañados de una reducción del poder adquisitivo de los consumidores. La primera objeción surge de la gran variedad de consumo personal entre un individuo y otro. Si nuestras necesidades y gustos fueran iguales, no habría ninguna pérdida real en abolir la libertad de elección de los consumidores. De hecho, hay mucho despilfarro, tanto de recursos como de disfrute, al asignar a cada uno de nosotros raciones idénticas de cada objeto consumible. Hay algunos artículos de consumo —pan, azúcar, sal, quizá tocino—, en los que no se perjudicaría mucho, con todo y haber aquí, en realidad, amplias diferencias de hábito personal. Pero a medida que se sigue con la lista —leche, café, cerveza, licores, carne, ropas, calzado, libros, artículos de vestir, muebles—, la variedad de gustos y necesidades domina la escena. Llega a ser ridículo obligar a cada uno a dividir su gasto entre los diferentes artículos de consumo exactamente en la misma forma. Además, nunca sería posible llegar a todo artículo concebible con un cupón de racionamiento; y si hay algunos artículos sin controlar, la presión del poder adquisitivo tenderá a desviar la producción en su dirección, aunque puedan ser los que menos desea el consumidor y los que es menos deseable que tenga. Finalmente, si por un milagro el método tuviera un éxito sustancial, de manera que el consumo fuera completamente controlado y los consumidores quedaran con una fracción significativa que fueran incapaces de gastar, sencillamente habríamos llegado por un método elaborado, alargado y despilfarrador al mismo resultado que si esa fracción de sus rentas hubiera sido aplazada desde el principio.

Si nuestro objetivo es evitar que una determinada proporción de las rentas de los consumidores se gaste, lo único sensato es comenzar por el final, reteniendo por medio del aplazamiento o por tributación aquella proporción que no debe gastarse y permitiendo entonces al consumidor una libre elección para que distribuya lo que puede gastar entre diferentes artículos de consumo. Se evitará un mundo de problemas y un océano de despilfarro, y el consumidor disfrutará de una satisfacción mucho mayor. Una reciente caricatura de Low, en la cual se dibujaba a sir John Simon luchando con una faja, incapaz de decidir si debía constreñir «la despensa o el bolsillo», entrañaba un profundo comentario sobre este asunto. La constricción del

bolsillo es la alternativa que debiera preferir una comunidad libre. La abolición de la libertad de elección de los consumidores, en favor del racionamiento universal, es un típico producto de ese atentado, a veces denominado bolchevismo, contra las diferencias entre dos hombres, por las que se enriquece la existencia.

Una política de racionamiento bien concebida tiene un objetivo completamente diferente de este. Su propósito no es controlar el consumo agregado, sino desviar de una manera tan justa como sea posible el consumo de un artículo, cuya oferta debe restringirse por razones especiales. Por ejemplo, la interrupción del comercio con Dinamarca y el Báltico restringe necesariamente la oferta de tocino por debajo de lo normal, y su sustitución sólo es posible mediante compras en los Estados Unidos, que competirían con demandas más importantes sobre nuestros recursos en dólares; o es imposible asignar suficiente tonelaje naviero para satisfacer la demanda corriente de azúcar. Es necesario, por tanto, forzar al público a consumir menos tocino o menos azúcar y a comprar algo más en su lugar; un problema enteramente diferente del de reducir su gasto agregado. Si el artículo no es convencionalmente necesario ni de consumo general, el fin se alcanza más fácilmente permitiendo una elevación en el precio del artículo cuyo consumo queremos restringir, en relación a los demás. Pero si este artículo es necesario, no es deseable una elevación excepcional de su precio, de modo que el método natural de restricción está descartado y entonces hay una razón sólida para el racionamiento.

Difícilmente hay menos objeciones a la fijación de precios y a las restricciones legales contra los aumentos de éstos que no vayan acompañadas de alguna restricción sobre el volumen del poder adquisitivo. Porque esta política tiene el efecto de aumentar positivamente la presión del consumo y facilitar la conversión de la renta monetaria en el uso y agotamiento de recursos valiosos. Si la cantidad de recursos que las autoridades están dispuestas a poner a disposición del consumo civil se limita estrictamente, las prácticas de fijación de precios pueden terminar en escasez en las tiendas y en colas de compradores insatisfechos.

Sin embargo, es indudable el hecho de que la fijación de precios y la propaganda contra la elevación de los mismos están mucho más *à la mode* hoy que la vieja inflación. Las ventajas políticas de esta política son evidentes. La objeción contra ella es que, a diferencia

de la vieja inflación, no hace nada para alcanzar el equilibrio, sino más bien lo contrario. Mi opinión es que, si en los seis próximos meses no se toman medidas adecuadas para reducir la capacidad de compra de los consumidores, es mucho más probable que las consecuencias aparezcan en forma de escasez en las tiendas que en que se dispare el nivel de precios. Existe un fuerte sentimiento, tanto entre el público como entre los productores y detallistas, contra el aumento de precios. La mentalidad que antes llevaba a una rápida inflación de precios se ha reemplazado hoy por una concepción distinta, tanto de las ventajas privadas como del espíritu público. Creo, por tanto, que una típica inflación de precios está mucho más lejos que lo que alguna gente está pensando. Celebro esta nueva actitud. Porque significa que disponemos de más tiempo para arbitrar una política de auténtico equilibrio antes de que se haya producido un daño irremediable. Sin embargo, no es una auténtica solución. La escasez en las tiendas y las colas llevan a grandes injusticias en la distribución, a un abominable despilfarro de tiempo y a un innecesario desgaste de la paciencia del público. Es la alternativa que tanto Rusia como Alemania han preferido ampliamente a la vieja inflación, y está, como he dicho, *à la mode.* Pero nos corresponde a nosotros descubrir la tercera alternativa, que es la solución auténtica, preservando tanto el interés general como la libre elección del consumidor individual.

No he intentado tratar directamente el problema de los salarios. Creo que es más sensato tratarlo indirectamente. Si la proporción necesaria de la capacidad de compra de los consumidores no es retirada del mercado, no puede evitarse una elevación significativa de los precios, aun cuando no se produzca una inflación desbocada. Un intento por parte del gobierno para mantener bajo el nivel de precios de un grupo de artículos de consumo general requerirá, tarde o temprano, subsidios en una escala que empeorará todavía más el equilibrio del presupuesto. (El canciller del Exchequer afirmó recientemente que las medidas tentativas en esta dirección que ya se han tomado están costando al Tesoro un millón de libras por semana.) Y una elevación significativa del coste de la vida con certeza será seguida por una agitación en favor de salarios más altos, con mayor o menor éxito.

Si, por otra parte, se ataca el problema indirectamente retirando capacidad de compra, no habrá razón para que el proceso vicioso

comience por un impulso de los precios al alza, del lado de la demanda. Podría haber ciertos subsidios en compensación parcial de los aumentos de precios debidos al coste más alto de las importaciones, y alguna elevación de salarios para grupos laborales que tuvieran un derecho especial a una mejora. Pero se habría eliminado la razón principal para el desarrollo de un problema de salarios agudo y podríamos sin peligro dejar las consecuencias al sentido común y al espíritu público de los miembros de los sindicatos, en relación a lo que es o no es razonable en tiempo de guerra.

Sin embargo, si se adopta un plan de aplazamiento de pagos, ello haría practicable una medida adicional que podría facilitar considerablemente el problema de los salarios. Porque con una proporción adecuada de la capacidad de compra de los consumidores sustraída de la circulación, el riesgo y el coste de una política deliberada para mantener bajos los precios de un grupo limitado de artículos de primera necesidad podrían dejar de ser prohibitivos. Sugiero, por tanto (condicionado a la adopción de un plan de aplazamiento de pagos), que debería elegirse un grupo limitado de artículos esenciales, considerablemente más reducido que los incluidos en la relación del índice del coste de la vida del Ministerio de Trabajo, y que el gobierno (sin prometer nada concreto) debería hacer todo lo posible para evitar cualquier elevación de un número índice basado en el coste de estos artículos; y que, por su parte, los sindicatos (también sin prometer nada concreto) deberían comprometerse a no presionar en favor de ningún aumento de salarios *sobre la base del coste de la vida*, excepto en la medida en que el gobierno pudiera no tener éxito en evitar el aumento del anterior número índice. Esta sugerencia no es de ningún modo esencial para nuestras propuestas básicas, pero es un desarrollo adicional que éstas facilitarían.

## IX. El ahorro voluntario y el mecanismo de la inflación

Existen alternativas al plan propuesto en los capítulos anteriores que no son menos drásticas y, si se arbitrasen, menos efectivas. Por ejemplo, un impuesto del 50 por 100 sobre las ventas al por menor, o un impuesto del 20 por 100 sobre los salarios; o, como he apuntado más arriba, un impuesto más fuerte sobre la renta, cuya mayor incidencia fuera exactamente la misma que la del aplazamiento

de pagos aquí propuesto. La elección entre estas drásticas e igualmente efectivas alternativas debe decidirse con base en consideraciones de psicología pública, justicia social y conveniencia administrativa.

Sin embargo, quienes se oponen a un esquema de pagos aplazados no lo hacen, como norma, porque prefieran una de las alternativas drásticas, sino porque creen que podemos salir ganando mediante métodos «normales», es decir, por medio de una imposición fuerte sobre las bases existentes y mediante los ahorros voluntarios estimulados por una propaganda activa.

Ahora bien, esta política podría significar dos cosas. Podría significar una repetición, *mutatis mutandis*, de nuestra política en la última guerra, es decir, un grado suficiente de inflación para elevar el rendimiento de los impuestos y los ahorros voluntarios al nivel requerido. El mecanismo de este proceso constituye el tema principal de este capítulo.

Pero también podría significar —y esto es lo que sus partidarios alegan en su favor— algo mucho mejor que esto, es decir, un equilibrio entre la oferta y la demanda sin ninguna ayuda de la inflación.

Las posibilidades prácticas de tan feliz resultado son claramente una cuestión de grado. Por ejemplo, si el aumento en el gasto del Tesoro, comparado con el año financiero 1938-1939, no fuera mayor de 1.000 millones de libras, o tal vez 1.250 millones, podríamos razonablemente esperar que los métodos «normales» fueran adecuados (complementados, desde luego, con el uso de los recursos disponibles de capital). Si, en cambio, el aumento del gasto fuera del orden de 1.750 millones de libras o más (medido en precios de anteguerra), sería virtualmente cierto, a la luz del examen del panorama estadístico que hemos presentado en los capítulos III y IV, que los métodos normales serían inadecuados. Entre estos límites hay lugar para una diferencia de opinión. Me inclinaría a cifrar el gasto máximo que podemos prudentemente manejar, con métodos normales, en un aumento de unos 1.250 millones de libras. Y estaría muy seguro de que dichos métodos no serían aplicables para un aumento de 1.500 millones.

Seguidamente debemos subrayar una consideración, corrientemente inadvertida, que es de primera importancia. Supongamos que, en ausencia de métodos drásticos, podemos contar con ahorros voluntarios de, digamos, 500 millones de libras, pero que necesitamos

750 millones para equilibrar nuestro presupuesto de guerra. Por tanto, recurrimos a uno u otro de los métodos «drásticos» a nuestro alcance para obtener el saldo de 250 millones de libras. Ahora, la dificultad fundamental que tenemos que afrontar y que podríamos pasar por alto es ésta. Tan pronto como aplicamos un método «drástico», no podemos contar más con el mismo volumen de ahorros voluntarios que estaba disponible cuando nos limitábamos a utilizar métodos «normales». Ello es así porque una cierta parte de los fondos que extraigamos por medio de nuestros métodos drásticos tienen que ser ciertamente a expensas de los ahorros voluntarios previamente disponibles. Para dar un ejemplo sencillo, el volumen de los ahorros voluntarios no es independiente del nivel del impuesto sobre la renta. Si éste se eleva, el aumento bruto de su rendimiento exagera el incremento de los recursos procedentes de impuestos y ahorros voluntarios, considerados en su conjunto, dado que el impuesto más alto no será sufragado enteramente mediante una reducción del consumo, sino parcialmente, por lo menos, por medio de una reducción de los ahorros.

Así, tan pronto como el ritmo de gasto exceda del máximo que puede manejarse por métodos normales, nuestros métodos drásticos deben ser suficientes para producir un rendimiento mayor que este exceso, dado que no podemos contar con el mismo rendimiento que antes por parte de las fuentes voluntarias. Por esta razón, no he confiado antes en los ahorros voluntarios de los particulares, a diferencia de los institucionales y contractuales, aunque espero que esto resulte demasiado pesimista.

Debería mencionar, de paso, lo que es obvio: que el excelente éxito de la campaña de los ahorros de guerra no proporciona ninguna guía estadística útil en cuanto a las perspectivas del método voluntario. Las condiciones ofrecidas, que son atractivas si se las compara con los tipos de depósito de la Caja Postal de Ahorros y de la banca, naturalmente atraen viejos ahorros que se mantenían previamente en otros lugares. Además, la formación de grupos de ahorro se ve apoyada con frecuencia por adelantos que efectúan los patronos para la compra de certificados, para ser pagados gradualmente mediante deducciones futuras de los ingresos. De esta manera, los totales publicados incluyen tanto ahorros pasados como futuros, y es imposible saber qué proporción de los mismos es atribuible a los ahorros corrientes, en el sentido de un exceso de renta corriente sobre el gas-

to corriente durante el período en el que se ha suscrito el total nominal.

La fuerza de este argumento general me parece tal que hace muy improbable que podamos alcanzar nuestro máximo esfuerzo bélico, mediante métodos «normales» de tributación, sobre las bases existentes, complementadas por el ahorro voluntario. El peligro de depender de los ahorros voluntarios radica en el hecho de que, si no adoptamos un método drástico, podemos caer insensiblemente en una estimulación voluntaria de los ahorros por medio de la inflación. Y esto nos lleva al tema principal de este capítulo.

No hay ninguna dificultad en pagar el coste de la guerra con los ahorros voluntarios, supuesto que asumamos las consecuencias. Ahí es donde radica el peligro. Un gobierno que tenga el control del sistema bancario y monetario puede encontrar siempre el efectivo para pagar sus adquisiciones de bienes producidos en el país. Después de tener en cuenta el rendimiento de la tributación y el empleo de las reservas exteriores para pagar el exceso de importaciones sobre exportaciones, el saldo del gasto gubernamental permanece necesariamente en manos del público en forma de ahorros voluntarios. Es una evidencia aritmética; porque una vez que el gobierno haya tomado los bienes, una parte de los cuales procede de la renta del público, no hay nada en que se pueda gastar esta proporción de la renta. Si los precios suben, los ingresos adicionales aumentan la renta de alguien, de modo que siempre queda tanto como antes. Este argumento es de tal importancia y tan poco comprendido que vale la pena seguirlo con algún detalle.

Supongamos que el valor de la producción[9] del país sea de 5.500 millones de libras a precios de anteguerra, que las rentas individuales (incluyendo pagos de transferencia) asciendan a 6.000 millones, que el producto de los impuestos sea de 1.400 millones, que complementemos nuestra propia producción importando 350 millones de libras más de lo que exportamos (pagando con reservas exteriores o con préstamos del extranjero), y que el gasto del gobierno, también a precios de anteguerra, sea de 2.750 millones de libras, es decir, 2.250 millones excluyendo los pagos de transferencia. Después de deducir

9. Estoy tomando números redondos próximos a la realidad. Pero simplifico la ilustración pasando por alto el agotamiento del capital como fuente para hacer frente al gasto del gobierno.

1.400 millones que pagan en impuestos, a los individuos les quedan 4.600 millones que son libres de gastar si quieren. Pero, dado que el gobierno ya ha comprado 2.250 millones de libras de la producción, hay solamente 3.250 millones (5.500 — 2.250) en bienes (valorados a precios de anteguerra) disponibles para que el público los compre con sus rentas remanentes de 4.600 millones de libras. Ahora, si el público ahorra voluntariamente 1.350 millones, es decir, la totalidad de la diferencia entre sus rentas de 4.600 millones y el valor de los bienes disponibles, es decir, 3.250 millones, a precios de anteguerra, obviamente el problema está resuelto. Habrá exactamente la cantidad de bienes disponibles para satisfacer la demanda sin ningún aumento de precios.

Pero si en estas circunstancias el público no decide ahorrar los 1.350 millones de libras, ¿se viene abajo el sistema de financiación de la guerra por medio de ahorros voluntarios? Ciertamente que no. Porque en la última guerra utilizamos el sistema voluntario con éxito; sin embargo, como que los precios aumentaron más deprisa que los salarios, se sigue que la inclinación del público a ahorrar no puede haber sido suficiente para satisfacer las anteriores condiciones. ¿Qué sucede entonces? ¿Cómo se explica esta paradoja?

Supongamos que, en vez de ahorrar los 1.350 millones necesarios, los ahorros voluntarios del público son, en la primera etapa, de sólo 700 millones de libras, y que la gente trata de gastar el resto de sus rentas, es decir, 3.900 millones, en bienes que valen sólo 3.250 millones a precios de anteguerra. Obviamente, los precios tendrán que aumentar un 20 por 100 para igualar la oferta y la demanda; porque los bienes valdrán entonces 3.900 (3.250 + 650) millones de libras, que es exactamente igual al gasto deseado. Además, los que han vendido por 3.900 millones bienes que sólo les han costado 3.250 millones, tendrán el saldo de 650 millones de libras como renta adicional no gastada, justo la cantidad que necesita el gobierno.

Pronto se ve, sin embargo, que esto sólo resuelve el problema momentáneamente. Porque no tenemos ninguna razón para esperar que el total no gastado de los beneficios inesperados de 650 millones de libras represente ahorros permanentes. Pasará cierto tiempo antes de que esta suma llegue a poder de quienes tienen derecho a gastarla. Pero en los períodos siguientes, por así decirlo, se agregará al total de las rentas potencialmente disponibles para el gasto, de manera que tendremos unas rentas de 5.250 (4.600 + 650) millo-

nes de libras frente a bienes que, supuesta la permanencia del aumento del 20 por 100 en los precios, valen sólo 3.900 millones. Además, será imposible para el gobierno mantener estables los precios de sus propias compras si los precios del mercado abierto han subido un 20 por 100. Así, pronto nos encontraremos en una situación muy parecida a la anterior, con una discrepancia sustancial entre la cantidad de dinero que el público se prepara a gastar y el valor (al nuevo nivel de precios, un 20 por 100 más alto que antes) de los bienes disponibles para sus compras. Será necesario un aumento adicional de precios para proporcionar un alivio temporal, y así sucesivamente.

Afortunadamente, este no es un cuadro completo del segundo capítulo de la historia. Si lo fuera, el sistema de ahorros voluntarios *no* habría tenido éxito y estaríamos ante una inflación progresiva de precios sin límite. Sin embargo, esto no es lo que sucedió en la última guerra. Y no es probable que suceda esta vez, incluso si seguimos la misma política de depender de los ahorros voluntarios.

Entonces, ¿cuál es el curso real de los acontecimientos? El alza inicial de los precios se referirá a bienes que fueron producidos al nivel de precios más bajo de anteguerra, y los beneficios resultantes pertenecerán, como hemos visto, a los propietarios de estos bienes. Es decir, las rentas agregadas aumentarán en efecto en 650 millones de libras (aparte del efecto de cualquier aumento del precio de los bienes comprados por el gobierno), pero esto no quiere decir que la renta de cualquiera aumente en la misma proporción, si es que aumenta. El incremento inicial de la renta corresponderá, principalmente, a una clase limitada de individuos y de empresas comerciales y manufactureras, que (sin intención de ofender a nadie, ya que no es culpa o intención suya) podemos llamar en aras de la brevedad «los logreros». Ahora bien, los logreros están sujetos a una escala muy alta de tributación, tanto por razón del impuesto sobre los beneficios extraordinarios como porque muchos de ellos serán suficientemente ricos para tener que pagar un tipo alto por el impuesto y sobreimpuesto sobre la renta. Así, los logreros se convierten, por así decirlo, en recaudadores de impuestos del Tesoro. Más de la mitad (más de las tres cuartas partes en algunos casos)[10] de los 650 millones de libras

10. El impuesto sobre los beneficios extraordinarios, más el de la renta, es el 75 por 100; y estos dos más el sobreimpuesto sobre las rentas de 5.000 libras es el 83,5 por 100 del aumento de renta.

serán pagaderos en forma de impuestos. Además es probable que una considerable proporción del saldo sea ahorrada voluntariamente; no tanto porque los receptores, que son relativamente ricos, estén más dispuestos a ahorrar, sino porque los beneficios pertenecerán en gran parte a compañías que, por varias razones, no estarán inclinadas a distribuir la mayor parte de los mismos en dividendos más altos, sino que, dadas las circunstancias, preferirán ahorrarlos en nombre de sus accionistas. De esta manera, en realidad, sólo una pequeña parte de los 650 millones de libras (o de esta cifra aumentada por los precios más altos que el gobierno pueda pagar por sus propias compras) llegarán al mercado de consumo en los períodos siguientes. En vez de necesitarse otro 20 por 100 de aumento en los precios para conservar el equilibrio, puede ser que un aumento del 2 o el 3 por 100 fuera suficiente. En este caso, un pequeño incremento de los impuestos sobre el público en general bastará para compensar el mayor consumo de los logreros, y evitará la necesidad (si no fuera por lo que seguirá dentro de un momento) de otro aumento de precios sobre el inicial del 20 por 100.

Desafortunadamente, todavía no es esta la historia completa; porque ahora nos hemos ido al otro extremo, introduciendo un supuesto mucho menos problemático que los hechos. Hemos supuesto que, a pesar del aumento del 20 por 100 en los precios, los trabajadores están contentos con los mismos salarios monetarios que antes; de manera que los logreros continúan obteniendo un beneficio de 650 millones de libras en los períodos siguientes y actuando como recaudadores de impuestos para el Tesoro en la misma escala que antes, sin la ayuda de cualquier aumento adicional de los precios. Pero, de hecho, los trabajadores presionarán para obtener salarios más altos, con un éxito al menos parcial. Porque los patronos ofrecerán una resistencia mucho menor que la habitual frente a un aumento de salarios. La escasez de trabajo les obligará a aceptar, si quieren conservar a sus empleados; y, dado que el gobierno les está quitando, vía impuestos, un 75 por 100 de sus beneficios extraordinarios, no les costará mucho compartir los beneficios de su condición de logrero con sus empleados y asalariados. Si efectivamente los salarios y otros costes monetarios tuvieran que subir en la misma proporción que el coste de la vida, nos encontraríamos, como antes, con una inflación ilimitada, aumentando un 20 por 100 en cada período: el proceso generalmente conocido como espiral viciosa.

Pero todavía nos queda una carta por jugar. Algunos costes se fijan por ley o por contrato, de modo que la clase de los rentistas y pensionistas que tienen rentas monetarias fijas no puede eludir el sacrificio. Los ajustes de salarios y otros semejantes llevan tiempo. Se requiere tiempo, y a veces mucho tiempo, antes de que se produzcan los ajustes, incluso cuando la presión es suficiente para hacerlos inevitables tarde o temprano. Son estos desfases temporales y otros impedimentos los que vienen en nuestra ayuda. Las guerras no duran siempre. Los salarios y otros costes irán a la zaga de los precios crecientes, pero, con todo, los precios (bajo los supuestos anteriores) se mantendrán siempre un 20 por 100 por delante. Cualquiera que sea el aumento registrado en los salarios, el acto de gastarlos empujará siempre a los precios al alza, en la misma medida. Si al cabo de seis meses los salarios y otros costes han aumentado en promedio un 10 por 100, los precios habrán subido un 32 por 100 (120 por 100 de 110). Si al cabo de dos años los costes han subido un 40 por 100, los precios habrán subido un 68 por 100 (120 por 100 de 140). Así, después de todo, el sistema de ahorros voluntarios habrá funcionado con éxito. Es decir, el dinero se habrá obtenido «voluntariamente» sin un incremento ilimitado de precios. La única condición para su éxito es que los precios aumenten, con relación a los salarios, en la medida necesaria para desviar la cantidad adecuada de rentas de la clase trabajadora y de otros hacia las manos de los logreros y de ahí a las del Tesoro, en gran parte en forma de impuestos y en otra parte en forma de ahorros voluntarios extras de los logreros.

Cuanto mayor sea la suma de ahorros voluntarios en cada etapa, mejor, por supuesto, para todos. Si la campaña del Movimiento de Ahorro Nacional aumenta el volumen de ahorros voluntarios, el alza necesaria de los precios con relación a los salarios será correlativamente menor. Volvamos a nuestra ilustración aritmética. Empezábamos con un exceso de rentas disponibles para gastar, sobre la oferta disponible de bienes de consumo valorados a precios de anteguerra, que ascendía a 1.350 millones de libras, y suponíamos que se ahorraban voluntariamente 700 millones de libras. Esto dejaba 650 millones de libras, o sea un 20 por 100 más que la oferta disponible de bienes a los precios de anteguerra. Pero si el Movimiento de Ahorro Nacional tuviera éxito en incrementar la suma de ahorros voluntarios, digamos en otros 100 millones de libras, totalizando 800 en

lugar de 700 millones, entonces el exceso de rentas disponibles para gastar se reduciría a 550 millones de libras, o sea aproximadamente el 17 por 100 sobre la oferta disponible a precios de anteguerra. En este caso, podemos alcanzar el equilibrio con un aumento de precios de sólo el 17 por 100 (en vez del 20 por 100) por encima del aumento en los salarios y otros costes.

Así, un aumento de los ahorros voluntarios es enteramente beneficioso. No hay nada que decir en su contra, excepto su insuficiencia. El problema para cada individuo es si preferiría ser 2 libras más rico por aplazamiento del pago y no tener inflación de precios, o ser 1 libra más rico mediante ahorros voluntarios y padecer la inflación con sus nocivas consecuencias sociales. Para el individuo (a menos que pertenezca a la clase de los que obtienen beneficios) la respuesta es seguramente obvia. Está seguro de ganar con el sistema de aplazamiento. Es como preguntarle si preferiría tener un código de circulación obligatorio con pocos accidentes y sin congestión de tráfico, o unas normas voluntarias con muchos accidentes y mucha congestión de tráfico.

Para el Tesoro y para los futuros contribuyentes la respuesta no es tan evidente. Un sistema de aplazamiento de pagos —e igualmente un sistema de ahorros voluntarios muy eficaz— nos dejará con una deuda pública más grande, medida en términos de valor real, que si adoptamos el método de los ahorros voluntarios menos eficaz, complementado por la inflación. Porque la inflación es un formidable recaudador de impuestos. Pero el Tesoro y el contribuyente del futuro sólo han de seguir dudando si esperan que el nivel de precios alcanzado por la inflación se mantenga permanentemente. Porque la deuda pública bajo el sistema inflacionario probablemente será mayor en términos monetarios que bajo el sistema de ahorros forzosos; de tal manera que, si a continuación bajan los precios, los beneficios de la inflación habrán resultado ilusorios hasta para el Tesoro.

Así que es del todo cierto que, en última instancia, la cifra de ahorro necesaria para equilibrar el gasto gubernamental, después de tener en cuenta el rendimiento de los impuestos, puede obtenerse siempre por medio de los ahorros «voluntarios». Pero que éste sea un buen nombre para esto, es una cuestión de gusto. Es un método para convertir *obligatoriamente* la parte apropiada de los ingresos del trabajador que *él* no ahorra voluntariamente, en ahorros voluntarios (e impuestos) del empresario. «Dependeremos del sistema

voluntario» es otra manera de decir «Dependeremos de la inflación en la medida en que sea necesario». Sir Robert Kindersley, en su Campaña de Ahorro, podría justamente argumentar así:

> El gobierno necesita el dinero. Pero este es un país libre. Por tanto, alguien debe ahorrarlo voluntariamente. Si ustedes (y sus amigos) no lo hacen así, la cantidad necesaria será tomada obligatoriamente del valor real de sus ingresos, mediante el efecto de precios más altos, y entregada al logrero; y *él* la ahorrará voluntariamente (aquella parte que no pague vía impuestos obligatorios). De esta manera evitaremos cualquier desviación, que sería anatema para la población, del sistema voluntario.

Aunque esto pueda ser ambiguo, como defensa de los principios de libertad, constituiría un argumento sólido y convincente para el trabajador, en favor de un mayor ahorro, si no fuera por un fallo. Un individuo no puede, por ahorrar más, protegerse de las consecuencias de la inflación si los demás no siguen su ejemplo; de la misma manera que no puede protegerse de los accidentes observando el código de circulación si los demás no lo hacen. Tenemos aquí la oportunidad perfecta para la acción social, donde cada uno puede protegerse haciendo que una determinada norma de conducta sea universal.

Este análisis de cómo funciona la inflación es fundamental. Y es muy sencillo. Pero todavía no es comprendido por todos, por la razón, quizá sorprendente, de que es relativamente nuevo. Los economistas sólo lo han aclarado (aunque es un caso mucho más simple que lo que sucede en tiempo de paz, cuando, en vez de una producción máxima fija, hemos de tener en cuenta el efecto de las fluctuaciones en el empleo) en el último cuarto de siglo; es decir, después de que los que ahora ocupan cargos de autoridad aprendieran sus dogmas. Durante la última guerra trabajé en el Tesoro. Pero nunca oí en esa época que nuestro problema financiero se discutiera sobre esta base.

Será interesante, por tanto, pensar en el pasado y considerar, a la luz de este análisis, lo que sucedió en aquella ocasión.

| Julio | Tasas salarios monetarios: índice aproximado para los trabajadores mencionados más abajo [11] | Coste de la vida | | Tasas salarios reales según | |
|---|---|---|---|---|---|
| | | Índice *Labour Gazette* | Índice modificado [12] | *Labour Gazette* | Índice modificado |
| 1914 | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 |
| 1915 | 105-110 | 125 | (120) | 84-88 | 87-92 |
| 1916 | 115-120 | 145 | (135) | 79-83 | 85-89 |
| 1917 | 135-140 | 180 | (160) | 75-88 | 84-88 |
| 1918 | 175-180 | 205 | 180 | 85-88 | 79-100 |

Así, el índice del coste de la vida del *Labour Gazette* subió 25 puntos por año, y el índice modificado (elaborado en 1918), 20 puntos por año (probablemente la verdad se encuentra entre los dos); y al acabar la guerra, el valor de la moneda se había reducido casi a la mitad. En contraste con esto, las tasas de salarios monetarios subieron en promedio unos 10 puntos al año durante la primera mitad de la guerra y alrededor de 30 puntos al año durante la segunda mitad. El resultado neto fue que la capacidad de compra de los salarios durante los tres primeros años de la guerra, hasta julio de 1917, osciló alrededor de un 15 por 100 menos que antes de la guerra. La considerable recuperación mostrada en el último año y medio de la guerra fue posible por el alivio de la presión financiera debido a la entrada de los Estados Unidos, pero es difícil calcular su medida con precisión, teniendo en cuenta las confusiones estadísticas ocasionadas por el cambio de sistema y la desviación del consumo después de la introducción del racionamiento estricto y la fijación de precios.

El análisis anterior nos indica cómo interpretar estos resultados.

11. Albañiles, peones de albañil, cajistas, ferroviarios, estibadores, obreros del algodón, de la lana y del estambre, oficiales de ingeniería, obreros de ingeniería, laminadores de astilleros (tarifas por tiempo), mineros del carbón, agricultores de Inglaterra y Gales.

12. El índice modificado se basa en las conclusiones del comité Sumner de 1918. Las principales diferencias en relación con el índice oficial aparecen con respecto a vestuario, azúcar, mantequilla y margarina. El índice Sumner permite la sustitución cuando las calidades de anteguerra no se pudieran conseguir en el mercado. El índice oficial no lo permite.

El volumen de ingresos disponibles para el gasto (que aumentó más deprisa que las tasas de salarios, debido a mejor empleo, horas extras, etc.) aumentó un 15 por 100 con relación a la oferta de bienes de consumo (al principio menos que esto y más con el tiempo), como lo indica el alza del 15 por 100 en los precios con relación a los salarios. Este aumento del coste de la vida provocó el aumento correspondiente en las tasas de salarios, con un desfase temporal de casi exactamente un año, y fue compensado simultáneamente por un aumento adicional igual de los precios. Cada año los salarios subieron casi exactamente al nivel de precios del año anterior. Así, el desfase temporal fue el suficiente para evitar el desastre. Si los precios han de mantenerse un 15 por 100 por encima de los salarios, y si éstos aumentan la mitad de esa proporción en el primer año y luego siguen a los precios con un desfase temporal de un año, podemos pasar cuatro años de guerra habiendo algo menos que doblado los precios. Hasta dónde coincidió esta regla empírica con los hechos se muestra en el siguiente cuadro.

| | Índices teóricos | | Índices reales [13] | |
|---|---|---|---|---|
| | Precios | Tasas de salario | Precios | Tasas de salario |
| 1914 | 100 | 100 | 100 | 100 |
| 1915 | 122,5 | 107,5 | 122,5 | 107,5 |
| 1916 | 141 | 122,5 | 140 | 117,5 |
| 1917 | 161 | 141 | 170 | 137,5 |
| 1918 | 185,5 | 161 | 192,5 | 177,5 |

Pero, ¡qué ridículo es este sistema en el que salarios y precios se persiguen mutuamente hacia arriba! Nadie se beneficia, excepto el logrero. Se sembraron las semillas de muchos problemas posteriores. Y terminamos con una deuda pública mucho mayor, en términos de dinero, que lo necesario, y muy mal distribuida entre la comunidad. Compárese esto con un sistema de aplazamiento de pagos. Una retención del 15 por 100 en promedio habría permitido la misma relación que antes entre las tasas de salario monetario y el coste de la vida; de manera que la presión de los primeros para seguir al último hacia arriba habría sido eliminada. El consumo real de las clases trabaja-

13. Promedio de las dos estimaciones.

doras se habría mantenido, en conjunto, exactamente igual que bajo el sistema inflacionario. Si los ingresos medios a los viejos tipos de salario fueran un 15 por 100 más altos que antes, a causa del mayor empleo y de las horas extras (que es aproximadamente lo que ocurrió en la realidad), el nivel de consumo de la clase trabajadora se habría mantenido al nivel de antes de la guerra sin ningún sacrificio, excepto el de haber trabajado más. Este trabajo mayor habría sido recompensado porque los trabajadores se habrían convertido en propietarios de una proporción significativa de la deuda pública. Porque al acabar la guerra (tomando cifras muy prudentes) el total monetario de la deuda pública se habría reducido en más de 2.000 millones de libras, y de este total reducido más de 500 habrían pertenecido a los asalariados en vez de a los logreros. Es decir, la dependencia del método de los ahorros «voluntarios» en la última guerra puso unos 2.500 millones de libras en los bolsillos de la clase empresarial.

En la última guerra conseguimos el milagro de mantener el consumo agregado de la clase trabajadora a su nivel de anteguerra, o casi; habiéndose compensado la caída de las tasas de salario real por el aumento del empleo y de las horas trabajadas. Todavía no estoy convencido de que no podamos alcanzar el mismo resultado esta vez. Nadie puede decirlo hasta que se hayan desvelado del todo las demandas económicas de la guerra. Pero si los ingresos agregados a las tasas de salarios existentes aumentan a causa de la horas extras y del pleno empleo, un alza de las tasas de salario básicas, suficiente para compensar los mayores precios, impondría a nuestra economía nacional la tarea imposible de aumentar el consumo *por encima* del nivel de anteguerra. No podemos recompensar al trabajador de esta manera, e intentar hacerlo así pondría en movimiento sencillamente el proceso inflacionario. Pero podemos recompensarle dándole una parte en los derechos sobre el futuro, que de otra manera pertenecerían a los empresarios.

## X. El sistema adoptado en Francia

Vale la pena señalar que las propuestas de este opúsculo son excesivamente moderadas (y pueden resultar más moderadas de lo que nos podemos permitir), comparadas con las medidas adoptadas en cada uno de los otros dos países beligerantes, enemigo y aliado.

En Alemania ha habido rumores de la adopción de un sistema de pagos aplazados que podría tener una semejanza superficial con el anterior. Pero si estos informes son correctos, esta medida coronaría a las demás medidas ya tomadas, que son mucho más drásticas que cualquier cosa sugerida aquí: una fijación completa de salarios, horas y precios, un sistema general de racionamiento complementado con escasez en las tiendas y prohibiciones de toda clase, y una serie de deducciones de los salarios, completamente aparte del sistema de pagos aplazados, que ya suman un formidable total varias veces mayor que la escala de pagos aplazados propuesta más arriba para el grupo de rentas más bajas. Quisiera estar en situación de dar detalles cuantitativos más exactos. Pero me atrevo a creer que si arbitráramos en este país un control del consumo general tan drástico como el que ya rige en Alemania, estaríamos en situación de aumentar nuestro esfuerzo bélico en un 50 por 100 y quizá sustancialmente más. Por lo tanto, sería peligroso para nosotros rechazar medidas iniciales, por lo menos en la escala que hemos recomendado o alguna otra que fuera equivalente.

Dado que el sistema alemán, en su conjunto, es tal que debemos evitarlo incluso como medida temporal, por todos los medios, siempre que no pongamos en peligro la victoria final, puede ser más atinado citar las medidas que han sido adoptadas en Francia. Por razones que no se deben enteramente a la censura, parece separarnos de lo que está ocurriendo en Francia un velo casi más grueso que el que nos separa del enemigo. Creo que la opinión pública británica ignora casi por completo hasta dónde llega el control francés sobre los salarios y las condiciones de trabajo.

Mediante una serie de decretos oficiales que culminaron en el del 16 de noviembre de 1939, se ha establecido un control oficial completo sobre los salarios y las condiciones de trabajo, de mucho mayor alcance en las industrias de municiones que en las demás. En estas últimas, los salarios no pueden variar respecto de su nivel de anteguerra, mediante convenio colectivo o de cualquier otra manera, sin la aprobación del Ministerio de Trabajo. En las industrias de municiones los salarios se fijan por este ministerio y el de Municiones (u otro departamento militar); se prohíbe a los patronos pagar salarios por encima de un máximo estipulado (en general, el nivel de anteguerra); los empleados no pueden dejar su ocupación actual sin permiso y pueden ser trasladados a voluntad de las autoridades.

De esta manera, cualquier tendencia hacia un aumento del nivel de salarios ha sido prohibida legalmente desde el principio.

Además de esto, se ha establecido un fondo llamado Fondo de Solidaridad Nacional, con el que se sufragará cualquier gasto especial en la esfera civil, ocasionado por la guerra, incluyendo, según creo, cualesquiera pérdidas que resulten de las medidas oficiales para mantener el coste de la vida. Este fondo se formará con el producto de un impuesto sobre los beneficios extraordinarios y de un impuesto general sobre los salarios. Este último impuesto consiste en:

*a*) un 15 por 100 de los salarios de los trabajadores sujetos al servicio militar, pero que han sido eximidos porque, podríamos decir, están en una ocupación reservada;

*b*) el total de los ingresos de éstos y de todos los demás trabajadores, en relación con su trabajo, entre las 40 y 45 horas semanales, y un tercio de sus ingresos por las horas trabajadas por encima de las 45 semanales. (En los numerosos casos en que las horas de trabajo son de 50 o más a la semana, esto representa casi otro 15 por 100.)

Junto a esto, hay medidas rigurosas para mantener el coste de la vida al nivel de anteguerra, pero por el momento se ha evitado el racionamiento. No tengo detalles de cómo está funcionando en la práctica o si está obligando al Tesoro francés a subsidios onerosos en el caso de los bienes importados o agrícolas.

Esta descripción es imperfecta y tal vez inexacta como exposición puesta al día. Espero que su publicación pueda estimular a algún francés a darnos una información más completa del frente interno francés que la que yo he podido tener en la actualidad.

En una alocución por radio a la nación francesa, a fines de enero de 1940, Daladier recomendó estas severas medidas a la población civil e instó a que fueran aceptadas de buen grado, en los siguientes términos:

> Cuando salieron para la frontera, nuestros hijos aceptaron una transformación total de su vida. Los que se han quedado atrás y no tienen que soportar los mismos sufrimientos y peligros también deben transformar su vida. Deben sacrificar sus intereses personales, renunciar a ciertas comodidades. Sobre todo, deben concentrar toda su fuerza y actividad en el servicio a la comunidad francesa, sin la cual ellos no serían nada. Sería vano e incluso criminal ocultar el hecho de que el poder material de Alemania es uno de los más formidables del mundo. La cuestión que está en juego no

> es simplemente la existencia de la nación, sino nuestra entera concepción de la vida ... Hoy es a la Francia de detrás de las líneas del frente a la que quiero hablar. Quiero hacerlo con franqueza y hasta con brutalidad ... Es esencial, en una palabra, que los del interior logren hacerse respetar por los que están en el frente, por su trabajo, renuncia y disciplina.

Y, en conclusión, resumió la propaganda alemana que habla como Satán, como sigue:

> Dice a los ricos: «Vais a perder vuestro dinero». Dice al trabajador: «Esta guerra es la guerra de los ricos». Dice al intelectual y al artista: «Todo lo que vosotros amáis está amenazado de destrucción». Dice al que ama los bienes de este mundo: «Unos pocos meses más y tendrás que aceptar dolorosas restricciones». Dice al creyente: «¿Cómo puede tu fe aceptar esta masacre?». Finalmente dice al aventurero: «Un hombre como tú puede sacar algo de las desgracias de tu país».

Es oportuno terminar este opúsculo con estas elocuentes palabras del dirigente de una nación en guerra, aunque hagan que los cuidadosos argumentos humanitarios y las propuestas excusablemente moderadas de las páginas anteriores suenen como débiles y dignas de lástima.

# APÉNDICES

## I. El ingreso nacional

Las discrepancias entre varias estimaciones corrientes de la renta nacional se deben más a ideas diferentes sobre el significado de este concepto que a diferencias estrictamente estadísticas, a pesar de lo inciertas que puedan ser muchas de las estimaciones estadísticas en que se basan. La siguiente nota acepta las estadísticas de Colin Clark, aunque no su concepto de renta nacional bruta, sin criticarlas a fondo. Las cifras que se dan son las de Clark, puestas al día, cuando ha sido

necesario, por Rothbarth, para el año financiero comprendido entre el 1 de abril de 1938 y el 31 de marzo de 1939, en términos de los precios de este año.

Hay dos conceptos fundamentales que son útiles para uso general. El primero es el producto corriente medido en términos de coste monetario, que ya se ha dado en el texto, a saber:

| Millones de libras | |
|---|---|
| 3.710 | valor corriente del consumo privado, excluidos los impuestos indirectos, pero incluido el coste de reposición corriente; |
| 290 | coste corriente de las nuevas inversiones netas en edificios, plantas, transportes y existencias, es decir, desembolsos corrientes de capital por encima de lo que se requiere para la reposición corriente del capital; |
| 850 | coste corriente de las operaciones del gobierno, excluidos los pagos «de transferencia» a los pensionistas, tenedores de la deuda pública, etc., gastos que ya están incluidos en las rúbricas anteriores. |
| 4.850 | |

Propongo llamar a esto producto nacional.

El segundo concepto es el de renta imponible, o sea el agregado de rentas individuales (incluyendo instituciones de caridad, instituciones privadas y compañías). Difiere del anterior en que incluye rentas «de transferencia» de 500 millones de libras y excluye rentas gubernamentales no procedentes de impuestos, sino de beneficios comerciales, por un importe de 50 millones de libras. Se sigue que su montante es de 5.300 (4.850 + 500 — 50) millones de libras. Puede también dividirse en los siguientes componentes:

| | Millones de libras |
|---|---|
| Consumo privado a precios de mercado (compuesto por impuestos indirectos y tasas por 670 millones de libras y un valor corriente de 3.710 millones de libras incluyendo la depreciación, como se indica más arriba) | 4.380 |
| Ahorro privado (compuesto por 290 millones de libras de nuevas inversiones, igual que antes, y 80 millones prestados al gobierno para cubrir el exceso del coste de sus operaciones sobre los ingresos por impuestos y beneficios comerciales) | 370 |
| Impuestos directos | 550 |
| | 5.300 [14] |

Puede ser útil añadir una lista de los principales elementos con los que pueden obtenerse estos u otros conceptos de la renta.

*Renta y gasto del gobierno (central y local)*

| | | Millones de libras |
|---|---|---|
| Renta del gobierno: | Impuestos directos | 550 |
| | Impuestos indirectos | 460 |
| | Tasas | 210 |
| | Beneficios comerciales del gobierno | 50 |
| | Préstamos del público (neto) | 80 |
| | | 1.350 |
| Gasto del gobierno: | Pagos de transferencia | 500 |
| | Servicios del gobierno | 850 |
| | | 1.350 |

14. La concordancia entre la cifra de 5.700 millones de libras que di en el *Economic Journal* y la cifra anterior se establece así: dedúzcanse 380 millones de libras de depreciación incluida dos veces en la cifra de Clark (depreciación corriente total de 420 millones de libras, menos 40 millones de mantenimiento de carreteras por parte del gobierno, no incluidos dos veces), y 50 millones de libras de beneficios comerciales del gobierno previamente incluidos en los beneficios privados; y súmense 30 millones de libras debidos a una estimación revisada del déficit gubernamental. Las dificultades lógicas que hay detrás de estas cifras las discuto con detalle en el *Economic Journal* de marzo de 1940 [JMK, vol. XXII].

Este gasto gubernamental no incluye el gasto del gobierno en inversión en nuevas casas, carreteras, etc. (de 50 a 100 millones de libras), porque ya se han incluido en la estimación de la inversión (la cual, estando basada en el Censo de Producción, incluye inevitablemente todas esas inversiones, ya sean gubernamentales o privadas). Para equilibrar esto, la anterior cifra de préstamos del público se reduce correlativamente a menos de la cantidad efectivamente tomada en préstamo por el gobierno y representa sólo la parte necesaria para cubrir el déficit corriente neto, excluido el mencionado gasto en inversión.

*Renta y gasto privados*

| | Millones de libras |
|---|---|
| Renta privada: | |
| Salarios y beneficios derivados de la producción corriente | 4.800 |
| Rentas de transferencia | 500 |
| | 5.300 |
| Gasto privado: | |
| Consumo a precios de mercado | 4.380 |
| Ahorro | 370 |
| Impuestos directos | 550 |
| | 5.300 |

*Producto nacional*

| | |
|---|---|
| Consumo privado y gubernamental, aparte de la reposición por desgaste y depreciación | 4.140 |
| Reposición por desgaste y depreciación | 420 |
| Nueva inversión | 290 |
| | 4.850 |
| Salarios y beneficios privados derivados de lo anterior | 4.800 |
| Beneficios del gobierno | 50 |
| | 4.850 |

*Inversión bruta*

| | |
|---|---|
| Nueva inversión neta | 290 |
| Reposición de desgaste y depreciación | 420 |
| | 710 |

*Ahorro*

| | |
|---|---|
| Nueva inversión neta | 290 |
| Déficit del gobierno | 80 |
| | 370 |

| *Distribución de las rentas privadas* | |
|---|---|
| Individuales menores de 250 libras al año | 2.910 |
| Individuales mayores de 250 libras al año | 2.340 |
| Instituciones de caridad | 50 |
| | 5.300 |

Las rentas no distribuidas de compañías, etc., se incluyen como parte de las rentas de los individuos que las poseen.

| *Fuentes de las rentas menores de 250 libras por año* | Millones de libras |
|---|---|
| Sueldos y salarios | 2.390 |
| Rentas de trabajadores independientes, empleados y trabajadores desocupados | 240 |
| Rentas de transferencia | 280 |
| | 2.910 |
| *Gasto de las rentas menores de 250 libras por año* | |
| Valor [15] del consumo | 2.420 |
| Impuestos y tasas | 390 |
| Ahorro | 100 |
| | 2.910 |
| *Fuentes de las rentas mayores de 250 libras por año* | |
| Sueldos y beneficios | 2.170 |
| Rentas de transferencia | 220 |
| | 2.390 |
| *Gasto de las rentas mayores de 250 libras por año* | |
| Valor [16] del consumo | 1.290 |
| Impuestos y tasas | 830 |
| Ahorro | 270 |
| | 2.390 |

Las fuentes de las cifras anteriores se dan en el *Economic Journal* de diciembre de 1939, p. 638. [JMK, vol. XXII.]

15. Repartido entre consumo privado y servicios del gobierno, el coste de reposición del desgaste resulta ser del 8,5 por 100. Se incluye en la cifra.
16. Véase nota 15.

## II. La magnitud de nuestros recursos en el extranjero

Una fuente importante de nuestra potencia bélica, tanto en sí misma como en comparación con la del enemigo, radica en nuestra capacidad para financiar una balanza comercial adversa con los recursos que hemos acumulado antes de la guerra en forma de oro e inversiones extranjeras.

El 31 de marzo de 1939, los recursos en oro del Banco de Inglaterra y del Fondo de Estabilización Cambiaria ascendían a 79.950.000 onzas, o sea 671.600.000 libras al valor actual del oro (168 chelines por onza). Entre esa fecha y el 1 de septiembre hubo una sustancial reducción por causa de la retirada de saldos extranjeros de Londres, pero las cifras para fechas posteriores no se publican. El Consejo de la Reserva Federal de los Estados Unidos ha publicado, sin embargo, una estimación de los recursos de los beligerantes en vísperas de la guerra (finales de agosto de 1939), según la cual las existencias británicas de oro habían bajado en esa fecha aproximadamente a 500 millones de libras. Esta cifra debe tomarse a la vez que una estimación semejante de 750 millones en oro que poseía Francia a finales de agosto, y 54 millones en poder de Canadá. No tiene en cuenta otras reservas en oro del imperio ni la producción anual de oro nuevo en el imperio, estimadas en 187 millones de libras.

Esta autoridad estima que los saldos británicos en dólares, en la misma fecha, eran de casi 150 millones de libras. Los saldos franceses en dólares, de casi 80 millones, y los saldos canadienses en dólares, de casi 90 millones de libras. No hay ninguna estimación disponible de otros saldos británicos en el extranjero.

Sir Robert Kindersley ha estimado el capital nominal total de las inversiones británicas en el extranjero, a fines de 1938, en casi 3.700 millones de libras, de los cuales, sin embargo, sólo una fracción es fácilmente realizable. Alrededor de 3.000 millones de este total consistían en préstamos en libras y en participaciones en compañías registradas en Gran Bretaña, la mayoría de las cuales no podría realizarse. No obstante, hay una proporción de estas tenencias que se está pagando ordinariamente cada año, digamos 40 o 50 millones de libras anuales; y algunos préstamos sustanciales cuyo pago podría arreglarse en las circunstancias actuales (uno de estos casos es un importante préstamo canadiense tratado en esta forma) se incluyen en este total. Quizá podríamos calcular la cifra total realizable en esta forma a lo

largo de un período de tres años en no menos de 250 millones de libras.

Las tenencias en compañías registradas en el extranjero, estimadas por sir Robert Kindersley en casi 700 millones de libras, pueden considerarse mucho más líquidas. La estimación de las tenencias británicas de valores norteamericanos fácilmente realizables al empezar la guerra, efectuada por el Comité de la Reserva Federal de los Estados Unidos, es de cerca de 185 millones de libras, a los que pueden añadirse en caso de necesidad otros 225 millones de otros valores, incluyendo propiedades británicas en los Estados Unidos. Es interesante notar que, de acuerdo con informes norteamericanos, alrededor del 10 por 100 de los valores realizables anteriores (es decir, 18 millones de libras) fue de hecho liquidado en los primeros dos meses de la guerra.

Alguna compensación debe tenerse en cuenta junto a lo anterior por la retirada subsiguiente, de Gran Bretaña, de activos pertenecientes a extranjeros al comenzar la guerra. Las restricciones cambiarias existentes son efectivas contra los ciudadanos británicos, pero por una extraña omisión (a menos que sea una decisión deliberada en interés de la City como centro bancario internacional después de la guerra) no lo son contra la retirada de activos por parte de los extranjeros. No me he ocupado de esto, en parte porque el nivel del cambio libre (en el que se llevan a cabo estas transacciones) no indica actualmente ninguna presión seria para tales retiradas, y en parte porque si tal presión fuera a desarrollarse, difícilmente podemos suponer que los intereses de posguerra de la City prevalezcan sobre la tarea inmediata de ganar la guerra. Puede ser que una gran parte de los saldos extranjeros aparentes y de otros activos, que estaban todavía en Londres al comenzar la guerra, no fueran activos libres, estrictamente hablando, sino que fueran necesarios para hacer frente a diversos pasivos contingentes en libras o para fines del negocio corriente.

En efecto, antes que dar un margen importante para retiradas, creo que podemos muy bien contar, cuando consideramos la balanza de pagos británica, y no la del imperio o la del área de la esterlina, con considerables aumentos anuales del imperio y otros saldos de ultramar que se dejan en Londres. En la última guerra, incluso en sus días más oscuros, tales aumentos desempeñaron un papel importante y alcanzaron una cifra enorme al terminar la misma. Estima-

ría el ingreso anual de esta fuente en no menos de 100 millones de libras y bien podría ser superior.

No sería prudente sumar todas las cifras anteriores, que están sujetas a considerable error, para alcanzar una estimación final de los recursos exteriores disponibles. Sin embargo, teniéndolo todo en cuenta, sugiero que podemos calcular el total de nuestros activos relativamente líquidos en una cifra del orden de 1.000 millones de libras por lo menos; y teniendo en cuenta también el aumento gradual de nuestras obligaciones con acreedores de ultramar, podemos financiar durante más de tres años una balanza de pagos adversa del orden de 350 millones de libras anuales.

Nuestros recursos totales en oro y dólares son apreciablemente mayores que en 1914 (véase el cuadro de p. 432), a pesar de que nuestros valores en dólares son mucho menores; y son también inconmensurablemente más líquidos, ya que actualmente están compuestos predominantemente por oro. Las tenencias francesas en oro y dólares no distan mucho de ser el doble de lo que eran en 1914, y las canadienses son unas diez veces lo que eran entonces. Tomando Gran Bretaña, Francia y Canadá juntos, los recursos en oro y dólares no están lejos del doble de lo que eran en 1914. Por otra parte, los recursos similares de Alemania, que en 1914 eran casi la mitad de los nuestros, son hoy menos de una veinticincoava parte de los nuestros y menos de una cincuentava parte de los recursos totales aliados. Además, nuestras obligaciones con los aliados, que constituyeron nuestra abrumadora carga financiera en la última guerra, antes de la entrada de los Estados Unidos, son hoy insignificantes en su comparación. Dado que todos los compromisos monetarios lo son en una escala mucho mayor ahora que hace veinticinco años y como que es esencial una fuerza evidente para resistir de modo indefinido, son de máxima importancia la mayor economía en el uso de los recursos exteriores y el mayor esfuerzo para acrecentarlos por medio de exportaciones. No obstante, no puedo estar de acuerdo en que empezamos, si se tiene todo en cuenta, con un poder de resistencia financiera inferior al de 1914. La capacidad de las áreas de la esterlina y francesa para afrontar un saldo adverso continuado de la balanza comercial es, tomada en su conjunto, enorme; mientras que los recursos exteriores del enemigo son inexistentes y ya han sido reemplazados por pasivos.

*Estimación del Consejo de la Reserva Federal de los Estados Unidos*
(finales de agosto de 1939)

| | Reservas centrales de oro | Saldos en dólares | Valores fácilmente realizables en EE. UU. | Inversiones directas y otras en EE. UU. | Producción anual de oro (1938) |
|---|---|---|---|---|---|
| | (En millones de libras a 4 dólares la libra) | | | | |
| Gran Bretaña | 500 | 149 | 184 | 225 | — |
| Francia | 750 | 79 | 46 | 20 | — |
| Canadá | 54 | 89 | 125 | 140 | 41 |
| Otros países británicos y franceses | 135 | — | — | — | 146 |
| Total | 1.439 | 317 | 355 | 385 | 187 |

*Recursos comparativos en oro y dólares*
(1914 y 1939)

| Año | Recursos totales en oro y dólares 1939 | 1914 | Reservas centrales de oro 1914 | Oro monetario fuera de las reservas centrales 1914 | Recursos en dólares 1914 [18] |
|---|---|---|---|---|---|
| | (Cifras aproximadas en millones de dólares) [17] | | | | |
| Reino Unido | 4.230 | 3.365 | 165 | 600 | 2.600 |
| Francia | 3.580 | 2.045 | 680 | 965 | 400 |
| Canadá | 1.630 | 115 [19] | 115 | — | ? |
| Total | 9.440 | 5.525 | 960 | 1.565 | 3.000 |
| Alemania | 160 | 1.505 | 330 | 475 | 700 |

17. *U. S. Federal Reserve Bulletin.*

18. Estimaciones de la *Review of Economic Statistics*, I, p. 230. Sir G. Paish hizo estimaciones mucho más altas, en 1910, ante la Comisión Monetaria Nacional de los Estados Unidos. Pero las que se han considerado aquí tienen en cuenta la información posterior y son más dignas de confianza.

19. Sólo oro.

## III. El coste de las asignaciones familiares

En números redondos, hay 10 millones de niños en el país hasta los 15 años de edad. Así, el coste bruto de una asignación semanal de 5 chelines por niño, es decir, una asignación anual de 13 libras, es de 130 millones de libras. Una estimación más exacta es la de 132 millones de libras. Hay, sin embargo, algunas contrapartidas importantes, como sigue:

1. Alrededor de 20 millones de libras del coste anterior corresponden a los hijos de contribuyentes por el impuesto de la renta. Antes se supuso, como primera aproximación, que las asignaciones existentes en el impuesto de la renta ya cuestan tanto como las nuevas asignaciones que ocuparían su lugar; de manera que no existe un coste adicional en esto.

2. En 1937 habría habido el siguiente ahorro con relación a las asignaciones existentes:

| | |
|---|---|
| Pensiones ordinarias | 2.500.000 |
| Compensación por desempleo | 2.750.000 |
| Ayuda por desempleo | 8.500.000 |
| | 13.750.000 |

3. Es probable que en 1940 el ahorro con respecto a los hijos de los parados sea menor que en 1937. Por otra parte, habrá ahorros adicionales de tiempo de guerra con respecto a los pagos para niños evacuados y asignaciones por separación.

Así, teniendo todo esto en cuenta, un coste neto de 100 millones de libras sería una cifra plausible.

Si las asignaciones se dieran sólo por el segundo hijo y siguientes, el coste se reduciría a menos de la mitad y podría estimarse perfectamente en no más de 50 millones de libras. Una asignación de 3 chelines (en lugar de 5) por el segundo hijo y siguientes costaría, por tanto, menos de 30 millones de libras, o más exactamente, 27 millones. Si las asignaciones se limitasen al tercer hijo y siguientes, el coste sería de nuevo reducido a menos de la mitad, sumando (a 5 chelines) alrededor de 20 millones de libras; y una restricción al cuarto hijo y siguientes lo reduciría de nuevo a menos de la mitad, llevándolo a cerca de 9 millones de libras.

## IV. La fórmula para el agregado de pagos aplazados e impuestos directos

Los resultados que se dan en el capítulo IV anterior son el resultado de la siguiente fórmula. Para rentas hasta 750 libras por año, el 35 por 100 del exceso de la renta sobre el mínimo básico de 35 chelines por semana para los solteros y 45 chelines para los casados. Esto está muy lejos, por supuesto, de ser un tanto alzado, dado que el efecto proporcional de la asignación fija es mucho mayor en los niveles de renta más baja, como se ve en el cuadro del capítulo VI, donde se muestra que la proporción de renta retenida aumenta, según esta fórmula, del 3,5 por 100 para 50 chelines por semana al 29 por 100 para 700 libras al año. Para los grupos de renta más alta, el porcentaje del exceso de renta sobre el mínimo básico aumenta del siguiente modo:

| | Porcentaje del exceso sobre las rentas básicas |
|---|---|
| De 750 a 2.000 libras | 40 |
| 2.001 a 3.000 | 45 |
| 3.001 a 5.000 | 55 |
| 5.001 a 10.000 | 65 |
| 10.001 a 15.000 | 70 |
| 15.001 a 20.000 | 75 |
| 20.001 a 50.000 | 80 |
| Más de 50.000 libras | 85 |

Lo anterior no pretende establecer un sistema de asignaciones tan elaborado como el del impuesto sobre la renta y, en particular, no distingue entre renta ganada y no ganada. Como consecuencia de esto, a algunos de los que reciben una consideración especial en el impuesto de la renta se les aplazaría una mayor proporción de sus ingresos que a los que no reciben una consideración semejante. Sería fácil resolver esas anomalías menores en un esquema completamente detallado; pero tan sólo confundiría los problemas principales si intentara tratarlos aquí. Puede ser que la asignación para casados sea insuficiente. Podría ser aconsejable graduar con más detalle, mediante la introducción de un mayor número de escalones, y debería evitarse la existencia de saltos exagerados. Sería ciertamente deseable incluir una

cláusula similar a la de la última Ley Financiera, para mitigar el caso de una renta que hubiera caído sustancialmente por debajo de su nivel de anteguerra.

AGRADECIMIENTOS

La esencia del plan aquí propuesto se publicó originalmente en *The Times*, en dos artículos, el 14 y el 15 de noviembre de 1939, seguidos de un tercer artículo en respuesta a las críticas, el 28 de noviembre, y de una carta el 1 de diciembre. Estas contribuciones se complementaron con un artículo que ofrecía el panorama estadístico y que apareció en el *Economic Journal*, de diciembre de 1939, página 626.

Me ha ayudado, en todo el aparato estadístico, E. Rothbarth, del Departamento Estadístico de la Universidad de Cambridge, que es responsable, en particular, de la distribución estimada de la renta total entre los diferentes grupos.

El coste de las asignaciones familiares se basa en cifras proporcionadas por la Sociedad pro Asignaciones Familiares. Las asignaciones familiares han sido propuestas en muchos sectores, particularmente por Amery, la señorita Eleanor Rathbone y la señora Hubback.

La propuesta para hacer frente a los pagos aplazados con un impuesto de capital en la posguerra fue hecha en primer lugar por el profesor Von Hayek, en un artículo publicado en el *Spectator*, el 24 de noviembre de 1939.

La propuesta para el mantenimiento de una «ración de hierro» a un precio bajo me fue hecha primeramente por sir Arthur Salter. También ha sido apoyada por R. H. Brand en *The Times* y, con más detalle, por el profesor Hicks y señora, en el *Manchester Guardian*.

Estoy en deuda con muchos críticos y personas con las que he mantenido correspondencia, además de los antes citados.

# ÍNDICE ALFABÉTICO


abundancia: era de la, 306; filosofía de la, 308
Academia de Ciencias de Leningrado, 257
acumulación, instinto de, 272
administradores, inversiones de, 73
ahorro y gasto, 143-149, 344, 352; en tiempo de guerra, 375-377
ahorros: de la clase media, 76; e inversión, 72, 125-126, 294
ahorros de guerra, 411
ahorros voluntarios, 385-386, 401; limitaciones en tiempo de guerra, 376, 389; y el mecanismo de la inflación, 409-421
«ajustes fundamentales», 228-229, 231, 232
Alemania: capacidad de pagar reparaciones, 18-25, 31, 46; crisis de 1931, 158; deudas de guerra bajo el plan Dawes, 55-57, 61; medidas para pagos de guerra (1939), 422; reservas de oro en, 431-432; y la Gran Guerra, 15
Amery, L. S., 435
arancel, 353, 361; alemán, 30-31; fiscal, propuesta para, 152, 153, 237-243, 246, 247, 250; francés, 252; locura norteamericana de, 51, 252
Argenson, marqués de, 281 y n.
Argentina, 360
armamento, presupuestos económicos sobre, 119-122
artistas, 321
Ashley, coronel, 113
asignaciones familiares, 368, 377-378, 391-395, 396-398, 400; coste de las, 433
asignaciones para hijos en el impuesto de la renta, 395 y n., 396-397, 398, 433
Asquith, Herbert, *véase* Oxford, lord
Australia, 360
Austria, 29, 36, 360
azúcar, 407

balanza comercial, 154-156, 222-224, 241-242, 246, 350 n., 370; seudo-equilibrio de la, 210-211
balanza de deudas, 51
balanza de pagos: Estados Unidos, 49-50; internacional, 180
balanza exterior y desempleo, 350 n., 352-353, 361, 365-366
Baldwin, Stanley, 61, 101, 104, 129, 225, 231, 232-234, 259; como primer ministro, 154, 211
Balfour, comité, 109-111
Balfour, nota, 55-57, 60
bancario, sistema, 158-159, 163
Banco de Francia, 90, 93-95, 141; reservas de oro, 363
Banco de Inglaterra: política de crédito, 94, 141, 185-186, 207, 223-226, 231-232; política decimonónica, 307; recursos en oro, 429; regulación del precio del oro, 192-193; reserva del, 197; y el patrón oro,

210-212, 232-233, 250; y el tipo de interés, 190-191, 195, 199, 203, 223, 225, 232; y la balanza comercial, 221-226; y las emisiones extranjeras, 127-129
bancos centrales y reservas de oro, 185, 353-354, 357-358, 359, 361, 363-364
bancos de la Reserva Federal, 141
banqueros, 163, 164-165
barrios pobres, 107, 122
Bastiat, Frederic; *Armonías Económicas*, 283-284
bebidas alcohólicas, cuestión de las, 301
Bélgica, 360; asistencia financiera a, 58; reclamación de reparaciones, 33, 34
beneficio, 138-139; como motivo de producción, 238-239
beneficios inesperados, 78-79, 80
Bentham, Jeremy, 276-277, 279, 280, 293; *Agenda y no-agenda*, 291, 293; *Manual de Economía Política*, 282, 291 n.; *Works*, 282 n.
bienes británicos, compra de, 146, 241-242
bienes raíces en la gran depresión, 162
bienestar nacional, 121
billetes-oro, propuesta como moneda internacional de, 358-360, 361-363
bimetalismo, 169, 170-171, 179
Blanesburgh, comité, 118
Board of Trade, índice general de precios del, 207-208, 209
bolcheviques, 258
bolchevismo, 301-302, 306, 407
«bono de veterano», 404
bonos-oro, 358-359
Brand, R. H., 96, 392, 435
Brasil, 360
*Britain's Industrial Future*, *véase* Libro Amarillo
Burke, Edmund, 277, 279, 290

Cairnes, John Elliott, 284 y n.
cambio, tipos de: estabilidad de, 191; esterlina y dólar, 200-203; progreso en, 214-217, 219-220; restricciones en, 353, 361; y la industria del carbón, 226-227; y nivel de precios, 178; y precio del oro, 192
cambios, paridad oro de los, 245-246
cambios exteriores, tensión de los, 356-357; y el plan billetes-oro, 362-364
Cambridge, Universidad de, 257; Club de Economía Política de la, 323
campesino y proletariado en la Rusia soviética, 267-269
Canadá, 360-361, 429; reservas de oro en, 431-432
cancelación de deudas de guerra, 58-63
canciller del Exchequer, *véase* Churchill, Winston; Simon, sir John; Snowden, Philip
Cannan, Edwin, 284
capacidad de Alemania para pagar reparaciones, 18-25, 31
capital, acumulación de, 325-327; tasa de, 333
capital, ampliación de, 116, 124-129, 340-343, 345-351
*Capital, El*, como libro de texto obsoleto, 262
capital estatal, 266
capitalismo, 67, 261, 263; europeo, 38; individualista, 205-270-271, 302; inseguridad del, 38; *versus* socialismo, 312; y acción colectiva, 295-297
capitalistas extranjeros en Rusia, 266; negociantes, 68
carbón: exportaciones alemanas de, 20-21; huelga del, 209, 210-211; industria del, 226-229, 307; y reparaciones, 29-32
carreteras, construcción de, 112, 122; plan liberal para el desempleo, 105-106, 110, 113-114, 117, 120, 150, 154
Carroll, Lewis; *Sylvie and Bruno*, 331-332
censo de producción (1924), 103
ciencia económica, 101, 116, 135
ciencia y progreso económico, 333

circulación del dinero, velocidad de, 341
Clark, Colin, 424, 426 n.; *National Income and Outlay*, 378
clase media, pérdidas de la, 81
clases ricas y el pago de la guerra, 383-388
clases trabajadoras: como propietarias de deuda pública, 421; y costes de la guerra, 383-388; y reducción de salarios, 217, 233
Clemenceau, Georges, 17
Clémentel, Georges, 57
Clissold, *véase* Wells, H. G.
Coal Inquiry (1925), 227 n.
Cobbett, William, 279
Colbert, J. B., 280 y n.
Coleridge, S. T., 279, 280 n.
comercio internacional, equilibrio del, 52
Comité de la Reserva Federal de los Estados Unidos: reservas de oro estimadas, 429-432; y política del oro, 183-184, 188-190, 200-201
Comité Monetario del Tesoro, 219-220, 230
Commons, John R., 306, 307
comunismo, 262 n., 306; capacidad de supervivencia del, 270-274; fe comunista, 260-265
comunistas, 259-260, 262, 302, 311
Conferencia de París (1919), 16-17, 56, 60
Conferencia Económica Mundial (1933), 355-359, 366
*consecuencias económicas de Churchill, Las*, 213-236
consecuencias económicas de la guerra, 372-373
*consecuencias económicas de la paridad de la esterlina, Las*, 213
*consecuencias económicas de la paz, Las*, 15, 18, 26, 45, 50, 67
Consejo Supremo Económico de las Potencias Aliadas, 16
construcción, industria de la, 355; desempleo en la, 338-339
consumo y racionamiento, 405-409
contracciones para el desempleo, 238-240
Conway, sir Martin, *Art Treasures in Soviet Russia*, 272-273
Coolidge, Calvin, 259
coste de la vida: control del, 405-406; índice del, 208, 215, 219; medido en oro, 217; plan de reducción de salarios y, 233-235
crediticio, ciclo, 186, 188, 190-191, 196, 198, 202
crediticio, sistema, 205
crédito, restricción de, 223-226, 230-231, 232-235; efecto en la industria del carbón, 227-228
crédito bancario, 353-354, 357
Cunarder, propuesta de gasto en el nuevo, 348
Cunliffe, comité, 196, 197, 219
Cunliffe-Lister, sir Philip, 113
cuotas, eliminación de, 353, 361-362
Currency Note Account, 197

Chile, 360
Churchill, Winston, 55, 57, 61, 110, 111-112, 129, 312; consecuencias económicas de, 213-236

Daladier, M., 423
Darwin, Charles, 279, 287; *Origen de las especies*, 290
darwinismo y el *laissez-faire* económico, 286
Dawes, plan, 55-58, 61-62, 136, 201
deflación: argumentos contrarios, 174-176; de 1931, 149, 163; definición, 173; y desempleo, 226, 230-231; y producción y distribución de riqueza, 70, 84, 234-235
demandas de la guerra, plan para reconciliar las, 368-370, 376-378
depósitos bancarios en Estados Unidos y Gran Bretaña, 206-207
depreciación monetaria: en Alemania, 18-19, 24 n.; en Gran Bretaña, 352-353; en la historia, 73-74; y la ganancia del hombre de negocios, 78-79, 176

depresión, 126, 196, 230-231; de 1921-1922, 78, 81, 109-110, 160, 204; de posguerra, 402-403; gran, de 1930, 134-142, 143, 152, 162; mundial de 1931, 143, 240, 245, 324
desarme, 303-304
descuento, tipos de, 223
desempleo: elevación de precios y remedio para, 242; en medio de la escasez, 205; en Rusia, 268; estadística de, 382; gasto (financiado vía préstamos) como solución de, 347-351, 365-366; hechos de (1921-1929), 102-103, 118, 204; paradoja de, 338; plan liberal para reducir el, 96-102, 104-109; política de, para bajar salarios, 221, 224-226, 230, 232, 233-235; tecnológico, 327; y ahorros, 125, 145-146; y caída de precios, 83; y la Ley de Economía, 154
deuda nacional, 374, 377, 402-403, 317, 420-421; conversión, 129-131; y nivel de precios, 136, 207, 219, 233-235
deudas de guerra, *véase* deudas de los aliados; deudas entre aliados
deudas de los aliados, 48-63
deudas entre aliados, 33-38, 41
deudas públicas en el extranjero, morosidad de, 361-362
deudores, política de influencia de los, 73-74
devaluación: definición, 173; y los precios mundiales, 364
Dinamarca, 360-361, 407
dinero: amor al, 263-265, 272, 287, 295, 322; cambios en el valor del, 69-85, 157-165; como mero intermediario, 177-178; como velo monetario, 158, 162; depreciación del, 73-74; estabilidad del, 83; fin del oro como, 171; inestabilidad del, 172-173; sugerencias para regulación del, 189-193
dinero depreciado, especulación americana de, 50; *véase también* depreciación monetaria
dinero internacional y reservas bancarias, 353-354, 358-359, 366
distribución: de consumidor, 286; de producto nacional, 80-81; de renta, 148; de riqueza, 67, 174
dólar compensado, propuestas para, 178, 190
Drake, sir Francis, 326
*Drapier's First Letter, The*, 367
drenaje de tierras, 108, 110-111, 122
drogas, cuestión de las, 305

*East India Company*, 326
«economía», promesa de (1931), 243-245
*Economic Journal*, 185 n., 341, 394, 426 n., 428, 435
*Economist*, 226
economistas: comparados con los dentistas, 333; e inflación, 418; empleados por banqueros, 163; y el *laissez-faire*, 277-289
elecciones generales: en 1918, 33; en 1929, 96
eléctrico, desarrollo, 108, 122
emisión de billetes, inelasticidad de la, 197
empleo: indirecto desde obras públicas, 112-116, 340-342; y el presupuesto, 348-349
empresa privada y política liberal, 122-123
empresa privada y pública, elección entre, 122
empresa y dirección, 292
empresarial, clase, 77-79, 289
empréstitos internacionales, 39-42, 50
enfermedades económicas, 203
equilibrio: del tipo de interés, 323-324; en movimiento hacia el (1927), 320; entre capacidad de gasto y consumo, 368-369
equilibrio de la riqueza e inflación, 68
equilibrio de poder, 28
equilibrio económico, 54, 253
escasez, era o edad de la, 306, 381-382

escasez durante la guerra, 369-370, 408-409
Escuela de Verano del Partido Liberal: en 1925, 298; en 1929, 97
España, 360
Especulación, Ley contra la, 369
especuladores, 67, 68, 79, 414-416
espiral viciosa, 415
estabilidad de precios: fijados en valor oro, 176-177; *versus* estabilidad de cambio, 173, 178-180, 190, 198, 201
estabilidad del nivel de precios interiores, 189
estabilidad monetaria, 72; efectos de inestabilidad, 23, 82
estabilización económica, período de, 306, 307
estadísticas, provisiones inadecuadas de, 378
Estados Unidos, 140-142; condiciones económicas en (1923-1925), 200-205, 206; deseo de alejarse de Europa de, 39-41; efectos de la suspensión del patrón oro, 252-253; índice de precios del Bureau of Labour, 207-208; inversión en Europa, 201, 204-205; niveles de precios en, 232; política de gasto (financiado vía préstamos), 352-355; política del oro, 182-184; préstamos a Gran Bretaña, 222-223 y n.; y deudas entre aliados, 33-38, 48-50, 52-55, 55-63, 136; y la depresión (1930-1931), 162, 366 y n.
esterlina, libra: efectos de alteración en el valor de la, 214-221, 227, 250-251; incremento en el valor de la (1925), 235
Europa en 1919, 4, 40; bancarrota de, 41-42; fragilidad de la organización económica, 3; gobiernos de, 40
expansionismo para el desempleo, 238-241
exportaciones: alemanas para pagar reparaciones, 19-21, 24-25; y alteraciones en los tipos de cambio, 214-217, 219-220
exportaciones e importaciones, 51, 151, 155-156

familia, posición económica de la, 305
fascismo, 306
Federación Liberal Nacional, 97
ferrocarriles, 105-106, 109
fijación de precios, 405, 407-409
financiación de guerra: argumentos contra ahorros voluntarios para, 412-421; enredo de, 37; impuestos para, 389, 391, 394, 410-415; redistribución de rentas a través de, 396, 404
Fisher, profesor Irving, 178, 190
fisiócratas, 281
fluctuaciones de cambio y empleo, 203-204
Fondo de Amortización, 152, 154, 219, 349, 365; e inversión extranjera, 50
Fondo de Carreteras, 120, 154, 349
Fondo de Desempleo, 102, 121, 125, 130, 152, 386
Francia: controles económicos en (1939), 422-424; deudas de guerra, 33-35, 36-37, 60; efectos de suspensión del patrón oro en Gran Bretaña, 252; pérdidas del carbón (1919), 29-30; propuestas para reducir la deuda nacional, 86-91; reservas de oro en, 93-94, 429, 431-432; y el plan Dawes, 55-57
franco francés, 86-95
Franklin, Benjamin, 282
Freud, Sigmund, 169
fronteras económicas, 31
fuerzas económicas crueles, 307

gasto estatal y desempleo, 124, 128-129, 354-355
gasto financiado vía préstamos: reducción del presupuesto desde, 346-351; remedio para el desempleo, 364-366, 403; para incrementar el poder adquisitivo, 352-355; y la elevación de precios mundiales, 355-357, 361-362, 364
gasto primario, 342-345, 349-350, 365

Génova, Conferencia de, 173; resoluciones monetarias, 187
gobierno: control del desarrollo de capital por el, 122-123; corporaciones como medio de, 291; futura misión del, 304; interferencias y teoría de *laissez-faire*, 278-279, 291; maniobras del, 354-355; préstamos como remedio natural, 152
gobierno conservador, 309-310
gobierno laborista (1929-1931), 352, 365-366
gobierno nacional, 246, 352, 366
Godwin, William, 277 y n., 279
Goodenough, F. C., 194-198
Goschen, sir Harry, 194-196, 206
Gournay, J. C. M. V. de, 281
Gran Bretaña: endeudamiento con Estados Unidos, 55-56, 58-62, 177; préstamos a sus aliados, 59; situación económica comparada con la estadounidense, 203-205; y reparaciones, 33-36, 49, 55-56
Grecia, 360-361
Grey, lord, 99, 119
guerra: evitar la, 333; financiada con préstamos, 176, 355; y la ayuda de Estados Unidos, 34-35; y la Sociedad de Naciones, 28 n.; y producción de riqueza, 288

Hardy, Thomas; *Los Dinastas*, 17
Hawtrey, R. G., 187, 188; *Monetary Reconstruction*, 187 n., 190 n.
Hayek, profesor F. von, 435
hedonismo utilitarista, 276
Helfferich, Karl, 23
Henderson, Hubert, 86
hereditario, principio, 302
Hicks, profesor J. R., 392, 435
Hicks, señora U., 392, 435
hierro, artículos de, 20
hierro y acero, industrias del, 117, 227
Hobbes, Thomas, 280
Holanda, 176, 360-361
hombre común, 263, 270
hombres prácticos, 101, 278, 280, 320-321
Hubback, Eva, 435
Hume, David, 276-280; *An Inquiry Concerning the Principles of Morals*, 276
Huskisson, William, 279

ideas económicas en una sociedad en equilibrio, 350-351
imperialismo, 262
importaciones, política para restringir las, 246-247, 250, 353
impuesto (leva) general sobre el capital, 37, 87, 368, 377, 403-405; en Francia, 92-93
impuesto sobre el capital, 403-404
impuesto sobre la renta: como compensación de la deflación, 234; y ahorros voluntarios, 411-412
Impuesto sobre los Beneficios Extraordinarios, 369, 389, 405, 414 y n.
impuestos: incentivo para inversión extranjera, 238; para financiar la guerra, 409-415; y equilibrio del presupuesto, 339, 347-349; y la depresión, 150, 153
impuestos sobre ventas, 409
India: acumulación de oro en, 353, 360; problema de (1925), 304
individualismo, 275-279, 288; *véase también* capitalismo
individualismo económico y el Partido Liberal, 312-313
inestabilidad internacional, 238-239
inflación, 23, 67-68, 74, 176, 408; como formidable recaudador de impuestos, 417; como remedio natural, 370; comparada con la deflación, 84-85; efectos sobre la producción y distribución de riqueza, 67, 70; en Estados Unidos, 231 n.; inadecuada para financiar la guerra, 389-390; mecanismo de, 409-421; y desembolso de capital, 125-126
Informe del Comité Económico (1931), 149-153
Inglaterra y el fin de la Gran Guerra, 15-16
ingresos, plan para aplazar, 377, 385,

390-391, 393-394, 406-409, 417, 420-421; depositario del pago aplazado, 400-401; entrega del pago aplazado, 401-405; escalas de aplazamiento, 394-399, 434; método de recaudación, 400
instituciones capitalistas, 291-292
intelectualidad, 262, 266
interés, tipos de, 130-132; caída durante el siglo XIX, 75-76 y n.
interés a largo plazo, tipo de, 354-355
interés compuesto, 325-326, 329, 332
interés propio, 290
*inversión, sistema de*, 71
inversión de capital: de Estados Unidos en el extranjero, 51; falta de motivación en la, 139-141, 150-153
inversión extranjera, 50
inversiones extranjeras de Gran Bretaña: antes de la guerra (1914), 204-205; embargo sobre, 127, 222-225; excesivas (1925), 201; inicios de, 325-326; magnitud de (1939), 429-432
inversionistas, 71-77; distintos de los hombres de negocios, 72
*Investors' Chronicle and Money Market Review*, 123
Isabel I, reina, 326
Italia: pérdida de inversiones, 76; reforma monetaria en, 175, 177; reservas de oro, 360; y deudas interaliadas, 34, 36-37, 55-56, 58, 60

Japón, 360
Java, 360-361
jirafas, 286, 287
Johnson, Dr., 144, 277
justicia social, 374, 388, 391; principios de, 153-155

Kahn, R. F., 341
Kindersley, sir Robert, 418, 429-430

*Labour Gazette*, 419
*laissez-faire*, 275-297; obsoleto en economía, 229, 301; orígenes del, 280 y n.; y darvinismo, 286-290
Leaf, Walter, 194, 206, 210
Legendre, François, 280 y n.
legislación matrimonial, reforma de la, 305
Lenin, Vladimir I., 67-68, 261; discípulos de, 257-258, 260-261
Leningrado, 269
leninismo, 260-261, 263, 266, 270-271
letras del Tesoro, 232, 404
*Levant Company*, 326
Ley de atenciones comerciales, 106, 109, 120, 122-123
Ley de Economía, Proyecto de (1931), 193-196
Ley de Pobres, 121
Ley del Seguro de Desempleo (1927), 118-119
liberalismo, 306-307; nuevo, 307; y laborismo, 309-313
libre comercio, 281, 301
libre competencia, darwinianos y, 279
librecambistas, 242-243, 247 n., 281-282; retractación de un, 237 y n.
Libro Amarillo (Britain's Industrial Future), 97, 104-106, 111, 122
Liga Nacional, 107
Locke, John, 276-277, 280
logreros, *véase* especuladores
Londres, 239, 240-241, 248, 430
Lopokova, Lidia, 257
lucha política en la reforma monetaria, 308

Lloyd George, David, 44-45, 60, 96-133, 309; plan para reducir el desempleo, 103, 119-121, 128-129; promesas de, 98-100, 109-110, 113, 116, 119-120
Lloyds Bank, 206

Macdonald, J. Ramsay, primer ministro, 244
Madrid, 323
maestros, 150, 349; y la Ley de Economía, 154-155
Malthus, Thomas R., 279, 281, 282
Manchester, Escuela de, 282
*Manchester Guardian*, 435

Manchester Reform Club, 309
maquinaria, 20
Marcet, señora, 282; *Conversations on Political Economy*, 283
«margen» de seguridad y préstamos bancarios, 159-160, 161, 163
Marshall, Alfred, 285, 289
Martineau, Harriet, 280, 282
marxismo, 288, 306
Maybury, sir Henry, 106
McKenna, Reginald, 127, 194, 196-198, 199-200, 205-206; política monetaria de, 206-207, 209, 211-212; *Post-War Banking Policy*, 129
mejoras técnicas en la industria, 327
mercado internacional de préstamos, 141
Midland Bank, 234
Mill, John Stuart, 284
mineros, desempleo de los, 117-118
Ministerio de Comercio, titular del, 216, 223
Ministerio del Desempleo, 120
ministros del gabinete: ignorancia económica, 115; irresponsabilidad, 153-154
Mond, sir Alfred, 312
moneda después de la suspensión del patrón oro, 247-248
moneda «regulada», 184-185, 203
moneda y control crediticio, 294
monetaria, política: Churchill, 218, 228, 230-231, 232-235; McKenna, 196, 206-207; y la lucha política, 308
monetaria, reforma, 175, 197, 199, 253
monetario, motivo, 295, 321, 331
monetarios, sistemas, 67-68
Montagu de Beaulieu, lord, 97, 106, 112
moral frente a las relaciones internacionales, 32
Movimiento de Ahorro Nacional, 416
muelles y puertos, 122
Muir, Edwin; *Transition*, 320
mujer, posición económica de la, 304-306
multiplicador (*The Multiplier*), 342-346, 347 n.; artículo sobre (1933), 337
Mussolini, Benito, 175, 259

natalidad, control de, 305
*Nation and Athenaeum*, 96-98, 194, 205, 207, 257, 298, 309, 317, 323
*New Statesman and Nation*, 156, 337
nivel de vida, 147-148, 238-239, 326-327; en Rusia, 269
Norman, Montagu, gobernador del Banco de Inglaterra, 211, 212, 224
Noruega, 360
Nueva Zelanda, 360-361

obras públicas como remedio para el desempleo, 104-133, 147, 151, 352
ocio, problema del, 329-330
oferta y demanda, fuerzas de la, 307
Oncken, August; «Die Maxime Laissez faire el laissez passer», 289 n.
opinión, historia de la, 280, 288; *véase también* opinión pública
opinión pública, 42, 43, 53-54, 230, 246, 264, 307, 390; «interna» y «externa», 45-47
optimismo, 10, 133, 134, 141, 148, 251
optimismo y pesimismo *laissez-faire*, 282
orden económico, perturbaciones del, 79
organización económica de Europa: fragilidad de la, 15-16; y dependencia del comercio internacional, 53; y el patrón de valor estable, 70
oro, recursos británicos en, 429, 431-432; embargo sobre exportaciones de, 202-203
oro, reservas de, 235, 353, 358-359; distribución mundial de, 363, 431-432; elasticidad de la cantidad de, 358-361, 363-364
oro y plata desde el nuevo mundo, efectos del, 325-326
Ottawa, conferencia de, 351
Overstone, lord, 199

Oxford, lord, 309, 313

pacifismo, 303-304
Paish, sir G., 432 n.
Paley, William, 276-277, 279, 280, 282; *Principles of Moral and Political Philosophy*, 276 n.
partidad, volver a la, 202-203, 362-363
partido, cuestiones de, 300-301
Partido Conservador, 299; hogar de intransigentes, 301-303; inteligencia de ex-liberales en, 312; política de negación, 130-131; y desempleo, 101; y vivienda, 107, 120
Partido Laborista, 298-303; comparación con el Partido Liberal, 309-313
Partido Liberal, 98, 300; Comisión Investigadora Liberal Industrial, 97; conservación del campo, 108; plan para reducir el desempleo, 96-102, 127; política de desarrollo nacional, 112-114, 117-118; política de viviendas, 107-108; problemas de programa del partido, 300-301; propuestas para una filosofía práctica, 303-308
patrón de valor monetario, 69-70, 74, 185; comparación de mercancía compuesta, 191; política estatal para estabilizar, 77, 84
patrón oro, 73, 169-170, 199, 203; como moneda «regulada», 182-187, 188; como reliquia bárbara, 186, 362; estabilidad en el siglo XIX del, 75, 181-182; ídolo de las altas esferas, 229; inestabilidad en el siglo XIX del, 75, 181-182; «La vuelta al oro», 198; objeciones a, 187-188, 204; política equivocada de Churchill, 218-221; sacrificio de los mineros por, 228-229; ventajas del, 191, 193, 211; y la balanza comercial adversa, 155-156; y la emisión internacional de billetes, 361-364
patrón oro, propuesta de Conferencia internacional sobre, 156
patrón oro, suspensión del (1931), 158, 164, 247-249; efectos sobre la industria de la, 250-251; efectos sobre otros países, 252-253
Paz de París, 15, 16
Paz de Versalles, *véase* Versalles, Tratado de
Pease, Beaumont, 194-195, 206
periódicos, opinión en los, 46, 52
Pigou, A. C.; *Industrial Fluctuations*, 129
planificación urbana, 122
plata: como patrón de valor, 169; países que utilizan la, 359
pleno empleo, 381-383
población: aumento en, y la distribución por edad, 319; control de la, y progreso económico, 333; política nacional sobre la, 294, 305
pobreza, 10, 134, 137, 148; no como problema permanente, 328, 333
poder adquisitivo: incremento, 351-352; limitación en tiempo de guerra, 375-376, 381-382, 389, 393, 404, 406-407, 408
Poincaré, Raymond, 92-93, 258
Polonia, 360
posibilidades económicas futuras, 323-333
precios: alteraciones y efecto sobre distribución de riqueza, 69-70; aumento en Francia, 87-91; caída de (1921 y 1930), 135, 137-138, 143; 161-163; efectos de expectativa de aumento o caída, 81-84; efectos de la caída, 79-80, 84-85, 159; efectos del aumento, 68, 77-78; estabilidad de, 70, 188, 198; firmeza en el siglo XIX, 74-75; fluctuaciones externas (1914-1920), 70; política para el alza de precios (1933), 351-355
precios, nivel de: en la Rusia soviética, 267; interno y externo, 214, 216-217, 219; protegido y desprotegido, 207-210, 221
precios mundiales, 352, 355-356, 364, 366
presidentes de la banca, discursos de, 194-212
préstamos a largo y corto plazo, 201

préstamos exteriores para preservar el patrón oro, 245-246
presupuesto, problema de, 245, 348
producción: cambios en, 138; efectos de cambios en el valor del dinero sobre, 81-84; incentivos a, 238; y consumo, 144, 146
productiva, capacidad, 378-383; productividad nacional, 425, 427
productividad per cápita, incremento de la, 148-149, 237-238
progreso, 325-328
progreso económico, 271
propiedad general, sistema de, 38
propiedad y administración, separación de, 71-72
prosperidad: efecto acumulativo de depresión y, 116; problema de la, 337-339
proteccionismo, 288

Quesnay, François, 281

racionamiento: corrección política del, 407-408; objeciones al, 405-406
Rathbone, Eleanor, 435
recesión en Estados Unidos y Gran Bretaña, 350
religión: comunismo como forma de, 270, 272; dos ramas de, 258; y motivos monetarios, 295-296; y negocios, 260, 271
renta nacional, 424-428; aumento en (1929), 148; declive en 1933, 347, 348; distribución de la, 386-389; y la capacidad productiva, 378-383
rentas, distribución social de las, 391
reparaciones, 28-29, 41, 47, 52, 53, 61-62, 103, 245, 367; capacidad de Alemania para pagar, 18-25, 31; *véase también* deudas de los aliados
reparaciones, Comisión de, 29, 31
repoblación forestal, 150
repudiación de las deudas de guerra, 36-37, 87
restricción de la oferta, 351-352
*Review of Economic Statistics*, 432 n.
revisión del Tratado, sugerencias para la, 26-32
*Revision of the Treaty*, 44, 48
revolución, 42; método del comunismo, 262-263; no necesaria para la mejora económica, 270
ricardiana, economía, 279
Ricardo, David, 177, 281
riqueza: actitudes morales hacia la, 330-331; de la clase trabajadora, 368; desigualdades de, 294; redistribución de la, 77
riqueza en capital, 158
Rothbarth, E., 379, 425, 435
Rousseau, Jean-Jacques, 276-277, 279, 280
Rusia, 257-274; actitud hacia el dinero en, 263-265, 266; como laboratorio de la vida, 273; comunicación y «propaganda», 260; economía de, 265-270; préstamos a, 34, 36-37, 51, 58; visitantes a, 272-273; zarista, 274

salarios: durante la depresión, 81; familiares, 305; índice de, 209, 215, 219, 419; reales y monetarios, reducción, 233-234, 419; y cambios porcentuales, 214, 217, 220-221, 224; y la teoría del monstruo económico, 229; y mineros del carbón, 226-229; y precios, 80-81, 268, 408, 415-416, 419-420
Salter, sir Arthur, 392, 435
Seguro de Salud y los Fondos de Pensiones, 386
sentido común y desempleo, 101-102
Servia, reclamaciones a favor, 33, 34
servicio público, 122, 355
servicios sociales, 241-300; seguridad social, 150, 300
sexuales, cuestiones, 304-305
Shaw, George Bernard, 259, 322
Sidgwick, Henry, 282 y n.
Silesia, Alta, 30
Simon, E. D., 120; *How to Abolish the Slums*, 107
Simon, sir John; canciller del Ex-

chequer (1937-1940), 368-369, 380, 389, 406, 408
sindicalistas, 311, 409
sindicatos, 233-234, 307, 374, 390, 392-393
Sistemas de la Reserva Federal, 204, 363-364
Smith, Adam, 278, 280, 281; *Teoría de los sentimientos morales*, 282
Snowden, Philip; canciller del Exchequer (1929-1931), 237 n., 239, 309
socialismo, 306, 320-321; de estado, 292-293, 311-312; y el plan liberal para el desarrollo nacional, 122-123; y *laissez-faire*, 278
socialismo gremial, 311
socialismo utilitarista, 277
*socialistas*, 311
socialización en la gran empresa, 292-293
Sociedad de Naciones, 26-29, 42
sociedad económica, dos teorías de, 229
Sociedad pro Asignaciones Familiares, 435
Sociedad protectora de comunes y paseos, 107-108
sociedades totalitarias y libres, 375
*Spectator*, 435
Spencer, Herbert, 286-287
Stamp, sir Josiah, 129
Stephen, Leslie; *English Through in the Eighteenth Century*, 276 n., 277 n., 280 n.
subsidio de desempleo, 241, 343-344, 346, 349, 366 n.; coste medio por persona de, 346 y n.-347
subsidios económicos, 368, 378, 392-393, 435
Sudáfrica, 360-361
Suecia, 360
*Sugerencias positivas para la futura regulación del dinero*, 10 n.
Suiza, 360
Sumner, comité (1918), 419 n.

teléfono, desarrollo del, 108, 120
Tesoro británico: y deflación, 197, 230; y desempleo, 232; y mineros, 229, 307
Thomas, J. H., 311
tierra, cuestión de la, 301
*Times, The*, 273, 337, 349, 367, 368, 377, 391, 394, 396, 435
trabajo, efecto del alza de precios sobre el, 80-81
*Tract on Monetary Reform*, 69, 172
Transferencia Industrial, Comité de, 110-111, 112-113, 114-115
*Transition*, época de, 320
transporte, sistema de, 122, 355; y el plan liberal para el desempleo, 105-106
*Treatise on Money*, 138 n., 169
tributo anual, capacidad de Alemania para pagar, 18-25, 135-139
Trotsky, 259

Unión de librecambio, propuesta de, 30-32
Uruguay, 360
utilitaristas, 280 y n., 282

valores monetarios, hundimiento en el sistema bancario de, 157-165
Versalles, Tratado de, 44-45, 47; revisión del, 26-32; y las deudas de guerra, 18
vivienda, 111, 122, 150, 154, 348; política liberal en la, 107-108, 120, 121

Wall Street, 203
*We Can Conquer Unemployment*, 97, 99, 104, 105, 106, 111, 112, 114-116
Webb, Sidney, 311
Wells, H. G.; *The World of William Clissold*, 317-322
Whately, arzobispo; *Easy Lessons for the Use of Young People*, 283
Wheatley, J., 311
Wilson, presidente, 17, 26, 60
Winchester College, 323

Young, plan, 136

Zinovieff, 269, 274

# ÍNDICE

Nota a la edición inglesa . . . . . 7
Prefacio . . . . . 9

Primera parte

EL TRATADO DE PAZ

1. París (1919) . . . . . 15
2. La capacidad de Alemania para pagar reparaciones (1919) . . . . . 18
3. Propuestas para la reconstrucción de Europa (1919). . 26
4. El cambio de la opinión pública (1921) . . . . . 44
5. Las deudas de guerra y los Estados Unidos (1921, 1925, 1928). . . . . 48

Segunda parte

INFLACIÓN Y DEFLACIÓN

1. Inflación (1919). . . . . 67
2. Consecuencias sociales de los cambios en el valor del dinero (1923) . . . . . 69
3. El franco francés (1926, 1928) . . . . . 86
4. ¿Puede hacerlo Lloyd George? (1929) . . . . . 96
5. La gran depresión de 1930 (diciembre de 1930) . . 134
6. Economía (1931) . . . . . 143
7. Consecuencias del hundimiento de los valores monetarios en el sistema bancario (agosto de 1931) . . . 157

### Tercera parte

## LA VUELTA AL PATRÓN ORO

1. «Auri sacra fames» (septiembre de 1930) . . . 169
2. Fines alternativos de la política monetaria (1923) . . 172
3. Sugerencias positivas para la futura regulación del dinero (1923). . . . . 189
4. Los discursos de los presidentes de la banca (1924, 1925, 1927) . . . . . 194
5. Las consecuencias económicas de Churchill (1925). . 213
6. Mitigación por medio del arancel (1931) . . . . 237
7. El final del patrón oro (27 de septiembre de 1931). . 249

### Cuarta parte

## POLÍTICA

1. Breve panorama de Rusia (1925) . . . . . 257
2. El fin del *laissez-faire* (1926) . . . . . 275
3. ¿Soy un liberal? (1925) . . . . . 298
4. Liberalismo y laborismo (1926) . . . . . 309

### Quinta parte

## EL FUTURO

1. Clissold (1927) . . . . . 317
2. Las posibilidades económicas de nuestros nietos (1930). 323

### Sexta parte

## ÚLTIMOS ENSAYOS

1. Los medios para la prosperidad (1933) . . . . . 337
2. Cómo pagar la guerra (1940) . . . . . 367

Índice alfabético. . . . . 436